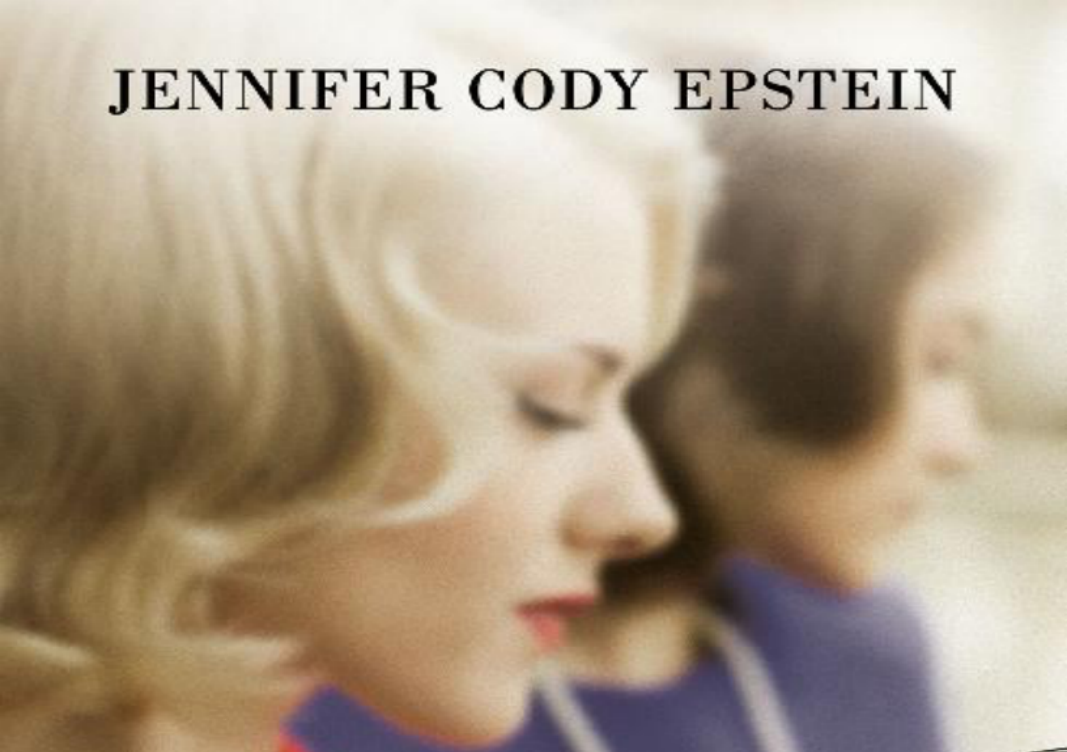
JENNIFER CODY EPSTEIN



La amante del Tercer Reich

La amante del Tercer Reich

Jennifer Cody Epstein

Traducción de Borja Folch

A Joan y Tom, que me mantuvieron cariñosamente abastecida de plumas, papel y alabanzas literarias

—Pero es que a mí no me gusta tratar con gente loca —protestó Alicia.
—Oh, eso no lo puedes evitar —repuso el Gato—, aquí todos estamos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.
—¿Cómo sabes que estoy loca? —preguntó Alicia.
—Tienes que estarlo —afirmó el Gato—, o no habrías venido aquí.

LEWIS CARROLL,
Alicia en el País de las Maravillas

1

Ava

1989

Está sentada en un mar de sábanas y mantas enredadas, entre bolas blancas de embalaje y cartas extraídas de sus sobres con creciente febrilidad. La cama es recia: el mismo cabecero de roble pesado, el mismo colchón manchado y hundido sobre el que ha dormido, amamantado, leído y dibujado durante más de una década; el único lugar en el que realmente descansa. Y, sin embargo, en ese momento, de alguna manera está al mismo tiempo flotando y cayendo sobre ella, hundiéndose como una piedra.

Tras ponerse las gafas de lectura en la cabeza, Ava Fischer abraza sus rodillas apretándolas contra el pecho. Con el rostro tenso y caliente por las lágrimas derramadas, secadas y derramadas de nuevo, arroja la última de las cartas sobre la cama. Observando sus dominios castigados por el sol, que sirven tanto de estudio de dibujo como de dormitorio, se sorprende de que todo esté igual que hace apenas una hora; en ese tiempo, su mundo se ha derrumbado, se ha puesto patas arriba. La ilustración en la que ha estado trabajando se encuentra todavía encima de su mesa de dibujo, sujeta en una esquina por un plato de tostadas con mermelada intactas y en otra por una taza de café frío con la inscripción «Bébeme». Algunas bolas que escaparon a causa del frenesí inicial con el que abrió la caja aún yacen esparcidas sobre la alfombra afelpada, como estrellas de aire insuflado formando excéntricas y porosas constelaciones sobre un cielo desgastado y descolorido.

Pero es la cama la que evidencia la ruina emocional de Ava. La cama, con sus sábanas arrugadas y sus cojines desparejados, su cubresomier polvoriento y su colcha apolillada, su olor rancio a

tabaco, que, cuatro años después de haber dejado de fumar, todavía perdura. La cama, con la caja de cartón de Luftpost ya vacía, cuya recepción ha firmado la hija de Ava antes de dársela con cierta curiosidad («Es de Bremen. ¿No es ahí donde naciste?»).

La cama en la que Ava ha esperado durante lo que le han parecido horas, con la caja en el regazo, hasta que Sophie ha salido con sus amigos. Cuando por fin ha oído el ruido de las zapatillas con suela de plástico de su hija bajando cuatro tramos de escalera antes de salir a la Segunda Avenida, ha soltado el paquete y se ha abalanzado hacia la ventana para observar a la niña de trece años marcharse con las manos en los bolsillos de su chaleco masculino a cuadros y los auriculares Walkman plateados brillando bajo el sol.

La cama en la que ha leído, más que conmocionada, con un profundo sentimiento de aceptación, la nota formal del abogado:

Estimada señora Fischer:

Como abogado de su madre y albacea de su patrimonio, lamento informarle de que su madre, Ilse Maria von Fischer, falleció el pasado 12 de abril, después de una larga batalla contra un cáncer de útero.

De acuerdo con sus deseos, le envío sus restos para que usted disponga de ellos a su conveniencia y le solicito que confirme su recepción, por fax o por teléfono, a los números que figuran en nuestro membrete. Una vez tengamos su confirmación, podremos liberar el resto de su herencia, aproximadamente 71.000 marcos. Si usted no confirma el recibo en persona, tengo instrucciones de donar dicha cantidad a The Blue Card, una organización benéfica elegida por su difunta madre.

Incluyo también unas cartas que su madre me pidió que le enviara; le ruego informe de que también las ha recibido.

Con mis condolencias y mis mejores deseos,

BERNARD FRANKEL, LLP

Apoyada con rigidez contra el cabecero, Ava se obliga de nuevo a hacer esa conexión, en apariencia imposible, entre la idea de «restos» y esa especie de táper que ha sacado de debajo de las bolas de embalaje una hora antes. Entre «mamá», ese pensamiento inevitablemente tenso y doloroso, y el polvo arenoso que Ava ha

descubierto al abrir la tapa del recipiente. No olía como Ilse, esa mezcla inquietante y familiar de jabón facial, colonia 4711 y un leve toque a sudor. No, no se parecía a ella; en la mente de Ava, su madre siempre fue de piel lechosa, musculosa, de cabellos dorados y ojos plateados. Sobre todo, abrumadoramente «densa».

Y, sin embargo, contemplando las cenizas, ha asimilado la verdad que encerraba la afirmación del abogado: aquello era, en sentido literal, todo lo que quedaba de Ilse von Fischer, la madre evasiva y distante que la había abandonado, físicamente durante la guerra y emocionalmente después; la que la había dejado en aquel mismo apartamento doce años antes, mientras Sophie lloraba en la cuna.

Y aunque Ava se ha entristecido al comprender que esa mujer ya no camina ni respira, la noticia no la ha impresionado; para ella, Ilse dejó de existir en el momento en el que salió por la puerta aquel caluroso verano de 1977. Sí, durante unos años hubo llamadas ocasionales de larga distancia que Ava interrumpía en cuanto oía el cortante «hola» de Ilse. También un lento goteo de tarjetas postales, cartas y, de vez en cuando, algún pequeño paquete que Ava devolvía a Bremen sin abrir. Cuando Sophie creció lo suficiente como para contestar el teléfono y leer los remitentes de los sobres, Ava cambió de número y envió un ultimátum telegrafiado a través de Western Union:

> No intentes localizarnos (stop) Para nosotras estás muerta (stop)

No, no eran los restos de Ilse los que la habían dejado en ese estado de shock; eran las palabras que había dejado escritas: relatos cuidados y minuciosos sellados en una docena de sobres. «Incluyo también unas cartas que su madre pidió que le enviara», había escrito el abogado, casi en un aparte informal. ¿Conocería su contenido, aquellas verdades aplastantes y aquellas confesiones descarnadas? A decir verdad, algunas no habían hecho más que confirmar las sospechas que Ava había abrigado durante mucho tiempo. «De hecho, empecé a escribirte —revelaba una de ellas— desde una vieja cárcel de Heidelberg, donde los estadounidenses esperaban desnazificarme».

Entnazifizieren! ¡Desnazificar! Parpadeó ante ese verbo desconocido

y un tanto absurdo (¡como si la podredumbre moral pudiera extraerse como un apéndice inflamado!). Pero su estremecimiento no fue tanto por la sorpresa como por la justificación. «Todo el mundo se unió», decía Ilse encogiéndose de hombros, pero Ava siempre supo que esa evasiva escondía una historia más oscura.

Dejando a un lado la nota del abogado, Ava vuelve a fijarse en la herencia epistolar. Amarilleadas por el tiempo y de distintos grosores, las cartas están esparcidas sobre la colcha. Al parecer, ninguna fue enviada en su momento; todas van dirigidas a la misma mujer:

> Renate Bauer
> 163 Eldridge St.
> New York, New York 10002 USA

Es la primera vez que Ava se topa con este nombre: Renate Bauer. Ilse le escribió cartas obsesivamente a esa mujer: en todas reconoce su letra anticuada y ligeramente gótica. Y la dirección del remitente corresponde, sin lugar a dudas, a la de la casa de Schwachhausen con la que Ava sigue soñando con desconcertante detalle: el amarillo limón con el que su madre pintó las paredes de la habitación de Ava cuando era niña, la taza verde desportillada en la que guardaban sus dos cepillos de dientes, la mancha circular oscura sobre el escritorio de madera de la habitación de Ilse, vestigio de un poco de café, vino o agua derramados.

Ava coge la carta más cercana, fechada en agosto de 1976, y alisa las dos hojas contra el algodón arrugado de su pantalón de pijama. Percibe un tufillo a moho, bolas de alcanfor y una pizca de vainilla. Igual que las otras, usa el tuteo —en alemán, «*Du*»—, omitiendo las mayúsculas tal como su madre lo haría para dirigirse a una amiga íntima:

> ¡Mi querida Reni!
>
> Anoche tuve un sueño. Comenzaba el día en que nos conocimos en secundaria. Tú llegabas tarde, como siempre, y de camino al aula tropezaste conmigo y dejaste caer los libros que llevabas. Es extraño; muchas de las cosas que me han sucedido en los últimos años se han vuelto vagas para mí y, sin embargo, todavía recuerdo

con toda claridad pequeños detalles de nuestro primer encuentro: el marrón dorado de tus ojos, el lazo rojo en tu pelo, el libro desgastado que te devolví diciéndote, por alguna razón, que solo había leído la secuela, pero que me había encantado.

Luego, en el sueño, de repente era más tarde, mucho mucho más tarde, y yo caminaba por Unter den Linden, junto a los quioscos de periódicos y a la estación del metro, siguiendo la ruta que siempre tomábamos al regresar a tu casa después de la escuela. Tenía el libro y sabía que devolverlo (no a ti, sino a Franz, no sé por qué) era de una importancia superlativa, casi aplastante. La calle estaba limpia y gris y tan abarrotada que apenas podía respirar. Pero también completamente silenciosa. Me sentía muy sola y estaba preocupada por si no lograba cumplir mi misión.

Entonces te vi unos metros más adelante, corriendo en la dirección opuesta. Llevabas puesto tu abrigo verde y tu sombrerito negro, y Franz llevaba una de esas boinas de tweed de vendedor de periódicos que tanto le favorecían. ¡Sentí una alegría y un alivio enormes! Traté de alcanzarte, pero la multitud seguía empujándome, achuchándome, haciéndome retroceder. Intentaba llamarte, pero, aunque parecías estar cerca, no me oías. Los dos seguisteis caminando y, al final, desaparecisteis.

Me desperté llorando, pero también extrañamente resignada. No sé mucho sobre los sueños, desde luego no tanto como tu madre (todavía recuerdo haber hablado con ella durante horas sobre los nuestros, sobre lo que significaban), pero me pareció que quizá este era una señal de que por fin había llegado el momento de aceptar la verdad: que mientras no paro de fantasear con ponerme en contacto contigo y con Franz, con ir incluso a Nueva York y entregarte mis cartas en persona, la verdad es que, al menos por ahora, me falta valor hasta para echarlas al correo. Así que debería dejar de escribirlas. De hecho, si fuese menos obstinada, ya habría dejado de hacerlo hace mucho tiempo.

Pero ambas sabemos cómo me aferro a las cosas.

Reni, si tuviera que elegir una sola cosa de todos estos escritos que quisiera decirte, sería esta: que si pudiera volver atrás y cambiarlo todo, lo haría. Todo. Incluso cambiaría mi propia existencia, mi propio nacimiento, si con eso pudiera borrar lo que os hicieron a ti y a tu familia. No poder hacerlo es algo que me duele cada día.

Después de todo, tal vez sea esa mi verdadera condena.

ILSE

Ava cierra los ojos. Por un momento, el viejo pánico amenaza: la asfixiante certeza de que el techo y las paredes están a punto de derrumbarse, desalojando todo el aire y la luz. Para contrarrestar el ataque, evoca la imagen reconfortante que le sugirió su último

terapeuta: la costa dorada de Montauk, tan alegre en verano.

En su lugar, aparece un recuerdo totalmente distinto, de otra playa. En él, Ava tiene unos seis años y está con su madre en una extraña excursión a Großer Wannsee, poco después de reencontrarse con ella tras la guerra. La arena está húmeda y rugosa, el día es radiante y puro como lo son a veces los primeros días de primavera. En un momento dado, Ava ve a Ilse alejarse a paso rápido; su cabeza, envuelta en una trenza, es un punto brillante que va menguando bajo la fría luz de la mañana. La visión abre un agujero negro y terrorífico dentro de Ava: «Vuelve —gime—. No me abandones». Se levanta de un salto y se precipita descalza en pos de la figura que se aleja, pero un par de brazos fuertes la agarran por detrás. Durante un instante se retuerce y patalea hasta que reconoce la silueta, el torso robusto y los senos redondos presionados contra su pequeña espalda. «Estúpida niña —murmura Ilse, que ha estado detrás de ella todo el tiempo—. ¿Qué diablos te pasa ahora?»

El recuerdo transmite el peso y el dolor de un golpe físico. Una repentina llamada a la puerta, tan violenta que el antiguo aparato de aire acondicionado vibra en el marco de la ventana, la saca de su ensimismamiento.

—¡Mamá! —grita Sophie con esa espontánea e implacable indignación tan propia de las adolescentes—. Se me había olvidado que le prometí a Erica que le devolvería la sudadera de Lou Reed. ¿La has lavado? Dijiste que la ibas a lavar.

«¿Sophie? ¿Por qué ha vuelto?» Y ¿cómo ha entrado sin que Ava la oyera?

Tras unos segundos de parálisis y confusión, se arrodilla y se pone a recoger las cartas.

—Un momento —responde Ava pensando «Mierda, mierda, Sophie». Su hija cree a pies juntillas que Ilse lleva muerta más de una década. «¿Qué voy a decirle?»

—¡Mamá! ¿La tienes? —El pomo de la puerta repiquetea en su soporte—. Pero bueno, por qué estás encerrada?

—¡Espera! ¡Espera un momento!

Desesperada, echa un vistazo a la habitación desordenada: la

sudadera no está a la vista. Ava mete la urna dentro de la caja, la cubre con un puñado de bolas de embalaje y junta las cartas en un montón desorganizado a su lado. Luego se dirige a la puerta, con las piernas tan débiles como las de un corredor tras la maratón de Nueva York y el corazón latiéndole como una criatura viva en la boca.

—¡Mamá! ¡Por Dios! —Pum, pum, pum—. ¡Erica me está esperando! ¿Qué demonios está pasando ahí dentro?

—Nada —dice Ava con voz temblorosa.

Y respirando profundamente, agarra el pomo de la puerta.

2

Renate

1933

Un torrente de desesperación se apodera de Renate; es tan potente que resulta casi liberador. Tendrá que confesar, está decidida. Su vida habrá terminado antes de que le haya ocurrido algo real: antes de visitar París o de ver a Elisabeth Schumann cantar en la Ópera de Viena. Antes de experimentar la sensación de estar achispada o de fumar de mal humor un cigarrillo que dibuja imágenes lánguidas y fantasmales en el aire. Antes de que le hayan dado el primer beso en los labios, o en cualquier otro sitio.

Son poco más de las dos y la luz lechosa de última hora de la tarde inunda la biblioteca de la escuela, que tiene el techo bajo. Sus ojos están fijos en el suelo de madera, en la postal en blanco y negro que acaba de caer de su cuaderno abierto. No tiene ni idea de cómo ha acabado allí, pues recuerda perfectamente haberla guardado en un bolsillo de la mochila. Pero ahora se encuentra justo en el camino del vigilante de la biblioteca, el señor Steinberg. El señor Steinberg, que, cuando no está arengando a su dócil asistente (la joven señora Bernhardt, que siempre parece estar a punto de llorar), gusta de caminar entre las largas mesas de roble de la biblioteca como si fuese el káiser pasando revista a sus tropas. El señor Steinberg, que ya ha enviado dos notas a los padres de Renate por «comportamiento inapropiado»: la primera, por cuchichear con Ilse; la segunda, por comer un tentempié a hurtadillas.

El señor Steinberg, que, mientras Renate observa, tan inmóvil como Galatea antes del beso vivificante de Pigmalión, está a punto de pisar la plácida cara de la «dama del libro». En realidad, dado el tamaño de la tarjeta, no solo su cara: su cara, sus pechos, su vientre...; en

resumen, cada parte de su fisonomía completamente desnuda.

«No mires hacia abajo», reza Renate en silencio a un todopoderoso inconcreto (aunque en teoría es luterana, se considera agnóstica). «No mires hacia abajo. No mires hacia abajo. Por favor, por favor, no mires hacia abajo...» Por un momento parece que su muda plegaria ha sido atendida, porque, después de pisar con su zapato Oxford pulido la parte superior de la maldita imagen, el enjuto vigilante da dos pasos más. Renate empieza a considerar la posibilidad de respirar cuando, de repente, el señor Steinberg se detiene. Muy lentamente, se da la vuelta. Una plancha de hierro oprime los pulmones de Renate, que mira cómo da dos zancadas muy rápidas hacia atrás. Apoya en el suelo su nudosa rodilla, levanta el cuadrado de cartón y vuelve el rostro hacia ella como un búho.

—¿Qué es esto? —le pregunta.

El cerebro de Renate trabaja a un ritmo frenético. Esto será muchísimo peor que cuando les enviaron la última nota a sus padres. Podría acabar con una llamada telefónica y unos días de expulsión o, incluso (se le seca la boca), con la expulsión definitiva. Seguro que el director Heintz ha expulsado a otros estudiantes por menos. Trata de imaginar a su familia recibiendo la noticia: su madre es médica y su padre profesor, y durante sus muchos muchos años de estudio obtuvieron siempre las mejores calificaciones. Su hermano, Franz, pasó por la escuela secundaria y por el instituto como un meteoro académico, sin recibir nada más que alabanzas y elogios.

—Estoy esperando —dice el bibliotecario, golpeteando el suelo con el pie—. Espero que alguien asuma la responsabilidad de esto. De lo contrario... —Carraspea—. De lo contrario, el castigo será mucho más severo.

«Castigo», piensa Renate. La palabra se aloja en su cerebro con la terquedad de una píldora a medio tragar. ¿Existe un castigo peor que la expulsión; peor, por supuesto, que la humillación de que todos en la escuela piensen que es una especie de adicta al sexo?

Junto a ella, su mejor amiga, Ilse, elige el momento para darle un codazo en las costillas.

—¡Ay! —masculla Renate—. Para.

Y con esa protesta reprimida, ese levísimo indicio de connivencia, el bibliotecario cae sobre ellas como la muerte sobre dos doncellas.

—¡Señorita Bauer! —grita—. La he oído hablar. ¿Acaso quiere explicarme esto?

El señor Steinberg sostiene la imagen delante de ella, la «dama del libro» y su amante arrodillado están a escasos centímetros de los ojos de Renate, que aparta la mirada.

—Es una postal.

Su voz le suena extraña: nasal y distante. Alguien ríe nerviosamente en algún lugar cerca de las ventanas traseras.

—Sí, ¿pero qué clase de postal?

—¿Una postal en blanco?

Otro coro de risitas.

—Bueno —dice el señor Steinberg—, sí. Pero lo que yo quiero saber es a quién pertenece y cómo ha llegado hasta aquí. Tal vez pueda decírmelo usted.

Renate traga saliva, sintiéndose desdichada porque es evidente que puede decírselo. Puede decírselo y después su vida habrá terminado.

Todo comenzó el viernes anterior, una tarde que Renate, como casi todas las tardes, pasó con Ilse. Renate e Ilse: compañeras de estudio en clase, chismosas en los pasillos, pasajeras risueñas en el metro. A las tres, como de costumbre, se dirigieron a casa de Renate, en la Bismarckstraße, cogidas del brazo y caminando al compás entre los tilos y los castaños en ciernes de Unter den Linden. Hicieron sus paradas habituales: la perfumería, donde contemplaron los frascos de cristal con sus colores de piedras preciosas y sus difusores brillantes, pero donde no entraron (al dependiente francés no le gustan los niños); luego, la sombrerería de Gerstel, con sus boinas y sus elegantes sombreros de fieltro y el turbante púrpura drapeado que el señor Gerstel (él sí, simpático con los niños) les deja probarse. Se entretuvieron ante el escaparate de la agencia de viajes, discutiendo sobre qué país visitarían juntas en primer lugar. Ilse quiere ir a un lugar cálido y exótico: el Sáhara, el Nilo, tal vez Indochina. Renate

quiere ir a Nueva York o a Hollywood, aunque últimamente, debido a sus lecturas, cada vez siente más curiosidad por Oriente, motivo por el que ese viernes también se detuvieron delante de la puerta abierta de la tienda de té china para respirar el aroma seco y musgoso. A Ilse no le gustó, pero Renate se sintió transportada. Allí parada, con los ojos cerrados y respirando profundamente, podría haber estado en una calle de Pekín o Shangai, en lugar de estar en medio del poco exótico pero ajetreado distrito de Tiergarten, en Berlín. Trató de imaginárselo: los chinos caminando deprisa, sus dóciles esposas tropezando detrás de ellos con sus minúsculos pies... Ilse, que no tiene tiempo para retrasos provocados por sueños, gritó «¡Vamos!» y se la llevó a rastras.

Cuando llegaron a la pastelería Schloss, juntaron sus monedas para comprar un mantecoso trozo de pastel de amapola que el señor Schloss, un hombre de mejillas coloradas que una vez al año se transforma en un Papá Noel bastante convincente, les despachó con su habitual sonrisa distraída. Echaron los dos céntimos que les sobraron en la hucha para la colecta del Auxilio de Invierno que llevaba un joven con camisa caqui y calcetines blancos hasta la rodilla. No era feo, pero su «gracias» sonó como un balido en dos tonos que lo hizo parecer un cabrito en plena pubertad. Las chicas apenas lograron llegar hasta el cruce antes de estallar en carcajadas provocando miradas de censura de los peatones adultos.

—Ha sido culpa tuya —se las arregló para decir Ilse cuando por fin recuperó la compostura—. ¡Se ha quedado tan fascinado contigo que se le ha quebrado la voz!

—¿Conmigo? —Renate se secó los ojos con un pañuelo—. ¡Te miraba a ti! Y menos mal. Detesto que los chicos me miren.

—No te molestaría si fuera ya sabes quién.

—No —convino Renate—. No me molestaría. Pero él no lo hará.

—Nunca se sabe.

—No, pero no lo hará.

Agotadas las risas, reanudaron la marcha y en la Potsdamer Platz se cruzaron con otra colecta. Era Fritz, el veterano de guerra, con su emblema amarillo con tres puntos negros que indican ceguera. A veces, Renate le compraba algo; no porque lo necesitase, sino porque

le gustaba la sonrisa arrugada que aparecía en su rostro cuando las monedas tintineaban al caer en la taza. Se sentía caritativa. Y además era un camarada, pues su padre también luchó en la guerra como combatiente de primera línea y, aunque no se quedó ciego como Fritz, estuvo tan cerca de la muerte que pudo (en sus propias palabras de tono profundo y estruendoso) «sentir su aliento caliente en la nuca».

Ese viernes, sin embargo, ambas se habían quedado sin dinero, de modo que pasaron al lado del viejo soldado sin detenerse, Ilse lamiendo meticulosamente las últimas migajas de pastel de sus dedos pegajosos y Renate ensimismada pensando en «ya sabes quién». Por un momento, su rostro pareció flotar en el aire ante ella, tan cerca que podía tocar uno de sus pómulos altos y perfectos. El espejismo se desvaneció justo a tiempo de vislumbrar una cabeza rubia que se movía varios metros delante de ellas.

—¡Mira! —jadeó agarrando el codo de su amiga.

—¿El qué?

—Ahí delante. A la derecha.

Ilse hizo visera con la mano.

—¿A quién estoy buscando?

—¿A quién va a ser?

Ilse entrecerró los ojos y se puso de puntillas antes de negar con la cabeza.

—No lo veo.

—Ahí —dijo Renate—. Justo enfrente de la estación del metro. —Pero su voz sonaba más vacilante ahora y el dedo señalaba con menos firmeza mientras escudriñaba a la multitud, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda—. Estaba justo ahí. Te lo juro.

Ilse sonrió.

—Estás empezando a ver visiones. Debería examinarte tu madre.

—¡Oh, calla!

Con el corazón latiéndole con fuerza, Renate echó un último vistazo a la amplia avenida verde con sus agitadas corrientes de peatones de última hora del día. Pero la única cara que reconoció fue el rostro cincelado de Federico el Grande ante la Puerta de Brandeburgo dedicando su mirada de acero a sus descendientes de carne y hueso

mientras cabalgaba sobre su corcel de piedra hacia ninguna parte. Al cabo de un rato, estaban tumbadas despreocupadamente sobre la alfombra desgastada de la habitación de Renate, marcando con los pies el ritmo de una canción de Ethel Waters, que se lamentaba de haber perdido diamantes y dinero.

—¿Sabrías guardar un secreto? —susurró Renate sobreactuando.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —replicó Ilse. Durante los tres años que duraba ya su amistad habían compartido cientos de secretos. Secretos sobre chicos y chicas, padres y maestros. Secretos sobre peleas escolares y sobre secreciones corporales; sobre pechos en ciernes y malas notas, y sobre cómo ocultárselas a uno o a ambos progenitores para eludir las consecuentes charlas. Secretos sobre en qué consiste con exactitud ese momento del mes y sobre cuándo llega o deja de llegar. Y secretos sobre otros secretos que, por casualidad, han oído contar a los adultos, que siempre parecen dar por sentado que nadie los está escuchando.

—He encontrado una cosa —murmuró Renate—. Debajo de la cama de Franz.

Ilse levantó la vista al instante muy interesada.

—¿Una carta de amor? ¿Su diario?

—Peor. Postales.

—¿Por qué peor? —resopló Ilse.

Renate tomó aire.

—No son postales normales. Escucha. ¿Recuerdas aquellas tan obscenas que vimos en Nolli?

—¡Oooh! —Ilse abrió de par en par sus pálidos ojos azul grisáceo—. ¿Ha comprado de esas? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Renate se encogió de hombros.

—Ni idea, pero las tiene. Una docena. En una caja de puros.

Ilse se rio con cierta estridencia. Del Victrola salía ese sonido, clípiti-clop, clípiti-clop, que ambas habían confundido al principio con el ruido de unos caballos trotando, hasta que Franz les explicó cómo se bailaba el claqué.

—Probablemente eso es lo que hacen él y su grupo durante sus reuniones secretas —dijo Ilse—: comerse con los ojos a esas mujeres

desnudas. Lo del «grupo de debate socialista» es una tapadera.

—En realidad, ahora lo llaman «grupo de discusión sobre Schiller», para no llamar la atención.

De hecho, dadas las recientes leyes sobre los partidos de izquierda y los rumores sobre visitas del Servicio de Inteligencia de las SS en plena noche, se supone que Renate no debe hablar de las ideas políticas de su hermano, ni de política en general, con nadie que no sea de la familia. Pero para ella Ilse es parte de la familia.

—Pero esta postal... esta mujer, Ilsi —dijo Renate negando con la cabeza.

—¿Qué pasa con ella? ¿Qué está haciendo?

—Está... leyendo.

—¿Leyendo? —Ilse se quedó perpleja—. ¿Leyendo qué? ¿A Chatterley? ¿A Sade?

—La cuestión no es lo que está leyendo —Renate se recogió un rizo detrás de la oreja—, sino lo que hace mientras lee.

—Que es...

Renate abrió la boca, pero la cerró de golpe y se la tapó con las dos manos.

—No puedo.

—¡Reni! —Ilse se acercó a gatas a su amiga y destapó su cara—. Dime, ¿qué está haciendo?

Renate negó con la cabeza, apartándose, riéndose hasta quedarse sin aliento. Finalmente lo soltó:

—Hay un hombre.

Con los ojos chispeándole, se señaló el ombligo.

—¿Un hombre en su vientre?

Otro gesto negativo.

—Más abajo.

—¿También está leyendo?

—No. Él está... está... ya sabes. —Renate se abrazó sus piernas delgadas y enterró la cabeza en las rodillas—. Husmeando.

—¿Qué?

Ilse separó las rodillas huesudas de su amiga y se inclinó entre ellas, su cara pálida a apenas unos centímetros del rostro sonrojado de su

mejor amiga.

—La está besando —dijo Renate sin aliento—. Ahí abajo.

—¿En la... en la vagina? —El rostro blanco como la leche de Ilse se ruborizó adquiriendo un tono rosáceo—. Mientes.

—No. Te lo juro. Lo juro sobre la tumba de mi abuelo.

En realidad, Renate nunca había visto la tumba de su abuelo; de hecho, ni siquiera lo había conocido, ya que sus dos abuelos habían muerto antes de que ella naciera. Pero fue el único juramento que se le ocurrió en ese momento y, al parecer, fue suficiente: en un abrir y cerrar de ojos la chica rubia se puso de pie y echó a correr hacia la puerta.

—Espera —dijo Renate levantándose de un salto cuando la mano de Ilse agarraba el pomo de la puerta—. ¿Adónde vas?

—¿Tú que crees? ¡A su habitación!

—¡Está estudiando!

—Lo distraeremos.

—¡Pero se supone que no debo molestarlo cuando tiene exámenes!

—Y no lo harás —dijo Ilse—. Pero de mí nunca ha dicho nada, ¿verdad?

Sin esperar una respuesta, Ilse abrió la puerta y a punto estuvo de tropezar con el schnauzer de pelo hirsuto que había estado esperando fuera, al acecho. Encantado por tener, de repente, vía libre (Ilse es su no-Bauer favorita), se lanzó contra sus piernas, gimiendo de adoración.

—Ahora no, Sigmund —dijo Ilse empujando hacia atrás al perro para reanudar su breve marcha por el pasillo—. ¿A que a mí no me lo ha prohibido? —le preguntó a Renate por encima del hombro.

—No —admitió Renate corriendo sin aliento tras su amiga—. Aun así, no puedes entrar ahí. Por lo menos, piensa un plan.

—Tengo un plan —respondió Ilse—. Ya verás.

Al llegar a la habitación de Franz, golpeó tres veces con fuerza, justo encima del letrero de «No molestar» adornado con una calavera y dos tibias cruzadas que estaba garabateado en la puerta. Al no obtener respuesta, golpeó una segunda vez, más fuerte. Estaba a punto de hacerlo una tercera cuando la puerta se abrió bruscamente.

—Por el amor de Dios. —El hermano de su mejor amiga estaba de pie en el marco de la puerta, con el cabello oscuro revuelto y una expresión de indignación—. ¿No sabes leer?

—Oh, lo siento.

Ilse dio un paso atrás; su bravuconería se desvaneció por un instante. Sigi aprovechó la oportunidad para colarse entre ellos y lanzarse sobre la cama.

—Perdón —dijo ella otra vez recobrando un poco la compostura—. Solo necesitamos que nos ayudes un momento.

—¿Que os ayude? ¿A qué? Sigi, fuera. —Franz miró exasperado al perro—. Estas no son horas de visita —añadió con énfasis.

—Un bicho —dijo Ilse improvisando—. Hay un bicho enorme en la pared de la habitación de Reni. Necesitamos que alguien lo mate.

—Un bicho. —Apoyado en el marco de la puerta, el hermano de su mejor amiga la miró desconcertado—. La señorita Fischer, conocida por golpear a un posible carterista en el metro, le pide a un lisiado que mate a un bicho.

—Sabes que no le pegué. —Ilse se sonrojó de nuevo; si fue por la mención de la palabra «lisiado» o por esa anécdota que ella detesta es difícil de saber—. Perdí el equilibrio y me caí sobre él, y él... simplemente huyó. Además... —Ilse miró el escritorio lleno de libros contra el que Franz solía apoyar su bastón con empuñadura de plata —. En realidad te necesitamos por tu bastón. El bicho está demasiado arriba y no podemos alcanzarlo.

Franz la miró un momento y luego miró a su hermana, que estaba de pie detrás del hombro izquierdo de Ilse. Sigi, todavía tumbado en actitud desafiante sobre la cama (y, en teoría, justo encima del excitante material que había provocado aquella interrupción), comenzó a mordisquearse ruidosamente la pata trasera izquierda.

—Está bien... —suspiró Franz finalmente.

Y girando sobre su talón bueno, volvió cojeando al escritorio y cogió su bastón mientras Ilse le dedicaba una sonrisa victoriosa a Renate. Cuando Franz regresó, sin embargo, no salió en dirección a la habitación de Renate; se detuvo cerca del umbral y extendió el reluciente bastón.

—Tu arma —anunció señalando la empuñadura en forma de cuervo, un homenaje a su admirado Poe—. Usa el extremo grande y después limpia las tripas. Puedes dejarlo en el pasillo cuando termines. ¡Sigi, fuera!

Y tras aguardar lo justo para que Sigi bajara de la cama y trotara dócilmente hasta el pasillo, cerró la puerta.

—Te lo he dicho —dijo Renate una vez estuvieron a salvo en su habitación; Ilse enfurruñada y ella decepcionada aun habiéndose demostrado que llevaba razón—. Ven mañana. Estará fuera hasta la hora de cenar.

—No puedo. Vamos a casa de mi abuela.

Los abuelos paternos de Ilse tenían una casa en Wiesbaden; los maternos vivían en Spandau. Que tuviera cuatro abuelos vivos era una de las pocas cosas que Renate le envidiaba. Su única abuela (la empolvada y quisquillosa madre de su madre) vivía en un abarrotado apartamento muy cerca del Hirschgarten. Después de cada visita, el olor del lugar, como a aceite rancio de lavanda, acompañaba a Renate durante días.

—Pues ven el lunes —dijo Renate.

—Piano.

—¿El martes?

—Cita con el doctor Stein para mi revisión.

Renate gruñó; le parecía que faltaban años para el miércoles. Entonces a Ilse se le iluminó el semblante.

—Llévala a la escuela.

Renate la miró fijamente.

—¿Estás loca?

—¿Por qué no? Si te descubren, puedes decir que la encontraste por ahí. —Ilse sonrió con astucia—. O decir la verdad. Ya va siendo hora de que pillen a Franz en un renuncio.

Renate aún no estaba convencida.

—¿Me apoyarás si me cogen?

—Por supuesto.

—Quiero decir, ¿me apoyarás de verdad?

—Claro que sí.

Ilse tomó aire y levantó la mano derecha. En su dedo corazón centelleaba el anillo que Renate le había regalado dieciocho meses antes a cambio de otro que ella le había dado: dos simples aros plateados con una manita abierta en el lugar donde se engarzan las gemas. Cada uno tenía una sola letra grabada en la parte interior: una «I» en el de Renate, una «R» en el de Ilse. Cuando se alineaban, las manitas encajaban formando un nudo brillante.

Y aquí están ahora, tres días después, a las dos de la tarde, en la biblioteca de techo bajo del instituto, donde la vida breve y sin besos de Renate está a punto de llegar a su fin.

—Estoy esperando —dice el señor Steinberg.

Se inclina acercándose lo suficiente como para que Renate inhale el olor húmedo a cigarrillos y café rancio. Renate cierra los ojos en un último esfuerzo por desmayarse para que, al menos, se compadezca un poco de ella. Visto que su cuerpo no obedece (nunca lo hace en momentos decisivos como este), traga saliva con dificultad.

—Yo...

—Señor Steinberg.

El maestro gira sobre sus talones hacia el lugar del que procede la interrupción.

—¿Sí, Gerhardt?

«¿Gerhardt?» Renate abre los ojos.

—La postal es mía.

Renate tarda un momento en confirmar lo que acaba de oír y, cuando lo hace, casi se desmaya.

Es verdad. Es él, Rudolph Gerhardt. El chico con el lunar perfecto y el hoyuelo perfecto en la barbilla y los ojos perfectos entre azules y verdes, como cristales de mar. Renate no tiene ni idea de cómo ha llegado hasta allí sin que ella se haya dado cuenta; sus sentidos captan su presencia de tal manera que casi puede distinguir sus pasos un piso más abajo. Y, sin embargo, ahí está, en una mesa justo detrás de la suya, con todos los ojos puestos en él, como si fuera Gary Cooper en *Adiós a las armas*.

Rudi, como siempre, sabe llevar la atención que suscita como si fuese un accesorio favorecedor, como un sombrero de fieltro o un reloj de pulsera elegante. Robusto y rubio, con su uniforme caqui bien planchado, parece que acabe de llegar de dar una caminata a paso ligero. Es uno de esos estudiantes que se abre paso entre el mar de cuerpos adolescentes sin darse cuenta; hasta los profesores más gruñones sienten debilidad por él. Es bien sabido que incluso el señor Steinberg, cuyo rostro parece tallado en granito, sonríe cuando lo ve.

—¿Esto es suyo? —pregunta el bibliotecario ajustándose las gafas de montura redonda.

—Sí, señor. —Rudi agacha la cabeza con una humildad que parece sincera—. Lo siento mucho. La he encontrado en la Königsstraße esta mañana, justo enfrente de los almacenes Israel. Estaba allí tirada, bocarriba, en la calle.

Renate mira a Ilse, que le devuelve la mirada frunciendo el ceño. Ambas saben dónde vive Rudi; los almacenes Israel, unos de los más grandes de la ciudad, no le pillan de camino a la escuela.

—Y usted la recogió —dice el supervisor alejándose de Renate, que exhala el aliento que ha estado aguantando tanto tiempo que le duelen los pulmones—. La recogió —repite— y luego, según parece, consideró adecuado traerla a nuestra escuela.

—Sí, señor.

Rudi lo mira con ojos brillantes. El profesor empuja las gafas hasta lo alto del puente de la nariz.

—¿Y por qué iba a hacer algo semejante?

El chico se inclina hacia delante, apoyando su mentón impecable en la palma de la mano.

—Bueno, por un lado, porque no quería que nadie más se tropezara con esta imagen degenerada. Pero también porque quería mostrársela a mis compañeros de clase.

Gritos ahogados estallan por toda la habitación como un silbido de gas que escapa por las múltiples grietas de una tubería. Incluso el señor Steinberg parece sorprendido.

—¿No quería que lo vieran extraños en la calle pero sí quería enseñarla en la escuela?

—Así es.

—¿Puedo preguntar por qué?

Rudi sonríe.

—Para advertir sobre la clase de bajezas en las que algunos tipos caen a veces.

—¿Y qué clase de tipos y de bajezas serían esos?

Renate se retuerce las manos debajo del tablero pulido de la mesa de roble, notando cómo el anillo que selló su amistad con Ilse se le clava en la palma de la mano.

—Bajezas propias de las razas más abyectas —dice Rudi—. Los judíos, por ejemplo. Estoy seguro de que no es casualidad que la tarjeta estuviera delante de un negocio judío.

Aparentemente, nada cambia en la expresión del señor Steinberg, pero a Renate le parece que se comprime, que se tensa por completo sin mover un solo rasgo.

—Sí —dice el señor Steinberg—. Sí, por supuesto. —Su nuez de Adán sube y baja—. ¿Y qué propone que haga con esto ahora?

—Pues devolvérmelo, claro —dice Rudi—, para que pueda advertir a mis compañeros.

La respuesta rompe la tensión de la habitación, el aire sofocante se escapa en bufidos y risas apenas reprimidos. Renate aguanta de nuevo la respiración, esperando a que el maestro explote como ocurre a veces, como cuando, por ejemplo, interceptó la caricatura que Martin Beidryzcki hizo de la señora Bernhardt, con barba y pechos enormes. Pero, para su asombro, el señor Steinberg deja caer la postal entre las páginas del libro de Rudi.

—Personalmente —dice—, le sugiero que se deshaga de ella como es debido, antes de que se le caiga delante de otros profesores que quizá no sean tan comprensivos como yo. De cualquier manera, joven, no quiero volver a ver eso, ni nada que se le parezca, en mi biblioteca. ¿Entendido?

Las palabras son autoritarias, pero las pronuncia con una extraña inconsistencia, como un tímido recitado en una obra de teatro. Rudi también parece percatarse y sonríe mientras desliza la postal dentro de su mochila. Luego, al ver a Renate mirándolo fijamente, le hace un

guiño muy lento y deliberado. A la muchacha se le hace un nudo en el estómago, como si le hubiera dado un puñetazo en la barriga.

A su lado, Ilse finge toser.

—¿Qué acaba de pasar? —murmura con disimulo.

—No estoy segura —le responde Renate en susurros. Su corazón sigue latiendo con fuerza, pero la impresión causada por el guiño se ha diluido en su estómago como si fuese miel, pues, en realidad, sí está segura. Está segura de una cosa: Rudolph Gerhardt acaba de salvarle la vida.

—Le gustas —dice Ilse más tarde mientras caminan entre unos jóvenes que cantan a la tirolesa, a quienes dan unos céntimos a cambio de insignias del Auxilio de Invierno—. Estoy segura. ¿Por qué si no iba a cargar con la culpa?

—¿Quién sabe?

Renate examina la insignia de su solapa antes de ponérsela en el cuello del abrigo junto a las otras tres que lleva prendidas allí, poniendo cuidado en no alterar su tono de voz, aunque todavía está muy emocionada. «Que sea verdad —piensa—. Por favor, que sea verdad.»

—¿Has visto la expresión de Steinberg? —prosigue Ilse guardando su insignia en el bolsillo—. Estaba muy gracioso. Martin me ha dibujado una caricatura después.

—Me daba demasiado miedo mirarlo. Pensé que iba a estrangularme allí mismo. Y, por cierto, aún no te has disculpado.

—¿Por qué?

—¡Por hacer que llamara su atención! ¿Por qué me has golpeado?

—No te he golpeado. Te he dado un pequeño codazo. Apenas me he movido.

—Si apenas te has movido, ¿por qué casi me caigo de la silla?

—Porque eres tonta y torpe —replica Ilse—. Todo el mundo lo sabe.

Renate gruñe.

—Eres imposible.

—Mejor eso que ser fácil —bromea Ilse, y ambas se ríen.

Al llegar a la perfumería, se detienen como de costumbre. Renate se fija en un nuevo frasco que hay en la vitrina: Nuit de Chine. Se pregunta a qué olerá una noche china.

—Sabes que es judío, ¿no? —le pregunta Ilse.

—¿Quién? ¿Martin? —Renate se encoge de hombros y levanta la voz para imitarla—. Todo el mundo lo sabe. —Al reanudar el paseo, revisa sus bolsillos para asegurarse de que tiene suficiente para el pastel de la merienda que cada día toma al salir de la escuela—. Temí que se molestara por lo que dijo Rudi, pero dijo que todo era por pura diversión.

—No, Steinberg. Steinberg también es judío.

Renate frunce el ceño; no lo sabía.

—¿De verdad?

Ilse asiente con la cabeza.

—Si observas con atención, te darás cuenta. Es algo en la nariz. —Ilse pellizca su nariz respingona a modo de demostración—. Mi madre lo vio salir de esa gran sinagoga que hay en la calle Oranienburger el sábado pasado. Llevaba puesto el sombrero y todo lo demás.

—¿Esa cosa grande y peluda que usan los hombres judíos de Scheunenviertel?

En ese momento pasan ante la sombrerería del señor Gerstel, que por alguna razón hoy está cerrada. El turbante púrpura ha desaparecido del escaparate. Renate se pregunta si lo habrá vendido y, si es así, quién lo habrá comprado. ¿Una estrella de cine? ¿Un sultán rico? ¿La exótica asistente de un mago? Tal vez le pagaron tanto por el turbante que el señor Gerstel ya se ha jubilado. Aunque, egoístamente, Renate espera que no. Le encanta su tienda.

—No —dice Ilse—. La pequeña, la que parece un cubretetera.

La imagen del señor Steinberg con un cubretetera tapándole el peinado les provoca otro breve ataque de risa que disminuye a medida que se acercan a la pastelería de Schloss. Como siempre, la puerta está abierta, dejando salir el leve aroma a levadura de las delicias que ofrece en su interior. Lo raro es la señal que alguien ha pegado con cinta adhesiva en el escaparate de la tienda, tapando las hileras y torres de pan de mantequilla, dónuts y tartaletas cuidadosamente

construidas; pasteles de frutas, *stollen* y tartas de manzana glaseadas y brillantes. ¡ALEMANES,..., dice el letrero en letra gótica de aspecto críptico, ... DEFENDEOS! ¡NO COMPRÉIS NADA A LOS JUDÍOS!

Para reforzar en el mensaje, dos hombres robustos flanquean la puerta sosteniendo un letrero con la misma advertencia. Sus camisas marrones y sus almidonados brazaletes rojos los identifican como miembros de las *Sturmabteilung*, la autoproclamada milicia que recorre las calles de Berlín a paso de oca, cantando canciones que hablan de sangre, tierra y patria. Las chicas vacilan y uno de ellos las fulmina en silencio con la mirada mientras el otro les muestra una sonrisa condescendiente.

—Lo siento, chicas —dice—. Hoy no hay dulces para vosotras.

—¿Por qué no?

—El dueño de este negocio es judío.

—¿De verdad? —pregunta Renate sorprendida una vez más. La pastelería es famosa por su decoración durante las fiestas. No solo en Navidad, cuando el escaparate se llena de cajas con envoltorios brillantes, plantas perennes relucientes y un alegre tren eléctrico rojo, sino también en Pascua, con los pasteles en forma de cordero y los huevos pintados. Por no hablar de la costumbre del señor Schloss de ponerse cada año el traje rojo grande y la tiara de obispo, el saco lleno de nueces y caramelos para los niños que visitan la tienda. ¿Qué clase de judío se disfraza de Papá Noel?

—¿Está seguro de que es judío? —pregunta Ilse.

—Tan judío como Jesús —responde el soldado—. Así que tened cuidado. Les gustan las chicas jóvenes y bonitas. —Se lame los labios deliberada y lascivamente; luego añade en voz baja—: Pero no os preocupéis. Yo os protegeré.

—No necesitamos protección, gracias —responde Ilse con firmeza. Odia que la menosprecien.

Renate no dice nada, pero mira por encima del hombro del soldado. En la pastelería no hay ni un solo cliente y tampoco se ve al señor Schloss. En su lugar, la señora Schloss, su esposa, que tiene las mejillas coloradas y que es casi tan redonda y gorda como él, atiende callada detrás del mostrador. Suele sonreír tanto que sus pequeños ojos azules

desaparecen en una marea de carne rosada; sin embargo, ese día está muy seria y sus ojos son completamente visibles. Cuando se encuentran con los de Renate, la señora Schloss le dedica un leve encogimiento de hombros: «¿Qué podemos hacer?». «¿También es judía? —se pregunta Renate—. ¿Pueden ser tan rubios y rosados los judíos?»

—Había oído que esto iba a pasar. —Ilse parece pensativa—. No sabía que era hoy.

—¿Qué iba a pasar?

—El boicot a los negocios judíos.

La cocinera de Ilse, Britta, tiene un hijo que es soldado de asalto. A menudo le cuenta a Ilse anécdotas de sus hazañas y distinciones.

—¿Así que no es solo contra el señor Schloss?

—No lo creo. Mira allí.

Renate hace visera con la mano y mira hacia Unter den Linden. En efecto, ve más letreros blancos, incluso uno en la sombrerería cerrada en el que no reparó al pasar por delante. Las tiendas que permanecen abiertas están custodiadas por más soldados de asalto. En algunas, hay compradores confusos aguardando fuera.

—¡Qué fastidio! ¿Cuánto va a durar esto?

Renate está molesta y un poco hambrienta, pues se ha vuelto a olvidar de llevar el almuerzo a la escuela.

—Solo hoy —dice Ilse—. Pero no es como si fuese una ley, no pueden impedir que entremos.

—No deberíamos tener que detenerte —dice el soldado con gesto hosco—. Deberías estar orgullosa de apoyar a tu país.

—Puedo apoyar a mi país como quiera —replica Ilse.

Renate apoya la mano en el brazo de su amiga. Normalmente le encanta el descaro de Ilse, nada parece asustarla, pero no siempre sabe cuándo parar.

Inquieta, mira a los dos hombres de botas altas. El puñal estándar de las SA que todos llevan atado al cinturón solo es, según le han dicho, para intimidar, pero no así la porra de mango negro. Unas semanas antes, estaba tomando un café y un pastel con su abuela en la calle Potsdamer cuando un grupo de soldados de las SA pasó

corriendo ante la ventana, entonando a gritos una canción sobre el Führer, la nación y el orgullo.

—Les iría bien ir a clases de canto —había bromeado su abuela; es cantante de ópera aficionada y ese se ha convertido en su chiste habitual.

Pero lo que sorprendió a Renate fue lo que sucedió a continuación: la tropa se detuvo en un cruce y uno de sus miembros saltó a un lado y agarró del cuello a un peatón que pasaba por allí. Gritándole en la cara, el soldado zarandeó varias veces al pobre hombre con la fuerza suficiente como para que la cabeza se le doblara por el cuello como a Alice, la muñeca de trapo de Renate. Entonces, tan rápido que al principio Renate creyó que se lo estaba imaginando, el miliciano golpeó al peatón con su porra en la cabeza. El golpe fue tan fuerte que, cuando por fin lo soltó, el hombre cayó al suelo sangrando profusamente por la cabeza. Cumplida su tarea, el soldado había vuelto a la formación, reincorporándose a su fila, mientras la compañera de la víctima gritaba desesperada pidiendo ayuda.

Renate tira de la chaqueta de Ilse.

—Bueno, creo que tenemos pastel en casa. Además, se está haciendo tarde.

Pero Ilse se queda donde está, mordiéndose el labio.

—Ilse.

—Hazle caso a tu amiga —dice el primer soldado—. Parecéis buenas chicas. Ve a casa a comer pastel con tu mamaíta.

«Oh no», piensa Renate mientras Ilse aprieta la mandíbula.

—Voy a entrar —anuncia su amiga—. El señor Schloss es un buen pastelero. No me importa que sea judío. —Se vuelve hacia Renate con la mano extendida—. Si quieres esperarme aquí, me parece bien, pero ¿me das el dinero para la tarta?

Renate duda un instante, indecisa: si le da el dinero, también estará desafiando el boicot; pero si no lo hace, estará desafiando a su mejor amiga.

Se queda inmóvil, con la mano en el bolsillo y los ojos puestos en la palma de la mano de su amiga; la parte inferior del anillo de la amistad reluce. Comienza a sacar el puñado de monedas y entonces se

detiene.

—No —dice Renate—. Yo también entro.

—Un día de estos —le dice Renate a Ilse más tarde—, te vas a meter en problemas. —Se da la vuelta y se pone bocabajo—. O peor aún, me vas a meter en problemas a mí.

—Un día de estos aprenderás a defenderte —contesta Ilse sacándose una semilla de amapola de entre los dientes.

Renate suspira.

—No lo entiendo. Pensaba que a ti y a tus padres os gustaba el Partido Nacionalsocialista y que creíais que estaban haciendo cosas buenas.

Los padres de Renate detestan a Hitler y a sus cohortes nacionalistas, a quienes ven como patanes brutos e intolerantes. Los padres de Ilse, que sufrieron mucho más la derrota y la inflación, creen a ciegas en la promesa de Hitler de devolver a Alemania su grandeza y le atribuyen el hecho de haber aumentado su fortuna.

—Me gusta el Partido —dice Ilse—, pero eso no significa que me gusten los camisas marrones. La mayoría son matones engreídos. Y todo eso de los judíos... —Hace un ademán despectivo—. En todos los movimientos hay extremistas. Mi abuelo dice que lo superarán.

—Vaya... —dice Renate preguntándose si sus padres estarán de acuerdo.

Lo duda. Los ha oído hablar con preocupación en su dormitorio y sus conversaciones están salpicadas de palabras como «leyes», «jubilación» y «judíos». Muchos de sus amigos y colegas son judíos.

—De hecho —prosigue Ilse—, creo que me voy a unir a la Liga de Muchachas Alemanas.

—¿A la BDM? ¿De verdad? —Renate se gira para mirarla. Antes se burlaban de ese nuevo grupo: las marchas sin sentido, las canciones absurdas—. ¿Ha sido idea de tu madre?

—Mía, en realidad. Mamá quiere que me una a la Liga de Louise. Cree que tiene más clase o algo así.

—Uf... —Renate adopta una expresión agria. Las chicas de la Liga

de Louise son aún peores que las de la BDM. Se visten de azul aciano, supuestamente el color favorito de la reina Luisa, y se reúnen cada semana, supuestamente en memoria de su reinado. Pero, por lo que Ilse y Renate han podido comprobar después de espiarlas durante varios días, las asociadas no hacen otra cosa que hablar sobre moda francesa y pasos de swing, el baile americano—. Hijas mimadas de banqueros y abogados —resopla con desdén.

Ilse niega con la cabeza.

—¿Te imaginas pasar seis horas a la semana con ellas?

—Ni siquiera me imagino pasar un segundo.

—Pero la BDM podría estar bien. Tengo entendido que los campamentos, los encuentros deportivos y los talleres de artesanía son muy divertidos. Y hacen un montón de actividades conjuntas con las Juventudes Hitlerianas. —Ilse cruza los brazos detrás de la cabeza—. Además, tengo curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Sobre qué se siente al formar parte de algo... más grande.

—¿Más grande que qué?

Ilse abarca con un gesto de la mano los zapatos, los cuadernos y los libros que tienen alrededor.

—Que todo esto. Este ciclo interminable: ir a la escuela, estudiar, dormir..., roto tan solo por una estúpida fiesta de cumpleaños de vez en cuando. Todo me parece... no sé, insustancial, en cierto modo. Como si yo no estuviese ayudando a cambiar nada.

Renate frunce el ceño.

—¿Qué quieres cambiar?

—No lo sé. Algo. Oh, y adivina qué. —Baja la voz—. Erika dice que el verano pasado fueron a acampar con las Juventudes y que se escabulló de su tienda y fue a nadar con Rudi y con otros tres chicos. —Baja aún más la voz—. En ropa interior.

Algo amargo se revuelve en el estómago de Renate. Se dice a sí misma que no es solo porque Erika fuese a nadar medio desnuda con Rudi, sino porque fue de acampada. Sus padres nunca la llevarían a pasar la noche en el bosque. Por un lado, su madre no soporta los paseos por la naturaleza («aburridos, inútiles»). Tampoco es capaz de

cocinar, ni para salvar la vida; y eso en una cocina, mucho menos en una fogata. Además está la cojera de Franz, secuela de una poliomielitis infantil. Le cuesta caminar con bastón incluso en superficies planas. En cuanto a su padre, afirma haber pasado el tiempo suficiente en tiendas de campaña en el frente ruso como para eximirlo durante varias vidas.

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué?

—¿Te unirías si yo lo hiciera?

—Ya sabes cómo son mis padres.

—¡No tienes por qué decírselo!

—¿No necesito su aprobación?

—Sabes imitar la firma de tu padre, ¿no?

—¿En serio? —Renate la mira boquiabierta—. ¿Y qué hay de mis expedientes? No puedo conseguirlos por mi cuenta.

—Me han dicho que, si es preciso, se los piden al Departamento del Censo. Solo tienes que avisar con suficiente antelación.

Renate se estira y hace crujir el cuello: primero hacia un lado, luego hacia el otro. Trata de imaginarse siguiendo la sugerencia de Ilse: mintiendo, falsificando la firma de su padre, inventando excusas para salir dos veces a la semana y los sábados. Solo de pensarlo, se marea. Lo más rebelde que ha hecho hasta ahora ha sido sacar la lengua a espaldas de su madre hace cinco años, solo para ver si podía hacerlo. Y no pudo: «Renate —le había espetado Lisbet Bauer—. Mete la lengua en la boca». Ni siquiera se había molestado en darse la vuelta.

Decide cambiar de tema.

—La cuestión ahora es cómo voy a recuperar esa estúpida postal. Franz me matará si descubre que se la he cogido.

—¿Cómo va a saber que has sido tú?

—¿Quién más podría ser? ¿Mi madre?

—Tal vez Raina. —Ilse le da un toque a Renate en el hombro—. Le pega hacer algo así.

—Raina no solo robaría la postal, la recrearía. —Renate mira a Ilse de soslayo—. Pero con un manatí en vez de con un hombre.

—Aj, qué asco. —Ilse finge tener arcadas.

Raina Bachmeier es el nombre del malvado *alter ego* que Renate se inventó después de que vieran juntas *El doctor Jekyll y Mr. Hyde* en el Concordia. El de Ilse es Ida Fuchs. Siempre están compitiendo para ver cuál es más insensata y depravada; en las últimas semanas, Raina Bachmeier ha quemado la escuela Bismarck, ha robado una joyería y ha dado a luz al hijo ilegítimo del señor Steinberg, mientras que Ida Fuchs ha robado todos los letreros de las calles de la ciudad, ha secuestrado el tren número 8 que va a París y se ha comido un cachorro de *teckel* para almorzar.

—Tendré que pedírsela a Rudi la próxima vez que lo vea. —Renate suspira—. Será muy embarazoso. Seguro que piensa que soy la peor chica del mundo.

—Si pensara eso, no habría salido en tu ayuda —dice Ilse con aspereza—. El rescate de la bella doncella.

—¿Bella?

Renate resopla. Se ha percatado de que la gente —en particular los chicos— ha comenzado a mirarla de manera diferente en los últimos meses con la misma vaguedad con la que se ha percatado de los cambios de su propio cuerpo: el alargamiento de sus piernas pálidas y delgadas, el sutil ensanchamiento de las caderas y el estrechamiento de la cintura, el modo en que su antigua maraña de rizos marrones tan poco femenina se ha transformado, casi por arte de magia, en una abundante cascada de ondas que le cae sobre la espalda. Cuando oye los suaves silbidos y los comentarios —«¡Hola, preciosa!», «¡Qué lista eres!»—, le cuesta darse cuenta de que se refieren a ella y mucho más reaccionar.

—Rudi también lo habría hecho por ti —le dice incómoda a Ilse consciente de que no es cierto.

No es que no encuentre a Ilse hermosa, con su figura de amazona rubia, pero reconoce que hay algo acérrimo e inflexible en su amiga, algo casi viril que mantiene a los chicos a raya. Fue ese mismo instinto férreo el que llevó a Ilse a lanzarse contra el ladrón de mochilas aquel día en el metro, algo para nada accidental, aunque, por supuesto, Renate nunca admitiría saberlo. Ilse había respondido al tirón del ladrón con una furia tan bruta como instantánea, como si hubiera

estado esperando toda la vida esa oportunidad para humillar y hacer daño a un oponente. Recordarlo —la mirada asustada del ladrón mientras huía— es suficiente para que a Renate se le haga un nudo en la garganta.

—No, no lo habría hecho —dice Ilse—. Ningún chico lo haría.

Ilse mira malhumorada las estrellas que ambas han recortado y pegado en el techo de sus respectivos dormitorios, formando constelaciones diseñadas por ellas mismas; «Así nos iremos a dormir bajo el mismo cielo», había dicho Renate. Luego suspira.

—Lo irónico —dice Renate, cambiando de tema—, es que ni siquiera has podido ver la postal. A pesar de todo lo que ha sucedido.

Ilse sonríe.

—Vi suficiente cuando el señor Steinberg la agitó como si fuera un matamoscas. Me pareció que el hombre la estaba besando en la boca.

Ilse saca la lengua.

—¡Oh, Ilsi, es repugnante!

Renate se cubre la cabeza con la almohada. Impertérrita, Ilse avanza a gatas y aparta la almohada de la cara de su amiga.

—Tal vez —susurra— Franz le ha hecho eso a una chica. Puede que hasta fuera él el de la foto. Dijiste que no se veía la cara del hombre, ¿verdad? ¿De qué color tenía el pelo? —Ilse se ríe triunfal—. De esa manera podría haber conseguido la foto. Directamente de la fuente.

Sus mejillas están más coloradas y la voz le tiembla por la emoción. Renate se da cuenta, pero no hace comentario alguno al respecto.

—¡Eres horrible! —es cuanto dice.

Renate recupera la almohada y se la lanza a Ilse a la cara, pero es débil y torpe y falla. Entre risas, Ilse la agarra de nuevo. Luego ruedan juntas por el suelo, riendo y jadeando; las dos encajan perfectamente, igual que siempre, como las dos únicas piezas de un rompecabezas.

3

Ava

1977

El 747 parecía una enorme ballena varada, resplandeciente por el calor de mediados de verano. Mientras rodaba por la pista hacia la pasarela de acceso, comenzó a darle vueltas en la cabeza el viejo verso de Bob Hope: «Acabo de llegar volando de la Costa Oeste y, chico, ¡qué cansados tengo los brazos!». Cuando Ava oyó el chiste por primera vez, acababa de llegar a Estados Unidos y se quedó desconcertada: ¿por qué le dolerían los brazos a nadie por estar sentado en un avión?

Ahora era a ella a quien le dolían los brazos. Había estado sosteniendo a Sophie junto a la ventana para que viera aterrizar a los aviones y el ir y venir de los carros de equipaje durante lo que le pareció una eternidad, aunque su intención inicial había sido hacerlo unos instantes. Pero como ocurría con tantas otras cosas con su hija durante esos días, la tarea se convirtió en una batalla de voluntades: una vez la levantó, la niña se negó a que la bajara.

—Vamos, cariño. —Ava lo intentó de nuevo acomodando a Sophie en su cadera. A pesar del excesivo aire acondicionado, el sudor le resbalaba por la columna vertebral y empapaba la cintura de sus Wrangler—. Mira —dijo—. También puedes verlo desde aquí. Y si te sostengo de pie, podemos bailar. —Se puso a rebotar sobre las puntas de sus pies cantando en voz baja en alemán, pues no conocía ninguna canción infantil en inglés—. *Alle Vögel sind schön da, alle Vögel, alle...* «Todas las aves son hermosas, todas las aves, todas...».

—¡Nooo! —gritó su hija—. ¡Apá! ¡Apá!

Una palma regordeta se estrelló contra la mejilla de Ava con la fuerza suficiente como para que sintiera una punzada de dolor en el

cuello. Reprimió el impulso de dejar caer a la niña al suelo.

—Los brazos de mamá no son tan fuertes —dijo en cambio, trasladando el peso húmedo de Sophie a la otra cadera y notando el olor a amoníaco de un pañal que ya tendría que haber cambiado—. Necesito descansarlos para que tú y yo podamos darle un abrazo muy grande a la *Oma* cuando salga por esa puerta. ¿Ves? Saldrá por ahí.

Señaló a la puerta de llegadas, donde por fin una azafata estaba ocupando su puesto. Sophie dirigió una mirada recelosa a la mujer, quien, Dios la bendiga, tuvo la amabilidad de saludarlas moviendo los dedos enfundados en un guante blanco. Sophie solía desconfiar de los desconocidos, pero aquella chica tenía algo, quizá el alegre sombrerito rojo, que había despertado el interés de la pequeña. Levantó un puño regordete en un gesto que recordaba más al saludo del Black Power que a un «hola», pero el ceño fruncido de su cara se transformó en lo más parecido a una sonrisa que su madre había sido capaz de arrancarle durante horas.

Suspirando, Ava dirigió su atención a los pasajeros que desembarcaban; la mayoría iban demasiado abrigados para la ola de calor sahariano que azotaba la ciudad. Atenta a sus rostros demacrados, se dio cuenta de que no sabía muy bien qué estaba buscando; después de todo, no veía a su madre desde hacía casi una década. ¿Y si Ilse había cambiado? ¿Y si había ganado o perdido veinte kilos? ¿Y si se había teñido el pelo de negro o de azul? ¿Y si ni siquiera estaba a bordo?

Esta última posibilidad le provocó un estremecimiento no del todo desagradable. Ava se había quejado con frecuencia a sus amigos, amantes y terapeutas de que, desde que se mudó a los Estados Unidos, en 1968, Ilse no había ido ni una sola vez a visitarla. No había ido para su graduación en la escuela de arte, ni para su primera exposición en el Bowery, ni cuando al morir su mejor amigo y examante Ava cayó en una depresión que le duró un mes, situación que había preocupado lo suficiente a su entonces compañera de cuarto, Livi, como para que decidiera llamar a Ilse por su cuenta. «No creo que pueda ayudarla», había respondido al parecer. Ilse ni siquiera había ido cuando nació Sophie, aunque aseguró que había hecho las

reservas y que había pedido tiempo libre en la revista. Pero, como de costumbre, algo había interferido; en ese caso, una gripe repentina: «No me gustaría que tú o el bebé enfermarais —había dicho su madre cuando la llamó para darle la noticia—. Bastante difícil es ya cuidar de un recién nacido sano». «Qué vas a saber tú», había querido contestarle Ava. Pero, por supuesto, no lo hizo.

De modo que, cuando Ilse volvió a llamar poco después del primer cumpleaños de Sophie para anunciar que había pagado no solo un billete de Lufthansa, sino también una habitación de hotel en el Greenwich Village, la reacción de Ava había sido ambivalente. Naturalmente, había escepticismo, pero también una obstinada emoción ante la expectativa: un hilo de esperanza en que, tal vez, por fin, Ilse estuviera lista para ser la madre cariñosa, solidaria y, lo más importante, abierta que Ava siempre había querido que fuese.

Liberada del hechizo de la azafata, Sophie volvió a canturrear:

—¡Aba, aba, aba, aba!

Comenzó a retorcerse y a rebelarse.

—Espera, espera —la silenció Ava—. Un minuto más. Todavía estamos buscando a la *Oma*. Si no viene, te cogeré en...

Pero antes de que terminara la frase, ahí estaba Ilse, con un vestido a cuadros y una chaqueta a juego, como si acabara de salir del metro de Bremen.

—¡Mamá! —llamó Ava.

Mientras Ilse se dirigía hacia ellas con la cabeza envuelta en trenzas, Ava agarró la suave muñeca de Sophie para que la saludara. La niña, cuya fuerza era realmente asombrosa, forcejeó hasta convertir el gesto en una pegajosa bofetada en la mejilla izquierda de Ava, justo cuando los ojos de Ilse y de Ava se encontraron. A Ava le pareció que su madre estaba confundida y un poco afligida; su mirada le recordó con asombrosa claridad el día en que, tres décadas antes, Ilse había aparecido sin avisar en el orfanato de Bremen donde Ava había pasado el final de la guerra. Durante un instante, Ava sintió la misma mareante mezcla de emociones encontradas que había sentido al mirar a su madre a los ojos la que le había parecido la primera vez: inmensa alegría por el tan esperado regreso de Ilse y angustia por el temor a

que volviera a salir por la puerta.

Ilse cogió su equipaje de mano y se dirigió a grandes zancadas, caminando con sus consabidos andares soldadescos y la espalda bien erguida, hacia donde Ava y Sophie aguardaban de pie.

—¡Aquí estas! —dijo como si fuese ella quien hubiera estado esperando—. Dios mío, creía que no nos iban a dejar salir nunca.

Mientras hablaba, Ilse no miraba a Ava, sino a Sophie, que la observaba con una expresión de consternación que Ava comprendía perfectamente: al verlas juntas por primera vez, el parecido entre madre e hija no solo era evidente, resultaba casi desconcertante. Sus ojos eran iguales en forma y color y también sus narices y sus mentones. Incluso sus expresiones —seriamente fascinadas, ligeramente cautelosas— parecían haber salido de la misma cadena de montaje, aunque con cinco décadas de diferencia.

—¡Es adorable! —dijo Ilse con una calidez tan sincera que sorprendió a Ava—. ¿La puedo coger?

Ilse volvió a dejar su equipaje en el suelo y levantó los brazos.

—Es un poco tímida con... —comenzó a decir Ava.

Entonces se calló. No solo porque había estado a punto de decir «desconocidos», sino porque Sophie se abalanzó sobre su abuela con los brazos regordetes extendidos. Como si hubiese estado esperando aquel momento durante toda su corta vida.

—¿Aún no camina? —preguntó su madre mientras el taxi aceleraba para incorporarse a la humeante autopista.

Ava se secó la frente con la parte inferior de la camiseta.

—El médico dice que las niñas a menudo empiezan más tarde. Sobre todo si no gatean antes.

—¿No gatea?

Ilse parecía horrorizada, como si Ava le acabara de revelar que su nieta no respiraba.

—Yo tampoco lo hacía, ¿recuerdas?

—Fue hace mucho tiempo —respondió vagamente su madre.

Ava la estudió de reojo. En el aeropuerto no lo había notado tanto,

pero Ilse había cambiado en la última década. Su cuerpo parecía más robusto, su postura un poco más encorvada. Todavía tenía la piel suave y pálida de una lechera bávara, pero las arrugas sobre las cejas y en torno a la boca parecían más profundas. Su cabello también había cambiado y el rubio cedía ya parte al gris. En general, más que envejecer, sus rasgos se habían suavizado.

También su actitud era más apacible; se reía y balbuceaba con su nieta con una espontaneidad desenfadada de la que Ava no recordaba haber sido objeto jamás. Por otra parte, reflexionó, sus propios abuelos le habían parecido personas completamente diferentes a aquella pareja inflexible y severa que Ilse había descrito en las pocas ocasiones en las que se había dignado a hablar de ellos. Para Ava, los años con su *Oma* y su *Opa* habían sido el período más feliz y seguro de su infancia. Todavía se le hacía un nudo en la garganta cuando pensaba en ellos.

Hundió la nariz en el pelo suave y húmedo de Sophie.

—¿A que estamos contentas de que la *Oma* esté aquí? —murmuró.

—No —dijo Sophie y pateó con los talones los muslos de Ava.

—No hagas daño a mamá —la regañó Ava inmovilizándole los rebeldes tobillos con una mano.

—¿Nunca le hablas en alemán?

Ilse se pasó un pañuelo por la frente.

—No quiero confundirla —mintió Ava.

La verdad era que quería tener la menor conexión posible con su antigua patria. A menudo, ni siquiera le decía a la gente que era alemana.

—¿No has leído que los primeros años son el mejor momento para aprender idiomas? —preguntó Ilse.

—No tengo mucho tiempo para leer —dijo Ava cansada—. Esta niña consume mucha energía.

—Tú también —señaló Ilse—. Pero yo me las arreglé para trabajar y leer.

«Tuviste ayuda», quiso responder Ava, pero no lo hizo.

—Bueno —dijo en cambio muy diplomática—. Tal vez puedas darme algunos consejos. Dios sabe que me vendrían bien.

Esa era precisamente una de esas oportunidades que la Ilse que Ava recordaba habría aprovechado para seguir menospreciándola. «Ya veo», habría dicho. O bien: «Sí, necesitas unos cuantos». Ahora, sin embargo, sonrió y tocó uno de los rizos rubios, casi blancos, de la pequeña.

—Parece que lo estás haciendo bastante bien —dijo Ilse. Viniendo de ella, aquello era un gran elogio.

—¿Cómo se llama el barrio? —preguntó Ilse media hora después.

Tenía la mirada fija en una pared cubierta de carteles de grupos musicales, ofertas de acompañantes y grafitis: un símbolo de la paz sobre una esvástica, sugerencias pintadas con espray como «Mata a un *yuppie*» o eslóganes políticos aludiendo a Koch, que era homosexual, como «Vota a Cuomo, no al *homo*»...

—East Village.

—¿Antes no vivías en otro barrio?

—En Greenwich, con Livi. Pero Mark y yo encontramos este piso de renta controlada y nos pareció demasiado bueno como para dejarlo pasar. Solo son ciento cincuenta dólares al mes.

—Mark es el padre.

Der Vater. Sonaba tan clínico y aséptico, tenía tan poco que ver con el hombre alegremente autodestructivo con quien Ava había compartido una vida tan fugaz... Su aventura había sido una enana blanca en el universo caótico de su vida amorosa: cegadoramente brillante, imposiblemente densa, desgarradoramente breve; nada se le había parecido en intensidad ni antes ni después. Huyó cuando ella se quedó embarazada, apenas tres meses después de convencerla de que se mudara con él. Lo único que había dejado era una maltrecha guitarra Martin, un cheque para pagar seis meses de alquiler y una nota garabateada con prisa: «Lo siento, nena».

—Sí, es el padre de Sophie —dijo Ava mirando a su hija, que ahora parecía una muñeca de trapo endeble en su regazo; se había quedado dormida en una postura imposible como solo los niños pequeños pueden hacer.

—¿Es americano?

—Sí. —Ava suspiró; estaba bastante segura de haberle dicho al menos eso en sus cartas.

—¿Y todavía vive en Nueva York?

Lo último que Ava supo de Mark fue que estaba en Los Ángeles compartiendo apartamento (y posiblemente cama) con el baterista travesti de una banda de *glitter* llamada The Bobbie Cocks.

—Hemos perdido el contacto —dijo Ava con firmeza.

Su madre estudió su rostro, la mirada opaca.

—No pareces muy molesta.

—¿Molesta por qué?

—Por el hecho de que Sophie no conozca a su padre.

Ava se quedó boquiabierta. Que ella recordara, hablar de su propio padre había estado implícita y explícitamente vedado. De niña solo sabía que había sido un soldado alemán que había muerto en el frente oriental. En la adolescencia, trató de saber más acerca de él por su cuenta, falsificando la firma de su madre para pedir una copia de su certificado de nacimiento y así investigar el nombre que figuraba en los archivos de la Wehrmacht de Berlín. Pero sus hallazgos solo habían confirmado sus peores temores y habían arrastrado a Ilse a un secretismo aún más hosco.

—Quién sabe —dijo Ava con cautela—. Tal vez algún día vuelva a aparecer en escena.

Secándose la frente de nuevo, Ilse comenzó a bajar la ventanilla cubriéndose la boca y la nariz al percibir el característico olor de la ciudad a basura enmohecida, alquitrán derretido y excrementos de perro recociéndose al sol.

—¿Realmente no había otro lugar para vivir? —preguntó Ilse con voz de pato tapándose la boca con la palma de la mano—. Ahora entiendo por qué mi agente de viajes me aconsejó que no me instalara aquí.

—No es tan mal sitio como parece —repuso Ava a la defensiva—. Si tuviera dinero, me compraría un piso en este vecindario.

—Un trabajo te podría ayudar, ¿no?

—Tengo un trabajo, mamá. Unos cuantos, en realidad. Está la

propuesta de libro en la que estoy trabajando con un conocido autor infantil; mi agente dice que la editorial Scribner está interesada. Está el grupo de teatro que dirijo los lunes y miércoles, del que cobro algo. Y sigo siendo profesora de alemán en el instituto los fines de semana por la tarde; Livi o Jakob cuidan de Sophie.

—*Unglaublich* —murmuró su madre. «Increíble.»

Ava se puso tensa antes de darse cuenta de que el comentario no iba destinado a ella. Se habían detenido en un cruce. Ilse estaba mirando por la ventanilla y se fijó en un edificio ruinoso que parecía que llevara varias décadas deshabitado. Armazones de coches destrozados se mezclaban sin orden ni concierto con los escombros, como restos de esqueletos de algún derbi urbano primitivo.

—¿Cómo es posible que tengan esto así? —preguntó Ilse mientras el taxi reanudaba la marcha con una sacudida—. Parece Berlín después de la guerra.

Ava volvió a mirarla un momento. El paradero de su madre al final de la guerra y durante el año siguiente era otra de las cosas sobre las que Ilse se negaba a hablar. Ava estuvo tentada de insistir en el asunto: «¿Ahí es donde estabas entonces? ¿En Berlín?», pero sabía por experiencia que presionar a Ilse en temas que no quería abordar solo serviría para aumentar la distancia que había entre ellas.

De modo que simplemente se encogió de hombros.

—Alemania se recuperó bastante bien.

—Según parece, los yanquis se esforzaron más en Alemania —dijo Ilse con aspereza. Por un momento volvieron a sumirse en un silencio caliente y pegajoso. Luego su madre pareció reanimarse—. La semana pasada me encontré con el doctor Bergen.

Ava sintió que el estómago se le encogía.

—Vaya...

—*Ja*. —Su madre asintió con la cabeza—. La viuda de Ulrich vino a Bremen el mes pasado, con los niños.

«Qué bien» , o «¿cómo la viste?» , o «¿cuántos años tienen ahora los niños?» eran las cosas que la gente decía normalmente en esos casos. Pero la herida por la muerte de Ulrich seguía tan abierta en Ava como cuando recibió el telegrama, hacía más de un año:

Ulrich confirmado muerto. Altos del Golán, francotirador. Funeral Tel Aviv 28 junio.

Ava miró por la ventanilla, esforzándose a la desesperada por pensar en cómo cambiar de tema, pero entonces notó una mano en el hombro.

—Todo mejora con el tiempo —dijo Ilse en voz baja.

Antes de que Ava pudiera preguntar a qué se refería, llegaron a su apartamento.

Dos días después, Ava se encontró tarareando *Eine kleine Nachtmusik* mientras revolvía sémola en el fogón. La sopa aún no había empezado a hervir y Sophie estaba más irritable que nunca por culpa de una rozadura del pañal y de dos dientes nuevos que le estaban saliendo. Después del tercer intento de acostar a su hija para que durmiera una siesta, al final Ava había recurrido otra vez a la mochila portabebés, aunque era algo que intentaba evitar en casa. Sin embargo, ahora parecía la única manera de prevenir que la niña chillara mientras ella revoloteaba por la cocina.

Ava estaba haciendo su primera comida alemana formal, con recetas extraídas de su intacto *Alegrías de la cocina alemana* e ingredientes que había comprado tras empeñar la guitarra de Mark. Era un plan ambicioso; por aquel entonces sus aspiraciones culinarias rara vez iban más allá de la comida precocinada de Jiffy Pop o Swanson. Pero le había parecido que esa era una buena manera de expresarle a Ilse sus sentimientos, su (¿de verdad pensaba eso?) gratitud.

Sí, estaba realmente contenta de tener a su madre allí. Muy contenta. Sorprendente y absurdamente contenta. Y le constaba que Sophie sentía lo mismo: después de dos días escuchando atentamente a Ilse parlotear en alemán, su nueva palabra favorita era «*Oma*». «*Oma*, *Oma*, *Oma*», había cantado dormida la noche anterior mientras Ilse la acunaba en su habitación y Ava se permitía el lujo de darse un baño tibio. Ilse, a quien rara vez había oído cantar, había cantado con ella y había terminado la canción con una triste tonadilla que a Ava le pareció reconocer, pero que no recordaba:

Holla-hidi hollala,
Holla-hidi ho.

Acostar a Sophie era toda una hazaña, pero fue solo uno de los muchos milagros que Ilse había obrado. Apenas una hora después de aterrizar en el pequeño y sofocante apartamento de Ava, se había puesto a limpiar con la energía legendaria de una ama de casa alemana. Fregó la cocina y la bañera hasta que no quedó ni una gota de papilla ni rastro de suciedad. Había devuelto el criadero de hongos en el que se había convertido el baño de Ava a su estado original y se había encaramado a las dos escaleras de incendios del apartamento para limpiar todas las ventanas. Cuando terminó, la casa estaba tan reluciente que podía dispersar una obstinada nube de tormenta apostada en lo alto del edificio.

Pero el día anterior había dado el golpe de gracia materno. Ilse apareció, ya entrada la mañana, llevando a remolque a un joven delgaducho con un delantal del Macy que resoplaba y jadeaba detrás de ella después de haber subido los cuatro tramos de escaleras cargado con dos grandes cajas. Dentro de cada una había un reluciente aparato de aire acondicionado Friedrich.

—Uno para la cocina y otro para el dormitorio —dijo Ilse mientras Ava se quedaba boquiabierta y muda al ver los electrodomésticos.

—*Was ist los*? ¿He comprado el tipo equivocado?

Ava negó con la cabeza, abrumada no solo por el regalo, sino también por comprender de una manera tan descarnada que, a pesar de declararse independiente y autosuficiente y de las protestas escritas a sus amigos diciéndoles que se estaba «manejando bien» sola, no era verdad. En absoluto.

Ilse hizo que el repartidor instalara los aparatos de inmediato, supervisando el montaje con el mismo pragmatismo enérgico con el que años atrás había supervisado los deberes y las acampadas. Rechazó el dinero que Ava le ofreció por pura cortesía, pues en realidad no tenía dinero.

—Lo estoy pasando en grande con mi nieta —había dicho su madre haciendo rebotar a Sophie en su rodilla—. Es suficiente pago de por sí.

Y entonces, para completar su nuevo papel de madre imperfecta convertida en hada madrina, se llevó a la pequeña a dar un paseo, dejando que Ava durmiera una siesta en aquel frescor maravilloso y penetrante.

Inclinándose con cuidado, Ava dejó la cuchara de cocina cubierta de brillante masa de pudin y abrió la puerta del horno. El *Schweinebraten*, con su crujiente capa de pimentón, mostaza y comino, parecía estar dorándose bien y el olor era poco menos que celestial. En la rejilla superior, una torta de camembert burbujeaba alegremente sobre su base de pasta brisa al lado de la salsa de grosellas que acompañaría al pudin.

Sintiéndose más satisfecha de su creatividad que en todo el último año, Ava cerró el horno de nuevo y luego se apoyó en el mueble de la cocina para limpiar el vaho de las gafas. Sophie, que había estado dormitando y babeando en la mochila portabebés, se despertó lo suficiente como para darle sin querer una bofetada y tirárselas al suelo.

—¡Mierda, Sophie!

Agarrándose a la encimera de la cocina para mantener el equilibrio, Ava realizó un incómodo *plié* mientras la niña le daba patadas con los talones en la ingle e intentaba tirarle las gafas de nuevo. Ava le dio a chupar la cuchara del pudin para distraerla.

Abrió la nevera y sacó el Zinfandel que había estado bebiendo mientras cocinaba. Al servirse el tercer (o quinto) chorrito de vino rosado, se dio cuenta de que se había tomado más de media botella.

—Ba-ba-ba-ba —canturreó Sophie.

—No pasa nada —le dijo Ava—. Tenemos otra para cuando llegue la *Oma*.

—*Oma*, *Oma* —dijo Sophie.

—Sí, *Oma*. ¿Crees que se pondrá contenta con toda esta comida tan deliciosa?

Su hija agitó la cuchara como si tocara el tambor y faltó poco para que golpeara a Ava en la nariz.

—*Nein* —dijo Sophie muy seria, con una expresión y un tono tan propios de Ilse que Ava no tuvo más remedio que reír a carcajadas.

A las nueve menos cuarto, la mesa de la cocina estaba preparada, con cubiertos de plata, vasos bajos de color asalmonado y los dos únicos platos que Ava aún conservaba sin mellas. Sophie dormía por fin en la cuna, acurrucada bocabajo sobre las sábanas recién lavadas y sujetando con el puño regordete y decidido la cuchara de cocina. Para tratar de distraerse de su enfado, Ava esbozaba un dibujo de su asado de cerdo, ahora ya frío, en una factura de teléfono atrasada. Porque Ilse, la pragmática, correcta y puntual como buena alemana Ilse, llevaba más de una hora de retraso.

Ava había llamado al hotel Jane dos veces sin resultado alguno: «Madame» no contestaba al teléfono. Después de acostar a Sophie, salió media hora a la escalera de incendios y acabó con lo que quedaba en la botella de Paul Masson mientras se fumaba dos Parliament de su cajetilla de emergencia. Incluso había llamado a la cafetería Chocolate relleno de nueces de la acera de enfrente, aunque dadas las críticas de Ilse a su café («deberían llamarlo "relleno de nada"») parecía un destino poco probable. La encargada le confirmó que no, no había visto a la «simpática señora mayor» que Ava le había presentado el día anterior a la hora del desayuno.

Sentada en el marco de la ventana abierta, Ava rebuscó en su memoria alguna pista que su madre pudiera haber dejado caer. Pero, pensándolo bien, Ilse había sido muy ambigua sobre sus planes; se había limitado a decir que salía a «explorar un poco la ciudad». Cuando Ava se había ofrecido a acompañarla, su madre le había espetado un «no me pasará nada» con una rotundidad que dejaba claro que no había nada más que discutir. Como de costumbre, Ava no la había presionado para que le diera más detalles.

Ahora miraba fijamente la oscura acera con sus amantes ocasionales, sus astrosos montones de basura y las salpicaduras a lo Jackson Pollock de líquidos derramados, comida y excrementos caninos. ¿Y si Ilse se había empeñado en «explorar» el Bronx o Harlem

por su cuenta? Por muy omnipotente que siempre le hubiese parecido a Ava, seguía siendo una señora alemana de mediana edad, acostumbrada al orden y a la cortesía alemanes, a la eficiencia y a la meticulosidad alemanas; estaba tan preparada para la noche de Nueva York como lo estaría para un safari en solitario por el Serengueti.

Un leve y persistente gruñido que provenía del dormitorio interrumpió sus pensamientos, una mezcla de tos y el chirrido de una bisagra. Ava retuvo una bocanada de humo, rezando para que solo fuera uno de los sonidos que Sophie emitía cuando dormía. Pero el ruido se convirtió en un gemido constante y débil que indicaba que, definitivamente, la niña estaba despierta.

Exhaló el humo molesta, apagó el cigarrillo en su maceta de cintas marchitas y dejó el vaso sobre la encimera: ahora sí, se había cerrado oficialmente ese breve paréntesis en el que ella y su madre podían haber disfrutado de la cena en la que había estado trabajando tan duro durante todo el día.

«Maldita sea.»

Cuando llegó a la habitación, Sophie se había puesto de pie en la cuna y sacudía la barandilla como una pequeña reclusa en un manicomio. Aquello no era nada raro, pero al acercarse, Ava enseguida se dio cuenta de que algo iba mal. El grito de la niña era débil y ronco, parecía más una súplica que una protesta. Tenía la cara pálida y los ojos rojos e hinchados. Ava la cogió y presionó sus labios contra la frente de su hija y las puntas de los dedos contra su delicada oreja. Estaba ardiendo.

—¿Qué pasa, cariño?

Acunando a la niña contra su pecho, Ava corrió al cuarto de baño, rezando para que el termómetro estuviera donde lo había dejado la última vez. No había tenido que usarlo muy a menudo, ya que Sophie era un bebé muy fuerte (otro rasgo que había heredado de su abuela). Ava tuvo que buscar a tientas durante unos segundos —en el botiquín, en el vaso del cepillo de dientes— antes de localizarlo debajo del lavabo, mezclado con un juego de rulos rotos Clairol. Sacudió el mercurio y limpió el bulbo antes de tender a Sophie bocabajo en la cama.

Para entonces los gritos de la niña se habían desvanecido en gemidos: quejidos acompasados bastante más difíciles de oír que los alaridos a pleno pulmón. Al insertar el termómetro, Ava reprimió una necesidad violenta de llorar junto a su hija mientras esperaba el resultado: 39,5 ºC.

Se quedó paralizada un instante, presa del pánico: la temperatura más alta que Sophie había tenido era 38 ºC, hacía casi un año. Por suerte, Livi estaba con ella y había llamado a una compañera estudiante de Psicología que también era enfermera. Ava trató de recordar qué consejo le había dado en aquella ocasión: ¿algo sobre paños fríos? ¿Baños fríos? ¿O eran guisantes congelados? Habían ocurrido tantas cosas desde entonces... Y había dormido tan poco... Fue como intentar recordar otra vida.

Ava puso a Sophie en su regazo, cogió el teléfono de la mesita de noche y marcó aquel número tan familiar ahora simplemente guardado como memoria muscular.

—¿Diga?

—Tiene fiebre.

Su mejor amiga no necesitó preguntar quién.

—¿Cuánta?

—39 y medio.

—Mierda. —Ava oyó una exhalación («¿Está fumando?», se preguntó).

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Dónde está tu madre?

—No lo sé. —Ava sintió que se le hacía un nudo en la garganta—. Tendría que haber regresado a las siete y media.

—¡Dios santo! De acuerdo. No te asustes. —La voz de Livi cambió a un registro más duro, más rápido; era su tono de «vamos a solucionar esto»—. No sé si Fran está en la ciudad —dijo—, pero déjame intentarlo, ¿de acuerdo? Si no, puede que Daniel conozca a alguien. —Daniel era el actual novio de Livi, un fornido boxeador aficionado que también era paramédico—. No pierdas la calma. Si no te llamo en diez minutos, llámame tú. ¿Entendido?

Ava asintió con la cabeza; estaba demasiado angustiada para verbalizar una respuesta. Colgó, apoyó la cabeza de Sophie contra su hombro y la meció suavemente; sintió el corazón de la niña palpitando contra su piel mientras intentaba pensar a través de la densa bruma de calor y alcohol que parecía haberle llenado la cabeza. ¿Qué había pasado? Cuando había acostado a su hija, parecía aletargada, sí, tal vez incluso un poco mimosa; pero Ava lo había atribuido a que Sophie no había dormido la siesta y a que hacía un calor sofocante. Tenía la piel tibia, pero había supuesto que se debía al contacto con el propio cuerpo de Ava en la cocina caldeada por el horno.

De repente, Ava notó una humedad caliente en su muslo desnudo: se había olvidado de cambiarle el pañal.

—Joder —dijo.

Se limpió la pierna con un babero y desplegó un pañal Pampers nuevo. Una sirena sonaba a lo lejos. Ava miraba el teléfono, que no sonaba. Y seguía sin sonar. Se puso a caminar: de la cuna a la ventana y media vuelta. En la tercera ronda, pisó con el pie descalzo algo duro y pegajoso. Bajó la vista y vio la cuchara de cocina que le había dado a Sophie para que la mordisqueara.

Con el pie medio levantado, Ava entrecerró los ojos ante el pegajoso utensilio. Luego, dejándolo donde estaba, corrió hacia el teléfono y volvió a marcar el número de Livi.

—Huevos —dijo en cuanto ella contestó.

—¿Qué?

—Había huevos en el pudin que estaba haciendo. Huevos crudos. Le he dado a Sophie la cuchara para que la chupara.

Una pausa comedida.

—¿Crees que es salmonelosis?

—No lo sé. No sé qué otra cosa puede causar este tipo de fiebre. Dios, soy una idiota...

—Basta, cariño —dijo Livi con firmeza—. Sabes de sobra que lamentarse no sirve de nada. Escucha. Daniel me ha dicho que deberías llevarla a urgencias.

—¿Quieres decir que llame a una ambulancia?

—No. Ve directamente. La ola de calor está saturando las líneas telefónicas. Mejor ve en taxi. O incluso a pie.

—¿Adónde?

—Al hospital más cercano.

—No sé cuál es el más cercano.

—¿Lo dices en serio? —Livi suspiró exasperada—. ¡Av, llevas dos años viviendo ahí!

—¿Ves como soy una maldita estúpida? —le espetó Ava—. Soy tonta de remate. Todo esto es culpa mía.

Sophie se sobresaltó con el arrebato. Ava le acarició el cabello instintivamente y notó que lo tenía mojado; se dio cuenta de que había estado llorando encima de ella. Hipaba y sollozaba.

—Lo siento. Creo que estoy... —se esforzó por recordar la expresión inglesa— perdiendo el control. Lo estoy perdiendo. —Hizo una pausa —. Oh, Dios, ¿y si la pierdo? —Ava soltó un aullido estremecedor.

—Escúchame bien —dijo Livi con firmeza—. ¿Puedes escucharme un momento?

—Sí. —Ava tragó saliva—. Te escucho.

—Sal a la calle, para un taxi y dile que te lleve al Cabrini. Si no encuentras un taxi, ve a pie. Deprisa. Enfila la Segunda hacia la parte alta de la ciudad. El Cabrini está en la Diecinueve, entre la Segunda y la Tercera. ¿Llegaste a comprar el espray de pimienta que te recomendé?

—No.

Otra pausa, esta vez de fastidio.

—Vale. No es tan tarde, así que no tiene por qué pasarte nada. Pero ha oscurecido, así que camina deprisa. Estate atenta a tu alrededor. Te veré en urgencias en, digamos, veinte minutos. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Repítelo —dijo Livi.

—Cabrini. Diecinueve. Entre la Segunda y la Tercera.

—Bien. Nos vemos allí.

El calor parecía haber aumentado también la demanda de taxis y a

Ava le resultó imposible parar uno en la calle. Después de que el cuarto pasara a toda velocidad, como una especie de mancha a cuadros, comenzó a caminar: pasó ante las prostitutas de tops raquíticos y pantalones más cortos aún y ante unos chicos desharrapados que lanzaban pelotas de baloncesto a un aparato de aire acondicionado roto. Algunos la miraron y una prostituta con unas botas altas que le llegaban hasta los muslos le pidió fuego; Ava no tenía. Mientras empujaba el cochecito sentía un hormigueo en la piel fruto de la vulnerabilidad. Había descartado la idea de Livi de llevar espray de pimienta por considerarla una exageración americana, pero ahora deseaba haber comprado al menos un bote. A medida que apuraba el paso, sus latidos, antes pesados y sincopados, se volvían cada vez más fuertes. Entre el cansancio y los restos persistentes del vino rosado, tenía la impresión surrealista de que todo en aquella ciudad sin aire, incluso su propio trote rápido, fuera al compás de su ritmo.

Acababa de cruzar East Houston cuando las luces empezaron a parpadear y se apagaron: no solo la farola bajo la que estaba pasando, sino todas. Durante unos segundos, el efecto fue casi festivo, como luces de feria centelleando sobre la grava.

Luego todo se oscureció en una lenta y casi elegante progresión; una franja negra cada vez más amplia que empezaba en algún lugar por encima de su cabeza y se abría paso por la Segunda Avenida. Puf, puf, puf: como si unos fantasmas, como un grupo de faroleros sincronizados, apagaran cada farola.

Ava se paró en seco igual que todo lo demás en aquella sucia y ruidosa ciudad. Todo quedó misteriosamente en silencio, como si el sonido también fuera absorbido por la repentina negrura: dos millones de programas de televisión reduciéndose a pequeños puntos de luz antes de desaparecer; cinco millones de radios cayendo en un silencio estático; un millón de aparatos de aire acondicionado deteniendo su zumbido. El resto de sonidos también cesaron: las sirenas y las bocinas de los coches, los gritos y saludos de los transeúntes, los tímidos y acompasados ladridos de los perros; incluso las palomas dejaron de arrullar, como si el repentino cambio de atmósfera las hubiera cogido

desprevenidas. Clavada en la acera, Ava miró al cielo repleto de un sinfín de estrellas nuevas.

Por un momento, se quedó allí, paralizada por la visión de aquella belleza tan desconocida e inesperada. Entonces, alguien cerca de ella, una voz profunda y masculina, entonó una canción: «¡Viva! ¡Apagón!».

Como obedeciendo a una señal, el ruido de la calle urbana se reactivó, aunque en un tono que se percibía diferente: las sirenas sonaban amplificadas y más urgentes; los gritos, más estridentes y sinceros, como incitados por un repentino llamamiento a la batalla. Ava volvió a oír la palabra «apagón» y buscó en su cerebro la voz alemana correspondiente, decidiéndose finalmente por «*Stromausfall*». Era un término que hasta aquella noche había asociado con los bombardeos aéreos, una reliquia verbal de la «guerra de la que nadie quería hablar». Ava entrecerró los ojos en la repentina penumbra y le pareció muy apropiada, aunque a la luz de los coches que pasaban, se sentía casi cegada por aquella oscuridad de tinta.

Reanudó su marcha enérgicamente; el miedo a la oscuridad dio paso al instinto de todo neoyorquino de seguir avanzando por calles en las que cualquier vacilación te hacía vulnerable. Caminaba con la mirada fija en el frente, así que no fue hasta después de veinte minutos o más que, tras echar un vistazo furtivo al letrero de la calle, se dio cuenta de que iba en la dirección equivocada: no estaba yendo hacia la parte alta de la ciudad, sino hacia el oeste. Gimiendo de frustración, dio la vuelta al cochecito y retrocedió por donde había venido.

Después de lo que le parecieron horas, volvió a enfilar la Segunda, donde comenzó a distinguir siluetas y formas cambiantes en la oscuridad: un destello de piel iluminada por unos faros aquí, una camiseta sin mangas blanca como la tiza allá, las puntas encendidas de los cigarrillos flotando libremente como constelaciones en la penumbra. En un momento dado, se fijó en un grupo de figuras sombreadas que se unían varias manzanas más adelante, como partículas metálicas precipitándose hacia un imán. Se oyeron más gritos de «apagón», alaridos eufóricos, silbidos y el estruendo de las persianas de acero al cerrarse. Empezó a sonar una consigna. Ralentizando un poco el paso, Ava se esforzó en distinguir las palabras

por encima del pulso que le latía en los oídos: «¡A las tiendas! ¡A las tiendas! ¡A las tiendas!».

Entonces, desde un lugar aún más cercano, llegó la réplica abrupta e inequívoca: un disparo. Luego otro. Ava se quedó helada, tan conmocionada como si acabara de recibir el disparo ella misma. Sophie rompió de nuevo a llorar por el sobresalto. Descartando la idea de ir al hospital, Ava giró el cochecito y enfiló hacia la parte baja de la ciudad a todo correr: por muy enferma que estuviera Sophie, no merecía la pena arriesgar sus vidas.

Mientras corría por la acera humeante, Ava se mantuvo con los ojos en el frente y en guardia, como un luchador en el ring, aturdida por la rapidez con la que el orden se había deteriorado a su alrededor. ¿Cuánto tiempo llevaban caminando? La calle parecía tan concurrida como al mediodía. Ava corría de un lado a otro apretando la mandíbula con la misma concentración que cuando le había dado por los videojuegos. Al girar bruscamente para esquivar a dos hombres que arrastraban un sofá de tres plazas, casi choca con otro que llevaba un colchón en precario equilibrio sobre la cabeza. Una mujer con una caja de Barbie Disco y un montón de muñecas rollizas dejó caer una justo en el regazo de Sophie; un instante después, el único policía que parecía perseguirla («¿Dónde diablos estaban los demás?», se preguntó Ava) le arrebató el juguete con indignación, como si Sophie fuera cómplice del robo.

—¡Be-be-be! —chilló Sophie.

—No te preocupes —dijo Ava deteniéndose un momento para dejar pasar a una mujer enterrada bajo una montaña de ropa barata, con las perchas de plástico repiqueteando y las etiquetas de los precios revoloteando como pequeñas banderas victoriosas—. Conseguiremos otro bebé. Te lo prometo —dijo, aunque una parte de ella se preguntaba si quedaría algo en Nueva York después de semejante saqueo.

No había pasado más de una hora desde que había comenzado el apagón y las consecuencias ya eran abrumadoras: puertas reventadas, ventanas astilladas, paredes salpicadas de comida o pintura o (¿era posible?) sangre, la acera sembrada de cristales; al cruzar por encima

de un montón más grande, Ava notó que un fragmento se le clavaba en la suela de la sandalia, incrustándosele en la suave carne del puente del pie a cada paso. Ahora avanzaba cojeando. Pasó por delante de un hombre siniestro que cortaba un candado con una sierra y abría dos persianas con una palanca. Al otro lado de la calle, la multitud había forzado también la persiana de una ferretería con un gato hidráulico y, después de echar la puerta abajo con un contenedor de basura, la habían vaciado. Unos hombres cargaban los artículos robados en un camión de mudanzas que esperaba fuera. Unas tiendas más adelante, alguien había conducido una grúa hasta delante de una tienda de electrodomésticos y estaba sujetando el gancho a la puerta. Al pasar, Ava oyó cómo el motor del camión aceleraba y se quejaba brevemente antes de que la puerta se desprendiera con gran estruendo de su marco de acero. La muchedumbre estalló en una profana ovación. Un hombre empujó a Ava; llevaba una licuadora KitchenAid en lo alto como si fuese un trofeo deportivo.

Con los semáforos sin funcionar, el cruce de la calle Cuatro Este se convirtió en una suerte de instalación de arte urbano experimental. Los coches tocaban la bocina y se esquivaban en la oscuridad; los peatones, cargados con su botín, maniobraban en torno a ellos como alegres ratones en un laberinto. A primera vista, un hombre descalzo, con rastas y una boina escocesa a rayas parecía ser el que llevaba la batuta, aunque ni los conductores ni los peatones le prestaban la menor atención. Después de varios intentos, Ava consiguió cruzar y recorrió las últimas manzanas hasta su casa con el corazón en un puño.

Se despertó bajo la luz grisácea del sol en el suelo del cuarto de baño donde habían caído rendidas juntas después de una larga batalla por darle a Sophie una aspirina infantil. Sophie yacía sobre la alfombrilla, los rizos rubios húmedos y revueltos, los labios separados mostrando las pequeñas perlas que eran sus dientes incipientes. Estaba tan quieta que, por un momento, Ava temió que hubiese dejado de respirar. Pero entonces la niña lanzó un brazo al aire y suspiró, como si tratara de

agarrar una nube que sabía que no estaba a su alcance.

Ava apoyó con cuidado el dorso de la mano en la frente húmeda y rosada de Sophie y se sorprendió al notarla fresca. Se preguntó si los acontecimientos surrealistas de las últimas doce horas habrían sido simples visiones febriles: la pesadilla de una noche de verano provocada por las altas temperaturas y el exceso de vino dulce. Pero la luz del baño seguía encendida y el reloj de la librería se había parado a las 9.22.

Durante un segundo, Ava se quedó paralizada, abrumada de nuevo por el pánico en las calles, por la rapidez con la que un lugar conocido podía volverse irreconocible y peligroso. Había sido consciente de ello de niña, cuando sobrevivió a los bombardeos en Berlín, pero lo había olvidado cuando la ciudad de Nueva York se convirtió en su hogar. Se encontró preguntándose si a Ulrich le había sucedido lo mismo en el breve lapso entre su mudanza a Israel y su muerte.

Le sobrevino un torrente de añoranza por él tan repentino e intenso que Ava sintió un dolor físico en las entrañas. Apretándose la barriga con los brazos, pensó: «¿Por qué? ¿Por qué dejé que fuese?». ¿Por qué después de la última noche en Berlín no había exigido que uno de ellos cambiara de rumbo? ¿Que él viniera a Nueva York o que ella fuese a Tel Aviv o que ambos se marcharan juntos a algún lugar elegido de mutuo acuerdo?

Ava sabía por qué. Por la misma razón por la que, una década antes de su partida, había puesto fin a su romance adolescente cuando ni siquiera aún no había comenzado. Entonces le había echado la culpa a la horrible historia que habían descubierto juntos: «Mira quién era mi padre». Pero fue más tarde, después de una serie de efímeras aventuras desastrosas con hombres desleales, cuando entendió la verdad: Ulrich, el brillante y divertido Ulrich, su apoyo incondicional desde el momento en que se conocieron, había sido demasiado bueno para ella. Demasiado considerado, demasiado amable, demasiado seguro en una época en la que Ava ansiaba la emocionante distracción del peligro y el sufrimiento.

Ahora, mirando el techo con burbujas en la pintura, con su hija durmiendo sin fiebre a su lado, se dio cuenta de cuánto había

cambiado. Atrás quedaron los anhelos de autocastigo de su adolescencia y sus veintitantos, el impulso codicioso de perderse en los crueles caprichos de un hombre. Ahora, por primera vez en su vida, necesitaba exactamente lo que Ulrich había intentado darle años atrás.

La revelación fue tan aplastante y la añoranza tan grande que cuando el teléfono de la mesita de noche empezó a sonar, su primer pensamiento fue que era el propio Ulrich, que aparecía, como siempre había hecho, en el momento preciso en el que Ava más lo necesitaba. El lloriqueo de Sophie obligó a Ava a regresar al presente.

Se levantó haciendo el menor ruido posible y se dirigió hacia la cama con la espalda dolorida por el suelo duro de baldosas.

—*Ja, hallo*? —susurró.

Desde el otro extremo de la línea le llegó una versión reducida del caos del que había escapado horas antes en la calle: gente gritando y discutiendo, decenas de teléfonos sonando en un coro desafinado, una ráfaga de metralleta que al principio le sonó como una zona en guerra, aunque enseguida entendió que solo era la batalla que libraban unas máquinas de escribir.

—¿Es usted Ava Fischer?

Bronca y grave, la voz de aquel hombre parecía tan cansada como se sentía ella.

—Sí.

Sin apartar la mirada de Sophie, que aún dormía, Ava se sentó encorvada en la cama perfectamente hecha.

—Soy el agente Michaels de la Comisaría del Distrito Siete.

Ava se irguió.

—¿La policía?

—Sí, señora —dijo el agente con exagerada paciencia—. Llamo porque creo que tenemos aquí a su madre.

—¿A mi madre?

Sophie se revolvió sobre la alfombra del cuarto de baño.

—¿Su madre es Elsie Fischer? —preguntó el policía—. ¿Una señora mayor alemana?

—Ilse —dijo Ava aún aturdida—. Ilse von Fischer, sí.

—La recogimos a eso de las cinco de la mañana en el Bowery.

Ava soltó un grito ahogado.

—¿Está detenida?

—No está detenida. Estaba peleándose con un par de saqueadores cuando llegó nuestra patrulla. Daba la impresión de no saber adónde ir, así que la trajimos con los detenidos.

—¿Dice que se estaba peleando? —Ava cerró los ojos tratando de asimilar lo que estaba oyendo—. ¿Mi madre se estaba peleando en el Bowery?

—Está bien —dijo el agente respondiendo a la pregunta que Ava debería haberle hecho—. Un poco alterada, pero sin heridas aparentes. No queremos que se vaya sola. Necesitamos que venga a recogerla.

Ava miró a Sophie. Ya despierta, se había dado la vuelta y, a gatas, trataba de alcanzar el bote abierto de aspirinas St. Joseph's que Ava había dejado en la bañera.

—Oh, mierda.

El policía carraspeó.

—¿Disculpe?

—Sophie, cariño, no. —Ava agarró la base del teléfono y corrió hacia el baño, deteniéndose cuando el cable llegó a su límite—. Por favor, espere —dijo sin aliento antes de soltar el auricular—. Será solo un momento.

Alcanzó a su hija justo cuando llegaba a su tesoro envasado, recogiendo bebé y aspirinas de un tirón. Al no encontrar el tapón de las St. Joseph's, lo arrojó todo a la basura antes de regresar corriendo adonde había abandonado el teléfono.

—Perdón —dijo jadeante sujetando el auricular entre el hombro y la oreja al tiempo que alcanzaba un lápiz—. ¿Dónde me ha dicho que está?

Fuera, la luz de la mañana era cenicienta y húmeda. Al otro lado de la calle, frente a la comisaría, había una tienda de ropa de gama baja destrozada; el escaparate entero había desaparecido y solo quedaban

los maniquís desnudos y decapitados. Ava se abrió paso por la acera llena de escombros, sorteando con cuidado montones de cristales rotos, bolsas de basura reventadas y a dos drogadictos que estaban durmiendo. En Mott Street, los Lincoln, Datsun y Buick derrapaban y chirriaban, frenando en seco como si fueran coches de choque furiosos, tocándose la bocina unos a otros como si fueran vacas mugiendo. Una boca de incendios arrojaba un chorro de agua blanca y espumosa bajo el que un vagabundo en calzoncillos se duchaba alegremente. Ava, que todavía llevaba puesto el vestido de verano sudado de la noche anterior, tuvo ganas de unirse a él con la mochila portabebés Snugli y todo.

Dentro de la comisaría, el caos parecía solo un poco más controlado. Había detenidos desaliñados despatarrados en los bancos de madera y esparcidos por el suelo de baldosas, en su mayoría hombres, muchos sin camisa, algunos heridos. Una mujer demacrada con un vestido corto muy escotado y tacones de aguja rojos se desplomó ante el policía de aspecto exhausto que le tomaba declaración con dos dedos; el ritmo lento de su tecleo no estaba a la altura del español ametrallado de ella. Ava barrió la estancia con la mirada y sintió un escalofrío al reconocer el lugar. La última vez que había estado en un sitio como aquel había sido una década antes, pero, a diferencia de Ilse, ella sí que había sido arrestada. Recordó la expresión irónica de Ulrich cuando fue a firmar para sacarla y se le hizo un nudo en la garganta que casi llegó a dolerle.

Ava tragó saliva. Mientras acunaba a Sophie contra su pecho y le daba pequeños trozos de un panecillo, inspeccionaba la sala. Por fin vio a Ilse en un banco junto a la pared del fondo, sentada entre un hombre negro enorme con una camiseta ceñida rosa y un adolescente que dormía con la boca abierta.

—*Mutti* —gritó Ava abriéndose paso entre el gentío.

—*Oma* —graznó Sophie retorciéndose en la Snugli y escupiendo una miga pegajosa al suelo.

Ilse estaba encorvada en el asiento, con sus gafas de montura metálica puestas, leyendo algo que tenía en el regazo. Cuando levantó la vista, Ava reprimió un grito sordo. Su madre presentaba un aspecto

horrible: estaba desaliñada y parecía exhausta. Mientras Ava se acercaba, Ilse dobló el papel con manos temblorosas y lo metió apresuradamente en su ajado bolso de cocodrilo.

—Aquí estás —dijo con aspereza.

—Dios —susurró Ava—. ¿Qué ha ocurrido?

Su madre cerró el bolso con un chasquido.

—Dos rufianes intentaron robarme el bolso.

—Pero ¿qué hacías en el Bowery a las cinco de la mañana?

Su madre se encogió de hombros.

—Estaba dando un paseo.

—¿Un paseo?

—*Oma*!

Empujando contra el pecho de Ava, Sophie intentaba darse la vuelta para ver a su abuela, que recibió el saludo con una sonrisa tibia.

—¿Y por qué te peleaste con los ladrones? —preguntó Ava aún sin aliento—. En el Bowery, precisamente.

—Te lo acabo de decir. Querían llevarse mi bolso.

Ilse frunció el ceño y la miró de reojo como hacía Sophie cuando Ava la regañaba o le negaba algo que quería.

—¡Pero si ni siquiera llevas nada de valor! ¡Dejaste el billete y el pasaporte en el apartamento!

—Tú qué sabes lo que llevo en mi bolso —repuso su madre colgándoselo del hombro—. ¿Puedo irme de una vez? Estos hombres tan horribles no han dejado que me fuese sola.

Sin esperar una respuesta, dio media vuelta y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Dos autorizaciones y sesenta y cinco minutos más tarde estaban de vuelta en el apartamento de Ava, que acababa de conseguir acostar a una agotada y chillona Sophie para que durmiera una siesta temprana. Tras cerrar con cuidado la puerta de la habitación, regresó a la cocina y se puso a hacer café en la cafetera eléctrica Moka. Ilse se sentó mirando fijamente el festín en ruinas preparado en su honor, una visión que volvió a poner furiosa a Ava. El *Schweinebraten*, tan dorado

y apetitoso unas horas antes, se había puesto de un enfermizo color gris rosado, lo que no desanimaba a las moscas gordas que patinaban alegremente sobre la grasa que lo cubría. La segunda vela se había consumido después de derramar su cera blanca justo al lado de la porción de queso y mantequilla derretidos del plato de Camembert. Ava estuvo tentada de envolverlo todo con el mantel y tirarlo tal cual a la basura.

En vez de eso, mientras la Moka filtraba el café, se puso a limpiar con brusquedad los restos de la comida desperdiciada, tirándola sin ceremonias al cubo y metiendo los platos, tenedores, cuchillos y copas de vino en el fregadero. Ilse permanecía sentada en su silla como una estatua, con el bolso en el regazo. Lo primero que había hecho al llegar al apartamento había sido recuperar su billete de Lufthansa y su pasaporte del cajón del mueble de la televisión. Ahora los tenía delante y los contemplaba inexpresiva. Cuando Ava puso una taza de café frente a ella, levantó la vista y asintió distraída, como si reconociera a un viejo conocido.

Tras servirse una taza, Ava se desplomó en una silla al otro lado de la mesa, frente a su madre, y trató de calmar sus agitados pensamientos. «Sobre todo, no empieces una pelea», le había dicho Livi.

—Hay que aprender a desprenderse de las cosas —dijo con cautela —. De las cosas materiales, quiero decir. Un día de estos te harán daño de verdad.

—Daño —repitió Ilse.

Su expresión era de desolación y cansancio, como si hubiera viajado miles de kilómetros a pie a través de un desierto. «Vagar por el Bowery durante las primeras horas de un apagón en verano —reflexionó Ava—, no debió de ser mucho más fácil.»

—¿Estás herida? —preguntó Ava con más delicadeza.

—Solo unos rasguños. —Su madre parecía molesta por la pregunta —. Me caí. Nada grave.

—La policía no parecía tan segura.

—La policía de aquí es idiota. ¿Viste lo que pasó ahí fuera? Eso nunca habría pasado en Berlín.

—Habría ocurrido en cualquier parte en semejantes circunstancias.

—En Alemania, no.

Ava no se atrevió a contradecirla.

—La gran pregunta es dónde diablos estuviste toda la noche.

—Fuera —respondió Ilse impasible—. Te lo dije. No podía dormir.

—Me refiero a antes de eso. Se suponía que ibas a estar de vuelta a las siete y media, para la cena. Me pasé el día entero cocinando.

—Tenía algo que hacer. —Su madre apretó el bolso contra su pecho, como si todavía temiera que se lo quitaran de un tirón—. Perdí la noción del tiempo —añadió vagamente.

—¿Durante toda la noche? ¿Cómo?

—No importa. —Ilse frunció el ceño al ver que Ava encendía un cigarrillo—. ¿No lo habías dejado?

—Fumo cuando estoy nerviosa —dijo Ava con frialdad.

Para su sorpresa, su madre alargó la mano, cogió el paquete, sacó un cigarrillo y lo encendió. Los movimientos de Ilse se le antojaron a Ava extrañamente mecánicos. Parecía como si alguien la estuviera manejando a distancia, como hacía la gente con los coches teledirigidos en Central Park.

—Anoche Sophie se puso enferma —dijo Ava de una manera más brusca de lo que había planeado—. Muy enferma.

—*Krank*? —Ilse pareció despertar momentáneamente de su confusión—. ¿Por qué enferma? ¿Qué pasó?

—Tenía fiebre, 39 ºC. Tú no estabas aquí para ayudarme, así que intenté llevarla al hospital, pero entonces se desató el infierno y...

—Pero ahora está bien.

Los ojos de Ilse eran de un frío gris azulado bajo la luz de la mañana.

—Sí —respondió Ava molesta por la sequedad de su madre. Pese a lo mucho que adoraba a su nieta, Ilse parecía más impaciente que preocupada.

—*Gut*.

Tras apoyar su cigarrillo en el cenicero, Ilse abrió su bolso y guardó el pasaporte, el billete y los cheques de viaje. Ava pudo entrever una polvera de plata y el mismo papel blanco doblado que había visto en

la comisaría. Lo intentó de nuevo.

—¿Puedes decirme al menos en qué parte de la ciudad estabas y cómo llegaste allí?

Su madre suspiró.

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque eres mi madre. Porque no tenía ni idea de si estabas a salvo.

Ilse estudió el cigarrillo que sostenía en la mano.

—Creo que no debería de haber venido —dijo en voz baja.

Afectada por el comentario, Ava parpadeó.

—¿Por qué dices eso?

—Estoy mejor en Alemania. Mi sitio está allí.

Las palabras desencadenaron una familiar oleada de ansiedad: «Se va a marchar».

—Tonterías —repuso Ava con firmeza—. Tu sitio está aquí, con nosotras. Con tu familia.

—Tú no tienes ni idea de cuál es mi sitio —dijo Ilse con aspereza.

Ava suspiró.

—Tienes razón —respondió—. No sé nada de ti.

Exhaló una bocanada de humo, esforzándose en recobrar la compostura. «No permitas que ocurra —le había aconsejado Livi—. Si ves venir una pelea, cambia de dirección.»

Pero ya era demasiado tarde: Ava no podría haber cambiado de dirección aunque lo hubiese intentado.

—Lo único que entiendo es que siempre se trata de ti —dijo Ava encendiéndose—. Tu comodidad, tus reglas, tus planes privados y tus historias secretas que nunca se te ocurre compartir conmigo.

Ilse la miró con dureza.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Digo que incluso aquí, en Nueva York, incluso después de todo este tiempo, ¡todavía no puedes ser sincera conmigo!

Las palabras parecieron traspasar por fin el retiro cansado en el que se encontraba Ilse.

—No digas bobadas —respondió indignada—. He estado aquí de la mañana a la noche desde que llegué. He sacado a la niña y la he

dormido. Me he dejado las manos limpiando este apartamento inmundo.

El cambio brusco a una actitud de ataque dejó a Ava sin aliento.

—¡No es eso de lo que estoy hablando! —dijo—. Estoy hablando de sinceridad. Anoche no estabas deambulando por ahí como tampoco lo estuviste durante todo un maldito año cuando terminó la guerra. —Y, oh, el inmenso y electrizante alivio de dejar que las palabras vuelen directamente hasta el riguroso rostro de Ilse. ¿Cuántas veces había llevado a cabo esta confrontación en su cabeza? Le resultó tan estimulante que, por un instante, se sintió casi agradecida—. ¿Crees que un par de aparatos de aire acondicionado y una rápida limpieza de la bañera lo compensan todo? —añadió. Estaba levantando la voz, por una vez se lo permitió. Le traía sin cuidado.

—¿Qué quieres decir con «todo»?

—¡Todos los secretos! ¡Todas las mentiras!

¿Eran imaginaciones de Ava o Ilse se estremeció al escuchar la palabra «mentiras»? Si así fue, enseguida se recuperó.

—Al menos yo tenía un trabajo de verdad —contraatacó Ilse—. Al menos te crie en un hogar digno, no en una casa en medio de una zona de guerra urbana.

—¿Sabes qué más he hecho aquí? —El pulso de Ava le latía en la garganta; la voz le temblaba interrumpida por el ritmo del corazón—. Formar una familia de verdad, como Dios manda. Puede que solo seamos dos, pero al menos no hay barreras entre nosotras; no como hubo siempre entre tú y yo.

Contuvo el aliento esperando a que Ilse lo negara, pero su madre se limitó a apretar los labios. Cuando se hizo evidente que Ilse no tenía nada que añadir, Ava se permitió otra exhalación lenta. Ahí estaba de nuevo: la gélida certeza de que si la presionaba aunque fuera un poco, su madre no respondería abriéndose, sino aislándose del todo y, muy probablemente, para siempre.

—*Mutti* —dijo Ava suavizando su tono de voz—. Por favor. Solo necesito saber la verdad. Siempre dijiste que algún día responderías a mis preguntas. Por Dios, tengo casi treinta y siete años. ¿No crees que ha llegado el momento?

Ilse tenía los ojos clavados en ella, tan duros e implacables como el Atlántico a última hora de la tarde. Ava observó cómo alejaba el Parliament de los labios y lo apagaba en el cenicero sin decir palabra.

—Iba a contártelo —dijo Ilse—. Iba a contártelo todo. En realidad, por eso vine.

Ava había deseado escuchar esas palabras durante tanto tiempo que sintió que el corazón se le paraba unos segundos. «No caigas en la trampa», se dijo.

—*Und*? —preguntó en voz baja.

—No puedo. —Ilse negó con la cabeza—. Ya es demasiado tarde.

Pese a estar prevenida, Ava recibió aquello como un puñetazo en la boca del estómago. Por un momento, no pudo mirar a su madre a los ojos, y cuando lo hizo, se dio cuenta horrorizada de que estaba a punto de llorar.

—¿Esto es una especie de juego perverso para ti? ¿Una estúpida historia que te inventas sobre la marcha?

Ilse negó con la cabeza.

—No es un juego. Y tampoco es una historia.

—¿Cómo puedes decir eso si durante toda mi vida te has negado a hablarme de algo significativo?

—¿Qué quieres decir con «significativo»?

—¡Quiero decir, por ejemplo, de dónde vengo! Quiero decir, por ejemplo, dónde estuviste durante la guerra y los meses después de que terminara, antes de que vinieras a buscarme.

Ava lloraba abiertamente; ya no le importaba.

—Todo lo que hice, lo hice para que tuvieras una buena vida. —Ilse habló rápido, en voz baja y sin alterarse—. Una educación. Ropa. Comida.

—¡Pero no tu confianza! ¿No te das cuenta de que nunca la tuve? —Ava se restregó los ojos húmedos con la muñeca—. Y eso era lo mismo que no tenerte. Necesito que eso cambie, *Mutti*. Necesito saber.

—¿Saber qué?

Ava volvió a apretar los dientes frustrada.

—¡Todo! Necesito que te sientes conmigo, aquí y ahora, y que respondas con absoluta sinceridad a cada una de las preguntas que te

haga.

Ilse permaneció callada largo rato. Se limitó a mirar fijamente la mesa, con el rostro pálido y los ojos entornados. Cuando por fin los volvió a abrir, había en ellos una opacidad que Ava no había visto nunca, como si la luz con la que solían brillar se hubiese apagado.

—*Das kann ich nicht* —dijo en voz baja.

«No puedo.»

De pronto, a su mente regresó la vieja e inolvidable imagen: un día radiante, su madre alejándose. Ava tragó saliva, plenamente consciente de la relevancia de lo que estaba a punto de decir y deseando con toda el alma hallar la manera de no hacerlo. Pero se lo había guardado demasiado tiempo y era algo que la retenía como un ancla oxidada en medio de la tempestuosa corriente de su existencia actual.

—Entonces —dijo en voz baja—, no puedes formar parte de mi vida.

Ilse se quedó quieta, tan quieta que, por un instante, Ava no estuvo segura de si la había oído. Luego asintió tan sutilmente que bien podría haber sido el efecto de una sombra cambiante.

—Si eso es lo que quieres... —dijo Ilse.

Ava apretó los ojos. De repente, lo sintió todo de nuevo: el temblor del mundo al desplomarse sobre ella, la ausencia total de luz, de aire. De vida. Incluso le pareció oír el zumbido de los bombarderos apuntando a las piedras angulares de su vida.

Pero entonces oyó otra cosa: una soñolienta melodía canturreada que llegaba flotando ligera como una gasa desde el dormitorio.

—*Oma* —cantaba Sophie—. *Oma*, *Oma*, *Oma*, *Oma*, *Oma*.

Cuando abrió los ojos, Ilse la observaba fijamente, su mirada tranquila, desconsolada. Arqueó sus pálidas cejas a modo de pregunta.

—Está bien —dijo Ava turbada—. Ve.

Hasta que Ilse se puso de pie trabajosamente Ava no comprendió por qué le había sido tan difícil pronunciar aquellas palabras: ambas tenían la extraña sensación de haberse dicho adiós.

4

Ilse

1935

Son las cinco y treinta y cinco e Ilse no encuentra el cordón que debería dar el toque final a su uniforme.

—¿Seguro que no lo pusiste a lavar? —pregunta su madre peinando con cuidado sus doradas ondas con dos dedos.

Lleva un vestido de seda negra que Ilse aún no le había visto y tiene que admitir que es muy llamativo: el escote de corazón y los hombros caídos hacen que la piel pálida de su madre brille como una piedra lunar junto a un lago oscuro. Los pequeños pendientes de diamantes también son nuevos, un regalo de aniversario que le hizo el padre de Ilse el mes pasado.

—¿Le has preguntado a Katinka? —añade su madre. Katinka es la nueva asistenta.

—No. Pero estoy segura. Estaba en la cómoda de mi habitación. Siempre lo dejo ahí para no perderlo —se queja Ilse.

—Bueno, tal como tienes la habitación, no es de extrañar que no encuentres nada. —Su madre enarca una ceja mirándola a través del espejo; el incorregible desorden de Ilse siempre es motivo de disputa —. De todos modos, ¿no tienes otro?

—El otro no es del color adecuado ahora que me han nombrado líder de grupo.

—Bueno, pues no sé qué decirte. —Zella von Fischer rocía su escote con Vol de Nuit—. Puedes usar el viejo o no llevar ninguno.

—¡Pero no puedo ir sin él! —exclama Ilse—. ¡Y menos esta noche! ¡Todos van a llevar el uniforme completo!

—Renate no.

—Renate no va a ir. Es una salida de las Juventudes Hitlerianas y

sus padres aún no la dejan afiliarse.

Lo cierto es que Renate cedió y se unió al frente de la BDM y ahora planea inscribirse, pese a la oposición de sus padres; pero fueron los ánimos de Rudi Gerhardt y no los de Ilse los que la llevaron a cambiar de parecer. Ilse no puede evitar sentirse menospreciada por el hecho de que, después de años de conspiraciones por su parte, haya sido un chico que, en comparación con ella, apenas conoce a Renate el que la haya hecho cambiar de opinión sobre el tema. Le consuela que, una vez que Renate se inscriba, podrán pasar más tiempo juntas. Últimamente, casi todo su tiempo libre parece estar organizado en función de la disponibilidad de Rudi: pasear, ver películas, estudiar juntos en los cafés y en la biblioteca del señor Steinberg. Y aunque siempre invitan a Ilse, las pocas veces que se ha unido a ellos se han dado situaciones incómodas como tratar de acomodarse tres personas en un sofá de dos plazas. Que Renate considere que cualquier cosa que Rudi diga es la historia más fascinante jamás contada, aunque no sea más que una cita tonta de *Mein Kampf*, no ayuda; que cada vez que Rudi toma la suave y pálida mano de su amiga le clave una tachuela en el bazo a Ilse, tampoco.

—Bueno, de todos modos, solo es una película —dice su madre—. Tampoco es que el Führer vaya a verte desde la pantalla.

—No es solo una película —protesta Ilse—. ¡Y todos los demás me verán!

—Me temo que no estarán tan interesados en tu aspecto como crees —replica su madre.

Es un desprecio tan típico, una crueldad tan típica que Ilse tiene que sofocar un grito.

—Tú no lo entiendes —dice, en cambio, con tanta frialdad como puede—. No entiendes nada en absoluto.

Echando chispas, se dirige hacia la puerta. Pero cuando su madre comienza a empolvarse la nariz, Ilse se da la vuelta.

—¿No crees que llevas demasiado maquillaje? Sabes que el Führer lo desaprueba. —Mira los pies de su madre, calzados con unos zapatos negros de hebilla con la correa en forma de T—. Y encima, tacones altos.

Y sin esperar una respuesta, regresa malhumorada a su habitación dando fuertes pisotones.

Con apenas media hora para llegar al Ufa-Palast am Zoo, Ilse rebusca todavía furiosa primero en el cajón de los calcetines y luego en el de la ropa interior. Su madre no solo no demuestra saber nada de su vida, sino que, además, parece no importarle. Que Ilse se convirtiera en *Mädelgruppenführerin*, jefa de grupo, después de solo un año en la BDM apenas provocó una reacción en ella, a pesar de que en su evaluación, la jefa de la unidad de formación en liderazgo de Ilse la describió como una de las chicas más trabajadoras, habilidosas e ingeniosas que había tenido el placer de conocer. Aun así, lo único que había dicho su madre cuando le dio la noticia fue: «Es maravilloso, querida. Pero a pesar del ascenso no te han aumentado la paga, ¿verdad?».

Ilse se encontró con la misma falta de entusiasmo cuando llevó a casa su primer escrito publicado en la revista mensual de la BDM, *Das Deutsche Mädel* [La muchacha alemana], un poema corto titulado «Por qué trabajamos» que trataba sobre el papel de la juventud alemana en el proceso de devolver la grandeza a su país. El día que se publicó en el número de febrero fue uno de los más felices de su vida, algo que, al menos, su mejor amiga sí comprendió.

—¡Lo has conseguido! —había chillado Renate—. ¡Mi mejor amiga es escritora y ha publicado! —Tarareando un trozo de *You're the cream in my coffee*, había tratado de levantar a Ilse y de hacerla girar tal y como John Boles hacía con Shirley Temple en *La pequeña rebelde*. Por supuesto, no lo consiguió, al ser claramente Ilse la más pesada de las dos y Renate la más enclenque. Pero su orgullo entusiasta y el flujo constante de cumplidos impresionados que recibió de todos los que consiguieron un ejemplar de la revista hicieron que Ilse se diera cuenta de que por fin lo había encontrado: no solo lo que quería hacer con su vida, sino lo que creyó que era su destino.

Porque sí, quiere escribir. No solo para ella, o para Renate, o para los profesores de la escuela; también para la nación. Para el movimiento. Para la causa. Quiere escribir sabiendo que lo que está escribiendo se leerá en todas partes, que su voz y sus pensamientos e

ideas formarán a otras voces, pensamientos e ideas por toda la patria, quizá incluso, algún día, por todo el mundo. Ver su nombre impreso esa primera vez fue como verlo en forma de relámpago en el cielo: electrizante, asombroso. Más aún cuando se dio cuenta de lo que significaba: que siendo casi dos millones de afiliadas a la BDM, esas palabras bien podrían llegar a cuatro millones de ojos o incluso más. Cuatro millones de ojos. Todos reflexionando sobre sus palabras:

La puerta que conduce al futuro se encuentra en nuestros jóvenes corazones.
El fruto que sostiene a la nación madura en nuestras almas sin pecado.
Nuestra misión es sagrada, nuestra voluntad, pura y verdadera.
Nuestro destino: ¡la victoria eterna, la gloria sin fin!

Todo aquello solo hizo que la respuesta desconcertante de su madre le doliera aún más: «Es muy corto, ¿no?».

Tras cerrar de golpe el cajón de la ropa interior, Ilse rebusca en su joyero por segunda vez: el viejo cordón amarillo está allí, pero no el nuevo rojo y blanco. Se le ocurre que su madre puede habérselo quitado por despecho. Ella y su padre acaban de unirse al Partido, a pesar de que hace más de un año que Ilse los instó a hacerlo, y casi en el mismo momento en que lo hicieron, sus vidas cambiaron de inmediato para mejor. El padre de Ilse, por ejemplo, obtuvo el ascenso en el banco que le habían estado negando durante dos años seguidos.

—Tenías razón, osita —le había canturreado su padre esa noche mientras le servía su primera copa de champán—. ¡Tendría que haberlo hecho desde el principio!

Ilse sabía que aquello había irritado a su madre; no solo que *Vati* la dejara beber espumoso como a una adulta, sino que reconociera su contribución a aumentar la fortuna de la familia, poniéndose a los pies, debidamente calzados, de Ilse.

Ilse se quita el anillo de la amistad de Renate (los accesorios están mal vistos en la BDM), lo deja caer en la caja y cierra la tapa; luego mira de nuevo el reloj de la mesita de noche. Con o sin cordón, tendrá que salir dentro de diez minutos o llegará tarde al cine para encontrarse con su tropa. La idea de aparecer con su cordón amarillo la exaspera, pero no llevar ninguno le parece casi peor: este es el

primer evento de la BDM en el que ella es responsable de supervisar a trece niñas más jóvenes, y además van a ver *El triunfo de la voluntad*, que, según ha oído decir Ilse, es casi como presenciar el legendario mitin del pasado año. Aparecer sin su atuendo completo de la BDM no solo le parece una falta, sino una inmoralidad.

—Es increíble —había dicho su amiga Marta entusiasmada la semana pasada después de ver la película con sus padres—. Resulta difícil de explicar, pero refleja a la perfección lo que estamos haciendo, de qué va el movimiento. —Sin un ápice de timidez, admitió que se había pasado la última media hora de la película llorando—. Aunque a ti no te imagino llorando, Chica de Acero —había añadido. *Stahlmädchen* es el apodo que las demás chicas le pusieron a Ilse el verano anterior durante una excursión por los Alpes alemanes: después de torcerse un tobillo, había marchado durante ocho kilómetros sin renunciar siquiera a portar la bandera de la tropa que le habían asignado. Ella se ríe del mote con el mejor de los ánimos, pero, al igual que le ocurre con esa estúpida historia sobre el carterista del metro al que Renate sostiene que «despachó», Ilse nunca está segura de que sea un cumplido.

Ahora mira sombríamente su reflejo: la boina negra caída sobre una oreja, la blusa blanca que le hizo planchar a Katinka, lisa y baldía sin el colorido cordón que va desde el cuello hasta el bolsillo del pecho. Suspirando, se pone la chaqueta y la abotona hasta arriba; tendrá que dejársela puesta durante las dos horas que dura el documental. Con un poco de suerte, no hará mucho calor en el cine.

Está a punto de alcanzar la puerta cuando esta se abre de repente y aparece su madre sosteniendo el cordón desaparecido entre dos dedos de uñas rojas.

—Lo tenía Katinka —anuncia triunfante—. Ayer te lo dejaste en el bolsillo.

Ilse está a punto de arrebatarle el accesorio de las manos; el fastidio que le causa que su madre tenga razón supera por poco el alivio de haber encontrado finalmente el cordón.

—Al menos podrías llamar antes de entrar —dice con un hilo de voz.

—De nada, querida —responde su madre. Y con una sonrisa forzada, da media vuelta y se va.

Una hora más tarde, Ilse se sienta con once de las chicas a su cargo; las otras dos se han quedado en casa debido al último brote de gripe. Después de muchas regañinas, lisonjas y amenazas (y cuatro viajes de última hora al baño), Ilse por fin ha conseguido que todas se sienten en sus butacas tapizadas de terciopelo, tarea que la excitante emoción que llena la sala como una fuerza tangible ha dificultado aún más. Aunque la película todavía no ha comenzado, ya se percibe que aquel va a ser un momento memorable. El teatro está decorado con estandartes y banderas con la cruz gamada. Los altavoces, que por lo general difunden música popular alegre y anodina, emiten esa noche marchas del Partido como *Kampflied der Nationalsozialisten* y *Sieg Heil Viktoria*. Ilse echa un vistazo a la sala buscando a Rudi y le alivia no encontrarlo.

Llegado el momento, las luces se atenúan, las cortinas se abren y un respetuoso silencio se extiende por las filas como una ola suave y pesada. A medida que suenan los conocidos acordes de la *Canción de Horst Wessel*, aparecen los primeros rótulos: «El 5 de septiembre de 1934, veinte años después del estallido de la Guerra Mundial, dieciséis años después del comienzo del sufrimiento de Alemania, diecinueve meses después del comienzo del renacimiento alemán, Adolf Hitler voló de nuevo a Nuremberg para pasar revista a sus fieles seguidores».

Y, de pronto, para sorpresa de todos, están en las nubes, elevándose como ángeles sobre un campo de un blanco resplandeciente. Cuando se hace evidente que están en el avión del Führer, con él, el asombro es inmediato y palpable: la mayoría nunca ha subido a un avión. A medida que las nubes se separan revelando el horizonte perfecto, como de cuento de hadas, de la antigua Nuremberg, con sus ostentosas fachadas envueltas en banderas imperiales y nazis, es como si todos los interruptores de volumen, excepto el de la película, se

hubieran apagado por completo.

El avión aterriza entre un mar de hombres que marchan con camisas marrones, todos marcando el ritmo perfectamente al unísono. Ilse sabe que eso sucedió hace meses, pero aun así el corazón le palpita cuando la puerta del avión se abre y sus pasajeros comienzan a descender: primero, el propio Hitler, con su uniforme y sus botas militares, su sonrisa tranquila y autocrítica, casi tímida. Le sigue Goebbels, enfundado en una gabardina, y otros miembros de la administración, la mayoría vestidos de traje.

Pero en la pista, como en el cine, la multitud solo tiene ojos para su Führer. La cámara enfoca los brazos extendidos y los rostros radiantes de mayores y pequeños por igual, y su amor parece traspasar la pantalla como la luz pasa a través del cristal, llenando el fascinado teatro con el mismo sentimiento de veneración. Ilse casi palpa en el aire ese extra de emoción y adoración motivado por la sensación de proximidad. Aunque ha visto el semblante del líder alemán más de mil veces, rara vez lo ha visto así, tan cerca, tan espontáneo, tan vivo que parece que va a girar la cabeza para dirigirse a ella personalmente.

En la pantalla, el día da paso a la noche y esta de nuevo al día. Ahora están en un lugar que les resulta tan familiar que un murmullo de reconocimiento recorre las filas de los jóvenes uniformados sentados en el Palast: es un campamento de las Juventudes Hitlerianas, lleno de tiendas circulares de las que salen mil niños soñolientos que comienzan a prepararse para el esplendor del día bañándose, comiendo y haciendo ejercicios de gimnasia; mil Rudis Gerhardt se presentan alegremente ante el Führer y ante los espectadores del Palast por igual. «Es algo grande», piensa Ilse abrumada al comprender la dimensión de aquello. ¿Cuántas veces le ha confiado a Renate su deseo de ser importante, de formar parte de algo más grande? Y sin embargo, ni en sus momentos más esperanzadores se le ocurrió que ese algo pudiera ser tan grande, tan gigantesco y global. Es como pasarse toda la vida viendo una sola constelación y descubrir, de repente, un universo infinito plagado de estrellas.

Hitler arenga a legiones de jóvenes provistos de palas. Una vez más,

da la sensación de que en realidad se está dirigiendo a la sala: «Vosotros seréis el ejemplo para la nación entera —les dice—. Y en este momento, no estamos solo nosotros aquí, en Nuremberg. Toda Alemania os ve por primera vez».

«Toda Alemania», piensa Ilse notando el mismo escalofrío que sintió al darse cuenta de que pronto millones de personas podrían estar leyendo su poema. Pero es algo más que una simple emoción; está profundamente agradecida. No solo porque ese hombre —ese hombre maravilloso y milagroso— esté salvando a Alemania de sus enemigos tanto fuera como dentro de sus fronteras, sino porque le está ofreciendo a ella, a Ilse, un papel en esa batalla tan importante. Y mientras las Juventudes Hitlerianas se alinean ante su homónimo en decenas de formaciones impecables de doscientos jóvenes, mientras los asistentes al estadio, miles de hombres, mujeres y niños, apiñados como sardinas sin que les importe un ápice, se ponen de puntillas para animar a los manifestantes y maravillarse, su canto («¡Un pueblo! ¡Un Führer! ¡Un Führer! ¡Un Reich! ¡Alemania!») parece seguir el ritmo del pulso de Ilse.

Alguien hipa sonoramente detrás de ella; al volverse, Ilse ve que la líder del distrito Meindel está llorando sin reservas.

La jefa de grupo de Meindel es una de las líderes de la BDM favoritas de Ilse. Esbelta, morena y guapa y con solo veintitantos años; procede de la clase trabajadora: su padre, vendedor de fruta, lo perdió todo después de la guerra. Le ha contado historias que hacen que la infancia de Ilse parezca muy lujosa: la echaron a la calle después de que los bancos se quedaran con el piso de su familia, tuvo que mudarse de casa en casa durante más de un año y dejar la escuela primaria a pesar de que le encantaba leer y tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica porque su familia necesitaba dinero.

Sin embargo, desde que Hitler asumió el poder, ha podido reanudar sus estudios y además recibe un salario por hacer lo que más le gusta: trabajar con chicas como Ilse. Y lo que es mejor, su padre no solo se ha librado de las deudas, sino que ha podido abrir su propia tienda de comestibles. El otoño pasado incluso compró un coche.

—No puedes entender lo que el Führer significa para nosotros —le

dijo una vez a Ilse mientras tomaban un café—, a menos que entiendas lo que es vivir sin esperanza. Despertar hambrienta, estar constantemente huyendo de los acreedores. —Había negado con la cabeza—. ¡Y que todo eso desaparezca...! Es como resucitar de entre los muertos.

Ilse se vuelve otra vez hacia la pantalla. Ahora el sol se está poniendo en Nuremberg; las antorchas iluminan mil banderas rojas y negras portadas en armonía durante el mitin de la noche. En lo alto, una enorme águila reluciente con las alas extendidas. Y en el centro, en el podio, el gran hombre está solo. Ilse percibe algo en su rostro que nunca antes había notado: una mezcla de dolor y otra emoción que al principio no identifica, hasta que cae en la cuenta: es amor. El rostro de Hitler, comprende de pronto, es el rostro de un profeta. Ilse se inclina hacia delante para acercarse a él tanto como puede.

«Hace un año —comienza a decir— los líderes políticos del Partido Nacionalsocialista nos reunimos por primera vez en este campo. Vinimos aquí movidos tan solo por nuestros corazones. Vinimos aquí movidos tan solo por la lealtad. Fue la necesidad de nuestro pueblo lo que nos movió... y lo que nos unió. Luchamos y nos esforzamos juntos.»

A su alrededor, Ilse repara en que los miembros más mayores del público asienten con la cabeza; oye débiles murmullos de asentimiento y acuerdo. «Un pueblo —piensa Ilse—. Un Führer. Un Reich.» Es como un ensalmo, un hechizo mágico que los hace a todos tan invencibles como a cualquier príncipe de cuento de hadas que ella haya imaginado para Renate en sus relatos. Siente una leve punzada: le gustaría tanto que Renate estuviera ahí... «Pero pronto —piensa—, pronto lo veré de nuevo con ella.»

Por todo el cine hay personas que empiezan a alzarse: se levantan en oleadas de sus mullidos asientos para unirse a los miles que están de pie frente a ellos en la pantalla.

«Este es nuestro compromiso esta noche —entona Hitler, su voz resonando en cada rincón de la vasta sala—. Cada hora, cada día, pensad solo en Alemania. ¡El pueblo, el Reich, la nación alemana y el pueblo alemán!»

Y luego: «*Sieg Heil*!».

Y en todas partes en torno a él y en torno a ella se repite el grito estruendoso de victoria, cada ensalmo más fuerte y más potente que el anterior:

«*Sieg Heil*!»

«*Sieg Heil*!»

«*SIEG HEIL*!»

Ilse también se ha puesto de pie, de una manera tan instintiva que no se ha dado cuenta de que lo hacía. Mientras levanta la mano hacia la pantalla, su voz se une al interminable y reverberante cántico que parece llenar el mundo; las palabras pierden su significado con la repetición —*Sieg Heil, Sieg Heil, Sieg Heil*— , pero ganan algo mucho más profundo que lo que unas simples palabras podrían expresar jamás. Con el *crescendo* del coro, Ilse siente que se eleva, como si fuera la fuerza que emana de este y no la suya propia la que la está sosteniendo. Resulta vertiginoso pero también estimulante. Como si estuviera aprendiendo a escapar de la gravedad de la tierra, a lanzarse como un cometa hacia el cielo y volar.

5

Renate

1935

—¿Puedes ir más deprisa? —le pregunta Ilse—. Pareces mi abuela.

Acaban de salir de la estación del metro de la Wittenbergerplatz y están en la calle, junto a las escaleras. Pero, en lugar de acelerar, Renate se queda quieta.

—Lo siento —dice apoyándose en la barandilla—. Anoche no dormí bien. Estaba inquieta por lo de la carta.

—Te lo vuelvo a repetir. Es probable que ni siquiera te la pidan.

—Pero ¿y si lo hacen? ¿Qué pasará si se dan cuenta?

Ilse suspira exasperada.

—Muy bien. Veámosla, pues.

Renate saca el sobre de su mochila, extrae la hoja de papel doblada en tres y se la pasa. Se traga su ansiedad mientras Ilse pasa la punta de un dedo con las uñas mordidas por cada línea cuidadosamente mecanografiada:

> Estimada señorita Schmidt:
>
> Por favor, permita que mi hija Renate se inscriba en las Juventudes Hitlerianas y hágale el examen físico correspondiente: cuenta con nuestra plena aprobación para ambas cosas. Ruego disculpe que ni mi esposa ni yo la acompañemos hoy, pero ha fallecido un familiar y debemos abandonar la ciudad inmediatamente. Gracias por su consideración.
>
> *Heil Hitler*!
>
> OTTO BAUER

—Mejor imposible —dice Ilse—. La firma es perfecta—. Doblando de nuevo la carta, le guiña el ojo—. Dentro de nada, estarás

apuntando con un arma a los cajeros de los bancos. Con Raina.

—¡No digas eso! —Renate le da un golpe en el hombro—. Ya me siento como una delincuente.

Ilse se ríe mientras su amiga le quita la hoja, la vuelve a doblar con cuidado y la guarda en el bolsillo de la falda.

—Ya te dije —añade Ilse— que lo más probable es que no la necesites. Ursula Koch me dijo que a ella no se la pidieron. Es solo por si acaso.

Está de buen humor. De hecho, hace semanas que Renate no la ve así; seguramente se deba a que le acaban de ofrecer un puesto como reportera junior para la revista de la BDM. Aunque su trabajo principal será escribir sobre las competiciones de atletismo y las campañas benéficas de la organización, espera que le encomienden tareas más ambiciosas, como cubrir las noticias sobre el estilo de vida de los ciudadanos alemanes que viven en los Sudetes o en Silesia, por ejemplo. O los Juegos Olímpicos de Berlín del próximo año. O entrevistar a la cineasta que ha dirigido *El triunfo de la voluntad*, Leni Riefenstahl, o (¿quién sabe?) incluso al mismísimo ministro de propaganda, Goebbels. Renate la ve como a una especie de Bette Davis uniformada en *La que apostó su amor*, luchando para demostrar que las chicas también pueden ser reporteras.

Ilse está radiante y, por una vez, tiene el pelo arreglado: dos trenzas altas perfectas le envuelven la cabeza como una corona de oro. La luz del sol de la tarde confiere a su piel rosada un brillo dorado y vuelve de plata sus tirabuzones rubísimos. «Es tan inteligente... —piensa Renate—. Y tan guapa. Tengo mucha suerte de estar con ella. Tengo mucha suerte de que me haya elegido a mí.»

—¿Qué pasa? —Ilse la está mirando con curiosidad.

—Nada. —Renate agacha la cabeza—. Hoy estoy atontada.

—Pareces nerviosa.

—Lo estoy. —Renate bosteza—. Estar cansada siempre me pone ansiosa.

—Bueno, pues trata de calmarte. No reclutan a gente nerviosa.

—Esperarás a que salga del reconocimiento, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho tres veces, ¡sí!

Ilse sigue caminando. Tararea *Deutschland Erwache* en voz baja y arrastra a Renate como una madre que remolca a un niño perezoso. Renate casi tropieza intentando no rezagarse. Por un instante, imagina que se cae y que se queda ahí tirada, tal vez dormida.

Como siempre, Ilse lleva razón: Renate es un manojo de nervios. Tiene las manos húmedas, la boca seca y el estómago encogido porque se resiente del hambre. Sabía que sería así desde el momento en que apagó la luz la noche anterior; sabía que pasaría las ocho horas siguientes revolviéndose y enmarañando las sábanas. Le dolían los dientes y las mandíbulas de apretarlos inconscientemente, y sentía las piernas tensas e inquietas, listas para echar una carrera.

Sus pensamientos eran aún más perturbadores, a pesar de que había tratado de pensar solo en cosas buenas: *La casa de Dora Green*, la película que ella y Rudi irán a ver el domingo; la comida especial que Maria le prometió para su cumpleaños la semana que viene; la mirada cristalina de Rudi cuando la ve con la falda azul marino y la camisa blanca almidonada. A fin de cuentas, está haciendo esto por él, por su maravilloso y perfectamente esculpido novio.

Fue a buscarla el día después del incidente de la biblioteca. Renate estaba esperando a Ilse en el patio del instituto, tan ensimismada en su novela que ni siquiera se dio cuenta de que se acercaba. Solo cuando la página que estaba leyendo se vio obstruida de repente por la depravación ya conocida de la «dama del libro» se percató de que Rudi estaba allí, justo detrás de su hombro, sonriendo con suficiencia.

—Así que también te gustan los libros —dijo arqueando una fina ceja rubia mientras ella lo cerraba de golpe, guardando el material incriminatorio.

—Sí —se las arregló para responder, sintiéndose como un ciervo hechizado por el foco de un cazador.

—Espero que el libro sea más decente que eso que acabo de meter entre sus páginas.

—Oh, no. —Sobresaltada, se volvió sin aliento hacia él—. Quiero decir, por supuesto. Es... —Insegura, giró la portada para mostrársela —. Es sobre una familia china que pasa de ser muy pobre a ser rica. Creció en China, ¿sabes? La autora, quiero decir.

—Debes tener cuidado con los escritores estadounidenses —dijo Rudi sabiamente—. Muchos son judíos. Pero aplaudo que te interesen los acontecimientos mundiales. —Sonrió con petulancia—. Entre otras cosas...

Renate notó que las mejillas se le calentaban como pequeños soles.

—La postal no era mía —dijo enseguida.

—Vaya. Me equivoqué entonces.

Rudi extendió la mano para recuperarla.

—Quiero decir... —corrigió Renate rápidamente—. Estaba en mi casa, obviamente. Bueno, no obviamente. Quiero decir... que yo la traje. Pero fue un error. Bueno, una especie de reto. En realidad es de mi hermano. —Se dio cuenta de que parecía una loca y se obligó a respirar profundamente—. Sea como sea —prosiguió—, me salvaste la vida. No sé cómo puedo agradecértelo.

—Tengo una idea. —Rudi le dedicó una sonrisa somnolienta como la del gato de Cheshire y durante un terrible momento Renate pensó que estaba a punto de sugerirle algo asqueroso, en la línea de la «dama del libro». Pero solo dijo—: Deja que te acompañe a casa después de clase. Podrás contarme más sobre tu escritora chino-americana y yo te contaré cosas sobre mi escritora alemana favorita. —Le guiñó el ojo—. Al menos para empezar...

Y lo hizo; esa tarde y casi todas las tardes a partir de aquella, cuando no tenía compromisos con las Juventudes Hitlerianas. Le llevaba la mochila, le sostenía la puerta para que pasara y, aunque no estaba muy interesado en los libros que a Renate le gustaban, la escuchaba parlotear con indulgencia tal como ella hacía cuando él citaba el *Mein Kampf* y otros escritos del canciller por los que claramente sentía el mismo grado de pasión. Al segundo mes, la cogió de la mano mientras caminaban, y al mes siguiente le pasó el brazo en el Babylon mientras ambos permanecían muy atentos a *Tarzán y su compañera*. Después de varios meses de noviazgo secreto (Renate sabía que no debía presentárselo a sus padres, pues prohibirían aquella relación en un abrir y cerrar de ojos), dejaron de mirar las películas. En vez de eso, se pasaban el tiempo entrelazando sus labios, sus brazos y sus piernas en múltiples combinaciones acaloradas sobre el

apoyabrazos de madera que separaba sus asientos; sus respiraciones eran húmedas y rápidas en ese espacio oscurecido y parpadeante. La forma en que él la miraba en esos momentos —con vulnerabilidad y una mueca de dolor, casi con adoración— hizo pensar a Renate: «¿Es así como se siente el verdadero amor?».

Pero anoche, cuando trató de relajarse invocando esos sentimientos deliciosamente turbadores, su cerebro tuvo otra idea. Se empeñó en pensar en la solicitud del día siguiente y en presentarle un panorama calamitoso tras otro: la líder revisaba la solicitud de Renate; la carta se caía de su mochila como lo había hecho la «dama del libro» aquel día en la biblioteca, aterrizando bocarriba a los pies de su madre o de su padre; o iba a parar por descuido a la carpeta de los deberes de trigonometría, con la consiguiente expulsión y, posiblemente, encarcelamiento. ¿Y si, a pesar de haber transcurrido dos años, los rumores sobre el incidente de la «dama del libro» han llegado a oídos de la líder? Rudi se había burlado de esa idea diciendo que Renate tenía una «imaginación hiperactiva» (a veces decía «adorable»). Hiperactiva o no, Renate puede imaginárselo claramente: la mujer a cargo de su futuro la mira con desprecio y repugnancia. «Ah, ¿así que eres tú?»

Luego está el terror de Renate a la revisión médica. Tanto Rudi como Ilse le han asegurado que no es nada difícil, que los médicos del Partido solo quieren asegurarse de que es una alemana en buena forma. Pero a Renate le preocupa que vean lo frágil y débil que es y que enseguida intuyan que en la escuela siempre la eligen la última para jugar a fútbol o a capturar la bandera.

Ilse, en cambio, siempre está entre las primeras. Fuerte y ágil, sabe trepar por una cuerda, hacer la voltereta y dar giros muy rápidos en la barra fija. Cuando Ilse flexiona los brazos, sus bíceps se elevan como blancas colinas bajo su piel. Cuando lo hace Renate, no pasa nada; solo está su brazo, delgado y blando, tan inútil como un trozo demasiado cocido de *spaetzle*.

Pero si sus músculos son blandos, su determinación es firme: seguirá adelante con esto. No importa lo que pase. Todos menos sus padres dicen que es lo correcto; hasta el mismísimo canciller lo aprobaría.

Después de todo, el propio juramento de las Juventudes Hitlerianas (que Rudi le hizo repetir hasta que se lo aprendió de memoria) afirma: «Líder y país antes que familia. Juro dedicar todas mis energías y mis fuerzas al salvador de nuestro país, Adolf Hitler. Estoy dispuesta y lista para dar mi vida por él, con la ayuda de Dios».

«Ayúdame, Dios», implora Renate en silencio; casi choca con Ilse, que se ha detenido repentinamente.

—¿Es aquí? —pregunta Renate.

Ilse asiente con la cabeza.

Ante ellas se alza una escuela sólida y gris cuyos gruesos muros y profundas ventanas albergaron quizá, alguna vez, a los señores de la guerra prusianos. Su propósito actual, sin embargo, está más que claro: desde el tejado y hasta el primer piso ondea el habitual estandarte escarlata con su negra y arácnida esvástica en medio. Al pasar por debajo, Renate mira hacia la puerta arqueada, casi esperando que una verja de acero se cierre a sus espaldas. Pero lo único que se mueve es la tela roja, blanca y negra, temblando con una brisa que Renate no siente.

Dentro, el antiguo vestíbulo es igual de oscuro. Mientras sus ojos se adaptan a la penumbra, ve otras dos banderas en las paredes, a ambos lados de un enorme retrato de Adolf Hitler. El canciller sostiene una fusta y mira amenazante por encima de su cabeza, como si esperase a alguien mucho más importante.

Justo debajo del retrato hay una escalera central curvilínea, flanqueada a ambos lados por sendos escritorios de roble. El hombre sentado en el lado izquierdo levanta la vista y sonríe brevemente antes de seguir con su papeleo. La mujer de la derecha, en cambio, se levanta con elegancia y les hace el saludo del Führer. Las chicas responden al unísono, «*Heil Hitler*!», y, como siempre, Renate piensa en la interpretación que Franz hace del gesto. Su hermano dice que es rígido y recto porque así los que lo inventaron compensan partes menos erectas de sus cuerpos.

—Bienvenidas, chicas.

La mujer lleva la boca pintada del mismo tono rojo sangre que las banderas que tiene detrás. Renate se queda primero admirada y luego

confundida: todo el mundo sabe que la BDM desaconseja los cosméticos. Tal vez la regla no afecte a los labios de tono patriótico.

Al menos de cuello para abajo la jefa de grupo cumple estrictamente la normativa sobre uniformes: la blusa blanca de manga corta está adornada con la insignia del distrito en blanco y negro; su pañuelo negro está perfectamente asegurado con un cordón de cuero; la recatada falda azul marino le llega hasta las rodillas y calza unos discretos zapatos de cordones. Cada prenda está meticulosamente plisada, planchada y limpia, tan inmaculada que parece haberla comprado esa misma mañana.

—¿Habéis venido a inscribiros?

—Sí —responde Renate.

—Ella sí —aclara Ilse—. Yo vengo a buscar mi tarjeta de identificación como reportera de *Das Deutsche Mädel*.

—Eso es en la sala 210, arriba. —La mujer señala el hueco de la escalera con la barbilla y luego se vuelve hacia Renate—. ¿Tu nombre?

—Renate Bauer. Tengo quince años —añade Renate aunque nadie le ha preguntado la edad.

La mujer frunce el ceño y anota algo en su cuaderno.

—¿Tienes el carnet de identidad?

—Por supuesto.

Los dedos de Renate tiemblan un poco mientras revuelve en el bolso. Le consta que lo tiene, siempre lo tiene, porque la ley obliga a llevarlo siempre encima. Últimamente ha estado aterrorizada por si infringía la ley sin darse cuenta. Ha tenido sueños en los que se encuentra en una habitación de paredes blancas que sabe que es una celda. Y el sábado pasado, cuando su madre la llevó a Wertheim a comprar unos guantes nuevos, estaba convencida de que la dependienta pensaba que había robado algo.

—Yo no me preocuparía demasiado —le había dicho su madre cuando Renate le había confiado su preocupación—. Es una reacción típica de la adolescencia. Sientes que te están robando la infancia, que tu inocencia está siendo amenazada. Es natural que tus pensamientos giren en torno al robo y la culpa.

Para su alivio, Renate ve la esquina verde de su carnet de identidad asomando por debajo del libro de Historia.

—Gracias —dice la mujer cuando Renate se lo entrega—. Tiene una cita, ¿correcto? Bien. Comenzaremos por la revisión médica. —La dirigente señala de nuevo la escalera con la barbilla—. Subiendo las escaleras, primera puerta a la derecha. Consulta del doctor Braun. Ahora está atendiendo a otra persona, pero puede esperar en el banco de fuera hasta que termine.

—Gracias —responde Renate forzando lo que espera sea una sonrisa confiada («¡No reclutan a gente nerviosa!») antes de seguir a Ilse escaleras arriba. En el rellano se detiene, se atusa el pelo y se pellizca las mejillas para darles un tono rosa.

—No vas a bailar con Rudi —le dice Ilse poniendo los ojos en blanco.

—Solo quiero tener un aspecto saludable.

Renate mira su reflejo en otro retrato cubierto de cristal en el que su apuesto líder pasa revista a una unidad de la BDM y reprime un suspiro. No se ve saludable. Parece enfermiza y cansada, no como las chicas sanas y sonrientes de la fotografía (ni como Ilse, que bien podría ser una de ellas). Rubias, sonrientes y de dientes blancos, las muchachas de la BDM saludan a su canciller desde varios metros de distancia, con los ágiles brazos extendidos como los pálidos tentáculos de una anémona. El Führer les devuelve la sonrisa, pero mantiene los brazos en la espalda. El efecto es una extraña mezcla de cercanía y distancia.

A su derecha, Ilse se ha instalado en el banco y está haciendo los deberes. Renate se sienta a su lado, pero está demasiado nerviosa para estudiar. Se fija en la oferta de lecturas que hay sobre una mesa contigua: un ejemplar recién impreso de *Mein Kampf* sobre un soporte, detrás de una selección pulcramente dispuesta en abanico de *Wille und Macht*, *Das Deutsche Mädel* y *Die Mädelschaft*, el boletín informativo de la BDM. También hay dos números del anuario de las JH, *Jungen-eure Welt*.

Renate evita el tratado del canciller (Rudi se lo ha referido casi todo) y se decide por el anuario del año anterior. Parece estar

compuesto en gran parte por mapas de Alemania y sus fronteras, odas al mártir de las tropas de asalto, Horst Wessel, e imágenes variadas de otros jóvenes de rostro sincero y brazos fuertes. Hacia el final descubre un gráfico con muchos datos que compara el índice de natalidad actual de Alemania con los índices, mucho más altos, de Polonia y Rusia. Debajo, una chica rubia sonriente posa con un bebé con aspecto de querubín. «¡Chicas! —dice el pie de foto—, ¡es vuestro deber sagrado procrear y ser las futuras madres de la patria!»

«Procrear», piensa Renate parpadeando. Piensa también en la salida con Rudi la semana pasada al parque Friedrichshain. Se tumbaron cerca de uno de los caminos menos transitados, medio escondidos tras unos parterres de flores y arbustos bien cuidados. Renate se había encontrado tumbada debajo de Rudi en la manta, con la boca de él moviéndose por su cuello de una manera que le provocaba unos escalofríos casi insoportables; las caderas de Rudi presionaban las suyas y en el medio notaba lo que no puede nombrar en voz alta, duro y cálido y apremiante. Aunque la idea la había asustado durante mucho tiempo (no sabía qué debía hacer si él quería enseñársela o —más impensable aún— que se la tocara), la realidad resultaba ser muy distinta. Era como si su piel, tan tensa y hormigueante bajo su tacto ligero como una pluma, esperara e incluso deseara esa presión extraña y firme; como si quisiera ir a su encuentro, rodearla y fundirse con ella. Y así, mientras ella le empujaba el pecho con las palmas de las manos, sus caderas —a pesar de las intenciones de Renate— habían querido levantarse para unirse a las de Rudi por voluntad propia. No confiaba en sí misma, así que al final se había apartado rodando por el suelo, se había ruborizado y reído, y había mentido diciendo que su madre quería que llegara a casa temprano.

En el Babylon, la semana anterior, tuvo lugar otro motín corporal: su torso retorciéndose mientras Rudi le lamía y mordisqueaba el lóbulo de la oreja y deslizaba sus dedos por debajo del dobladillo de la falda y por encima de las bragas antes de asentarse directamente sobre el lugar donde Renate más sentía ese nuevo deseo de ser tocada. Todo parecía haber sucedido a una velocidad vertiginosa y, sin embargo, al recordarlo, lo que la había asustado ni siquiera era que hubieran

llegado tan lejos tan deprisa; era que le había sido muy difícil evitar ir más lejos aún. De hecho, si el noticiario del intermedio no hubiera interrumpido la película para mostrar al Führer celebrando su cuadragésimo sexto cumpleaños, francamente, Renate no tiene ni idea de lo que podría haber sucedido.

Pero ocurrió y, por supuesto, Rudi la soltó como si fuera un plato caliente y casi se cuadra en el asiento.

Pensándolo ahora, a Renate no le extraña que esas novecientas chicas de la BDM de las que Ilse le habló regresaran embarazadas del mitin de Nuremberg del año pasado. Novecientas chicas que solo hicieron con sus cuerpos lo que el suyo parece rogarle que haga.

Y esas fueron las que se metieron en problemas. Las que, en efecto, terminaron procreando.

—¿Qué pasa? —pregunta Ilse levantando la vista de su libro de Historia.

—Nada —miente Renate sonrojándose ligeramente (¿ha hablado en voz alta?)—. Es solo... este anuncio. Nos dice que debemos tener hijos. No sé si se refieren a cuando estemos casadas o no.

—¿Acaso importa?

—¿Qué?

—Bueno, un bebé es un bebé. —Ilse se encoge de hombros—. Si el objetivo de tenerlos es aumentar la población, no importa lo que hagan sus padres siempre y cuando nazcan las criaturas, ¿no?

—Tengo la sensación de estar hablando con Ida Fuchs. —Renate se ríe. Luego se calla, impactada por la repentina y sorprendente posibilidad—. Un momento —dice—. No me digas que tú...

Ilse la mira fijamente, confundida al principio. Luego se ríe.

—Oh, Dios mío, por supuesto que no.

Renate suspira aliviada. Después del incidente de la «dama del libro», juraron compartir todos y cada uno de los detalles de su vida amorosa, y hasta la fecha Renate lo ha hecho fielmente entre susurros, risas y sonrojos. Ilse, en cambio, no ha tenido nada que contar y, a decir verdad, parece más molesta que impresionada con los apasionados relatos de Renate.

Tras volver a dejar el anuario sobre la mesa, Renate hojea

rápidamente un pequeño libro de poesía sobre la pureza de la sangre (*Mantén pura tu sangre / no es solo tuya*) antes de abandonarlo para coger el número de abril de *Das Deutsche Mädel*, la revista que publicó el primer poema de Ilse y para la cual su amiga escribirá ahora regularmente. El artículo se titula «¡Tu deber es estar sana!» y en él se enumeran los pasos que cada chica debe seguir para asegurarse de que su cuerpo y su mente están preparados para la maternidad patriótica. «Dormir diez horas. Hacer ejercicio a diario. Ser competente en las tareas domésticas. Evitar los cines mal ventilados y los bares abarrotados y llenos de humo.»

Renate relee la lista frunciendo el ceño. Esperaba tener que ponerse al día en cosas como correr y hacer gimnasia, pero ¿dormir? ¿Diez horas seguidas? Para bien o para mal, ella es de naturaleza noctámbula; suele quedarse leyendo hasta las tres de la madrugada y considera que el cansancio merece la pena si el libro es bueno. Lo de las destrezas domésticas le parece igualmente cuestionable. Sabe hornear un poco, pero solo se le permite hacerlo bajo la atenta supervisión de la asistenta después de que una vez ella e Ilse prendieran fuego a la rejilla del horno intentando hacer una *Linzer torte*. («Sois maravillosas —les había dicho Franz con auténtica admiración—. Ni siquiera sabía que eso fuese posible.») Pero Renate cree que incluso esa habilidad es de valor dudoso, teniendo en cuenta la última «advertencia» de la lista: «Ten cuidado con lo que comes; ¡demasiados dulces harán que engordes y que te vuelvas perezosa!».

Piensa en Ilse, atiborrándose del pastel de semillas de amapola del señor Schloss. Piensa en los buenos ratos que solían pasar juntos después de la escuela, mucho más escasos ahora que Ilse tiene a la BDM y Renate tiene a Rudi (siempre y cuando este no tenga planes con las Juventudes). Cuando Renate entre en la BDM, ella e Ilse pasarán más tiempo juntas, aunque, según le ha dicho su amiga, ese tiempo se centrará en hacer cosas como portar banderas y hacer senderismo... Suspirando, saca de la cartera su cuaderno de notas azul y comienza a copiar cuidadosamente los mandatos de la revista. Será mejor que empiece a familiarizarse con ellos.

Al cabo de lo que se le antoja una hora, se abre la puerta de la sala

de revisiones y una chica de pelo castaño y cara rechoncha y llena de granos sale alisándose la falda.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunta Renate con ansia.

La chica se encoge de hombros.

—Bien.

La muchacha no se parece en nada al ideal de la BDM, una sílfide aria, fornida y de extremidades largas. Pero tampoco parece que eso importe: por su expresión optimista, está claro que al menos ha pasado la revisión médica.

—¿Ha comprobado cuánta fuerza tienes? —la interroga Renate—. ¿Te ha preguntado lo rápido que puedes correr?

—Sí —interrumpe Ilse—. Y le ha hecho trepar por una cuerda que cuelga del techo igual que la que no pudiste trepar en el gimnasio.

La chica de pelo castaño se muestra desconcertada.

—No, qué va. ¿Por qué iba a haber una cuerda de trepar en la consulta de un médico?

Ilse se ríe a carcajadas.

—¡Mira qué cara has puesto! —dice dándole un empujón a Renate —. Te lo has creído.

—No, para nada —replica Renate sonrojada.

—No había nada de eso. —La chica todavía parece confundida—. Me ha medido, me ha pesado y me ha auscultado el corazón. Y me ha hecho toser.

—¿Y ya está?

La chica asiente con la cabeza.

—¿Ves? Tal como te dije —dice Ilse—. Pan comido.

Renate deja escapar el aliento aliviada.

—Entonces... ¿entro ya?

—Yo primero llamaría —responde la chica sentándose en el banco al lado de Ilse con la cartera en el regazo—. Pero sí, te está esperando.

Renate se vuelve hacia Ilse.

—¿Me esperarás?

Su amiga arquea una ceja.

—Por enésima vez: ¡sí!

«Te quiero», piensa Renate, pero no lo dice en voz alta. Traga saliva

con dificultad, se mete la blusa por dentro de la falda y se atusa las trenzas antes de acercarse a la puerta.

«Es pan comido —se dice a sí misma—. Un simple chequeo.»

Llama con los nudillos al vidrio de la puerta y luego deja caer la mano sobre el pomo de latón.

—Adelante —responde una amistosa voz masculina.

Cuando está a punto de abrir la puerta, se escucha otra voz —esta vez femenina— en la otra punta del pasillo acompañada de un marcado taconeo en el entarimado.

—Señorita... espere un momento. —Renate e Ilse se giran y ven a la líder de labios rojos caminando enérgicamente hacia ellas con una carpeta de papel manila en las manos—. Me refiero a la señorita Bauer.

La mujer se para en seco y adopta un aire más formal. Mira a Renate por encima de su nariz achatada. A su vez, Renate también la mira esbozando una sonrisa («¡No soy un manojo de nervios!») a la que los labios rojos no corresponden.

Detrás de ellas, la puerta de la consulta se abre; Renate mira por encima del hombro y ve a un hombre mayor con bata blanca.

—¿Hay algún problema?

—Nada importante —responde Labios Rojos—. Pero no será preciso que examine a esta chica, doctor Braun.

—¿No?

—No. Resulta que no es apta para ser miembro de la BDM.

El dictamen se parece tanto a lo que Renate más temía que le dijeran, que protesta de manera casi refleja:

—¡Pero si todavía no me ha examinado!

—Me temo que el examen no tendría sentido —dice. Dirige un gesto de asentimiento al médico y la puerta de la consulta se cierra silenciosamente. La líder se humedece un dedo y abre la carpeta.

—No lo entiendo —titubea Renate.

—Ya veo. Tampoco debió de entender nuestros requisitos cuando rellenó esto.

La mujer da golpecitos a una hoja con una uña sin pintar.

—Sí que los entendí.

—Me refiero a nuestros requisitos raciales.

Renate mira a Ilse. El rostro de su amiga refleja el mismo desconcierto que siente ella.

La mujer está pasando el dedo por la hoja.

—Verá, olvidó incluir su historia familiar completa.

—Sí. —Renate exhala aliviada; si ese es el problema, tiene fácil solución—. Mis padres han perdido los listados de sus ancestros, pero, tal como escribí en el margen, me dijeron que ustedes tendrían acceso a los archivos del censo de la ciudad.

La mujer asiente con la cabeza.

—Y así es. Los habíamos solicitado antes de que usted llegara hoy, pero no había tenido ocasión de revisarlos hasta ahora. —Tras hojear la carpeta, saca un papel: uno más viejo, ligeramente amarilleado en los bordes, con el sello oficial de la ciudad de Berlín en la parte superior—. Supongo que es consciente de que no es alemana.

Renate parpadea.

—¿Perdón?

—Que usted no es alemana —repite despacio la mujer.

Por un momento todo el pasillo parece temblar, como una llama acariciada por una leve brisa. Renate niega con la cabeza.

—Por supuesto que lo soy. La familia de mi madre lleva cinco generaciones en Berlín.

—Sí, pero exigimos que ambos progenitores sean de pura raza alemana.

—Me... me parece que no lo entiendo.

La mujer carraspea.

—Veo que no sabe de lo que le hablo —dice tajante—. Siento tener que ser yo quien se lo comunique, pero nuestros archivos indican que su padre es judío.

«Judío.» La palabra aterriza como un puño en el vientre de Renate. Detrás de ella, Ilse y la chica de pelo castaño dan un grito ahogado.

—Es imposible —tartamudea Renate.

—Me temo que no. Su padre es Otto Andreas Bauer, ¿correcto? —Renate asiente con la cabeza—. Sus padres eran completamente judíos. Eso la convierte a usted, en el mejor de los casos, en *Mischling*,

mestiza, y, por lo tanto, no es apta para ingresar en nuestra organización.

La dirigente le tiende algo. Renate reconoce el recubrimiento verde mate de su carnet de identidad. Aturdida, lo coge.

—Es imposible —repite—. En mi familia nadie es judío.

—Ella tiene razón, señorita. —Ilse se ha acercado—. Puedo responder por ella.

Renate le lanza una mirada de agradecimiento y una imagen acude a su mente: las dos están cocinando con Maria el pasado mes de diciembre y bromean metiéndose trozos de masa cruda y dulce en la boca cuando la asistenta no mira. Después, están tumbadas bocabajo en la cama de Renate, quejándose, discutiendo sobre a quién le duele más la barriga. Se ve a ella misma y a Ilse unos días después recorriendo del brazo el mercadillo de *Christkindlmarkt*, aconsejándose la una a la otra sobre los regalos para sus familiares y separando luego sus caminos el tiempo justo para comprarlos. Ilse le había comprado a Renate un ejemplar encuadernado en tela de *Los elixires del diablo*, de Hoffmann, a un librero que le juró que era una segunda edición auténtica. Renate le había regalado a Ilse una pluma estilográfica con incrustaciones de jade, una cadenita y un elegante estuche.

—Tiene que haber un error en los archivos —repite Renate con la mayor firmeza posible.

La mujer sonríe apretando los labios.

—Francamente, creo que si hay un error, lo cometieron sus padres. Deberían haberla informado sobre su ascendencia.

—¿Ascendencia? —repite Renate confundida.

Algo en el aire, una nueva densidad, como si el oxígeno se hubiese vuelto gelatinoso como el áspic, hace que el significado de las palabras le llegue con retraso.

—Lamento decirle que no es la primera vez que me encuentro con un caso como este —dice la mujer—. La verdad, no sé en qué piensan los judíos al enviar aquí a chicas como usted. Es bastante desconsiderado por su parte.

De nuevo esa palabra: «Judíos». Renate lucha contra el impulso de acobardarse.

—Hablaré con ellos. Esta misma noche. Lo aclararemos y volveré mañana.

La mujer le dedica una prolongada mirada gélida. Su rostro redondo refleja disgusto, desaprobación, desagrado y un atisbo de... ¿lástima?

—En cualquier caso —le dice a la chica de pelo castaño—, sus papeles están en regla. Deberíamos finalizar su inscripción y conseguirle un uniforme. Venga conmigo. Y a usted, señorita Fischer, puedo acompañarla a la habitación 210.

—¡Espere! —Renate nota que el pánico le hace un nudo en la garganta—. ¿No puedo... no puedo... inscribirme yo también, aprovechando que estoy aquí?

—Ahorraría tiempo —intercede Ilse, aunque su tono convierte su pretendida afirmación en una pregunta.

La dirigente se gira muy despacio para mirar de nuevo a Renate.

—Señorita Bauer —dice pronunciando cada palabra con suma claridad—. Me temo que no lo ha entendido. Es contrario a las normas que cualquier chica no alemana use el uniforme de la BDM. De hecho, va en contra de casi todo lo que representamos. Si usted puede, como dice, proporcionar pruebas de que cumple con nuestros requisitos, podremos discutir la posibilidad de dar los pasos precisos para su inscripción. Hasta entonces, esta conversación ha terminado. Es tarde y tenemos otros asuntos que atender. Venga conmigo, señorita.

Da media vuelta y comienza a caminar enérgicamente por el pasillo con la chica de pelo castaño corriendo detrás de ella. Renate las observa. Tiene un agujero en el estómago y se ha quedado en blanco.

—¿Ilsi?

Apenas le sale un susurro y, al no obtener respuesta, supone que Ilse no la ha oído. Se da la vuelta y ve que su amiga también está mirando cómo se alejan; tiene una expresión que a Renate —que suele leer los pensamientos de Ilse como un libro abierto— le resulta indescifrable.

—Debo ir a buscar mi carnet de prensa —dice Ilse por fin—. Deberías irte a casa; probablemente me llevará un buen rato. Pero podemos volver mañana.

—¿Estás segura?

Ilse asiente con la cabeza.

—Arreglaremos esto.

Su voz suena convincente, pero Renate se da cuenta de que no la mira a los ojos. A medida que la ve alejarse, la idea de quedarse atrás le resulta devastadora, como si la estuvieran arrojando a un océano gris de piedra. «¡No me dejes! —quiere gritar—. ¡Por favor, quédate!» Pero las palabras no pueden o no quieren salir e Ilse ya está a varios pasos de distancia.

—Llama a los Albrecht esta noche —dice Ilse por encima del hombro. Su familia aún no tiene teléfono, así que comparten el de los vecinos.

Y acto seguido empieza a correr por el pasillo detrás de la líder y de la chica de pelo castaño que parece más judía que Renate, pero que, sin embargo, es totalmente alemana. Ilse se detiene ante una puerta, comprueba el número, llama. La puerta se abre y ella desaparece.

Renate se vuelve despacio hacia la escalera. Siente una extraña presión en el pecho y le duele la mano. Al bajar la mirada, ve que está apretando su carnet con tanta fuerza que los bordes afilados se le están clavando en la piel. Se obliga a aflojar los dedos y guarda la tarjeta en la cartera.

Al iniciar el descenso, se imagina que el retrato del canciller la observa; siente cómo los dos ojos pequeños y oscuros la estudian desde atrás, comprobando su estatura, su porte. Sabe que es absurdo, pero levanta los hombros y endereza la espalda mientras baja las escaleras.

Cuando llega a la planta baja, se queda quieta, sin saber adónde ir. Regresar a casa parece lo más lógico, pero no puede preguntar a sus padres sobre los archivos del censo. Podría preguntarle a su abuela, que parece saber todos los detalles de cada uno de los antepasados de ambas ramas de la familia, pero conociéndola, sin duda informará a sus padres de la consulta.

Solo queda Franz, el hermano de Renate. Tuvo que inscribirse en la universidad ese otoño, así que sabrá dónde encontrar los papeles correctos. Si bien ridiculiza a la BDM —dice que las siglas en realidad significan *Bubi, Drück Mich* [Abrázame, pequeño] o *Bund Deutscher Milchkühe* [Liga de Vacas Lecheras Alemanas]—, al menos no la

juzgará por haber actuado a espaldas de sus padres. No cuando él mismo se escabulle para encontrarse con sus amigos en la cervecería. No cuando tiene a la «dama del libro» y otras postales escondidas debajo de la cama.

Fuera, la campana de una iglesia da la hora en tonos metálicos: una, dos, tres... A la quinta campanada ya se ha decidido. Se irá a casa y, antes de nada, hablará con Franz, le contará lo que ha pasado y le preguntará qué puede hacer. Por la noche podrá llamar a Ilse a casa de los Albrecht y se reirán del malentendido.

—¿Señorita?

Renate se gira y ve al hombre sentado a la izquierda del hueco de la escalera mirándola desde su escritorio.

—¿Podemos hacer algo más por usted?

Su tono es cortante y frío. Renate se ruboriza al darse cuenta de que debe de haber oído toda la conversación.

—No —responde Renate—. Solo... solo necesito encontrar los documentos de mi familia. Los correctos.

—Los correctos.

Renate asiente con la cabeza.

—Los que tenían en el censo están mal.

—Vaya... —dice el funcionario. Su expresión deja claro que la explicación le parece absurda. Renate tiene ganas de decirle que el jefe de grupo de las Juventudes de su distrito es su amor secreto y que él asegura que ella es la clase de chica alemana que necesita la BDM.

Pero se limita a saludar.

—*Heil Hitler*!

—Cerramos en treinta y cinco minutos —responde el funcionario.

Ni siquiera se molesta en ponerse de pie.

El viaje de vuelta le parece surrealista. Las luces del metro, de un amarillo demasiado brillante, contrastan con la oscuridad húmeda de los túneles. Cuando el tren se acerca a la estación, un grupo de muchachos salta al andén desde los vagones gritando como indios y dejando que el impulso de la máquina arroje sus cuerpos al suelo, más

allá de la diminuta oficina acristalada del jefe de estación. Al aterrizar —uno, dos, tres—, justo en lo alto de la escalera, uno de ellos le silba.

—¡Por ti, preciosa! —dice.

Si Ilse hubiera estado allí, habrían chillado y reído juntas. Ahora, sin embargo, es como si su voz le llegara desde muy lejos, como una brisa que arrastra los graznidos de unas gaviotas lejanas.

Mientras busca un asiento, siente como si su mochila estuviera llena de balas de cañón en lugar de libros de texto; le duelen los brazos. El metro se ve diferente: la iluminación es menos intensa y los asientos y demás mobiliario resultan siniestros y parecen tener los bordes más afilados. En el asiento contiguo, una mujer de mediana edad y otra más joven, de unos veinte años, interrumpen su conversación para mirarla antes de reanudar su charla. Aunque ambas sonríen educadamente, el aspecto de sus rostros, como de aves rapaces dentudas, hace que a Renate se le encoja el estómago.

—Sigo pensando que no deberías comprar allí —dice la joven.

—¡Pero si es mucho más barato!

—Es más barato solo porque lo que vende es más barato.

—No, en serio —dice la madre—. Los artículos que venden están tan bien hechos como los de las tiendas alemanas. Duran mucho. Y son más baratos. Una auténtica ganga.

La mujer más joven hace una mueca.

—Estoy segura de que te lo harán pagar de alguna manera —dice—. Es lo que hacen los judíos.

Renate las mira fijamente, confundida. ¿Qué sabrán ellas? Le viene a la cabeza algo que Ilse le dijo hace no mucho: «¿Y si en realidad el mundo es un escenario y todos menos tú están actuando y no lo sabes?».

Entonces Renate se había reído. Ahora tiembla un poco y aprieta la mochila contra su barriga. Se concentra en el chasquido de los raíles, abstrayéndose en su ritmo predecible y áspero.

Se apea en la Friedrichstraße y baja hasta el nivel de la calle planeando distraídamente qué hacer durante la hora siguiente. El reloj de la estación marca las seis y cuarto: si ha cumplido con su horario de los martes, Franz debería estar en casa. De camino a Unter den

Linden pasa junto al viejo ciego Fritz y sus lápices sin mirarlo. Renate trata de no pensar en qué hacer si Franz no está, si, por alguna razón, no llega a casa hasta tarde, cuando ella ya esté dormida. En el peor de los casos, mañana se quedará en casa, dirá que está enferma. Al menos así evitará ir a la escuela y tener que contarle a Rudi el incidente. Aunque —«oh, no»—, ¿qué pasa si se lo cuenta Ilse? Eso sería aún peor que si se lo dijera la propia Renate.

Pase lo que pase, tendrá que llamar a Ilse por la noche.

Renate abre la puerta de casa intentando hacer el menor ruido posible. Sus padres están en el salón manteniendo una de sus «conversaciones» en voz baja. Tras dejar el abrigo en el colgador de la pared, Renate se quita las botas con cuidado y sube las escaleras en calcetines, esperando que Sigmund esté encerrado en la habitación de Franz y no la delate con su quejumbrosa bienvenida. Una vez arriba, se detiene y asoma la cabeza. Ni rastro del schnauzer.

Abajo, sus padres continúan su tenso murmullo. Renate solo distingue algunas palabras: «exámenes» y «comité», y luego algo parecido a «asistencia». ¿Por qué se empeñan en susurrar?, se pregunta irritada. ¿Por qué todo parece tan relevante y secreto de repente? ¿Por qué los adultos se creen siempre tan importantes?

Sin hacer ruido, deja la mochila en su habitación y se dirige de puntillas a la de su hermano. Espera que Franz le cuente uno de sus chistes; lo necesita. En ese momento se reiría incluso aunque fuese algo sucio... Sus pensamientos se ven interrumpidos por un lloriqueo sordo y el suave arañazo de uñas caninas contra el roble de la puerta.

«No —piensa Renate—. Quieto.»

—Muy bien, colega —oye decir a su hermano—. Ve a saludar.

Antes de que Renate haya entendido esas palabras, Sigmund ya está corriendo hacia ella como una bala peluda, ladrando alegremente, como si no la hubiera visto en años. Sonriendo a su pesar, Renate se arrodilla y abraza al cachorro que se retuerce, apartando la cara cuando el perro le embiste la mejilla con su blanda lengua.

Abajo, el tono acallado de la conversación se interrumpe.

—¿Reni? —dice su madre levantando la voz—. ¿Estás en casa?

—Sí —responde Renate a regañadientes, manteniendo a distancia al

schnauzer, que no para de retozar.

—¡Ven a cenar!

—No tengo hambre. Y tengo mucho que estudiar.

—Tienes que comer algo.

—¿Puedo cenar en mi habitación? Quiero acostarme temprano.

Una pausa. Renate oye murmurar a su padre; luego oye suspirar a su madre.

—De acuerdo. Maria te llevará una bandeja. Pero, por favor, baja antes de acostarte para darnos las buenas noches.

—De acuerdo —dice Renate aunque no tiene intención de hacerlo.

Como suele decir Ilse, Renate es la persona que peor miente del mundo. Bastaría una mirada para que sus padres se dieran cuenta de que pasa algo.

Levantándose, vuelve a poner a Sigmund a cuatro patas y luego se limpia los besos de la frente con la palma de la mano.

—¿Ha ido bien el día?

Renate levanta la vista y ve a Franz apoyado en la pared, con los brazos cruzados y una mirada irónica en sus ojos soñolientos.

—Bastante bien.

—No lo parece —dice—. Se diría que has estado comiendo limones.

«La persona que peor miente del mundo.» De nuevo, esboza una sonrisa melancólica.

—Ha sido una tarde muy extraña.

—¿Extraña para bien?

Renate niega con la cabeza mientras se sacude los pelos cortos y oscuros de la falda.

—Oye, ¿puedo hablar contigo un momento?

—¿Acaso no lo estamos haciendo? —Franz habla mostrando una de sus indulgentes sonrisas que parecen decir «mira que eres cría», algo que normalmente la enfurecería. Hoy, en cambio, se limita a decir:

—Será un momento. —Y reza a Nadie en Concreto para que así sea.

En cuanto Franz cierra la puerta, Renate se sienta tímidamente en su cama y Sigi se acomoda en su sitio habitual. Por primera vez desde hace horas, Renate se relaja un poco. La habitación de Franz siempre ha surtido ese efecto en ella. En parte es el olor, teñido de tabaco

como el de su madre, pero también aromático de una manera que nada tiene que ver con el perfume o la colonia. Una mezcla de juventud y un ligero toque a almizcle. También un punto de acidez, una acidez casi dulce, como la leche condensada cuando se deja demasiado tiempo fuera de la nevera. Es un olor que, desde que tiene memoria, ha hecho que Renate se sienta segura. Observa en silencio cómo Franz renquea hasta el escritorio de roble en el que trabaja y apoya en él su bastón antes de dejarse caer en la silla de oficina de cuero agrietado que heredó de la clínica de su madre. Pone la pierna mala encima del escritorio y mira a su hermana. A Renate le viene una imagen momentánea de los dos doce años atrás.

Era una fría mañana de invierno, él tenía seis años y ella tres. Renate se había levantado temprano y había ido a dar brincos en la cama de Franz, como tan a menudo hacía, porque sus padres les habían prohibido despertarlos antes de las ocho. Franz había gruñido y se había quejado, pero finalmente le había hecho sitio y había rodeado con su brazo los hombros de Renate, estrechándola. Franz le leía fragmentos de los libros que más le gustaban: las leyendas heroicas de Schwab, las historias de reyes y monstruos de Hauff, una versión antigua de *Alicia en el País de las Maravillas* que había pertenecido a su madre... Ya entonces tenía ese aroma dulzón, aunque todavía no se había impregnado de esa acidez aceitosa y adulta del sudor, la brillantina y el tabaco.

—Bien —dice Franz.

—Bien. —No parece haber ninguna forma elegante de abordar el tema, de modo que Renate se lanza—: ¿Somos judíos?

—Vaya. —Franz se echa hacia atrás y junta los dedos delante de la nariz. Detrás de él, Karl Marx mira fijamente desde el póster situado sobre el escritorio, con el pelo alborotado y una expresión inescrutable.

—¿Vaya? —Renate esperaba que la pregunta le sorprendiera o, como mínimo, que lo hiciera reír. Que no sea así hace que el estómago se le encoja de miedo—. ¿Vaya? —repite—. ¿Y eso qué significa?

Franz levanta un dedo: «Espera».

Abre el cajón de arriba y saca la lata de cigarrillos. Renate siente

una repentina presión en el pecho, como si el esternón se le estuviera expandiendo. «Debería irme —piensa—. Debería irme ahora mismo. Debería marcharme...» Pero apenas puede respirar y mucho menos moverse. Paralizada, observa cómo Franz pone un Mona entre sus labios, sosteniéndolo sin apretar mientras lo enciende como Humphrey Bogart en *Big City Blues*. La llama de la cerilla proyecta las largas y oscuras pestañas de su hermano sobre sus mejillas. Ilse dijo una vez, medio en broma, que Franz tenía los ojos más bonitos que ninguna mujer que hubiera conocido.

—¿Cómo te has enterado? —pregunta por fin.

Renate respira entrecortadamente.

—Hoy he ido a inscribirme en la BDM. —Y mientras Franz pone los ojos en blanco, añade—: Ha sido decisión mía.

—Por desgracia, no lo es. Las Juventudes tienen normas estrictas sobre el tipo de sangre que debe correr por las venas de sus jóvenes.

A Renate se le cae el alma a los pies.

—No me digas que lo que me han dicho es verdad.

—Eso depende. ¿Qué te han dicho?

—Han dicho que... que *Vati* es judío. —La voz de Renate tiembla, pero continúa—. Que sus padres eran judíos y que eso me convierte en una...

Se calla, tratando de recordar el término.

—Una *Mischling* —dice Franz en voz baja—. En el mejor de los casos... Aunque para ellos no somos mejores que los judíos. Es como un veneno. Una gota estropea todo el vaso de agua.

Franz da unos golpecitos a su cigarrillo sobre su vaso de agua medio lleno. Renate lo mira fijamente y luego mira las motas negras arremolinándose hacia el fondo del vaso. Parece que el resto del mundo se haya congelado: las paredes, los libros, la lámpara. Incluso Franz parece haber adquirido un brillo tenue pero impenetrable, como si él también fuera a romperse si lo tiraran o se cayera. Renate se imagina a Franz, se imagina todo tintineando en el suelo hecho añicos. Tiene ganas de vomitar.

—No —consigue decir—. No, no puede ser cierto. Incluso Ilse ha dicho que es un error.

—Me temo que no lo es.

«No, no, no.»

—Pero... ¿cómo puede ser? ¡Tenemos fotos de mi bautismo!

Franz se encoge de hombros.

—También hay fotografías del bautismo de *Vati*. No significan nada.

—¡Significan que es cristiano!

Sigi se sobresalta y se vuelve para mirarla con sus ojos preocupados de color café. Renate se da cuenta de que casi ha gritado. Franz presiona el aire hacia abajo con la palma de la mano: «Calma».

—No si sus padres eran judíos —dice en voz baja—. Y lo eran. Se convirtieron al cristianismo justo antes de casarse. Muchos judíos lo hacían en aquella época; según parece, estaba de moda. —Suelta una larga bocanada de humo—. Pero ambos se criaron en familias judías practicantes.

«Practicantes —piensa Renate aturdida—. ¿Qué practican los judíos? ¿El piano? ¿El violín?»

Piensa en las personas de aspecto sombrío y vestidas de oscuro que viven cerca del Hackescher Markt y de la Mulackstraße: las mujeres, con sus pelucas de aspecto falso y su ropa incómoda y poco favorecedora; los hombres, con sus tirabuzones y sus sombreros afelpados. Es como intentar encontrar el parecido de su culto y cristiano padre con unos extraterrestres.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—*Vati* me lo dijo el invierno pasado.

Renate da un grito ahogado.

—¡¿El invierno pasado?!

Franz levanta las manos de nuevo, pidiendo calma una vez más.

—Tuvo que hacerlo. Necesitaba la información para inscribirme en la Friedrich Wilhelm; allí todo el mundo sabe que es judío ahora. —Da la última calada a su cigarrillo y lo usa para encender otro antes de tirar la colilla al cenicero—. Consiguió sobrevivir a las primeras rondas de despidos gracias a sus condecoraciones de guerra, pero corren rumores de que con la nueva ley sobre funcionarios públicos se quedará sin trabajo en diciembre.

Con una mueca de dolor, levanta la pierna mala con ambas manos

para moverla. Si pasa demasiado tiempo sin hacerlo —cosa que ocurre a menudo, ya que se olvida— le suelen dar calambres y nota un hormigueo.

Renate se aprieta las sienes con las palmas de las manos. Se imagina que rompe su propio cráneo como si fuera una nuez para detener las mareantes vueltas que le da la cabeza. Pero esta sigue girando como un torbellino, parándose a pensar muy brevemente en cosas que ha visto a diario sin asimilarlas de verdad: las tropas de camisas marrones pavoneándose por las calles, los anuncios en el *Der Stürmer*, con sus viñetas lascivas y sus titulares incendiarios: «¡Los judíos son nuestra desgracia!», «¡Mujeres, niñas, los judíos son vuestra perdición!», «¡Cuando conoces a un judío, conoces al diablo!».

—No tiene sentido —susurra Renate, o eso cree. El rugido de la sangre en sus oídos es ensordecedor.

—Querían decírtelo cuando fuese más... relevante. Creo que sabían que tendrían que hacerlo pronto. —Al ver la expresión de su hermana, Franz se inclina hacia delante—. Escucha. Al menos por el momento, esto no cambia nada para ti.

—¿Estás loco? —Renate lo mira de hito en hito—. Lo cambia todo. Dios mío, todo.

Las náuseas le suben por la garganta; presiona el pañuelo contra los labios. Ahora acuden a su mente otros detalles en los que apenas había reparado porque se suponía que no le afectaban a ella. Las cuotas del nuevo gobierno sobre el número de judíos en las escuelas alemanas; la extraña y, a su juicio, absurda prohibición de usar los nombres de David o Samuel para deletrear palabras por teléfono (Dora y Siegfried los sustituyen); Rudi explayándose a propósito de un estudio científico que había leído sobre lo que él describió como «ese peculiar olor judío».

—Huelen un poco a azufre —le había dicho—. Como a huevos podridos. Aunque hoy en día saben disfrazarlo mejor; por eso a las mujeres judías les gusta el buen perfume francés.

Franz mencionando durante una cena la semana anterior que había aparecido un letrero en la Casa de Estudiantes Friedrich Wilhelm anunciando que a los estudiantes y al personal judío ya no se les

permitía escribir o publicar en alemán. «¿Y en qué idioma se supone que deben hacerlo?», había preguntado Renate. «En hebreo», había respondido Franz, y se había reído como si fuera la broma más divertida del mundo.

—Pensé en contártelo yo mismo el mes pasado —prosigue su hermano—. De todos modos, tarde o temprano ibas a enterarte. Sobre todo si eso de limitar el número de judíos en las escuelas es cierto.

Renate frunce el ceño.

—Pero si solo somos medio judíos...

—Para serte sincero, no estoy seguro de que eso importe mucho. —Sonríe mordaz—. Su lógica puede ser difícil de comprender.

De repente la habitación es demasiado pequeña, demasiado asfixiante; ese aroma familiar de Franz ya no es reconfortante, sino sofocante, es como estar atrapada en un armario lleno de caramelos podridos. Por un momento, Renate cree detectar un ligero olor a azufre. La mera idea le da náuseas.

—Tengo que irme —dice de pronto ya de pie, el pañuelo flotando suavemente hacia el suelo.

Franz enarca una ceja.

—¿Ir adónde?

—Afuera. Aire.

Renate es incapaz de decir nada más, así que coge su bolso y se cuelga en el hombro la correa de cuero.

—Espera —dice Franz—. Siéntate un momento. Sé que es difícil...

Renate niega con la cabeza y trastabilla hacia la puerta, ignorando la visión periférica de Franz esforzándose en mover la pierna, en levantarse; ignorando el pesado golpe de Sigmund al saltar de la cama para ir tras ella meneando la cola. Da un portazo ante su cara peluda y baja corriendo las escaleras, más allá de la «sala de los murmullos», hasta la puerta principal pintada de blanco por la que —¿solo han pasado unos minutos?— ha entrado poniendo cuidado en no hacer ruido. Se calza las botas, abre la puerta y sale disparada; los cordones desatados aletean, su corazón palpita a un ritmo al que su mente pone una letra cruel: «judía, judía, judía». Tropieza con los cordones y se agacha para atarlos. La puerta se abre a sus espaldas.

—¿Reni? —dice su padre soñoliento y sorprendido—. ¿Adónde diablos vas?

—¡Lárgate! —chilla Renate haciendo caso omiso a las miradas de sorpresa de una anciana y su acompañante, a las risitas de dos colegialas con colas de caballo, ambas con uniformes almidonados de la BDM—. ¡Déjame en paz!

Luego huye dándole la espalda. Corre todo lo rápido que puede, sintiéndose por primera vez en su vida tan veloz como una chica completamente alemana, aunque a cada paso la martillea esa palabra. Esa horrible e inconcebible palabra:

Judía.

Judía.

Judía.

6

Ava

1968

«¡Ho! ¡Ho! ¡Ho-Chi-Minh! ¡Ho! ¡Ho! ¡Ho-Chi-Minh!»

El nombre atronaba en el aire de Berlín, un mantra furioso sobre un mar de carteles y pancartas de protesta: aquí un Che Guevara con boina, apuesto como una estrella de cine; allá el presidente Johnson, adornado con un bigote hitleriano y subrayado con la palabra «USA» garabateada, cuya «S» había sido reemplazada por una esvástica. Esparcidas entre los manifestantes, Ava vio también varias imágenes del presidente de Vietnam del Norte, que parecía inteligente y un tanto desconcertado por los acontecimientos. Pero aún no había visto ninguna pancarta como la que ella y su actual amante, Fiete, llevaban extendida entre ambos.

Mirando la versión al estilo de Käthe Kollwitz de la foto de la Associated Press que había conmocionado al mundo en febrero, Ava sintió una oleada de orgullo cansado, no muy diferente al que sentía durante las exposiciones de su escuela de arte. Se había pasado la noche retocándola mientras Fiete —un neodadaísta en ascenso que parecía el hermano mofletudo de Paul Newman— vaciaba una botella de vodka helado y hacía sugerencias inútiles: «¿No son más bajos?». «¿Tienen que ser tan grandes los ojos?» «Oye, ¿estás segura de que es esa arma?»

Ava no había respondido a ninguna de esas preguntas. Lo único que sabía era que desde el momento en que la había visto publicada en el periódico *Der Spiegel*, la imagen le había despertado la misma fascinación enfermiza que solía sentir por las granulosas imágenes de los prisioneros de Auschwitz y de las masacres perpetradas por los grupos de operaciones. Sabía que la historia detrás de la instantánea

de la AP era más compleja: Bay Lop, el miembro del Vietcong fotografiado justo en el momento de su escandalosa e irregular ejecución, había ejecutado uno tras otro a mujeres y niños unas horas antes. Sin embargo, la cruda brutalidad de la imagen seguía hipnotizándola: la postura extrañamente relajada del ejecutor; la mueca del prisionero condenado mientras le volaban los sesos, una mezcla hosca de resignación y odio. Al principio, Ava había planeado integrar una salpicadura de sangre brillante al estilo de Pollock en la versión de su pancarta, pero cuando aplicó el tono a la sábana, enseguida descubrió por qué Kollwitz había elegido su famosa paleta monocromática: el color salpicado desviaba la atención de lo que de verdad importaba de la imagen, como los estridentes bocadillos con onomatopeyas (*Pow! Wham! Wham! Crack*!) de un cómic americano.

Así que, a las tres de la madrugada, había vuelto a empezar. Había tenido que despertar a Fiete del colchón en el que se había desplomado para quitarle la única sábana que le quedaba. Así, dos cajetillas de Lark y un mar de café negro después, la imagen estaba terminada, si bien todavía algo húmeda, cuando llegó la hora de partir hacia la Universidad Técnica de Berlín.

Ava tiraba de su extremo de la pancarta con tanta fuerza que notó un calambre en el cuello a pesar de que llevaban andando menos de veinte minutos. Luego sintió un escalofrío cuando algo suave y húmedo le cayó en el ojo y estalló allí como un fugaz y ardiente beso.

Agachando la cabeza torpemente para tratar de limpiarse con el hombro, Ava rastreó el origen del ataque a su izquierda, donde dos chicas agitaban sopladores de pompas de jabón mientras marchaban oscilando sobre los hombros de sus amigos. La que estaba más cerca, una rubia pálida con un jersey a cuadros, le pidió disculpas cuando vio que la miraba. Luego perdió aparentemente el equilibrio, balanceándose hacia delante y hacia atrás sobre su transporte humano, chillando y partiéndose de risa.

A pesar del escozor en el ojo, Ava se encontró riendo también, no tanto por la escena como por un repentino subidón. Los primeros momentos de una protesta eran así, ella ya lo había aprendido. No era muy diferente a abrocharse el cinturón de seguridad en un Trabant

justo antes de que se inclinara al tomar la primera curva: un vertiginoso cóctel de euforia y terror que la desaprobación total de Ilse de las atracciones de feria hacía más fascinante aún. «He sobrevivido a demasiadas cosas —había dicho una vez su madre— como para ahora pagar dinero por arriesgar la vida y la integridad física.» Aunque, por supuesto, cuando se la presionaba «demasiado», nunca daba más detalles.

No es de extrañar que Ilse considerara que las protestas callejeras eran una pérdida de tiempo más peligrosa si cabía: «Gamberrismo, puro y simple», las llamaba. Y a pesar de que la indignación de Ava por el estado de las cosas —antiguos nazis dirigiendo el país; la máquina de guerra estadounidense arrasando el sudeste asiático; botas militares soviéticas pisoteando la esperanza de la Primavera de Praga hasta convertirla en polvo sangriento— era sincera, a veces se preguntaba qué papel había jugado la desaprobación de su madre en empujarla a la corriente alborotadora del movimiento. Aunque la verdad es que la primera incursión de Ava en la disidencia estudiantil no fue motivada por Ilse, sino por un *happening* conceptualista que había ido a ver con Ulrich a Berlín. El espectáculo consistía en que un artista corpulento abría en canal un maniquí de mujer, le sacaba las entrañas algodonosas y las reemplazaba con soldados de juguete; todo mientras gritaba «¡Cuéntame un cuento de hadas!». Y a pesar de los comentarios socarrones de Ulrich («Apuesto a que es divertido en la cama»), los aullidos del artista habían conectado de un modo u otro con el creciente pozo interior de Ava, fruto de la desesperación por la vida que llevaba: compaginaba su arte y su esporádica vida amorosa con el extenuante horario de camarera y vivía con Ilse a fin de ahorrar para hacer un posgrado en Nueva York.

De ahí que cuando el artista que representaba *Señorita Saigón* instó a su público a asistir a la manifestación del día siguiente en la Ópera Alemana, quiso aprovechar la oportunidad, por más que Ulrich lo descartara por tratarse de «más exhibicionismo autocomplaciente». Y desde el primer paso que dio entre empujones, la experiencia le pareció apasionante. No solo por la camaradería que sentía inmersa en la furia colectiva de aquella multitud, sino por la emoción de vociferar

—no, de gritar hasta que le dolieron las mejillas y se quedó ronca— contra el muro de silencio y complicidad tras el que se escudaba toda la generación de su madre mientras el mundo estallaba en napalm, llamas y corrupción.

—¡Cuidado, nena! ¡Vas demasiado deprisa!

De vuelta en la protesta que los ocupaba, Ava vio que Fiete resoplaba con la cara roja unos pasos por detrás de ella, con el palo de la pancarta colgando en un ángulo precario. Ava aflojó un poco el paso y dejó que la alcanzara mientras fantaseaba un instante con hacer lo contrario: quitarle el palo de contrachapado de las manos y poner tanta distancia entre ellos como pudiera, teniendo en cuenta la densidad de la multitud.

Ava lo había conocido dos semanas antes frente a un Deutsche Bank cerca del piso de Ulrich, con un traje de rayas y un letrero de hombre anuncio: «Pregúntame en qué estoy pensando». A los transeúntes que se acercaban les ofrecía una improvisada fábula pornográfica que supuestamente ilustraba «cómo el capitalismo avanzado nos jode a todos».

—Es un tonto y un farsante —había advertido Ulrich a Ava entonces.

Pero Ava estaba lo suficientemente intrigada por la historia sobre «pornobanca» que Fiete le había relatado (que incluía cubitos de hielo, afrodisíacos y unas esposas) como para darle su número; luego descubrió que, pese a toda su bravuconería callejera, era patológicamente inseguro en el dormitorio, una falta de conexión que Ulrich había encontrado muy graciosa:

—Te dije que era un farsante —se había carcajeado—. Confío en que logres tirarte a un artista con pánico escénico.

—No siempre fuiste bueno en la cama —contraatacó Ava haciendo una inusual referencia a la corta vida amorosa que habían compartido en la adolescencia.

—Tenía diecisiete años —replicó Ulrich—. Y el último de mis problemas era que se me levantara.

Mientras Fiete la alcanzaba, Ava echó otro rápido vistazo al rostro contraído de Bay Lop, que pareció temblar con una brisa invisible; Ava también se encontró temblando, tocada por una inesperada aprensión. Sacudiéndose la sensación, echó la cabeza hacia atrás y unió su grito afónico al de la multitud: «¡Ho! ¡Ho! ¡Ho-Chi-Minh!». Sonaba furioso y festivo al mismo tiempo, una canción de cuna primigenia aullada hasta quedar sin aliento al compás de mil pasos en marcha. Pero cuando entraron en la plaza, el estado de ánimo cambió de repente. El ritmo de la muchedumbre se aceleró y se convirtió en un trote; el canto se transformó en un verdadero rugido —«¡Ho! ¡Ho! ¡Ho-ChiMinh! ¡Ho! ¡Ho! ¡Ho-Chi-Minh! ¡HO! ¡HO! ¡HOCHI-MINH!»— al que enseguida se sumaron el sonido de unas sirenas en la distancia que se aproximaban y el estruendo de un helicóptero que se había materializado sobre los edificios del campus.

Y entonces todo se detuvo tan repentinamente —los cánticos, la marcha, la enérgica indignación— que Ava casi choca con los de la fila de delante.

Confundida, dio un paso atrás y miró a su alrededor.

—Son los «toros» —gritó Fiete.

Ava siguió su mirada y divisó una masa oscura de policías frente a la cabeza de la manifestación. Iban engalanados con todo el equipo antidisturbios.

—Pero ¿por qué nos paran?

Agarrando de nuevo el palo, se puso de puntillas con sus botas blancas de charol. Mientras el helicóptero se movía y zumbaba como una avispa inquieta, vio que los dos bandos se enfrentaban: de un lado, los policías, y del otro, los estudiantes.

—¿Acaso no tenemos autorización?

La respuesta vino en forma de ataque, aunque rememorándolo Ava era incapaz de precisar el momento exacto en el que se inició. Todo lo que recordaba era que los policías, rígidos y serios como soldados de plomo, estaban formando prietos escuadrones y, acto seguido, se habían desplegado en el frente de la manifestación con una furia casi mecánica que dejó a Ava aturdida y asqueada.

—¿Qué está pasando? —gritó a nadie en particular.

Pero nadie a su alrededor parecía saber la respuesta y las filas organizadas y compactas ya se estaban desbandando en una carrera despavorida para ponerse a salvo. Volvió a mirar a Fiete sin saber si avanzar o retroceder antes de darse cuenta de que ya era demasiado tarde: la policía había llegado hasta donde estaban ellos. Vio cómo una de las sopladoras de burbujas caía de los hombros de su amigo, aterrizando sin querer encima de un policía que respondió golpeándole la cabeza con la porra. Ava jadeaba mientras la chica intentaba ponerse de pie, con la sangre corriéndole en brillantes riachuelos por un lado de la cara. Mientras otros policías la empujaban, extendió un brazo y dijo algo que bien podría haber sido «ayuda» o «basta» o «médico». Ava se giró instintivamente para intentar ayudarla, pero la chica ya había desaparecido por completo de su vista y había sido reemplazada por un revuelo de disidentes y agentes de la ley.

Un momento después, el asta de la pancarta le dio un tirón en las manos como una caña de pescar cuando pica un pez grande. Miró hacia atrás y vio que su compañero había dejado caer su extremo y corría hacia el Tiergarten.

—¿Adónde vas? —le gritó Ava.

—Me largo —le contestó Fiete con los ojos azules fuera de órbita por el pánico—. Ya sabes que no puedo permitirme otro arresto.

Y sin esperar respuesta, corrió hacia la multitud mientras Ava lo miraba con una mezcla de incredulidad y asco. «Cabrón», pensó. ¿Por qué Ulrich siempre tenía razón?

Un repentino chorro de agua fría la devolvió a la realidad. Al volverse, vio que la policía había traído un cañón de agua: un tanque cuadrado negro con varias mangueras con forma de pistola avanzaba sobre el gentío obligando a retroceder a los cuerpos azotados por el agua. Unos metros detrás de ella había una furgoneta blanca y los policías ya estaban empujando a los manifestantes dentro.

Ava se arrodilló y se puso a buscar el mástil de madera contrachapada que Fiete había dejado caer. Recogió torpemente la sábana pintada: había trabajado demasiado duro en la ilustración como para abandonarla en la calle sin más. Con un palo en cada

hombro, empezó a moverse con cautela hacia el atrayente verde del Tiergarten. Si lograba llegar al parque, podría bordearlo hacia el sur hasta llegar a la estación de Berlin Zoologischer Garten.

Pero apenas había dado tres pasos cuando una mano la sujetó por el hombro.

—¿Adónde crees que vas?

Sorprendida, Ava se dio la vuelta y vio a un «toro» con su casco y su largo abrigo negro.

—Al parque.

El policía resopló.

—¿Por qué? ¿Vas de pícnic?

A Ava le pareció que tendría unos cuarenta y tantos, más o menos la edad de Ilse, quizá más. Su mandíbula era cuadrada y contundente como la azada que tenía su madre en el jardín.

—Solo quiero irme a casa —dijo Ava sinceramente.

Ava siguió la mirada de aquel hombre hasta la maltrecha pancarta que ahora colgaba flácida entre los dos. Mientras él la estudiaba, Ava se encontró escrutando su rostro con la codiciosa y reflexiva necesidad que tiene todo artista de percibir hasta el más mínimo indicio de que su obra ha conmovido a un espectador. Pero él se limitó a extender sus manos enguantadas.

—Entrégamela —dijo.

—¿Qué? —Parpadeando, Ava dio un paso atrás—. La he hecho yo. Es mía.

—Ahora pertenece al ayuntamiento —respondió él—. Entrégamela.

El policía intentó agarrar bruscamente uno de los palos y Ava intentó esquivarlo, pero el pie le patinó sobre algo resbaladizo y jabonoso que se había derramado en el suelo. Mientras procuraba no perder el equilibrio, los palos de la pancarta se agitaron sin control y uno de ellos golpeó al hombre en el costado de su casco.

—¡Oh! —exclamó horrorizada—. Lo...

Antes de que pudiera disculparse, el policía se abalanzó sobre ella sacando la porra de su funda de cuero. De repente, Ava se encontró en el suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos mientras le llovían golpes en las costillas y en los muslos desnudos. El dolor era intenso,

cortaba la respiración, y le entumecía el cuerpo con la fuerza de una descarga eléctrica. Sintió una explosión en la rodilla y, por un momento fugaz en que lo vio todo rojo, pensó que el hueso se le había partido por la mitad. Después, unas manos fuertes la agarraron por las axilas y la arrastraron lejos de su pancarta, ahora en el suelo, arrugada y manchada con salpicaduras de su propia sangre.

—Estúpida —gritaba el «toro»—. ¡Te lo advertí!

Al llegar a la furgoneta, la empujó de cara contra el vehículo y la registró antes de darle la vuelta para que volviera a mirarlo a la cara. Su rostro chato estaba del color de la remolacha.

—¿Qué tienes que decir ahora, perra comunista? —dijo.

Ava se dio cuenta de que estaba temblando, tenía unos espasmos tremendos. Hasta que intentó hablar no se dio cuenta de que no estaba llorando, sino riendo: estremecedoras carcajadas que sentía como un nuevo ataque contra sus costillas magulladas. La mirada de desconcierto del policía era tan cómica que se encontró riéndose todavía más a pesar del dolor.

—Cuéntame un cuento de hadas —jadeó Ava.

Cuatro horas más tarde estaba acurrucada en el sofá de Ulrich con una bolsa de hielo en la rodilla y una taza de whisky en la mano.

—¿Cómo está? —preguntó Ulrich.

—Vacía —respondió Ava alargando la taza.

—Me refería a tu rodilla, bombón.

Con una mueca de dolor, Ava dejó la taza en el suelo y retiró la bolsa de su pierna arañada e hinchada. La miró indiferente antes de encogerse de hombros.

—Sigue teniendo un aspecto horrible, pero la hinchazón ha bajado. —Sonrió melancólica—. Volveré a llevar minifaldas dentro de una o dos semanas.

—Seguro que Bank Boy estará encantado. Aunque, espera, a estas alturas ya debe de estar en Francia.

—Tonto. —Ava gimió—. No me lo restriegues.

Sonriendo, Ulrich cogió la botella de Jack Daniel's que había dejado entre ellos en la mesa de café. Sirvió otro dedo a cada uno. Ava se

bebió la mitad de su taza de un solo trago.

—Cuidado, marinero —la reprendió Ulrich.

—¿Qué pasa?

—Estás bebiendo muy deprisa.

—Me han dado una paliza unos malditos nazis.

—No eran nazis —dijo Ulrich en voz baja.

Ava notó que se sonrojaba.

—Lo siento —dijo—. Es solo que... ha sido un infierno.

Y lo había sido. Los asientos del furgón policial estaban abarrotados y sin acolchar; el cuerpo magullado de Ava se había resentido con cada bache y con cada sacudida. Cuando llevaban diez minutos de viaje, la mujer que iba apretujada a su lado se inclinó hacia delante y vomitó sobre las botas de Ava. Luego, en la Comisaría E de Tiergarten, habían ignorado durante horas sus repetidas peticiones de agua, paracetamol y una llamada telefónica. Pero a pesar de lo horrible que había sido, Ava sabía que no debía usar aquella palabra a la ligera, ella menos que nadie. Especialmente con él.

—Lo siento —repitió haciendo girar el whisky en la taza.

Ulrich tenía razón; estaba bebiendo demasiado otra vez. Y cometiendo los mismos errores románticos. Y metiéndose innecesariamente en problemas y haciéndose daño. Y hablando sin pensar con el hombre al que más quería en el mundo.

Empezaría de nuevo en Nueva York. Todo empezaría de nuevo en Nueva York.

«Me voy a Nueva York», pensó Ava.

E, inclinando la taza, apuró las últimas gotas dulces de licor.

—Por cierto, es la última vez que podré pagar tu fianza —dijo Ulrich—. La próxima vez tendrás que llamar a Bank Boy.

—Vete a la mierda —respondió Ava sonriendo.

Cuando la policía finalmente le había permitido hacer una llamada telefónica de cinco minutos, sus dedos temblorosos habían marcado el número de Ulrich casi por inercia. Después de firmar los papeles para que la soltaran, su primer comentario había sido: «Pregúntame en qué estoy pensando».

—Tienes suerte de haber salido de ahí cuando lo has hecho.

Ulrich señaló con su taza al televisor Zenith de la era jurásica que había heredado de su padre en Bremen. En el Canal Tres seguían retransmitiendo los disturbios; los policías se acurrucaban detrás de un tanque militar mientras los manifestantes frenéticos les lanzaban cosas: piedras, basura y lo que parecían cócteles molotov. Ava se estremeció. «¿Quién es esa gente?», se preguntó. No se parecía en nada a la que ella había visto en la universidad. Esta protesta había sido más bulliciosa, sí, pero no violenta. Aquella multitud, por el contrario, parecía querer infligir todo el daño posible; de hecho, la escena parecía más la de una devastación en tiempos de guerra que la de una manifestación. El humo se desprendía de los coches en llamas y volcados; los heridos cojeaban y se arrastraban en busca de refugio. Intentó localizar al policía que la había golpeado y arrestado, pero todos parecían iguales en la pantalla: rudos fantasmas borrosos.

—Cierto. —Ava echó la mano a la improvisada cena que Ulrich había preparado (un pedazo de emmental, una barra de pan y una salchicha ahumada dura como una piedra) y cortó un trozo de queso antes de darse cuenta de que no tenía ganas de comer—. Al menos estas estupideces no ocurrirán en Estados Unidos —añadió dejando el queso de nuevo en el plato.

—Yo no estaría tan seguro. Vas a vivir en Brooklyn.

—Brooklyn no es una zona de guerra.

—El mundo entero es una zona de guerra.

Ava enarcó una ceja.

—Unos lugares más que otros —puntualizó.

—¿Qué quieres decir?

Ulrich se palpó el bolsillo de la camisa, sacó su cajetilla de cigarrillos Crown Regal y se la lanzó sin que ella tuviera que pedírselo. «Te quiero», pensó Ava; la declaración se deslizó con astucia en el revuelto flujo de su conciencia sin darle ocasión de registrarla y retenerla. Negando con la cabeza, cogió los cigarrillos.

—Nada —respondió golpeando la cajetilla contra la mesa. Habían pasado tres meses desde que Ulrich le había anunciado abruptamente que abandonaba Alemania para irse a Tel Aviv y todavía le parecía surrealista—. No entiendo por qué no vienes conmigo —añadió—.

Nueva York es casi tan judía como Palestina.

—Israel. —Ulrich cogió el pedacito de queso que Ava había rechazado, lo lanzó al aire y lo atrapó victorioso con la boca—. Y Nueva York no es mi hogar.

—¿Y Palestina sí?

—Israel —la volvió a corregir masticando metódicamente—. Y sí, lo es. O, al menos, es lo más parecido a un hogar que tengo. —Se subió las gafas a lo alto del puente de la nariz—. ¿Recuerdas lo que me dijiste mientras volvíamos de aquel loco viaje a los Archivos del Ejército en Berlín, que de repente Nueva York te parecía un buen lugar para ti, a pesar de que nunca habías estado allí?

Lo que ella recordaba de aquel silencioso y sombrío viaje de vuelta era el dolor carbonizado en sus entrañas al darse cuenta de que nada volvería a ser igual. Ni su percepción de Ilse como una persona severa pero de gran moralidad. Ni la de ella misma como una chica sin pasado y, por lo tanto, sin ningún vínculo con los horrores de la década anterior. Y tampoco el final de su reciente romance con Ulrich, que (típico de ella) Ava no había tenido que expresar con palabras; solo se había alejado hasta que él comprendió que todo había terminado. Luego, con cuidado, con mucha delicadeza, como un barco dañado en altamar, navegaron de regreso a la orilla segura de su antigua amistad.

—En realidad, no —dijo Ava sacando un cigarrillo—. Pero cualquier lugar lejos de Ilse me parece un buen lugar.

—Estoy bastante seguro de que también dijiste eso. —Agarró la salchicha y mordió un trozo sin molestarse en usar el cuchillo—. Lo extraño —añadió pensativo mientras masticaba— es que siempre me ha gustado tu madre. Siempre ha sido muy cortés conmigo.

Ava apretó los labios.

—Es fácil apreciar la cortesía si no tienes derecho a más.

Ulrich arrugó la frente.

—¿A qué?

—A la devoción maternal. Al amor.

Aunque su intención había sido hacer un simple comentario, la repentina intensidad de su anhelo le quebró un poco la voz al

pronunciar la palabra «amor». Avergonzada, bajó la mirada hacia el cigarrillo.

—Ella te quiere, Ava —dijo Ulrich con la cálida y amable voz que ella no quería escuchar en aquel momento.

Ava se encogió de hombros con cierta rigidez.

—¿Tienes algo más para beber?

—Solo cerveza, creo. —Ulrich se levantó y se dirigió a la nevera Westinghouse de la pequeña cocina y regresó un momento después con dos Pilsner recién abiertas—. Disfrútala —dijo pasándole una—. Ya sabes que la cerveza americana sabe a pis.

Ava hizo una mueca de dolor.

—¿En Palestina hay cerveza?

—Israel. Francamente, no me importa mucho. Si es muy mala, beberé whisky.

Inclinó su botellín hacia el de ella.

—Salud.

—*L'chaim.* ¡Por la vida! —contestó Ava con gesto sombrío.

Pensó en que pronto estarían a medio mundo de distancia; Ava y ese ser brillante, sarcástico e insufrible que le había hecho la vida más soportable durante dos décadas y que sabía hacerla reír con un simple movimiento de ceja. Era cierto que últimamente a veces pasaban una semana o más sin hablar, pero ella dependía de la idea de su proximidad: tener la certeza de que, pasara lo que pasase, siempre podía oír su voz seca e irónica con tan solo descolgar el teléfono. Sabía que eso cambiaría, por supuesto; lo supo desde el momento en que llegaron sus papeles de emigración y su solicitud para estudiar en Pratt fue aceptada; pero hasta ese instante no había sido plenamente consciente de la cruda y gran verdad.

«¿Cómo hemos dejado que ocurriera esto?», pensó Ava con tristeza.

Con el cigarrillo entre los labios, se inclinó hacia delante al tiempo que Ulrich sacaba un encendedor y lo abría sin decir palabra. Mientras le encendía el cigarrillo, Ava estudió su mano: los dedos largos y fuertes, los pelos oscuros y rizados. Sintió una extraña punzada por no haber intentado dibujarlas nunca.

—¿Sabes que ni siquiera me ha felicitado por mi ingreso en Pratt?

—dijo Ava exhalando al tiempo que se recostaba.

Ulrich sacudió la cajetilla para sacar un cigarrillo.

—Seguro que está disgustada porque te vas.

—Lo dudo. —Ava resopló saboreando la acidez del humo en la garganta—. Dará una fiesta. Más ahora que he estado detenida. Ya piensa que soy una delincuente.

—¿Por qué tienes que contárselo?

Ava se encogió de hombros.

—Supongo que no tengo por qué hacerlo. Pero se enterará de todos modos. Siempre se las arregla para enterarse de mis meteduras de pata.

—No ha sido una metedura de pata —dijo Ulrich exhalando—. Estabas defendiendo lo que consideras correcto. —Sonrió—. Al menos hasta que los nazis te derribaron.

Ava hizo un gesto grosero con el dedo.

—Sea como sea, ya tiene otra razón para odiarme.

En la televisión, un puñado de manifestantes se lanzó contra una furgoneta Volkswagen aparcada y empezó a zarandearla de un lado a otro.

—No te odia. Está sufriendo. Va a perder a su hija.

—Nunca ha querido a su hija —dijo Ava amargamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. Cada vez que me mira tengo la misma sensación. Es como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para no huir de mí gritando. Tampoco es que la culpe, teniendo en cuenta lo que sabemos de mi padre. —Ava jugueteaba con su cigarrillo—. ¿Sabes que uno de mis primeros y más nítidos recuerdos de ella es que me abandona? Estábamos en la playa, Wannsee, creo. Ella estaba... detrás de mí. Pero entonces, de repente, se estaba marchando. Simplemente... se iba.

Ulrich ladeó la cabeza.

—¿Qué edad tenías?

—No me acuerdo. Fue después del orfanato.

—Pero te sacó del orfanato, ¿no?

—Lo sé. Pero apenas recuerdo nada de ese día. Sé que no tiene mucho sentido.

Por alguna razón, al cerrar los ojos Ava no vio la playa junto al lago, sino la mueca dentuda de Bay Lop, la eclosión simultánea de odio y desesperación, incluso cuando la vida abandonaba abruptamente su delgada complexión. ¿Dónde estaría ahora?, se preguntó Ava. ¿Lo habían enterrado? ¿Habían incinerado su cadáver manchado de sangre? Su propio cuerpo parecía exangüe, tan lúgubre y vacío como un cielo sin estrellas.

—¿Te quedarías? —preguntó Ulrich.

—¿Qué?

Sobresaltada, Ava levantó la vista.

—Si te pidiera que no te fueras, que te quedaras con ella aquí, en Alemania.

Ava se planteó un segundo la insólita idea de ver a Ilse diciendo «Te quiero, Ava. Por favor, no te vayas»; o algo incluso más improbable: «Hablemos». Eso era lo único que siempre había querido de su madre. Y sin embargo, en ese momento la idea no le suscitó felicidad, sino una ansiedad asfixiante, igual que la que a veces precedía a sus ataques de pánico.

—De ninguna manera —respondió Ava—. ¿Y tú? ¿Hay algo que haría que te quedaras?

Ulrich sonrió.

—Ni todas las rubias del planeta.

—Cerdo.

Ava le tiró espuma de cerveza riendo de nuevo a su pesar. Desde su ruptura, la predilección de Ulrich por las chicas pechugonas con pinta de lecheras y la de Ava por los artistas disolutos se habían convertido en una broma recurrente. Había parte de verdad en ambas, aunque Ava había llegado a pensar que lo hacían para mantener su relación a salvo en su reino platónico. Ava, con su cabello oscuro, su figura delgada y sus ojos marrones y tristes, no podía parecerse menos una lechera. Y Ulrich, el sensato y sobrio Ulrich, no tenía una sola célula creativa ni disoluta en el cuerpo.

—De todos modos —dijo Ava—. Tiene que haber rubias en Palestina.

—De bote —repuso Ulrich con desdén—. No será como aquí, el

paraíso ario que es esta patria.

—Espero que no haya mucho patriotismo allí.

—Yo también lo espero —convino Ulrich—. Te deseo lo mismo en Nueva York.

—Por eso me voy —dijo Ava.

En el Canal Tres los manifestantes conseguían volcar finalmente la camioneta Volkswagen. Mientras yacía allí cual ballena varada, se agacharon detrás, usándola como escudo, y continuaron lanzando botellas y piedras a los escuadrones de la policía.

—Te harán pelear —dijo Ava; en la pantalla un oficial corría con la mano enguantada apretada contra el casco antidisturbios que llevaba en la cabeza.

—Luchar fue parte de lo que me atrajo. —Jugueteaba con el encendedor—. Al menos allí seremos combatientes. No víctimas.

—Aquí no eres una víctima.

—Claro que lo soy. —Ulrich encendió el mechero y Ava vio cómo se materializaba la llama para luego desaparecer de nuevo: puf—. En cuanto la gente sabe que eres judío, te mira diferente. Se preguntan a quién perdiste, cómo sobreviviste, si mentiste, sobornaste o vendiste a alguien para conseguirlo. Se preguntan por qué diablos sigues aquí, en un país que gaseó a tu madre y que probablemente te habría gaseado a ti también si las cosas hubieran terminado de otra manera.

Deslizando el encendedor en el bolsillo de su chaqueta, empujó las gafas hasta el puente de la nariz con aquel gesto que a Ava ya le resultaba tan familiar y tan querido que sintió otra punzada de dolor.

—Ojalá me fuese contigo —dijo sin pensar.

—¿Como si emigraras a Israel? ¿Hay algo que no me has contado?

Ava se encogió de hombros.

—Solo sé que te extrañaré mucho.

Sabía lo tonto que sonaba; sin embargo, en ese momento, casi sentía pánico ante la idea de un mundo sin Ulrich. De repente, no estuvo segura de si sabría sobrevivir.

—Te echaré de menos —repitió en voz baja pensando, una vez más: «Te quiero».

Él le sostuvo la mirada durante largo rato. Y aunque para entonces

Ava conocía los ojos dorados de Ulrich mejor que los suyos propios, vio algo nuevo e inesperado en ellos: una declaración. Una pregunta. Recuperó el aliento, invocando como por instinto la risita nerviosa, el chiste improvisado, la puerta invisible que siempre cerraba entre ellos en aquellas situaciones. Pero esa vez no lo logró. Solo podía sentir su cercanía, el olor de su jabón inglés y de su loción para después del afeitado, el aliento ligeramente especiado que le había dejado el mordisco que le había dado a la salchicha. Eso y el pulso latiéndole en la garganta.

Fue él quien miró primero hacia otro lado, pero solo para apagar su cigarrillo y poner sus gafas con cuidada deliberación sobre la mesa.

—Lo que... —consiguió decir Ava.

Pero Ulrich ya estaba apartando la mesa, echando su cuerpo sobre el de ella y cogiendo su rostro con las cálidas y fuertes manos que Ava nunca había dibujado. Para su propia sorpresa, Ava no se alejó, sino que se echó hacia delante correspondiendo a sus avances. Obedeciendo a un impulso enterrado durante tantos años que le había ocultado no solo a él, sino a sí misma, Ava le rodeó el cuello con los brazos y enroscó sus piernas raspadas y aún sangrantes en torno a sus caderas. Pero cuando empezó a desabrocharse la blusa, él la detuvo.

—¿Estás segura de que esto está bien? —preguntó.

Por primera vez, ella no tenía una respuesta irónica. Lo que tenía eran preguntas, cientos, quizá miles, cada cual tan descarada y afilada como extrañamente sutil, arremolinándose en su cabeza aturdida como suaves copos de nieve: «¿Por qué y por qué ahora y qué está sucediendo y qué ha cambiado?». Y sobre todo: «¿Qué significa esto?».

Pero bajo el suave latido de su abandono estaba la respuesta: aquello no era el reinicio de un romance, sino el final de una amistad.

Lo que estaban haciendo era despedirse.

Por un momento, los oídos le zumbaron débilmente: el viejo pánico amenazó con asaltarla. Ava lo apartó de su mente y se aferró a él aún con más fuerza, cerrando los ojos de pronto llorosos y enterrando su cara húmeda en el rasposo cuello de Ulrich.

—Lo está —susurró Ava—. Está bien.

7

Renate

1936

—Toma. Es para ti.

Sophia Sitz le tiende el sobre, sus ojos tan duros y afilados como fragmentos rotos de vidrio azul.

—¿Qué pasa? —pregunta Renate con cautela.

Sofi se encoge de hombros.

—Quería dártela la semana pasada, pero me olvidé.

Eso no es una respuesta, pero Renate alarga la mano de todos modos haciéndose la sorprendida, pero su pulso se salta un latido. La semana pasada, Sofi repartió invitaciones para su fiesta de cumpleaños. Celebrará los dieciséis en el salón de baile del elegante Hotel am Steinplatz, con un bufet libre, una banda y baile. Toda la clase está entusiasmada. Renate se había dicho a sí misma que no le importaba que no la hubieran invitado, pero la emoción que la embarga ahora dice lo contrario.

Deslizando la tarjeta en el bolsillo de su falda, mira un momento hacia la parte delantera del aula, donde Ilse está sentada garabateando frenéticamente en un cuaderno.

—Vamos, ¿no vas a abrirla?

Sofi sigue esperando con los brazos cruzados sobre el pecho. Renate titubea, preguntándose si podrá extraer el contenido del sobre sin que su rostro revele su alivio y gratitud. En el pasillo oye el sonsonete de tenor de su profesor de Geografía saludando alegremente a algún otro profesor o miembro del personal (*Heil Hitler*!).

—Lo abriré después —responde Renate aliviada—. La clase está a punto de empezar.

Mientras se deja caer en su silla de madera, siente los ojos avellana

de Karolin Beidryzcki sobre ella.

—¿Qué es?

¿Son imaginaciones suyas o hay una pizca de celos en su voz? Fingiendo indiferencia, Renate saca su cuaderno.

—No lo sé.

—Has sido lista al no abrirlo ahora.

Karolin saca su cuaderno y un lápiz; luego levanta este último y frunce el ceño.

—Oh.

—¿Qué pasa?

—Está roto. ¿Tienes uno de sobra?

Renate echa un rápido vistazo al sacapuntas de metal atornillado a la pared de delante. Un año antes, Karolin podría haberse arriesgado a usarlo; ahora, sin embargo, tanto ella como Renate saben que no deben abandonar sus asientos a menos que se lo ordenen. Cuanto menos llamen la atención, mejor para ellas.

—Déjame ver. —Renate rebusca en su mochila—. ¿Y qué quieres decir con «lista»? ¿Sabes qué es?

—Puede que sí. Algunas los recibieron la semana pasada.

La cara pecosa de su amiga está seria. «Pobre», piensa Renate. Por supuesto, Karolin no estaba invitada; ninguna judía completa lo estaba.

—De todos modos, seguro que no será muy divertido —miente Renate tratando de consolarla.

Karolin frunce de nuevo el ceño. Parece que está a punto de decir algo más, pero antes de que pueda hacerlo, el aula se llena de golpes y chirridos de sillas al ser empujadas con urgencia hacia atrás y las niñas se levantan de sus asientos de un salto. Mientras el señor Hartmann entra por la puerta a grandes zancadas, puntero en mano, Renate se pone de pie a regañadientes. De camino hacia el atril, el profesor baja de un tirón el mapa desplegable que han estado estudiando el día anterior: «Mapa del pueblo y la cultura alemanes», reza el título sobre un área sombreada que incluye grandes extensiones de Checoslovaquia, Polonia y Hungría.

El hombre lo estudia un momento, balanceándose sobre los talones.

Luego, se gira hacia las alumnas y levanta el brazo.

—*Heil Hitler*!

—*Heil Hitler*! —corea la clase, treinta y dos brazos de niña lanzados a lo alto. Renate y Karolin están de pie, pero no saludan. No porque no quieran, sino porque «el saludo alemán es solo para alemanes» como se les dijo a ellas y a las demás no arias que aún quedaban en la escuela en una breve reunión en el despacho del director el trimestre pasado. Entonces había supuesto un alivio; la batalla interna diaria entre su deseo de encajar y los últimos y desafiantes pedazos de autoestima se había vuelto casi tan agotadora como pretender que nada había cambiado.

—¿Cómo estamos hoy? —El profesor está radiante—. ¿Con la cara lavada y fresca y listas para trabajar?

Risitas dispersas. Con veinte años recién cumplidos, el señor Hartmann se incorporó al cuerpo docente ese año para sustituir a la adusta y siempre vestida de oscuro señora Cohen. La mayoría de las niñas acogió el cambio con agrado: con su abundante pelo peinado hacia atrás y su bigote recortado, recuerda a Clark Gable con brazalete rojo. Un año antes, a Renate también le habría gustado; ahora, sin embargo, su hermosa cara le provoca poco más que una amarga punzada de ansiedad.

Coge su lápiz y echa otra mirada a Ilse, que está sentada en su sitio habitual de la primera fila. Como de costumbre, está garabateando, probablemente terminando la redacción que les encomendaron sobre la redefinición de las fronteras alemanas en la posguerra. Entre sus actividades en la BDM y sus obligaciones de periodista de *Das Deutsche Mädel*, Renate intuye que va más atrasada que nunca en las tareas escolares. Pero en la clase del señor Hartmann eso no parece importar. Como incondicional del Partido, suele asignar a Ilse los artículos del boletín para el Estudio de Prensa. La semana pasada fue uno sobre la próxima visita de los Boy Scouts británicos a Berlín y las actividades conjuntas que hay planeadas para ellos y las Juventudes. «*Unsere kleine Journalistin*», la llama el señor Hartmann. «Nuestra pequeña periodista.»

—Vayamos a lo nuestro —dice ahora—. Tengo que devolveros las

redacciones de la semana pasada: «Expandiendo el país: nuestra necesidad de un nuevo espacio». —Saca un montón de papeles de su maletín y deja el primero sobre el escritorio de Ilse con ademán ostentoso—. La de la señorita Fischer recibe el premio esta semana. Un trabajo ejemplar. Irá en el lugar de siempre. —Señala con la barbilla la pared lateral, de la que cuelga un cuadro enmarcado del Führer con una expresión apenada. Debajo, las tareas de la semana que se pueden exhibir están sujetas en fila con chinchetas.

—Las demás lo han hecho aceptablemente bien. Con las excepciones habituales.

A su lado, Karolin suspira. Fue, sin duda, la estudiante estrella de su clase en los últimos años, pero, al igual que Renate, ahora tiene que esforzarse para sacar un mero aprobado. Lo mismo sucede con el resto de estudiantes de la última fila, incluidas Amelia Kronberg y Rosa Sartro, de las que se rumorea que son medio gitanas. No ayuda que cuando las tareas tienen que ver con el pueblo o la política alemana, a ellas, al no ser alemanas ni del pueblo, se les asignen temas diferentes, casi siempre cuestiones que no se tratan en clase. (El último: el abastecimiento de agua en la antigua Mesopotamia.)

—¿De qué nos sirve esforzarnos? —murmura Karolin entre dientes.

Es apenas un susurro, pero el señor Hartmann se detiene una fila más adelante y ladea la oreja como un sabueso al oír la trompeta de caza.

—Señorita Beetle —dice frunciendo el ceño y usando el nombre que él mismo le ha puesto (Beidryzcki, según él, parece un «trabalenguas extranjero»)—. ¿Qué sisea ahí detrás?

—Nada, señor —responde Karolin enseguida—. Solo le estaba pidiendo un lápiz a Renate.

Renate levanta su propio lápiz y asiente con la cabeza. El profesor la ignora.

—¿Has venido a clase sin nada para escribir?

—Tengo un lápiz, señor —dice Karolin—. Pero acabo de ver que la punta está rota.

—Y no tienes ninguno de repuesto.

Todavía está sonriendo. Pero tiene una sonrisa que Renate conoce

muy bien. Aprieta la coartada de su amiga cuando les cae encima el chaparrón.

—Demérito por falta de preparación. Usted también, señorita Bauer.

Renate parpadea.

—¿Señor? —dice Renate.

—Por distraer a la clase.

—Pero yo...

—Cierre su pico judío —le espeta el señor Hartmann.

A Renate se le atraganta el aire como una espina de pescado.

Se hace un silencio causado por el asombro, seguido de una única risita nerviosa procedente de algún lugar de las primeras filas. Le recuerda sospechosamente a la de Sofi Sitz. Renate fija su mirada en el sacapuntas, mordiéndose el labio inferior para evitar que le tiemble. A un metro de distancia, Ilse permanece sentada en su silla, los hombros rígidos, la figura inmóvil. «Date la vuelta», la insta Renate mientras el señor Hartmann reanuda el reparto de redacciones. Pero la rubia no se mueve.

Al llegar a la fila de Renate, el profesor anuncia sus resultados en voz alta para que todas las alumnas se enteren:

—Incoherente (*golpe al papel*)... Descuidada (*golpe al papel*)... Carente de lógica (*golpe al papel*).

Cuando se la devuelve a Renate, enarca una ceja y estampa la hoja bocabajo sobre su cuaderno. Solo cuando llega a su atril, Renate se atreve a darle la vuelta rápido a la página para examinar su trabajo.

A pesar de la absoluta aleatoriedad del tema, Renate le había dedicado un tiempo extra: había entrevistado a su padre en profundidad y, siguiendo su sugerencia, había consultado las entradas «Mesopotamia» y «Alcantarillado antiguo» en la *Enciclopedia de las grandes civilizaciones antiguas* de la biblioteca pública de Charlottenburg. Había incluido varios diagramas cuidadosamente dibujados a lápiz e incluso había mecanografiado el texto con la Adler de *Vati*, todo con la esperanza de romper el muro construido con los «Deficiente» y «Decepcionante» que sus maestros han estado apilando

en su contra. Ni siquiera buscaba aquellos elogios que una vez dio por sentados; aquellos «Muy bien redactado» y «Buen trabajo» o «Impresionante, señorita Bauer». Solo aspiraba al «Bastante bien». Pero había sido en vano: garabateado sobre las letras negras estaba el veredicto del señor Hartmann en el rojo propio del Reich: «Lamentable».

«No se preocupe demasiado —había añadido—. Después, de todo, siendo extranjera, no se puede esperar que escriba en alemán con la fluidez de un nativo.»

Renate mete los puños entre los muslos: si pudiera, estrujaría la redacción y se la arrojaría a la cara. Pero, por supuesto, sabe lo que hay que hacer. La primera y única vez que Karolin impugnó una nota, el profesor partió el papel por la mitad delante de toda la clase y le bajó aún más la calificación, de «Mediocre» a «Suspenso». Así que Renate dobla la hoja tanto como puede antes de meterla en los confines más remotos de su mochila.

Cierra los ojos, inhala y exhala despacio. «Aguanta solo hoy», piensa. Lo recita una y otra vez —«solo hoy, solo hoy»— hasta que, por fin, su corazón deja de latir a modo de protesta.

Ha sido su mantra desde que se descubrió su condición de *Mischling*. Tras ese desastroso día, había permanecido encerrada en su habitación durante una semana entera, saliendo solo para dejar las bandejas de comida casi intactas en el pasillo o para ir corriendo al baño. Había ignorado los discretos golpes de Franz, los frenéticos rasguños de Sigmund y las súplicas de sus padres para que bajara, para que les permitiera ayudarla, para hablar. Ignoró las cuatro llamadas telefónicas y las dos visitas de Ilse, y ni siquiera respondió cuando su madre la avisó de que su amiga la estaba esperando en el recibidor. Incluso ignoró sus queridos libros, pues cuando intentaba leer era como si las letras y las palabras se reorganizaran de un modo ininteligible. Lo único que se sintió capaz de hacer fue sentarse y mirar a la muñeca de trapo Alicia, del País de las Maravillas, la del abrazo endeble, la de la sonrisa de Mona Lisa cosida, la de los botones

a modo de ojos azules impávidos.

«No abras la puerta» era la sugerencia silenciosa de la muñeca. «Si esperas lo suficiente, te despertarás como lo hice yo y todo habrá sido un sueño.»

Pero después de cinco noches casi en blanco y cinco días sin apenas lavarse, se hizo evidente que no era probable que aquello fuera a suceder. Así que al sexto día, un domingo, Renate apartó la silla que atrancaba el pomo de su puerta y arrastró los pies por el pasillo hasta la habitación de Franz, en silencio y muy temprano, tal como solía hacer cuando era pequeña. Se había sentado en la colcha, abrazándose las rodillas, hasta que él había percibido su presencia aún entre sueños y poco a poco, a regañadientes, había emergido de ellos gimiendo y pestañeando para encontrarla mirándolo tristemente.

—¿Qué hago? —susurró Renate—. No puedo regresar. No sobreviviré un año más.

—No pienses en un año —dijo Franz con la voz aún grave por el sueño y sus negros rizos formando un enmarañado halo en torno a su cabeza—. No lo pienses de esa manera. Solo piensa en superar el día de hoy.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No puedo, Franz.

—Claro que puedes. Los judíos han pasado por cosas peores.

—¡Deja de decir eso! ¡No soy judía!

—Muy bien, hermanita. Lo retiro. —Su tono era indulgente, como si Renate volviera a tener tres años y amenazara con uno de sus berrinches. Y tal como hacía cuando tenía tres años, Franz se destapó y le hizo sitio:

—Vamos, ven aquí.

Ahora la cama era pequeña y ellos demasiado mayores. Pero tras un momento de vacilación, Renate se deslizó dentro y se tumbó bocarriba junto a él con los brazos cruzados en la nuca y mirando fijamente el techo blanco que el sol listaba a rayas. No se abrazaron ni se tocaron; eso, ambos fueron conscientes, habría sido demasiado extraño. Aunque Franz giró la cabeza para mirarla con compasión.

—¿Otra sugerencia? —preguntó. Y al ver que ella asentía, añadió—: Báñate. Apestas.

Renate lo miró con ira.

—Cállate.

Levantó el brazo, olisqueó su axila y parpadeó muerta de vergüenza porque Franz tenía razón: apestaba.

Ambos se echaron a reír. Después, permanecieron allí tumbados, los ojos marrones de Franz cerrados y los de Renate abiertos, el ritmo ralentizado de su aliento como una tranquilizadora nana.

Al día siguiente, se bañó, se vistió y se arrastró de vuelta al instituto o, mejor dicho, al extraño y nuevo lugar en el que se había convertido este durante su ausencia.

Al cruzar los tobillos bajo el pupitre, Renate siente el borde duro del sobre de Sofi a través de la delgada tela del bolsillo de su falda. Lo saca y se inclina para dejarlo caer en su mochila antes de pararse a estudiarlo un momento. Lo más sensato, por supuesto, es abrirlo al salir de la escuela, lejos de la ira del señor Hartmann y de los sentimientos (inevitablemente) heridos de Karolin. Pero de repente no le importa qué tiene sentido y qué no, pues, en realidad, nada lo tiene.

Pone el sobre en su regazo y pasa la punta del dedo por encima de la elaborada caligrafía de su nombre: «Señorita Renate Bauer». Al verlo así, escrito con tanto esmero y belleza, siente una reafirmación muy necesaria: «Existo». Y además va a ir a una fiesta, la primera del año. La primera sin contar la triste reunión del mes anterior en casa de los Beidryzcki. Renate cierra los ojos y se lo imagina: un salón de baile resplandeciente, lámparas de araña lanzando destellos irisados de vida, ponche rosa en copas de cristal, el dulce nerviosismo de que un chico la saque a bailar, la alegría de bailar. ¡Bailar de verdad otra vez! Es probable que solo toquen canciones alemanas sosas y aburridas ahora que el gobierno ha censurado el swing y el jazz por ser música negro-judía, pero aun así será maravilloso dar vueltas por la pista de baile con sus mejores zapatos rojos y su mejor vestido blanco. Sentir los brazos de un chico alrededor de su cintura.

El único inconveniente es que es probable que Rudi esté allí, fingiendo que Renate es invisible, tal como ha estado haciendo desde que se supo lo de su composición racial.

La nota había aparecido en su cuaderno el segundo día después del regreso de Renate. Concisa y pulcra, tenía dos líneas: «Debido a las incompatibilidades de sangre, lamento que cualquier relación futura entre nosotros sea imposible. Por favor, no vuelvas a dirigirme la palabra».

Anonadada, Renate se había aventurado a subir al piso de los chicos, vagando sola por un pasillo de susurros, medias sonrisas y miradas desconcertadas que evitaban la suya. Lo había encontrado en la biblioteca, no en su mesa de estudio habitual, sino en una pequeña en un rincón medio escondida entre las estanterías. Nota en mano, había caminado hacia él con paso vacilante, mientras las chicas y chicos de las otras mesas observaban su acercamiento con la emoción electrizante de la muchedumbre un día de ejecución. Cuando Rudi levantó la vista, su rostro era tan familiarmente perfecto, tan perfectamente familiar que Renate no pudo creer que no luciera su radiante sonrisa habitual.

Pero así era.

—¿Qué pasa? —le espetó Rudi—. ¿Qué quieres?

—Acabo de recibir tu carta.

—¿Entonces qué haces aquí? Lo dejé todo muy claro.

Parecía enojado; no, más que enojado. Furioso. Renate vio con asombro que estaba temblando.

—Yo... pensaba que... —Tragó saliva, consciente de que todos los ojos de la sala estaban pendientes de ellos—. Pensaba que podríamos hablar.

—¿Hablar? —Su voz se elevó bruscamente y se le escapó un gallo del que en el pasado se habrían reído juntos—. ¿Sobre qué? ¿Sobre cómo me engañaste para que me enamorara de ti, con tus mentiras y hechizos judíos?

Renate se quedó boquiabierta.

—Rudi. Sabes que no lo sabía.

—¿Acaso importa que un portador de tifus no sepa que tiene tifus si

va infectando a todos a su paso?

El ensañamiento del ataque la dejó sin aliento.

—No puedes pensar realmente...

—No es lo que yo pienso. Es la palabra del Führer. «El descubrimiento del virus judío es una de las mayores revoluciones que ha tenido lugar en el mundo. ¡Cuántas enfermedades tienen su origen en el virus judío!»

Su habilidad para recordar y citar pasajes de libros después de haberlos leído una sola vez se había convertido en una especie de broma entre ellos. Ahora las palabras parecían un arma. El corazón de Renate palpitaba con fuerza y se vio incapaz de responder, ni siquiera podía moverse. Simplemente se quedó allí, un blanco fácil y tembloroso.

—Aquí tienes otra. —Rudi parpadeaba deprisa; no con ira, constató Renate, sino como si estuviera al borde de las lágrimas. A pesar de todo, su primer instinto fue consolarlo—. «La chica judía de pelo negro permanece a la espera durante horas. Mirando y espiando satánicamente al chico confiado al que planea seducir...»

Y aunque el cabello de Renate no es negro sino castaño, se le inundaron los ojos de lágrimas y se le partió el corazón. Y aunque lo único que quería era lanzarse a sus brazos, se largó a toda prisa de la biblioteca, con la mochila golpeándole los muslos, entre risas susurradas que se extendían maliciosamente a su paso.

El recuerdo le hace un nudo en la garganta. «No pienses en ello —se ordena—. Piensa en cosas buenas. Piensa en la fiesta. Piensa en bailar.»

Le da la vuelta al sobre y echa un vistazo al señor Hartmann.

—Como todas ustedes saben —está diciendo al tiempo que clava el puntero en el mapa—, nuestras fronteras hacia el este deberían incluir esta parte de Prusia occidental, así como Silesia a partir de aquí.

Aguantando la respiración, Renate abre la solapa del sobre y saca el rectángulo alargado. Su primer pensamiento es que es más pequeño de lo que esperaba. Y con un aspecto más formal: en lugar de la letra cursiva de una invitación clásica, las palabras están escritas en letra de imprenta. Renate frunce el ceño y levanta la cartulina para esquivar la

sombra del pupitre; entrecierra los ojos: «Billete de ida a Jerusalén. ¡Por favor, no se moleste en regresar!».

Las palabras rodean un tosco bosquejo de un rostro sombrío y ligeramente familiar: nariz bulbosa, ojos de cerdo, doble papada mal afeitada. Renate tarda un momento en recordar dónde lo ha visto antes. Es una cara típica de judío, similar a las que en los últimos meses han adornado portadas y carteles por toda la ciudad. Furiosa, da la vuelta a la tarjeta para ocultar las odiosas palabras y la imagen. Solo entonces ve que hay algo escrito en la parte de atrás. Tres palabras garabateadas en azul: «*Bon voyage!* Rudi».

Temblando por la impresión, vuelve a meter el sobre en el bolsillo de la falda y se obliga a mirar de nuevo al profesor. Con el rabillo del ojo, ve que Karolin la está observando, pero Renate tiene la vaga sensación de que si evita que su mirada se cruce con la de los demás, quizá no perciban su vergüenza y su dolor. Quizá ni ella misma la perciba. De modo que fija sus ojos en la espalda bien musculada del señor Hartmann y se las arregla para permanecer así durante varios segundos fugaces.

Pero, de repente, sin saber cómo, se encuentra mirando a Sophia Sitz, que se ha girado en su asiento de la primera fila con su boca rosada abierta en una sonrisa triunfante. Muy despacio, la chica levanta la mano: «Hasta la vista», dice en silencio moviendo los labios. Sonrojada, Renate aparta la vista y su mirada vuelve a posarse sobre la espalda de Ilse. «Date la vuelta —piensa de nuevo—. Mírame.» Lo desea con tanta fuerza como es capaz reunir, un aullido mudo lanzado a través de los susurros del aula. Pero el rostro de Ilse permanece atento al despliegue geográfico que tiene delante, los territorios sombreados que abarcan la cultura alemana.

Y es eso —no el aguijón persistente de las calificaciones o etiquetas del señor Hartmann, no la reciente humillación de haber caído de pleno en la trampa de Sofi, sino la espalda de su ex mejor amiga, vestida de blanco y tiesa como un palo— lo que empuja a Renate más allá del límite. Se pone de pie sin darse cuenta y avanza rápido hacia

la puerta, oyendo solo débilmente al señor Hartmann.

—¿Adónde demonios cree que va, señorita Bauer?

Al ver que Renate continúa caminando, repite la pregunta una octava más alta.

—¡Madame *Mischling*! —grita—. ¿Está sorda? ¿Adónde va?

Renate se detiene en el umbral, solo el tiempo justo para volverse. Tiene las palabras en la punta de la lengua, llenas de rabia y completamente formadas: «A Jerusalén». Abre la boca para pronunciarlas, la mirada fija no en la del señor Hartmann, sino en la de Ilse, tan gris y vacía como un cielo sin nubes antes del amanecer; pero cuando intenta hablar, se le encoge el estómago y su boca y su garganta no emiten más que un seco y silencioso jadeo. Es como un coche sin combustible. Solo le quedan fuerzas para dar media vuelta y seguir caminando.

La ruptura con Ilse había sido menos brusca que con Rudi y, sin embargo, en última instancia, eso la había hecho más tortuosa. Al principio, se dejó llevar por la esperanza de que los silencios que se alargaban entre ellas eran circunstanciales, una fase; después de todo, ambas habían hecho nuevas amistades: Ilse en sus acampadas y excursiones de la BDM, y Renate en un grupo de estudio informal sobre Judea que había creado Franz, medio en broma medio en serio. («Si vamos a ser ciudadanos de la llamada nación judía —razonó—, al menos deberíamos conocer un poco el lugar.»)

El grupo lo formaban dos miembros del grupo secreto de estudio de Schiller, uno judío y el otro católico; también los gemelos Beidryzcki, un chico del movimiento sionista Betar que hacía poco había despertado el interés de Franz y otros dos *Mischlinge* cuyos padres conocían a los padres de Renate. En un primer momento, Renate había accedido a unirse por aburrimiento: como ahora la BDM era oficialmente el único club legal de la escuela, no había ningún otro al que pudiera afiliarse. Aun así, se había preparado para estar tan indignada por todas las cosas judías como parecían estarlo cuantos la rodeaban. Pero, para su sorpresa, su madre, que afirmaba que

«afrontar los traumas a menudo disminuye su impacto», resultó estar en lo cierto también en esa ocasión. Las sesiones no solo la ayudaron a entender el judaísmo como religión, sino que diluyeron parte de la ponzoña que conllevaba ser medio judía.

En parte se debía a que, cuando uno lo estudiaba sirviéndose de libros de historia y tratados religiosos (en lugar de publicaciones del gobierno y del *Der Stürmer*), el judaísmo no se parecía en nada al culto parasitario, lujurioso y siniestro que le habían enseñado a despreciar. Por un lado, muchas de las historias que leían de la en apariencia misteriosa Torá eran aquellas que ella siempre había considerado fábulas cristianas. En realidad, ambas religiones solo diferían en el orden en que las presentaban y en la forma en que se leían: mientras que a los cristianos simplemente se les contaba lo que se supone que significaban las escrituras, a los judíos se les animaba a discutir sobre su interpretación, como habían hecho con entusiasmo generaciones y generaciones de rabinos antes que ellos al escribir en el *Midrash*, el libro sobre el método de interpretación de un texto bíblico.

Más aún, nada en las historias y debates aludía a lo que durante mucho tiempo le habían contado que era la versión judía de la Santísima Trinidad: la riqueza material, el sacrificio ritual y la dominación del mundo. Se abordaban, en cambio, cosas como la paz y el respeto mutuo, aprendiendo a amar tanto a propios como a extraños.

Pero para ella el mayor descubrimiento había sido la música.

Renate la había oído por primera vez una templada noche del pasado septiembre. Ella caminaba hacia su casa y la música salía de la enorme y majestuosa sinagoga de la Fasanenstraße. Estaba a pocas manzanas de donde vivía, así que había pasado por allí cientos de veces sin prestarle mucha atención. Ese día, sin embargo, los tonos sonoros de órgano que se derramaban sobre la calle oscura la habían atraído como el antiguo y solitario canto de una sirena. Escuchó hasta que terminó la canción... y hasta que terminó la siguiente. Luego se encontró sentada en uno de los bancos de atrás durante más de media hora, entre una mujer joven con un bebé dormido y una mujer mayor con un velo negro de encaje. Las velas estaban encendidas, el rabino

leía la lista de los últimos muertos, su voz era una sosegada nevada de apacible consuelo. Y aunque no tenía a nadie a quien llorar, por primera vez en meses Renate había sentido que no solo podía hacerlo, sino que, en cierto modo, debía hacerlo. Y lo hizo.

—Fue realmente hermoso —le había dicho a Ilse al día siguiente mientras permanecían sentadas juntas en el borde de la fuente seca del patio del instituto—. Y si te soy sincera, no era muy diferente a estar en una iglesia.

Por aquel entonces, Ilse y Renate apenas se veían fuera del horario escolar, pero en la escuela, por lo menos, Ilse seguía estando ahí cuando hacía falta. Cuando rompió con Rudi, escribió una historia simulada para su boletín titulada «El chico más guapo de las Juventudes rompe con su amada para proponerle matrimonio al Führer». Cuando el director decretó que los no arios tenían que ocupar las filas de atrás en las aulas, Ilse se puso furiosa en nombre de Renate («¡Es mitad aria! ¿No debería sentarse al menos en una de las filas del medio?»). Aun habiendo perdido aquella batalla, continuó apoyándose en el pupitre de Renate hasta que sonaba el timbre y todavía se reunía con ella en el patio antes y después de las clases; eso significó que otras chicas empezaran a evitarla a ella también.

Sus actos nunca llegaron a ser revolucionarios; de hecho, ni siquiera eran muy arriesgados; pero, al igual que el destello de plata que Renate todavía veía en la mano de Ilse cuando la saludaba o hacía el saludo al Führer, contribuían a que los días fueran un poco más llevaderos.

No fue hasta después de Navidad que las cosas cambiaron para siempre entre ellas.

Ilse había pasado la mayor parte de las vacaciones de invierno en un viaje de esquí patrocinado por las JH y la BDM. A su regreso no hizo la llamada telefónica prometida y (se rumoreaba) tenía un nuevo amor. Y aunque nadie sabía con seguridad quién era aquel chico misterioso, el nombre que Renate oyó mencionar le atravesó el alma como un clavo de acero.

—Tú pregúntale —sugirió Karolin cuando Renate se lo confió—. Estoy segura de que tarde o temprano te lo dirá.

Durante aquella primera semana tras la vuelta a la escuela, Ilse estaba tan evasiva como lo había estado Rudi después de la caída en desgracia de Renate. Llegaba a clase después que ella pero antes que los profesores, y luego desaparecía en el orden inverso. Evitaba sus viejos lugares de reunión: la fuente del patio, la mesa junto a la ventana en la biblioteca, el viejo poste de enganche para carruajes delante de la entrada principal de la escuela... Un día, desesperada, Renate la acorraló en el camino de regreso a casa. Ilse la escuchó con atención; parecía incómoda. Sí, había dicho que llamaría cuando volvieran de Ischgl. No, no lo había hecho porque había estado muy ocupada. No, no sabía cuándo volvería a casa de Renate; era probable que estuviera muy ocupada indefinidamente. Y no, Rudi Gerhardt no era más que un amigo para ella. Pero no quería hablar más, no tenía tiempo, había una campaña del Auxilio de Invierno sobre la que tenía que escribir para el boletín. Como para demostrar su argumento, se volvió hacia una chica que pasaba y levantó el brazo en el ahora omnipresente gesto: *Heil Hitler*!

Era un gesto que Renate había visto miles de veces en los últimos meses, pero, por alguna razón, en ese momento lo sintió diferente: no era un mero gesto reflejo, sino irrevocable. Como si con ese simple movimiento del brazo derecho hacia arriba, Ilse estuviera cortando su relación de una vez por todas.

Aquella noche, en la cama, mirando las estrellas que habían recortado juntas, Renate se dio cuenta de lo que realmente las había separado. Era la mano de Ilse: estaba desnuda. El anillo de la amistad había desaparecido.

Al llegar a casa, se quita las botas en la puerta principal y la bienvenida de Sigi, que salta y menea la cola, casi la derriba. Otro día lo habría empujado molesta, pero en esa ocasión entierra la cara en su hirsuto pelaje, tan agradecida por su amor canino inquebrantable como apenada por todo lo que este no puede reemplazar.

—¿Sabes qué, Sig? —le susurra a su enhiesta oreja peluda—. Puede que seas mi nueva mejor amiga.

—¿Reni? —La voz de su madre le llega flotando desde la cocina.

—Buen perro —murmura Renate soltando al schnauzer.

—Bienvenida. —Su madre hace tiempo que prescindió de su antiguo saludo, «¿Qué tal la escuela?», pues las respuestas se han vuelto demasiado deprimentes para ambas—. ¿Puedes venir un momento? —dice en cambio—. Necesito una opinión.

—¿Sobre la cena?

—Sí.

Renate hace una mueca. Han tenido que dejar que Maria se fuera, ya que está muy por debajo del límite de edad legal para que una mujer aria trabaje en un hogar judío. La madre de Renate trató de hacerles ver el lado positivo de la situación, la «oportunidad de aprender algo sobre cocina», además del ahorro mensual de quince marcos imperiales, *Reichsmarks*, muy necesarios ahora que el padre de Renate se había visto obligado a abandonar su puesto en la universidad. Pero los frutos de ese afán didáctico han sido dudosos. Ya sea intencionado o simplemente porque está demasiado ocupada (escribiendo su propio libro, aceptando clientes privados en un esfuerzo por compensar la pérdida de ingresos de *Vati*, escribiendo a clínicas y universidades extranjeras en busca de trabajo para ella y para su marido), casi todas las comidas que Lisbet Bauer prepara están malas, a veces incluso son nauseabundas. El suflé que intentó preparar el sábado anterior era tan duro como el mármol, tanto que ni siquiera Sigi había querido dar cuenta de él. Las patatas del *Hasenpfeffer* estaban tan cocidas y harinosas que el guiso más bien parecía una sopa de patatas, y el repollo de la *Kohlroulade* estaba tan duro que Franz bromeó diciendo que había perdido un diente tratando de masticarlo. Pero lo peor de todo fue el *Sauerbraten* del domingo. Como no tenía vinagre ni vino para cocinar, la madre de Renate había improvisado con aguardiente; en concreto, con un licor de rábano picante que llevaba en el mueble bar desde la última reunión de colegas de su esposo celebrada dos años antes. Fue como comer carne empapada en ajo y gasolina. Franz vaciló con que podía hacer saltar

por los aires la comisaría de policía de la Französische Straße, ante la que pasaba a diario, tirándose un pedo y prendiendo una cerilla al tiempo. El comentario le costó una reprimenda de sus padres, pero también provocó sus risas.

Desde el umbral, Renate inhala con cierta precaución, pero el aire huele engañosamente apetitoso.

—Entra, cariño —dice su madre algo distraída. Con un cigarrillo entre los labios, remueve la olla con una fuerza casi agresiva, como si tratara de someter a la comida—. ¿Qué te parece?

—¿El qué?

—Lo que estoy preparando. ¿Qué tal huele?

Renate olfatea de nuevo.

—Huele... ¿bien?

—Esta vez he seguido la receta al pie de la letra. Ingredientes adecuados. Cantidades correctas. ¿Quién iba a decir que saldría tan diferente así?

—Sí, quién lo iba a decir —repite Renate, que no puede evitar preguntarse si el enfoque psicoterapéutico que aplica su madre es igual de disperso—. ¿Qué tal el trabajo?

—Empeorando. —Los labios de su madre se tensan alrededor del cigarrillo—. Ahora que el doctor Göring ha echado a todos los no arios, se ha centrado de nuevo en las publicaciones.

El Instituto de Psicoterapia ha sido absorbido recientemente por el Instituto Alemán de Psicología, una institución gubernamental, y su nuevo director es primo del mariscal de campo Göring.

—Todo menos Freud desapareció durante el fin de semana —prosigue su madre—. Y ni siquiera Freud está disponible; lo guardan bajo llave en un armario del que solo Göring tiene la llave.

—¿Por qué?

Su madre se encoge de hombros.

—Es una primera edición firmada. Tal vez piensen que tiene algún valor. O quizá nuestro estimado gobierno tiene que aceptar *La interpretación de los sueños* como el pilar fundamental de ese campo de estudio, aunque no quieran que nadie lo lea. En fin...

Su madre deja el cigarrillo en un platito y le alcanza la cuchara de

madera. El vapor flota en el aire; Renate toma un sorbo tímido. Una riqueza carnosa le inunda su boca.

—¿Estofado? —pregunta. El estofado es el plato favorito de Ilse. Renate la ha ayudado a ella y a su personal de cocina a prepararlo un montón de veces. Pero, por supuesto, no hay razón para comentarlo ahora.

—¡Premio! —dice su madre. La leve sonrisa que aparece casi se ve extraña en su rostro enjuto; ha pasado tanto tiempo desde que Renate la vio sonreír por última vez que, lejos de hacer que le corresponda con otra sonrisa, le provoca un dolor lo bastante fuerte como para que se tambalee. Parpadea rápido para contener las lágrimas.

—Reni —dice su madre frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa?

—Es solo… —Renate se lame el último rastro salado de estofado de los labios tratando de pensar en cómo expresarlo—. Sé que para mí… las cosas no son tan duras como para otras personas. Nadie me ha arrestado ni me han echado de una clase. Nadie me ha ordenado que me separe de mi familia.

Su madre asiente con la cabeza. Amenazado con recibir una paliza de sus antiguos compañeros, Franz y otros dos judíos de su clase tuvieron que huir hace poco de la sala de lectura por una ventana trasera. El profesor Bauer, por su parte, ha sido llevado al cuartel de la Gestapo local para ser interrogado sobre los (falsos) rumores de supuestos contactos socialistas. Y a la madre de Renate la han visitado dos veces los mismos agentes para instarla a «considerar seriamente» divorciarse de *Vati*. «Por el bien de mi futura carrera», había repetido con incredulidad ante una fuente de salchichas mal cocidas y unos *spaetzle* pastosos.

—Ahora querrán que haga lo mismo que esa mujer horrible de los periódicos: decir que mis hijos no son *Mischlinge* porque sus padres fueron amantes arios que tuve en el pasado.

Renate se avergüenza al recordar cómo sus pensamientos bulleron entonces. No por pensar en la posibilidad de que su madre tuviera un amante (¿Era posible? La verdad es que era bastante guapa, pero Renate no creía que pudiera sacar tiempo), sino por pensar que cambiando solo una pequeña parte de su historia, uno podía borrar la

sangre condenatoria que corría por sus venas. Incluso se había rebajado a imaginarlo: entrar decidida en la oficina de la escuela con el Certificado de Pureza de Sangre; encontrarse con Ilse junto a la fuente y que su rostro pálido se iluminara al ver a Renate, en lugar de contraerse como hacía ahora.

Y Rudi... Rudi. Oh, Rudi.

Le llevó unos segundos asimilar que esa fantasía solo funcionaba si apartaba por completo de su vida a su amable y dulce *Vati*.

—Pero... —apunta su madre.

—Pero...

Renate traga saliva con dificultad. Lo que realmente quiere pedirle a su madre es que mejore las cosas, que las haga desaparecer. Que se deshaga, como por arte de magia, de la patética noticia del periódico y del «pico judío» y del billete de ida a Jerusalén, como siempre ha hecho. Que la acoja en su regazo, que le susurre y que le acaricie el pelo, la frente y la mejilla. Lo que de verdad desea es acurrucarse y que su madre la abrace, un escudo de carne y hueso contra el mundo.

—¿Sí? —repite su madre, ahora con un tono un poco impaciente.

—La extraño —dice Renate en voz baja.

Por un momento solo se escucha el burbujeo del contenido de la olla. Luego, Renate oye el suspiro de su madre y siente sus brazos fuertes y delgados presionar ligeramente su espalda.

—Claro. Yo también la extraño.

Renate apoya la cabeza en el hombro escuálido de su madre y se da cuenta de que la costura de su suéter está rota. También nota la poca carne que tiene últimamente. Lisbet Bauer siempre ha sido delicada como un pájaro, pero ahora tiene el rostro demacrado y la piel se extiende tan tensa sobre sus mejillas que Renate casi le ve los huesos.

—Hoy he pensado que las cosas podrían estar cambiando de nuevo.

Su madre mete un mechón de pelo detrás de la oreja de Renate.

—¿Y eso por qué?

—Me... me he ido de clase. Me he marchado. Y ella ha salido a buscarme.

Su madre se inclina hacia atrás para mirarla.

—¿Te has ido de clase? ¿Sin permiso?

Renate asiente, sonrojándose un poco.

—Estaban siendo odiosos. Todos ellos. Incluso el profesor.

Lisbet Bauer niega con la cabeza.

—Reni. Ya lo hemos hablado. Tienes que aprender a...

—Ya lo sé. A pasar el día. Pero, mamá, ese es el problema. Hoy no me he visto capaz de hacerlo. Estaba segura de que si me quedaba allí haría algo horrible. Así que me he ido y luego Ilse ha venido a buscarme. Y luego...

Su madre se apoya contra los fogones, cruzando los brazos.

—¿Y luego?

Renate cierra los ojos y lo vuelve a ver todo: la nota de Sofi, que había vuelto a sacar en el pasillo, su mensaje alegre («¡Por favor, no se moleste en regresar!»), más mordaz y cruel porque —ahora se daba cuenta poco a poco— en realidad no había ningún lugar al que pudiera volver. No podía volver al aula de la que había salido furiosa y tampoco podía salir por la puerta principal. Estaba atrapada como una rata judía en una jaula.

Se estaba planteando la posibilidad de entrar a hurtadillas en la biblioteca cuando oyó unos pasos que se acercaban rápidamente a ella. Y luego aquella voz tan familiar:

—Reni.

Renate miró por encima de su hombro sin atreverse a esperar que fuera real. Pero lo era; allí estaba ella. Ilse, de pie junto a una ventana, su cabello rubio iluminado por un rayo de sol de la tarde. En un solo instante, meses de tristeza y soledad acumuladas se desvanecieron. Una mezcla de saludos alegres compitió por ser pronunciada: «Lo sabía» y «Te he echado de menos» y «¿Por qué has esperado tanto?» y «Tengo tantas cosas que contarte»..., pero solo dos palabras se materializaron:

—Has venido.

La vieja Ilse se habría reído con desprecio y habría dicho: «Por supuesto que he venido. ¡No podía dejar que te fueras, idiota!».

La Ilse actual, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros.

—Me envía el señor Hartmann. Ha dicho que te dejes de tonterías y regreses.

No habló mirando a Renate sino detrás de ella, vagamente, con frialdad. Y tan rápido como apareció, el rayo de alegría que había exaltado el corazón de Renate se convirtió en una losa pesada en sus pulmones. «Claro», pensó. Claro que Ilse no estaba allí como la mejor amiga de Renate, sino como la alumna de mayor confianza y la favorita del señor Hartmann. Su «pequeña periodista».

—¿Vienes? —preguntó Ilse—. Dice que si no vuelves, te expulsará.

—¿Por qué?

Ilse puso los ojos en blanco.

—¿Tú qué crees? Has salido de clase sin permiso.

—No. ¿Por qué te fuiste? —Renate se humedeció los labios—. Me refiero a mí. ¿Por qué me abandonaste?

La pregunta pilló desprevenida a Ilse. Una mirada de angustia y algo más (¿culpa? ¿incertidumbre?) le desdibujó el rostro, pero apretó los labios y la mirada desapareció.

—Este no es momento de discutir eso —dijo.

—Claro que lo es. Es el momento perfecto para hacerlo. —Renate tuvo ganas de agarrarla de los hombros y sacudirla hasta que sus envidiables dientes castañetearan—. Si no hablamos, no iré contigo. Y gritaré. Gritaré y diré que me has atacado.

Renate no sabía de dónde había salido aquella amenaza y menos aún si sería capaz de ponerla en práctica. Afortunadamente, no tuvo que averiguarlo porque Ilse suspiró y se apoyó contra la pared.

—No sé si puedo hacer que lo entiendas. Sobre todo teniendo en cuenta tu sangre judía y todo eso.

Ilse tenía los ojos cerrados, así que no vio cómo Renate se estremecía. Su pálido rostro reflejaba cierto dolor y apretaba los labios sumida en sus pensamientos. Finalmente suspiró.

—¿Alguna vez te he hablado de mi noveno cumpleaños? —dijo abriendo los ojos de nuevo.

Renate negó con la cabeza.

—Era la época de la inflación —prosiguió Ilse—. Mi madre me había prometido una tarta, pero no teníamos dinero para comprar los ingredientes. Así que cogió una vieja caja de cigarros de mi padre, la cubrió con papel limpio y la untó con manteca, como si estuviera

glaseada. Cenamos con eso sobre la mesa. Luego, después de encender las velas y de que mi madre y *Vati* me cantaran y me hicieran soplar, ella raspó la manteca para guardarla de nuevo en su frasco y tiró la caja.

Renate parpadeó.

—¿La tiró? ¿Así, sin más?

Ilse asintió.

—Me dijo que solo lo había hecho para que pareciera una fiesta. Cuando le pregunté si no había nada dulce —una galleta, una pieza de fruta—, me pegó y me envió a mi habitación. Me dijo que era una desagradecida, que no entendía lo difícil que era para ellos tener pan en la mesa. —Titubeó—. Creo que fue el peor día de mi vida.

—Nunca me lo habías contado. —Renate sintió que la lástima le hacía un nudo en la garganta—. Ilsi. Lo siento.

—No te lo digo porque necesite compasión —dijo Ilse secamente—. Estoy tratando de hacértelo entender. No quiero volver a pasar por una situación así. No quiero que tengan que pasarlo mis hijos.

—Pero ¿por qué crees que no puedo entenderlo?

Ilse puso los ojos en blanco como siempre hacía cuando Renate se ponía (como ella decía) «tan espesa como el cemento».

—Dudo que entiendas qué se necesita para cambiar las cosas, el tipo de sacrificios que habrá que hacer. Todo lo que se interponga en el camino de lo que estamos tratando de hacer tiene que desaparecer, tiene que ser eliminado. Incluso si... incluso si eres tú.

—¿Que yo me estoy interponiendo en el camino? —preguntó Renate realmente desconcertada—. Yo también quiero una Alemania más fuerte. Sé que no puedo unirme a la BDM, pero...

—Pero... esa es la cuestión, ¿no lo ves? —Ilse estaba sonrojada, su voz era dura, como cuando intentaba ocultar que estaba a punto de llorar—. No puedes unirte porque no eres parte de la nueva Alemania. No puedes serlo. Sé que no es culpa tuya, pero es así y no podemos fingir que no pasa nada.

Renate, aturdida, la miró fijamente. ¿Que no era parte de la nueva Alemania? Sabía que otras personas lo creían, pero nunca esperó oírlo en boca de Ilse. No de la Ilse que, hasta el año pasado, le mostraba a

Renate antes que a nadie todos los poemas que escribía. No de la Ilse con quien Renate se había abierto camino a través de Kant, Heine y Schiller y con quien acababa de descubrir a Goethe cuando su amistad comenzó a desmoronarse. No de la Ilse que una vez predijo que Renate sería la primera mujer alemana ministra de cultura.

Era como si alguien le hubiera puesto un torniquete alrededor del esófago. El pánico menguó, no porque no pudiera respirar sino porque sintió que aquella era su última oportunidad de hacerlo, de decir algo; de volver a cambiar las cosas si pudiera encontrar las palabras mágicas adecuadas. Por mucho que lo intentó, Renate ni siquiera encontró una.

—Ah, y para que lo sepas —decía Ilse—. Les dije que no te dieran uno.

—¿Un qué?

—Uno de esos billetes. Les dije que te dejaran en paz.

Entregado el mensaje, Ilse se disponía a regresar hacia el aula.

—Espera —dijo Renate—. Una cosa más y volveré contigo.

Molesta, Ilse aguardó.

—Esa... esa firma.

—¿Cuál?

—La de detrás. Decía... Rudi. —Renate se humedeció los labios nerviosa—. ¿Realmente es suya?

Ilse miró a su ex mejor amiga un momento y, una vez más, Renate —en el pasado tan hábil interpretando sus expresiones— fue incapaz de descifrar aquella.

Sí reconoció, en cambio, el tono de voz con el que Ilse le respondió:

—No.

Era el que usaba cuando mentía.

—¿Y eso ha sido todo? —pregunta su madre enderezando distraída el cuello de Renate—. ¿Habéis regresado juntas a clase?

Renate asiente con la cabeza.

—El señor Hartmann ha dicho que iba a informar al director, pero Ilse le ha dicho que había tenido que usar el baño «por un problema

femenino» y que por eso habíamos tardado tanto. Al final me ha hecho quedarme después de clase para lijar y limpiar todos los pupitres.

Renate no le dice a su madre que el jabón áspero y el agua fría le han lastimado las manos ni que el papel de lija le ha hecho ampollas en las yemas de los dedos. Tampoco le cuenta que el señor Hartmann la ha hecho permanecer derecha sin moverse ni un centímetro mientras se apretujaba contra ella.

—Sé que no debería quejarme, pero es tan duro, mamá. Estoy muy sola.

—Lo sé.

Suspirando, su madre le pasa una mano cansada por el pelo. La esmeralda de su anillo de plata brilla con la luz. Es una de las varias reliquias que la madre de su madre le dejó; forma parte de un conjunto compuesto por un broche finamente forjado, unos pendientes, el anillo y un impresionante collar. Desde que Renate tiene memoria, esas piezas se han guardado en el cajón de las medias de su madre, en un joyero esmaltado con incrustaciones de nácar opalescente. Algún día serán de Renate, pero de momento tiene que conformarse con sostenerlas cuando su madre las saca para pulirlas. O con ponérselas a escondidas cuando su madre no está en casa.

—Por ahora —prosigue su madre—, no hay otro lugar en el que puedas estar. Al menos, no hasta que abandonemos Alemania.

—¿En serio estamos considerando mudarnos a otro país?

Incluso decirlo suena a blasfemia, como si estuvieran planeando prender fuego a su propia casa.

—Estoy considerando seriamente todo. —Lisbet Bauer vuelve a suspirar—. Es tu padre el que aún se resiste. Sigue diciendo que todo esto se calmará, que siempre ha sido así en el pasado. Aunque me parece que ese es solo uno de los motivos. Nunca lo dirá, pero creo que le preocupa no encontrar empleo en otro lugar que no sea Alemania.

—¿Cómo es posible? Es el profesor más popular de su departamento.

—Sí. Pero no sabe hablar otro idioma. Al menos, no lo bastante bien como para enseñar. —Renate abre la boca para replicar—. Y el latín

clásico no cuenta.

—Pero es brillante. Podría aprender...

—No lo bastante deprisa como para optar a un trabajo en América. O en Shangai. O incluso en Trinidad. Y lo necesita para obtener un visado.

Mordiéndose el labio, Renate digiere la información.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Crees que las cosas se calmarán?

Su madre frunce los labios y le mete a Renate un rizo detrás de la oreja.

—Creo —dice— que es mejor estar seguro que arrepentido. Pero, por ahora, vamos a seguir hasta tu *Abitur*, el examen final, sin que pierdas la cordura. —Y regresando a su olla añade—: Ve y dile a tu padre que la cena estará lista en media hora.

8

Ava

1956

—¿Listo para meterte en problemas?

Ulrich dio un acelerón con picardía y Ava, a pesar de lo nerviosa que estaba, no pudo evitar reírse. El coche era el sedán del padre de Ulrich, un Opel Olympia del 38 de un discreto color verde menta.

—Parece que vayas a robar a una residencia de ancianos.

—Pensaba que te gustaban los hombres con motores potentes.

—Solo si van sobre dos ruedas, idiota.

Ava se acomodó en el asiento del copiloto y cerró la pesada puerta. Luego se inclinó para plantar un beso en la mejilla de Ulrich que terminó aterrizando en su boca al volverse él hacia ella. Cerró los ojos registrando un eco de té Earl Grey y tabaco en su lengua, la aspereza de su labio superior sin afeitar contra el de ella, antes de volver a alejarse suavemente. Se quitó las zapatillas empujando con los pies, se alisó la falda sobre las rodillas y sacó un pequeño fajo de billetes del bolsillo de su chaqueta.

—Toma.

Ulrich enarcó una ceja.

—¿Qué es eso?

—Para gasolina. O para sobornos si lo necesitamos.

Si él se tomó a broma la sugerencia de los sobornos, no lo demostró.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del bolso de Ilse. ¿De dónde si no?

Ava cogió la cajetilla de Benson & Hedges del salpicadero. Ulrich hojeaba los billetes.

—¿No se dará cuenta? Aquí hay casi veinte marcos.

—Lo dudo. Se lo he ido quitando poco a poco.

—Impresionante. Parecemos Bonnie & Clyde. —Metió el dinero en el bolsillo de su chaqueta y luego tiró distraídamente del cuello. Se había vestido para la ocasión, reparó Ava, con la corbata de rayas azules favorita de ella, que le recordaba a un bastón de caramelo metido en uno de los jerséis de lana de cuello de pico del padre de Ulrich—. Por cierto, ¿cómo ha salido nuestra otra iniciativa criminal?

Ava hurgó en su bolso y le lanzó el carnet tríptico en el que había estado trabajando gran parte de la noche para que Ulrich pareciese lo bastante mayor como para conducir sin supervisión.

—Me preocupaba que la tinta no coincidiera, pero ahora que está seco resulta más convincente—. Sacudió un B&H y apretó el botón del encendedor del salpicadero con el pie desnudo—. ¿Qué le pasa a la radio?

—Debería volver a funcionar. Acaba de salir del taller.

Todavía con el motor en marcha, Ulrich le dio la vuelta al documento falsificado para inspeccionarlo por detrás. Ava jugueteó con los botones cromados de la radio, saltando de una pieza de música folclórica con cuernos alpinos a un cuarteto alemán cantando con ukeleles hawaianos.

—Por el amor de Dios —refunfuñó—. ¿Por qué nadie pone música decente en esta ciudad?

Ulrich dobló y cerró el carnet falso silbando por lo bajini.

—Mi novia es un maldito genio.

—¿Crees que los guardias fronterizos se lo tragarán? —preguntó Ava conformándose con un swing de la vieja escuela que sonaba en otra emisora.

—Si no lo hacen, o son ciegos o son estúpidos. Yo apuesto por lo segundo.

—Dios. Espero que tengas razón.

Mientras Ulrich se incorporaba suavemente al tráfico matutino, Ava bajó la ventanilla, sacó el encendedor del salpicadero y presionó la punta caliente contra el extremo de su cigarrillo, estudiando a su amigo con los ojos entornados. Llevaba solo un mes conduciendo con su padre, pero era, por naturaleza, tan competente al volante como en cualquier otra cosa. De hecho, con la posible excepción de Ilse, era la

persona más competente que Ava había conocido jamás y sin duda la más fiable. En algún momento se había vuelto además sorprendentemente guapo, aunque de una manera desgarbada, como la de Jimmy Stewart. «Tengo suerte —pensó Ava—. Es mucho mejor que los otros.»

Habría sido un asunto difícil de discutir consigo misma. Antes de Ulrich, sus dos incursiones en el amor habían sido con chicos presuntuosos y charlatanes cuyo único propósito parecía haber sido meterse en sus pantalones pitillo. Uno dejó de llamar cuando Ava se negó; el otro, cuando ella accedió. Ambos abandonos —porque así se había sentido, abandonada— la habían dejado turbada y abochornada durante semanas.

Giró la cabeza y echó el humo a una pandilla de colegialas adolescentes. Apenas eran las siete de la mañana, pero las aceras de Bremen ya estaban repletas de estudiantes caminando sin prisa, paseadores de perros apresurados y empleados agobiados tras el viaje desde las afueras. A pesar de que Ilse trabajaba en la otra punta de la ciudad, Ava se sorprendió buscando la cabeza rubia de su madre.

Y, sin embargo, pensó, ¿acaso no sería muy propio de Ilse hacer algo así? Descubrir el plan de ese día y encontrar la manera de arruinárselo, tal como arruinaba todo lo demás en la vida de Ava. Como unos meses antes, por ejemplo; la profesora de dibujo del instituto de Ava le dijo que su trabajo era lo bastante bueno como para optar a un curso de verano en la Universidad de las Artes y se ofreció a presentarle al profesor de dibujo del natural. No le habría costado casi nada y no habría interferido para nada en sus estudios. Aun así, Ilse se había negado. «No quiero que mires mujeres desnudas en una habitación llena de chicos —había dicho—. Bastante tiempo pierdes ya con esa tontería de dibujar.» Del mismo modo, el año anterior, cuando se enteró (probablemente escuchando desde el teléfono de abajo) de que, después de seis años de estrecha amistad, Ava y Ulrich se habían convertido en algo más, Ilse también había intentado poner fin a eso de inmediato, apareciendo sin previo aviso en el piso que Ulrich compartía con su padre viudo para informar a un aturdido doctor Bergen de que sus hijos habían cruzado una «línea

peligrosa» que requería la firme intervención de los padres. Había declarado su intención de «vigilar de cerca a Ava y Ulrich» siempre que estuvieran en su casa. «Le pido que haga lo mismo cuando Ava esté aquí», había añadido.

Por suerte, el padre de Ulrich, cirujano del turno de noche en el hospital St. Joseph-Stift, tenía tan poco tiempo para hacer de carabina como para cualquier otra cosa en sus preciadas horas de luz. Después de contarle la visita a Ulrich, se había limitado a decirle que «tuviera cuidado» con Ava, no porque estuviera de acuerdo con la señora Fischer, sino porque no quería volver a tratar con aquella mujer.

—La verdad —le había confiado a su hijo—, me aterroriza.

En Radio Bremen la pieza de la *big band* dio paso a un noticiario sobre la retirada de Francia de Suez.

—¿Por qué no nos vamos a París? —preguntó Ava volviendo a girar el dial—. Yo podría inscribirme en Bellas Artes y tú podrías trabajar para la *Paris Match*.

—Para empezar, Magallanes, vamos en la dirección opuesta. —Ulrich miró por el retrovisor—. Y además, mañana tengo exámenes.

—Yo también.

—Bueno, algunos queremos nuestros certificados de graduación. Ya es bastante malo que me tengas haciendo novillos.

—¿Que yo te tengo haciendo novillos? —Disgustada, apagó la radio —. Esto fue idea tuya, ¿recuerdas?

—Mi idea era que fueras tú.

—Cosa que no podía hacer, a menos que tú me llevaras. Por eso conseguiste el carnet un año antes de lo normal.

—De un falsificador y una descarada. Te quiero, pero eres una influencia terrible. Toma. —Rebuscó debajo de su asiento, sacó un mapa de carreteras desgastado y se lo tiró al regazo—. A ver si eres capaz de guiarnos. No olvides que el norte está arriba.

«Te quiero.» Como en las últimas semanas, Ava se sintió desconcertada ante aquella muda declaración, como si él la hubiera llamado sin querer por un nombre equivocado.

Sacudiéndose aquella sensación, Ava hojeó la guía Michelin hasta que encontró la ruta a la capital. Se quedó mirando el espacio con forma de mancha de tinta: Berlín. Ciudad asediada en la que nació, vago recuerdo de sus años más felices. Y, ahora lo sabía, punto de partida de una historia que había estado buscando casi cada día desde que los servicios de Bienestar Infantil de Berlín, en tiempos de guerra, la habían sacado llorando de allí. No su propia y triste historia de abandono y reunificación a regañadientes con una madre que no estaba interesada en ser madre. Tampoco la historia de Ilse; su madre guardaba ese relato dentro de ella casi con tanta firmeza como le habría gustado mantener encerrada a Ava en su pequeña casa amarilla. Aquella era otra historia, la relativa al otro progenitor: la del sin nombre, la del nunca mencionado tercer miembro de la incompleta tríada familiar de Ava.

Solo que ahora ya tenía nombre.

Con el dedo todavía sobre la antigua capital, Ava recitó en silencio las tres palabras que había sentido como un encantamiento mágico cuando las leyó por primera vez: Nikolaus Gunther Hellewege.

Y luego probó: «Mi padre».

Aquella extraordinaria expedición tenía su origen tres meses antes, en la que había comenzado siendo una tarde bastante ordinaria. Sentados (sin carabina) juntos sobre la cama arrugada de Ulrich, habían estado haciendo lo que ahora hacían casi todos los días después de la escuela: besarse, fumar cigarrillos ingleses y escuchar música americana. Ulrich había estado rellenando una solicitud para su permiso de conducir y Ava tenía su certificado de nacimiento en el regazo junto con una fotografía que se había caído de la carpeta donde la guardaba. Sujetándola a la luz, había inclinado la cabeza para estudiarla.

—Parecía un ángel.

La madre de Ulrich había sido una pelirroja ágil de ojos verdes, aunque en la foto en blanco y negro parecía morena y de ojos castaños. De cualquier manera, había sido etérea y encantadora de esa manera que solo las mujeres que han sido bailarinas pueden serlo.

—Serafina Sara Bergen —leyó Ava en el certificado con tono soñador —. Hasta su nombre suena angelical.

—La idea era que sonara judío —respondió Ulrich dando la vuelta al formulario—. Su segundo nombre original era Ingrid.

—¿Por qué se lo cambió?

—Así lo exigía la ley —dijo sin apartar los ojos de la solicitud—. Todos los judíos debían tener un segundo nombre que sonara judío.

Ava frunció el ceño, tratando de recordar si ese extraño detalle le había sido transmitido en alguna de las irregulares lecciones de historia. La información sobre ambas guerras mundiales —pero en particular sobre la segunda— solía ser dispersa, críptica y vaga: un breve capítulo sobre el ascenso, según parecía, autoimpulsado, de Hitler al poder y una lista en la pizarra titulada «Enemigos del Reich» que incluía a comunistas, judíos y testigos de Jehová. Mucho más traumatizante había sido el día en que los llevaron al auditorio de la planta baja de la escuela, donde sin presentación ni explicación alguna se les mostró el brutal documental de Alain Resnais sobre los campos de concentración, *Noche y niebla*. Después de que las últimas imágenes desgarradoras —cadáveres caminando, telas hechas de cabello humano, paredes de duchas marcadas de arañazos— se desvanecieran, se autorizó a los aturdidos estudiantes a salir más temprano para ser azotados por el sol invernal de la tarde. Después de vomitar en el patio, Ava había buscado a Ulrich solo para descubrir que a él y a otro estudiante de origen judío se les había dado discretamente la tarde libre.

—¿Así que los judíos tenían que elegir nuevos nombres? —preguntó Ava.

—No había elección —dijo Ulrich mientras copiaba el año, el color y la marca del Opel—. Los hombres se ponían Israel. Las mujeres, Sara.

—¿Israel? —Ava hizo una mueca—. Las mujeres se llevaron la mejor parte del trato, ¿no?

Ulrich levantó la vista un momento ante el comentario. Después volvió a bajarla.

—En realidad, no —dijo.

Ava se dio cuenta de su error en el acto. Conocía la historia de la madre de Ulrich: cómo su matrimonio con su padre católico le había evitado los vagones de ganado y los campos hasta los últimos meses de la guerra, cuando le entregaron la temida «citación de deportación» en el gueto judío al que los habían forzado a mudarse; cómo el doctor Bergen le había rogado que se escondiera en casa de uno de sus pacientes y cómo ella pareció estar de acuerdo; cómo salió de su escondite la mañana que establecía la citación con la única maleta autorizada. «No puedo soportar la idea —había escrito ella—, de que un intento por salvarme pueda tener repercusiones para ti o para nuestro hijo. Es mejor que me vaya sola y sin hacer ruido que arriesgar la vida de quienes amo.»

La habían gaseado casi en el momento de llegar a Auschwitz.

—Oh, Uli. —Ava se tapó la boca con ambas manos—. No quería decir eso. No estaba pensando...

—No pasa nada —dijo Ulrich en voz baja.

Cogió el certificado de las manos de Ava, lo dobló junto con los papeles de la solicitud y los dejó en la cama, entre ellos. Apoyó la cabeza contra la pared y con los ojos opacos detrás de sus gruesas gafas fijó la mirada en el póster de la película *Superman y los hombres topo*: George Reeves con los músculos embutidos en su estúpido traje. Avergonzada, Ava dobló las rodillas bajo su barbilla y apoyó la frente contra la sarga rasposa de su falda.

—Soy un monstruo —murmuró.

—No lo eres —dijo Ulrich cubriéndole la rodilla con la mano—. Eres la chica más guapa que conozco.

Ava negó con la cabeza, sintiéndose tan indigna del cumplido como lo era del ofrecimiento de consuelo.

—Al menos sabes cómo se llamaba —dijo—. Al menos sabes los nombres de tus dos padres.

Incluso a sus propios oídos, su voz sonaba a la defensiva, casi petulante. Pero cuando Ulrich volvió a hablar, no parecía enfadado, sino atento, alerta, como cuando daba forma a un argumento político interesante o hacía sugerencias sobre una obra de arte de Ava.

—En realidad —dijo—, tú también podrías.

—¿De qué estás hablando? ¿Podría qué?

—Saber los nombres de tus dos padres.

Ava lo miró pestañeando desconcertada. Ulrich sabía que ella no conocía nada sobre su padre, que de niña solo le habían dicho, primero sus abuelos y luego las monjas del orfanato al que había sido enviada cuando ellos murieron, que había sido «un valiente soldado alemán». Ni siquiera sabía con seguridad si estaba muerto, aunque hacía unos años, Ilse —en un fugaz instante de aproximación al tema — había insinuado que podría no estarlo. Por lo general, Ilse solía decirle que le daría más detalles «cuando llegara el momento adecuado». Aunque ese momento, claro está, nunca llegaba.

—El nombre de tu padre debería figurar en tu certificado de nacimiento —dijo Ulrich cogiendo el suyo y señalando el nombre del suyo—. Si ella sabía quién era, no había razón para no ponerlo.

Ava se mordió el interior de la mejilla. Por un lado, parecía imposible. Sin embargo, también tenía sentido, aunque solo fuera de la manera en que lo tenían las cosas fantásticas —hombres forzudos de mandíbulas cuadradas volando por el aire sin alas o la idea de que ella pudiera tener un padre—. Con las ideas agolpándose en su mente, Ava tiró de un mechón de pelo que todavía notó demasiado corto después de una impulsiva sesión de peluquería con las tijeras de coser de Ilse; había intentado cortarse la melena al estilo duendecillo de Hepburn, pero terminó con algo más parecido a un corte militar mal ejecutado.

—Aunque lo tenga guardado —dijo lentamente—, no me lo dará. Menos aún si su nombre aparece en él.

—Pero podría pedir otro para ti.

—Tampoco lo hará.

—No tiene por qué hacerlo ella.

Apartando los papeles, Ulrich le dio un beso rápido («¿Ves? ¡Perdonada!») antes de deslizarse de la cama y dirigirse a su escritorio.

—Lo único que necesitas es su firma, y a ti te saldrá en un abrir y cerrar de ojos. —Emocionado, abrió un cajón y luego otro—. De hecho, creo que tengo por aquí un formulario de solicitud de sobra.

Como era de esperar, ocho semanas más tarde el sobre de aspecto oficial que Ilse había solicitado sin saberlo llegó al apartado de correos de la Martinistraße que había contratado también sin saberlo. Al abrirlo con manos temblorosas, Ava vio primero el águila negra del Reich flotando con autoridad fantasmal sobre el membrete oficial del hospital Charité. Debajo del sello descolorido figuraban el nombre, el peso y la hora de nacimiento de Ava. Y debajo, el nombre y la ciudad de residencia de Ilse.

Y debajo, el nombre del padre de Ava.

«Nikolaus Hellewege», pensó de nuevo Ava mientras el Opel avanzaba a toda velocidad por la autopista de Hemelingen. «Ciudad de residencia: Berlín.» Se prometió no perder el tiempo soñando despierta con un hombre que, con toda probabilidad, no solo estaba muerto, sino muerto al servicio de una causa que ahora sabía que era indeciblemente malvada. Pero, como de costumbre, su imaginación se negaba a sentarse tranquila y comportarse: igual que una niña habladora en un aula, seguía hilando historias y argumentos en los que su padre recién encontrado desempeñaba varios papeles heroicos o viles. ¡Quizá habían sido compañeros de clase, Ilse y Nikolaus! ¡O vecinos! Tal vez se habían conocido en un refugio antiaéreo y habían hecho el amor apasionadamente mientras las paredes temblaban a su alrededor (¡y quizá esa era la verdadera razón por la que Ava nunca había escapado del todo de la pesadilla del bombardeo al que ella misma había sobrevivido!). O tal vez había sido un rebelde vividor, como James Dean o los chicos que habían abandonado a Ava antes de conocer a Ulrich, y había seducido a Ilse con unos cuantos rugidos de su motocicleta. Pero ¿no podría haber sido también un artista (después de todo, el talento de Ava tenía que salir de algún sitio) o incluso un apasionado de los libros como Ulrich?

De todas las opciones posibles, esta última parecía la menos probable, aunque solo fuera porque Ava no podía imaginar a su madre con alguien tan bueno y amable como Ulrich. Por otra parte, reflexionó, eso explicaría la aversión de Ilse a que Ava y Ulrich

estuvieran juntos. Quizá le recordaba demasiado al hombre que la había dejado embarazada y sola.

Ava volvió a subir la ventanilla, apoyó la mejilla contra el cristal y observó los árboles de corteza pelada que pasaban veloces. «Nikolaus Hellewege», volvió a pensar. ¿Cómo lo llamaría su madre? ¿Klaus quizá? ¿O tal vez Gunn, optando por su segundo nombre? ¿Habría participado él en la elección de su nombre? ¿Sabría que ella iba a nacer? Ava Lara Hellewege. Lo susurró para sí, saboreándolo en la lengua como un dulce exótico. ¿Cómo habría sido esa otra Ava con padre y madre? Puede que solo una Ava mejor, una Ava tan comprendida y amada por su padre como incomprendida y dejada de lado por su madre; una Ava que dibujaba y pintaba sin vergüenza ni culpa, que salía libremente y que tomaba clases universitarias cuando le apetecía...

—¿Hay alguien ahí?

—¿Qué? —Ava pestañeó y se volvió hacia su chófer.

—Se diría que estás en otro mundo. —Mirando por el retrovisor lateral, Ulrich cambió de carril para adelantar a una camioneta Volkswagen de color rojo tomate—. Además, estás a punto de provocar un incendio.

Ava bajó la mirada y vio que el cigarrillo que tenía en la mano que había dejado apoyada en el mapa de carreteras se había consumido hasta el filtro.

—Maldita sea. —Abrió el cenicero de debajo del encendedor y apagó la humeante colilla—. Perdón. Anoche apenas dormí.

—¿Por el carnet?

—Estaba un poco nerviosa.

—Ya te dije que no debes preocuparte. En primer lugar, es casi perfecto. En segundo lugar, esos patanes de la RDA apenas saben leer. Tú asegúrate solo de no hablar más de la cuenta.

Otra mirada rápida y penetrante.

—Por supuesto que no hablaré más de la cuenta —dijo Ava indignada.

—Y tal vez deberías ponerte un sombrero. —Ulrich alargó la mano y le revolvió el cabello—. Si algo levanta sospechas, será ese corte de

pelo.

—Pensaba que habías dicho que no estaba tan mal.

Ava miró de nuevo su reflejo en el espejo lateral, tirando inútilmente de unos cuantos mechones hacia las orejas, como si pudiera forzarlos a crecer más rápido. Otra razón para amarlo: él todavía pensaba que era «guapa».

—Lo que yo dije —aclaró Ulrich socarrón— fue que podría haber sido peor.

—¿No es lo mismo?

Ava hurgó en su bolso, sacó su lápiz labial y se lo aplicó con cuidado en los labios superior e inferior; luego los secó con un pañuelo.

—Para nada. —Ulrich comprobó el velocímetro y tocó un poco el freno—. Me refería a que podías haberte afeitado la cabeza o haberte clavado las tijeras en el ojo. Podías...

—¡Entendido! —Ava se acercó y le dio un empujón en el hombro—. ¿Ayuda el maquillaje al menos?

Ulrich le lanzó una rápida mirada de evaluación.

—Sin lugar a dudas. ¿Es nuevo?

—Max Factor. —Ava frunció los labios al estilo Monroe—. Lo encontré en el centro comercial.

No mencionó que no lo había pagado, sino que se lo había metido en el bolso mientras la vendedora ayudaba a otra mujer a elegir una crema facial. En su defensa, Ava no había tenido elección: no podía pedirle lápiz labial a Ilse porque su madre nunca se maquillaba. Tampoco le habría dado dinero a Ava para comprarlo. «Solo las fulanas se pintan la cara a tu edad», le había dicho; tenía la misma opinión despectiva sobre los tacones altos.

—Me preocupaba que fuera demasiado brillante —dijo Ava.

—No, el color está bien. —La volvió a mirar con atención—. Distrae del desastre de arriba.

—Imbécil —replicó Ava, aunque sus labios dibujaron una sonrisa.

Tapó el cilindro, lo metió de nuevo en el bolso y luego se inclinó hacia delante para darle otra oportunidad a la radio. Esta vez tuvo suerte: después de un anuncio del «salón de baile más popular» de

Hamburgo, Fats Domino empezó a cantar entre interferencias, la voz rica como un rayo de sol meloso a través de una nube. Contenta, Ava echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, tarareando la letra que se sabía de memoria, aunque no la entendiera del todo:

You made me cry when you said goodbye.

Notó la mano fuerte y larga de Ulrich en la rodilla y escuchó su voz uniéndose a la suya, su acento americano impecable como siempre, su tono perfectamente afinado:

Ain't that a shame.

Cantaron juntos hasta que se dejó de oír la emisora y Ava volvió a apagar la radio. Encendió un cigarrillo para Ulrich y luego otro para ella y recorrieron unos kilómetros en silencio, envueltos en humo, con las manos de Ulrich agarrando el volante y las de ella el cigarrillo y el encendedor. Al ver cómo el ojo redondo del mechero pasaba del naranja fundido al rojo intenso y después al gris ceniza, fantaseó un instante con presionarlo contra la carne blanda y pálida de la parte interior de su brazo. Por alguna razón, la idea del dolor abrasador, de la piel chamuscada, le pareció menos atemorizante que esclarecedora. Incluso estimulante.

—Si te pregunto una cosa —dijo de repente—, ¿serás sincero conmigo?

—¿Acaso no lo he sido siempre?

Aun así, Ava dudó.

—Si resulta que era uno de los malos, de los malos de verdad...

Ulrich negó con la cabeza.

—Nada cambiaría entre nosotros.

—¿Incluso si fue, digamos, el que encerró a tu madre en la cámara? ¿No me odiarás?

Ni siquiera parpadeó.

—Ni una pizca.

Ella no esperaba otra respuesta, pero el alivio la invadió de todas formas, tan reconfortante que se balanceó un poco en el asiento.

—¿Estás seguro?

—Te doy mi palabra. —La miró de reojo, sus gafas destellaron bajo la brumosa luz de la mañana—. Aunque si estás tan preocupada, no es tarde para volver atrás. Incluso podríamos llegar a las últimas clases de hoy.

«Lo quiero —pensó Ava—. Lo amo.» ¿Cómo no amar a un chico que no solo había robado un coche por ella y usado un carnet que ella había falsificado, que no solo había cruzado el país, sino que a mitad de camino se ofrecía a dar media vuelta y conducir todo el camino de regreso? Ava volvió a cerrar los ojos y presionó ligeramente la punta del meñique contra el disco del encendedor. Ahora solo se sentía un calor agradable.

—Qué demonios —dijo Ava abriendo los ojos—. Hemos llegado muy lejos; ya no hay vuelta atrás.

Después de conducir tres horas más, con una breve parada al borde de la carretera para repostar gasolina y comprar bocadillos, llegaron a Helmstedt-Marienborn y al punto de entrada a la República Democrática Alemana. El guardia del lado oeste les hizo señas para que pasasen sin apenas mirar sus documentos. En el lado de la RDA, una lóbrega fila de puestos de control de cemento gris atendidos por hombres vestidos con uniformes de color moho, era otra historia. El guardia que les tocó en suerte y que apenas parecía tener edad suficiente para conducir parpadeó un momento ante el carnet falsificado de Ulrich antes de devolvérselo. Luego estudió el carnet de estudiante de Ava frunciendo el ceño con aire dubitativo; a ella comenzaron a sudarle las palmas de las manos.

—¿No hay clase hoy?

Tenía la cara redonda e hinchada, la nariz, bulbosa y rosada. Sus ojos, en cambio, eran de un asombroso tono de verde azulado; los ojos de un hombre mucho más guapo.

—Es una emergencia familiar —explicó Ava. No era del todo mentira, pero el pulso le seguía palpitando en la garganta como si estuviera encubriendo un asesinato. Se limpió las manos en la falda.

—¿De Bremen, dicen?

—Sí.

—¿Destino?

—Berlín. Reinickendorf. Igual que mi amigo.

—Solo amigos, ¿eh?

El guardia le miró los pechos con lascivia.

—Sí —dijo Ava preguntándose por qué lo había hecho. Cruzando los brazos sobre el pecho, arrugó la frente—. Sí —repitió—. Me lleva a ver a mi padre.

—Que no vive en Bremen, deduzco.

—Exacto.

Ava evitó sus ojos y fijó su mirada en el Trabant de aspecto endeble que acababa de entrar en el puesto de control que quedaba a su derecha. El hombre que lo conducía tenía la cara larga y sombría, recordaba a la de un camello, aunque quizá el desánimo se debiera a que la mujer que iba a su lado le gritaba. Ava observó cómo ella, tras un último grito, se apeaba del coche por el lado del pasajero y caminaba despacio hacia la parte trasera. Estaba visiblemente agitada; gesticulaba con una mano y se tocaba la cara con un pañuelo que llevaba en la otra. Ava no supo si estaba secándose las lágrimas o el sudor.

—¿Divorciados?

Ava volvió a mirar al guardia.

—¿Cómo dice?

—Sus padres —dijo. Tenía la piel tan pálida que casi parecía gris a la sombra del voladizo de hormigón del puesto de control—. ¿Están divorciados?

—En realidad... —Ava iba a decir «no es asunto suyo», pero sintió la mirada de Ulrich, tan incisiva como un codazo en las costillas—. No es algo de lo que me guste hablar —dijo por fin.

El guardia se encogió de hombros.

—Parece ser bastante frecuente entre ustedes los occidentales. Valores burgueses, supongo. —Devolviéndole el carnet, señaló el bolso que llevaba en el regazo—. ¿Le importa si echo un vistazo?

—¿En serio?

Ava miró su reloj. Faltaban menos de dos horas para su cita en la ciudad; ya iban con retraso. Pero Ulrich se inclinó y le cogió el bolso.

—Por supuesto que no nos importa —dijo con firmeza entregándoselo al interrogador—. Tómese su tiempo, camarada.

—Gracias.

El guardia levantó el bolso con sus manos enguantadas en cuero negro y le costó un poco acertar con el cierre. Mordiéndose el labio, Ava devolvió la mirada al Trabi. Tenía el maletero abierto y la mujer llorosa o sudorosa hablaba animada mientras el guardia rebuscaba en su interior. Ava vio como el hombre sacaba una especie de caja y la levantaba con una mirada triunfante en su rostro.

—¿De modo que es artista?

Ava miró de nuevo a su guardia y descubrió con consternación que había sacado el pequeño cuaderno de bocetos que llevaba consigo a todas partes y que lo había abierto mostrando un autorretrato que había hecho unas noches antes. Era una vista completa de su torso desnudo, del cuello al ombligo, bosquejado con un puñado de líneas de carboncillo. Era imposible que el guardia relacionara la imagen con ella (no había dibujado la cabeza porque detestaba su corte de pelo), pero se sonrojó de todos modos.

—Lo intento.

El guardia sostuvo el libro a la luz, ladeando la cabeza mientras su mirada iba del rostro de Ava al dibujo alternativamente. Por un momento se preguntó aterrada si habría violado sin querer alguna ley, tráfico de pornografía tal vez, pero el guardia solo se encogió de hombros.

—Bonitas tetas —dijo con sequedad, y le tiró el cuaderno por la ventanilla.

Avergonzada, Ava pasó rápido las páginas buscando los formularios rellenados con cuidado que necesitarían más tarde y reprimió un suspiro de alivio cuando los encontró. Pero el guardia aún no había terminado: después de hurgar un poco más en el bolso, sacó el pulverizador de fragancias que Ava llevaba para disimular el olor a cigarrillos antes de volver a casa por la noche, dado que, por supuesto, Ilse desaprobaba el tabaco. En ese momento contenía el último resto

de Guerlain L'Heure Bleue que Ulrich le había traído de un viaje reciente a Francia.

—¿Qué es esto? —preguntó el guardia.

—Perfume.

Desenroscó el tapón abombado del frasco y sostuvo el recipiente bajo su nariz.

—¿Alemán?

—Francés.

—*Oh là là.* —Volvió a enarcar las cejas—. Huele a caro.

—No lo sé —dijo Ava enseguida—. Fue un regalo.

El guardia asintió complacido. Entonces, manteniendo su mirada celeste fija en la de ella, vertió el líquido pálido en el suelo.

—¿Qué hace? —Ava se irguió en el asiento—. ¿Qué demonios...?

—No importa —murmuró Ulrich.

—¿Por qué ha hecho eso? —siseó Ava sin hacerle caso.

—Está claro que no ha leído nuestras reglas. —El guardia sonrió con aire de superioridad—. No está permitido introducir artículos de lujo extranjeros por valor de más de veinticinco marcos por la frontera.

—¡Pero si fue un regalo! ¿Cómo voy a saber cuánto vale?

—Tal vez la próxima vez se le ocurra preguntar.

Ava abrió la boca para protestar y miró furiosa a Ulrich. Al ver su expresión, la volvió a cerrar y lo fulminó con la mirada. El guardia se rio, a todas luces complacido con la reacción.

—Agradezca que no la haya arrestado por contrabando.

Sin dejar de sonreír, enroscó el tapón y le lanzó el bolso y el frasco vacío al regazo. Sacó de un bolsillo un sello de goma y una almohadilla de tinta y marcó su carnet de estudiante con una floritura.

—Disfrute de su visita a papá —dijo devolviéndoselo a través de la ventanilla.

—Menudo imbécil. —Mientras Ulrich enfilaba la deprimente carretera gris, Ava se dio cuenta de que estaba temblando—. Podría haber sido peor. Esa pareja del este todavía está ahí atrás.

Ava se volvió y constató que tenía razón: el Trabi azul estaba

aparcado a un lado de la carretera y sus ocupantes, la mujer llorosa y el hombre con cara de camello, aguardaban a un lado.

—¿Qué crees que pasa?

Ulrich se encogió de hombros.

—O estaban tratando de pasar algo de contrabando o el guardia tenía ganas de pillar un poco de dinero extra. O tal vez ambas cosas.

—Y todo por el honor de estar aquí.

Mirando por la ventanilla, Ava sacó otro B&H de la cajetilla. Acababan de salir de la RFA, pero el paisaje ya pertenecía a un universo completamente diferente. La carretera misma, antes negra y lisa, estaba blanqueada por el paso del tiempo y poblada en su mayoría por coches Trabant que parecían de juguete. Los campos que flanqueaban la carretera parpadeaban en tonos resecos de marrón y beis y eran interrumpidos por ocasionales edificios de aspecto sucio. Incluso el aire se sentía más pesado, más sofocante. Subió las rodillas hasta el pecho, alisando su falda acampanada de lana alrededor de ellas.

—Y esta es la parte buena —dijo Ulrich—. Una vez que te adentras, hay lugares donde parece que todavía estén en guerra. —La miró con curiosidad—. ¿Por qué has dicho que solo somos amigos?

Ava se encogió de hombros.

—No lo sé. Me ha parecido que si me metía en problemas, sería mejor para ti.

Ulrich asintió, su expresión era indescifrable. Por un momento, ninguno de los dos habló.

—Me cuesta creer que no hayas cruzado la frontera hasta hoy —dijo por fin.

—Lo sé. —El cambio de tema fue un alivio—. A veces, Ilse va a Berlín por trabajo, pero nunca me ha llevado con ella. Siempre me ha dejado con la vieja bruja de al lado pasando la noche en casa.

—¿La de la verruga en la nariz?

Ava asintió esbozando una leve sonrisa.

—Cuando era pequeña, me quedaba despierta temiendo que intentara meterme en su olla. O que me convirtiera en un tronco y me quemara.

—*Interesting* —dijo Ulrich en inglés con su voz de Sherlock Holmes —. ¿Crees que nuestra remilgada Ilse tenía un amante secreto en Berlín?

Ava hizo una mueca.

—Dios, espero que no.

—¿Por qué no? Es una mujer atractiva.

Ava lo miró inexpresiva.

—Vas a hacerme vomitar. En serio. —Dio otra calada a su cigarrillo y luego tosió. Le escocían los ojos por la falta de sueño y el exceso de humo—. Lo más probable es que cualquier hombre que la toque —prosiguió con pesadumbre— muera congelado. Estoy segura de que descubriremos que eso fue lo que le pasó a mi padre. Pobre Nikolaus. Muerto por congelación antes de ver a su primogénita.

—Suerte que nosotros no tenemos ese problema. —Ulrich le sonrió con malicia—. Muy al contrario, tocarte me pone muy caliente.

Era verdad; las primeras veces que consumaron su nuevo estatus, él había estado tan ardiente que podía decirse que habían terminado antes de empezar. En secreto, Ava había descubierto que no le importaba; aunque no era desagradable, hacer el amor con él la dejaba extrañamente distante, como si Ulrich fuese un atleta aguerrido y ella una espectadora que observa desde las gradas. Ava se había esforzado en entender por qué le ocurría; después de todo, no le había pasado con ninguno de sus novios anteriores pese a que ambos habían sido mucho menos entregados y considerados. Por otra parte, se preguntaba, ¿podría ser esa la cuestión? ¿Que el amor de Ulrich era tan cierto, tan intenso e incondicional, que en realidad la alejaba? La idea le pareció absurda y, por alguna razón, inquietante.

—Lo siento —dijo Ava, y se volvió hacia la ventanilla. Cuando la estaba subiendo, un edificio llamó su atención: blanco como un hueso y rodeado de escombros, era poco más que el vestigio de un bombardeo. Fue como pasar por delante de una enorme tumba abierta.

Debido a la congestión del tráfico, entrar en Berlín Oeste les llevó más

tiempo que salir de Alemania Occidental: una vez les llegó el turno, los agobiados guardias apenas los habían mirado antes de indicarles que siguieran adelante. Al dejar atrás el Este, el paisaje cambió con la misma instantaneidad que una imagen en un espejo: las carreteras recién asfaltadas de nuevo, los coches relucientes y grandes, los edificios más altos y en apariencia de reciente construcción. Incluso los peatones parecían más limpios y mejor alimentados, sus ropas más nuevas, sus zancadas más largas y enérgicas. Mientras Ulrich se colaba entre un autobús de color rojo brillante y un camión de reparto de café Gevalia decorado con un asa de cafetera en el techo y una boquilla en el frente, Ava lo observaba todo con los ojos muy abiertos y el corazón palpitante. A su izquierda, vio una sala de cine palaciega con enormes carteles que anunciaban a Charlton Heston en *Los diez mandamientos*.

—¿Te resulta familiar? —preguntó Ulrich.

—La vimos juntos la semana pasada.

—Me refiero a la ciudad.

Ava negó con la cabeza.

—Pero no he estado aquí desde que tenía cinco años.

—¿No recuerdas nada de nada?

Los recuerdos de Ava no eran sino destellos de imágenes borrosas: la colcha de muselina azul de su vieja cama en casa de sus abuelos; la mesa verde de la cocina donde había hecho su primer dibujo y donde cada día se pasaba horas dibujando más; la sofocante oscuridad del sótano derrumbándose mientras las bombas de los Aliados llovían sobre ellos; los escombros calizos entre los que se encontraba cuando la sacaron.

Las sábanas blancas que cubrían los cuerpos maltrechos de la *Oma* y el *Opa*.

El pie de la *Oma* asomando con una zapatilla puesta.

Ava negó con la cabeza.

—Nada —dijo—. Nada de nada.

Veinte minutos más tarde llegaron a su destino: una imponente

estructura de ladrillo rojo en la avenida Eichborndamm de Reinickendorf. Un letrero enmarcado en azul junto a la puerta lo identificaba pomposamente como el Archivo para la Notificación a los Familiares de los Miembros Caídos de la Antigua Wehrmacht Alemana. Ava lo leyó dos veces y sintió que se le contraía el pecho. Esta era la organización con la que el Departamento del Censo le sugirió que se pusiera en contacto para averiguar más sobre quién era su padre. «Si es soldado —había dicho la mujer—, al menos deberían tener lo básico. Puede que tarden unas semanas en encontrar el archivo, pero mientras demuestres que eres de la familia, te lo mostrarán.»

«Familia», pensó Ava. Como palabra, siempre le había resultado ajena: no se correspondía con la pequeña y tensa unidad de dos personas que formaban Ilse y ella, lo cual resultaba extraño porque sí parecía encajar con Ulrich y su padre, que estaban igual de solos y, por culpa del horario del doctor Bergen, juntos con aún menos frecuencia.

Notó la mano de Ulrich en el hombro.

—No es por insistir —dijo él—, pero aún estamos a tiempo de dar media vuelta y regresar a casa. No diré una palabra al respecto.

Ava levantó la vista hacia él; el rostro afable e irónico. El cabello oscuro y corto que se negaba a dejar crecer y a peinar hacia atrás como la mayoría de los chicos porque decía que le quedaba ridículo a cualquiera que no fuese americano. «Te quiero», pensó Ava, pero esta vez lo sintió más como un silencioso recordatorio que como una declaración.

—No —dijo Ava—. Si no lo hago, me odiaré. —Se alisó el abrigo—. Y ya me odio lo suficiente.

En el interior del edificio, un fornido asistente que estaba tras el enorme mostrador de Información les indicó la escalera que conducía a la sala de archivos, un espacio sin ventanas que olía a polvo y papel viejo y que iluminaban unos tubos fluorescentes amarillentos que zumbaban sin cesar. Detrás de un mostrador aún más grande, una

mujer hombruna con el pelo más corto que el de Ava, aunque mejor cortado, tecleaba con furia en una máquina de escribir Adler de aspecto anticuado. Ava sacó los dos formularios de su cuaderno. Alisándolos, los deslizó por la superficie de madera desgastada.

—Buenas —saludó.

—¿Sí?

La mujer levantó la vista, a la espera. Ava carraspeó.

—Soy Ava von Fischer. Tenemos cita para una investigación.

La mujer echó un vistazo a los formularios y luego miró su reloj de pulsera.

—Llegan media hora tarde.

—Nos hemos demorado en el paso fronterizo más de lo que esperábamos.

—Siempre ocurre lo mismo —les informó la mujer—. Tendré que ver si los resultados de su búsqueda todavía están disponibles.

Ava reprimió un ataque de pánico.

—Si no, podemos esperar.

—Me temo que no es posible. Si han sido devueltos a los archivos, tendrá que presentar una nueva solicitud, reenviar el pago y regresar otro día.

La mujer recogió los formularios y se apresuró a volver a los estantes llenos de archivos mientras Ulrich miraba de reojo a Ava.

—Seis horas de viaje de vuelta —murmuró—. No podemos esperar mucho.

—Cogeré un autobús —repuso Ava sabiendo muy bien que no sería preciso, que Ulrich se quedaría con ella el tiempo que fuese necesario.

Luchando contra una leve sensación de claustrofobia, Ava volvió a mirar a la zona de los archivos. Las cajas, ahora lo veía, no solo contenían formularios y carpetas; algunas estaban llenas de objetos: relojes de bolsillo viejos y deslustrados, botones e insignias de latón; una contenía una maraña de lo que, en principio, le parecieron joyas, pero que enseguida vio que eran placas de identificación viejas y oxidadas. Trató de adivinar a cuántos soldados se las habían quitado, a cuántos cuerpos habían tenido la tétrica tarea de identificar. En su imaginación, vio a una multitud de hombres de rostro mugriento, con

casco, que miraban torvamente desde el otro lado de su compartida y mancillada historia. ¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos mientras yacían sangrando en la nieve o en el barro? ¿Habrían muerto orgullosos de su sacrificio? ¿O para entonces se habían dado cuenta de que todo aquello no era más que una mezquina artimaña, una fábula descabellada inventada por un loco cuyo único legado sería la repugnancia y la aversión del resto del mundo?

—¿Señorita Fischer?

Ava levantó la mirada y vio a la mujer hombruna caminando enérgicamente hacia ellos con una delgada carpeta en la mano.

—Está de suerte —dijo—. El archivero todavía tenía los documentos en su escritorio. Diez minutos más y habrían sido devueltos al montón para archivar.

Ava sintió que el aire se le atoraba en la garganta.

—¿Quiere decir... quiere decir que lo han encontrado?

—¿A su padre? —La administrativa asintió al tiempo que dejaba las carpetas delante de ellos—. Cosa ya de por sí notable, dado que no nos proporcionó la fecha de nacimiento.

—No la sabía —murmuró Ava.

—¿Y su madre?

—Tampoco —mintió Ava.

La mujer la estudió durante un momento, con la mirada fija en el ridículo corte de pelo y en los labios rojos que lo compensaban en exceso.

—Sin embargo —prosiguió con frialdad—, contra todo pronóstico, el archivero ha sido capaz de reducir la búsqueda por nombre y ciudad de nacimiento.

Ava alargó la mano y tocó el cartón con la punta de un dedo. De repente, sintió como si hubiera tragado ceniza.

—No parece que haya gran cosa ahí dentro —dijo a modo de pregunta.

—En general, aquí, en el servicio de notificación, solo tenemos acceso a lo básico: fechas de reclutamiento, números de placa de identificación, unidades de instrucción y unidades de combate. Y, por supuesto, si fue capturado o cayó herido. Si desea más información,

puede encontrarla en los Archivos Federales de Potsdam. Llevan los archivos de los militares de las SA, las SS y las SS armadas.

Ava levantó la vista.

—¿Estaba él en una de esas unidades?

—No lo sé —dijo la mujer muy seca—. No he leído el expediente.

Con un gesto de su mano libre señaló en dirección a una de las pequeñas mesas que había junto a la puerta.

—Puede tomar notas de esto si lo desea. También disponemos de un servicio de mimeografía y de un centro de investigación y consultas en la planta baja.

Y sin decir una palabra más, volvió a sentarse en su silla de trabajo y retomó lo que estaba escribiendo; las teclas golpearon el carro con la fuerza y el impacto de unos disparos rápidos.

Ava tragó saliva y cogió la carpeta. Era suave y fresca al tacto. En la parte superior alguien había escrito en mayúsculas púrpura las tres palabras que habían compuesto su constante mantra interior de las últimas semanas: «Hellewege, Nikolaus Gunther».

La abrazó con ambas manos y se dirigió a una de las mesas con Ulrich a remolque. Se sentaron juntos y notó que él le ponía la mano en la rodilla.

—Pase lo que pase —le dijo Ulrich en voz baja—, estará bien. Lo sabes, ¿verdad?

—No sé nada —respondió Ava—. Nada en absoluto.

Sin embargo, mientras lo decía, tuvo la sensación un tanto vertiginosa de que una etapa indefinida de su vida estaba terminando y la invadió una extraña pena, una especie de duelo por un yo que presentía que dejaría de existir una vez hubiera visto lo que había entre aquellas dos suaves y rígidas tapas.

Una parte de ella quería detenerse: dejar la carpeta sin abrir y devolvérsela a la mujer hombruna y desaprobadora para salvar a la simple e ingenua Ava antes de que fuera demasiado tarde. Luego pensó en todos los años de silencio que la habían llevado hasta allí: el silencio de Ava cuando le preguntaban por su padre; el silencio de Ilse cuando Ava le hacía esa misma pregunta. Pensó en el vacío dolor de su hogar de dos personas: la sensación de que, por muy plácida y

contenta que Ilse pareciera estar en él, siempre faltaba algo, algo que estaba escondido. Algo que estaba mal. Oyó de nuevo la voz tranquila y fría de su madre: «Hablaremos cuando estés lista. Cuando seas mayor».

«No —pensó Ava—. No. Hablaremos esta noche.»

Y abrió la carpeta.

Era más de medianoche, pero las luces brillaban en cada ventana de la pequeña casa: Ilse estaba esperando.

Haciendo tan poco ruido como pudo, Ava cerró la puerta del coche y se despidió de Ulrich con un displicente gesto de la mano. Luego se colgó el bolso del antebrazo y comenzó a caminar por la calle oscura. Detrás de ella, oyó que la ventanilla del Opel bajaba crujiendo.

—Ava —la llamó Ulrich a media voz.

Ella miró hacia atrás y lo vio inclinarse hacia fuera, con un codo sobre la puerta del conductor y la luz de la farola reflejada en sus gafas.

—Lo que te he dicho antes iba en serio —dijo—. Puede que haya sido tu padre, pero eso no significa que sea culpa tuya.

Era, de hecho, lo único que había dicho en el coche durante el tenso e interminable viaje de regreso a Bremen. Al volver a subir al asiento del pasajero, Ava se había sentido entumecida y hueca, como si la verdad que habían descubierto fuese una bomba que la hubiera atravesado, destruyendo todo lo que ella había conocido de sí misma.

—No quiero hablar de ello —contestó seca—. No quiero hablar de nada.

De modo que Ulrich había permanecido muy rígido al volante mientras Ava se acurrucaba contra la ventanilla, fumando y llorando en silencio.

Ava asintió con la cabeza, no para mostrar acuerdo sino para que supiera que lo había oído.

—Hasta mañana —añadió Ulrich.

Ella asintió de nuevo, aunque se dio cuenta de que por primera vez en su vida no quería verlo; o mejor dicho, no quería que él la viera tal

y como estaba ahora: avergonzada y destrozada, contaminada por el secreto tóxico que de repente ambos compartían.

Cuando llegó a la puerta de entrada, abrió su bolso para darse la habitual rociada y enmascarar el olor a tabaco antes de recordar que sus existencias de Guerlain L'Heure Bleue se habían evaporado hacía rato en la frontera de Alemania Oriental. Apartando el frasco vacío, buscó a tientas las llaves. El movimiento fue casi silencioso, otro hábito adquirido gracias a sus frecuentes escapadas nocturnas, pero antes de que las encontrara, la puerta se abrió casi con violencia.

Ava se encogió un poco y pestañeó.

Ilse estaba en el umbral de la puerta, su silueta por un instante sin rasgos distintivos y negra contra el brillante fogonazo de luz eléctrica. Cuando los ojos de Ava se adaptaron, vio que su madre aún llevaba ropa de oficina: la falda de lana gris y la chaqueta a juego que se ponía los días en que se reunía con el editor jefe de la revista, y los discretos zapatos de tacón medio. La única pista de que no acababa de llegar del trabajo era que sus guantes de cuero estaban bien doblados sobre el mueble del recibidor y su sombrero de fieltro colgado del perchero. Mientras Ava dejaba sus guantes y su bolso en el escritorio, sintió la mirada helada de Ilse taladrándole la espalda. Con movimientos pausados y cuidadosos, Ava comenzó a desabrocharse la chaqueta.

—¿Y bien?

Tras abrir el último botón, Ava bajó los hombros para que el abrigo se deslizara por las mangas y lo colgó antes de girarse para enfrentarse a su madre.

—Y bien ¿qué?

—Hoy me ha llamado el director de la escuela al trabajo. Quería asegurarse de que todo iba bien, dado que es la tercera vez en dos meses que te excuso para ir al médico.

Ava se permitió esbozar una sonrisa.

—Es agradable ver que se interesa.

La cara de Ilse pareció ponerse un tono más pálida.

—¿Cómo te atreves? —siseó—. Primero, falsificas mi firma; luego, apareces a estas horas, una noche entre semana, apestando a

cigarrillos, después de estar haciendo Dios sabe qué durante todo el día. ¿No tienes decencia? ¿Ninguna en absoluto?

«Decencia», pensó Ava. Pero no habló. Apretó con fuerza los labios, cogió su bolso y se dirigió a la cocina.

—¿Estabas con Ulrich otra vez? —Ilse iba pisándole los talones desbordada de rabia por la actitud de Ava—. Estabas con él, ¿verdad? —repitió—. Lo sabía. Le dije a ese hombre que pasaría esto. ¿Hasta dónde has llegado con él? Santo Dios. Por favor, dime que no estás embarazada.

Habían llegado a la cocina. Con el bolso bajo el brazo, Ava cogió un tazón del armario y se permitió echar un vistazo rápido y anhelante a la botellita de hierbas digestivas y a la más grande de jerez, las únicas bebidas alcohólicas que Ilse tenía en casa. Luego se volvió hacia el fregadero. Llenó el tazón con agua del grifo y lo llevó a la mesa de la cocina.

Dejó el bolso frente a ella, se dejó caer pesadamente en una de las sillas y cruzó los brazos sobre el pecho. Entonces, y solo entonces, levantó los ojos.

Ilse estaba de pie en la entrada, con sus ojos grises vidriosos bajo la cruda luz de la cocina. También ella había cruzado los brazos de un modo que Ava podía ver los músculos que le subían por los antebrazos debajo de la tela de la blusa.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Lo estás?

—¿Si estoy qué?

—Embarazada. ¿Estás embarazada?

Debajo de aquella ira audible, Ava percibió un nuevo matiz: no era solo incertidumbre, era miedo real. Comprenderlo la hizo temblar un poco, no por miedo, sino por una extraña y casi vertiginosa sensación de poder. Aparte de un instante aquel día que Ilse la sacó del orfanato, no recordaba ni una sola vez en la que su madre hubiese parecido tener miedo de algo. Eso fue suficiente para que tuviera ganas de decirlo. De decir: «Sí, estoy embarazada»; solo para convertir aquella pequeña semilla de inquietud en una flor de horror.

En lugar de eso, bebió un sorbo de agua.

—No. Lo único que hemos hecho ha sido ir en coche.

Ilse enarcó un poco sus pálidas cejas.

—¿Ir adónde? ¿En qué coche?

—En el coche del doctor Bergen. A Berlín.

—¿El doctor Bergen te ha acompañado a Berlín?

—El docto Bergen no. Ulrich. Ha conducido Ulrich.

—¿Ulrich? —El semblante de Ilse se tensó todavía más—. Pero si no tiene edad para conducir solo. No tiene carnet.

—Ahora sí.

Ava se encogió de hombros, mirando cómo la comprensión aparecía en el rostro cincelado de su madre, ensombrecido por la incredulidad.

—¿Y el doctor Bergen estaba al tanto de esta expedición? —preguntó con severidad.

Ava bajó la mirada a su tazón. El agua que contenía, ligeramente marrón por el óxido de las tuberías, temblaba sutil en respuesta a una vibración invisible. Le recordó la escena de *Godzilla: Rey de los monstruos* en la que el lagarto gigante se está acercando, aún sin ser visto.

—A ver si lo he entendido. —Cada una de las palabras de su madre estaba cargada de furia—. Has falsificado mi firma para faltar al instituto por tercera vez en los últimos dos meses. Has dejado que un chico al que se supone que no ves a solas y que, por ley, no puede conducir, te saque del país con documentos falsificados en el coche robado de su padre. Y habéis ido a Berlín y vuelto en un día. ¡A Berlín! —Soltó una risita de incredulidad—. Dios mío, Ava. ¡Te has convertido en una criminal! ¡Delante de mis propios ojos!

Ava levantó la cabeza de golpe.

—¿Yo soy la criminal? —Sintió de nuevo la mareante punzada de aprensión que la había acometido al anotar el nombre de la división de su padre en el Este. La impresión cuando lo buscó en la biblioteca de abajo—. Si lo soy —dijo con amargura—, es culpa tuya, ¿no crees? Eres tú quien me dio por padre a un criminal.

Ilse pestañeó.

—¿Qué?

—Mi padre —repitió Ava—. Sé lo que hizo. Hoy me he enterado. A eso he ido a Berlín.

Su madre se quedó mirándola fijamente.

—Tu padre era soldado —dijo por fin—. No sabes nada sobre él.

—Ahora sé más que suficiente.

—¿De qué demonios estás hablando?

Ava se puso el bolso en el regazo. Lo abrió, sacó el certificado de nacimiento y lo sostuvo en alto. Su madre lo cogió con cautela, sin apartar sus pálidos ojos del rostro de Ava hasta que lo tuvo en sus manos. Cuando esta levantó la vista, Ilse tenía la mandíbula apretada.

—¿De dónde has sacado esto?

Ava se permitió una breve sonrisa.

—Tú lo solicitaste para mí.

—Que yo... —Su madre suspiró cuando entendió lo que Ava estaba diciendo—. Dios mío —dijo—, ¿qué te ha pasado?

—¿Que qué me ha pasado? —respondió Ava. Le temblaba la voz, pero no le importaba—. Lo que me ha pasado es que nunca has querido hablarme de mi padre y he decidido investigar por mi cuenta.

Su madre negaba despacio con la cabeza.

—Te dije que hablaríamos en su debido momento. Todavía no es el momento. No estás preparada, no estás... —Dudó, se mordió el labio —. Fue complicado.

—No tiene nada de complicado el asesinato.

—¿Asesinato? —Los ojos de su madre se abrieron de par en par y luego se entrecerraron—. ¿Qué demonios estás diciendo? No fue un asesino.

—¿Cómo lo llamas entonces?

Ilse titubeó. Ava cruzó los brazos y aguardó. Casi podía ver la mente de su madre trabajando furiosa a través de las pálidas ventanas de sus ojos plateados, el cálculo mental detrás de la siguiente respuesta de Ilse. «¿Qué le he dicho? ¿Cuánto sabe? ¿Cuánto puedo permitirme no decir?»

Por fin, suspiró, cruzó el suelo de linóleo a cuadros azules y apartó la silla de enfrente de la de Ava.

—Debes entender —dijo sentándose lentamente— que las cosas eran... diferentes en aquellos tiempos. Entonces lo veíamos como simple periodismo; no pensábamos en ello como propaganda.

—¿Es eso lo que creías que hacía? —Incluso a sus propios oídos, la risa de Ava sonó estridente, un poco loca—. ¿Propaganda?

—A eso se dedicaba. —Ilse parecía ofendida—. Me consta. Trabajamos juntos. Por eso... —Como si temiera hablar más de la cuenta, se calló durante un segundo y negó con la cabeza—. Era periodista.

Ava empezó a reírse de nuevo, pero enseguida se detuvo al darse cuenta de que su madre estaba hablando en serio.

—¿De verdad no sabes lo que hizo en el Este? —preguntó Ava en voz baja—. ¿En Rusia?

—Lo único que sé es que trabajaba para un general. —Ilse apartó la mirada, ni siquiera parpadeó—. No recuerdo el nombre, alguien de muy arriba. Creo que Kai le llevaba la agenda, le escribía cartas, ese tipo de cosas. Cuando le pedí más detalles, me dijo que era información clasificada.

—Ya no lo es. —Con el corazón palpitando de nuevo, Ava metió la mano en el bolso y sacó su cuaderno de bocetos.

—¿Qué...? —comenzó a decir Ilse.

—Notas —interrumpió Ava—. De los archivos de notificaciones del ejército. Ahí es donde hemos estado hoy Ulrich y yo. ¿Te gustaría escucharlas?

Ilse estaba aturdida.

—Habéis ido...

Pero Ava ya estaba pasando sus bocetos hasta llegar a la página de caligrafía temblorosa en la que había anotado frases y fechas. Sin aguardar una respuesta, empezó a leer: «Antes de su muerte en 1944 a manos de sus captores soviéticos, el líder de escuadrón de las SS Hellewege era secretario personal y edecán del general Max von Schenkendorff, comandante de las operaciones en la retaguardia del frente oriental».

Ilse asintió débilmente.

—Eso es. Von Schenkendorff.

Ava pasó por alto el comentario.

—«Von Schenkendorff quizá sea más conocido por una infame conferencia de tres días sobre las contraoperaciones partisanas en la

ciudad rusa de Mogilev, celebrada en 1942. Los participantes en la conferencia fueron trasladados en autobús al cercano asentamiento de Knyazhichi para recibir instrucción práctica antipartisana. Sin embargo, al descubrir que la ciudad no albergaba partisanos, Hellewege examinó a la población existente y compiló una lista de los cincuenta y un judíos que vivían en la ciudad.»

Al pronunciar la palabra «judíos», Ava levantó la vista. Su madre tenía el semblante ceniciento, los puños apretados delante de ella sobre la mesa. Estaba muy quieta.

—«De estos —prosiguió Ava—, treinta y uno, entre hombres, mujeres y niños, fueron sumariamente...»

Ava cerró los ojos superada de nuevo por lo que estaba a punto de leer. Era la primera vez que iba a decirlo en voz alta.

—«Treinta y uno —repitió—, entre hombres, mujeres y niños, fueron sumariamente ejecutados en la plaza del pueblo.»

Cuando terminó de leer, se quedó mirando aquellas palabras que ella misma había garabateado con furia en lo que ahora se le antojaba otra vida. Notó que volvía: esa extraña sensación de ingravidez al flotar en un agua turbia y sucia, empujada por una corriente sobre la que ella no tenía control: «Él hizo esto —pensó—. El hombre de cuya semilla nací. El hombre cuya sangre corre por mis venas.» En su imaginación estaba viendo otra vez a Ulrich leer la página con la mandíbula apretada. Sus ojos castaños habían vacilado durante unos breves instantes, los más dolorosos, antes de levantarse para volver a encontrarse con los de Ava.

Cuando abrió los ojos, su madre no se había movido. Ni un solo músculo de su cara de huesos finos temblaba. Era imposible saber si estaba conmocionada, asustada o avergonzada. Era imposible saber si la había escuchado.

Ava cerró el cuaderno de bocetos con un chasquido que sonó como un disparo en el silencio acolchado por el linóleo.

—Ese era su trabajo clasificado —dijo—. Encontrar hombres, mujeres y niños inocentes para que sus fuerzas especiales los asesinaran. —Se rio con ganas—. Un auténtico héroe, mi padre.

Al principio, Ilse no contestó. Cuando por fin habló, parecía que no

se dirigiera a Ava, sino a sus propias manos fuertes. Las tenía tan apretadas que los nudillos se veían azulados.

—Me dijo que solo iba a escribir lo que le dictaran y a redactar más propaganda.

—Y esperas que me lo crea.

—Es la pura verdad. —Cuando Ilse levantó los ojos, su mirada era impertérrita—. Te lo juro. No tenía ni idea.

—¿Cómo es posible? —Ava dejó el cuaderno en la mesa con un ruido sordo—. Irías a verlo.

—Nunca. —Ilse negó con la cabeza—. Enseguida lo destinaron a Lodz, en octubre. Nunca lo volví a ver.

Ava la miró fijamente.

—Octubre —dijo—. ¿Fue en octubre?

—Octubre de 1939. —Ilse asintió—. Dos semanas después de la victoria polaca. Lo recuerdo muy bien.

—Pero yo nací el agosto siguiente —repuso Ava despacio—. Tuviste que verlo al menos una vez después de que se fuera y te enterarías de lo que estaba haciendo.

El rostro de Ilse estaba tan blanco y quieto que se parecía menos a ella que una escultura de mármol de sí misma.

—No hablaré más de esto —dijo. Miró de frente a su hija con los ojos del color de un río en invierno. Ava le sostuvo la mirada y entonces se dio cuenta de otra verdad repugnante: que, a pesar de todo lo que había sucedido a lo largo del día —el interminable viaje, el horrible archivo, la dura y oscura sombra que ahora se proyectaba entre Ava y su mejor amigo—, en lo que a su madre atañía, nada había cambiado ni lo más mínimo.

El darse cuenta de eso desató en su interior una onda expansiva de pura rabia. Quería saltar, gritar: «¡Dime! Solo dime que volviste allí, al frente. ¡Regresaste y le ayudaste a matar a gente inocente!». Pero de pronto sintió como si su garganta, boca y labios estuvieran cubiertos con el mismo polvo de yeso que los había llenado cuando la sacaron de entre los escombros de la casa de sus abuelos. Y al igual que aquel día, la golpeó el hecho de que todo había cambiado en aquel mundo, pero nada en ese. Que ningún cuaderno, ninguna imagen borrosa,

ningún certificado falsificado o auténtico sería lo bastante fuerte como para abrir el cofre de los secretos de Ilse. Que cuando se la enfrentaba a la prueba de sus mentiras y medias verdades, su madre se limitaba a seguir aferrada al mismo muro de hielo y silencio que había levantado el primer día de su triste reencuentro.

Ava se inclinó hacia delante y se tapó la cara con las manos, tratando de recobrar el aliento. Se sentía aterrorizada, abandonada y espantosamente sola. Sin embargo, cuando oyó a Ilse levantarse, una parte infantil de su ser también se levantó de golpe, llena de esperanza: «Va a cogerme la mano y me dirá que lo siente. Por fin va a contármelo todo».

Pero cuando levantó la vista, vio que Ilse no estaba rodeando la mesa para acercarse a ella. Ni siquiera la estaba mirando. En vez de eso, se dirigía lentamente hacia la puerta de la cocina.

Con la mano en el pomo, Ilse se volvió para mirarla.

—Es tarde —dijo—. Me voy a la cama y te sugiero que hagas lo mismo. Mañana vas a ir a la escuela aunque tenga que acompañarte en persona. Y te quedarás allí. ¿Entendido?

Ava se humedeció los labios. «No —pensó—. No he entendido nada en absoluto.»

Pero con una voz que le sonó pastosa, grave y extraña dijo:

—Perfectamente.

—Bien —dijo Ilse—. Apaga la luz cuando te vayas a dormir.

Y, dicho esto, se marchó.

9

Renate

1937

Ilse camina deprisa, con los ojos fijos en el tren y la maleta colgándole de la mano como un péndulo. Está lloviendo. Medio paso detrás de ella, Renate mitad salta y mitad trota, esforzándose como siempre para seguirle el ritmo.

—¿A qué hora sale? —pregunta falta de aliento.

—A las catorce horas en punto —responde su amiga—. Pero quiero asegurarme de que tengamos asientos contiguos.

—Espera un momento, ¿quieres decir que voy contigo?

A Renate le da un vuelco el corazón: pensaba que solo había ido a despedir a Ilse. No llevaba consigo nada de lo que necesitaría para una misión de ocho meses en la frontera oriental. De hecho, ni siquiera había solicitado un puesto; solo admiten a miembros de la BDM.

Ilse pone los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí, tonta. No creerías que iba a dejarte aquí, ¿verdad?

—Pero no llevo equipaje.

—¿Y qué? —Ilse se encoge de hombros—. Compartiremos el mío.

—Y tampoco billete.

—Tengo uno para ti, boba.

Sonriendo, Ilse levanta la mano derecha para mostrárselo. El billete es blanco con unas artificiosas letras góticas en relieve que brillan tanto como el anillo de la amistad en el dedo de su mejor amiga. Al verlo, a Renate la invade una repentina sensación de ligereza líquida. «No lo ha dicho en serio —piensa con júbilo—. No ha querido decir nada de eso.» Le dan ganas de abrazarla, de llorar y reír aliviada.

Pero Ilse ya ha reemprendido la marcha.

—Date prisa —dice por encima del hombro mientras el tren suelta un silbido largo y agudo—. No nos esperarán. Mira, ya han empezado a cerrar la puerta.

—Sí, ya voy.

Renate intenta correr para alcanzarla, pero algo les pasa a sus zapatos; las suelas resbalan y raspan el asfalto mojado como si buscaran tracción en el hielo. Es como Alicia corriendo con la Reina Roja en el País de las Maravillas: por muy rápido que mueve las piernas, permanece en el mismo lugar.

Entretanto, Ilse ya ha llegado al tren.

—Tienes que darte prisa —grita volviéndose de escorzo—. ¡Corre! ¿Me oyes, Reni? ¡Corre!

«Sí —trata de gritar Renate—. Ya lo hago. Espera.» Pero cuando separa los labios para hablar no le sale más que un seco graznido. Desamparada, extiende los brazos mientras Ilse golpea la puerta cerrada del carruaje (bum, bum, bum) y sigue gritando su nombre:

—Reni. ¡Reni!

Bum.

—¿Reni? ¿Te has levantado?

Renate abre los ojos, su corazón asustado late con fuerza por el espantoso sueño. La luz de la mesita de noche sigue encendida y el libro que estaba leyendo cuando se quedó dormida pasadas las dos de la madrugada (*Vinieron las lluvias*, uno de inundaciones y amor en la India colonial) está medio abierto junto a la almohada. Se incorpora despacio en la cama. La puerta de la habitación retumba y vibra y oye la voz de su hermano por encima de los porrazos:

—¡Oye, babosa! ¿Estás siquiera despierta?

—Estoy despierta —murmura Renate buscando su vaso de agua en la mesita.

—Lisbet dice que tienes media hora para llegar a tiempo para la excursión de la escuela.

El agua sabe a polvo. Renate se la bebe de todos modos poniendo los ojos en blanco. Encuentra que el nuevo hábito de Franz de dirigirse a sus padres por su nombre de pila es tan pretencioso como profundamente molesto.

—Estoy levantada —miente, y tira el libro al suelo para simular el efecto de sus pies al aterrizar en el suelo.

La puerta emite un último repiqueteo agraviado antes de que Renate oiga los pasos pesados y desiguales de su hermano al bajar las escaleras.

—Dice que está levantada —le oye gritar en un tono que pretende sonar dudoso.

Renate estira el brazo para apagar la lámpara y luego se desliza de la cama arrugada hasta ponerse de pie. Se dirige a la ventana y contempla la avenida aletargada, desierta salvo por un autobús de dos pisos semivacío y el camión de la leche tirado por caballos y colmado de lecheras de aluminio traqueteando. Su ritmo cardíaco se ha ralentizado, pero siente un frío vacío en sus entrañas tras el cruel engaño del sueño: la falsa ilusión de esa ansiada reconciliación. La desnuda verdad de su cada vez más clara imposibilidad. «Sueño de ansiedad de manual», lo llamaría su madre (y ella lo sabe bien, pues ha escrito dos manuales sobre sueños). Pero ¿por qué ahora? Renate no ha soñado con Ilse —quien de hecho está fuera, destinada al servicio topográfico durante un año— desde hace más de un mes. Y, desde luego, Ilse no le ha escrito ni siquiera una postal, mucho menos el tipo de carta larga y rebosante de noticias que solía escribirle cuando se iba de vacaciones. Por otra parte, no hace tanto, el último verano, que su antigua amiga aparecía en los sueños de Renate casi todas las noches. La mera posibilidad de que esa obsesión nocturna esté a punto de reaparecer es suficiente para provocarle un amago de escalofrío.

Renate aparta tales pensamientos y decide centrar su atención en temas más placenteros; por una vez, hay algo agradable en lo que pensar. A las ocho y media de la mañana, su clase partirá hacia la estación de Berlin-Charlottenburg y viajará en metro hasta la Isla de los Museos. Allí visitarán la colección de antigüedades nórdicas del Neues, haciendo bocetos y anotando ideas. A Renate siempre le han gustado las salidas a los museos, la maravilla de la artesanía que ha perdurado siglos. La forma en que el tiempo puede ser una presencia fantasmal en sí misma. Ese año, sin embargo, ha estado contando uno

a uno los días que faltaban para la excursión. No se ve capaz de soportar una jornada más de rutina normal.

Hace meses que las cosas van mal en el instituto Bismarck, pero empeoraron drásticamente a finales de diciembre, cuando Karolin Beidryzcki —la última judía que quedaba en la escuela— fue expulsada de manera inmediata y definitiva. Como todas las expulsiones de judíos, sucedió a una velocidad despiadada: su vieja amiga estaba estudiando un examen de trigonometría y, acto seguido, estaba amontonando el contenido de su escritorio en una caja de cartón maltrecha, con los ojos húmedos detrás de las gafas perpetuamente rotas.

Al recordarlo, Renate tiene claro que no debería haberse sorprendido. Karolin era la última judía de su clase, las demás se habían ido a escuelas judías o a otros países más acogedores para los judíos. Se rumoreaba que la única razón por la que Karolin había conservado su plaza durante tanto tiempo era porque su padre pagaba al director por tal privilegio. A decir verdad, Renate no entendía por qué Karolin quería quedarse: su vida allí se había convertido en un tormento cotidiano. Los maestros de Karolin no solo insistían en ponerle malas notas y suspensos, sino que le daban empujones, se burlaban de ella e incluso le escupían en los pasillos; la habían excluido de las excursiones, clubes y películas, y la obligaban a ponerse el uniforme de gimnasia separada de las otras niñas. Ella misma le había dicho a Renate que si soportaba todo aquello era porque sabía que pronto seguiría a su hermano Martin a Estados Unidos, que solo estaba esperando a que le concedieran el visado. Pero, al parecer, el director Heintz decidió que debía aguardar en otro lugar. O bien el señor Beidryzcki se había quedado sin fondos.

Por su parte, Renate ha logrado sobrevivir en la escuela como una *Mischling* siendo escrupulosamente reservada. Corresponde a los saludos cuando los recibe, pero nunca toma la iniciativa. Todos los demás intercambios verbales son breves y puramente funcionales.

Aunque más que nada, lee.

Ha descubierto que leer le proporciona una excusa perfecta para evitar el contacto visual, y eso es muy útil para evitar el tipo de

encuentros desagradables que el año anterior la dejaban a veces hecha un mar de lágrimas. Como el odioso billete de ida a Palestina de Sophia Sitz. O la vez en que, unos meses después, Trude Baumgarten le hizo señas en la biblioteca para luego preguntarle si era verdad que su padre mataba a bebés «blancos» y se bebía su sangre. O cuando un amigo de Rudi llamó a su madre «puta amante de judíos» delante del propio Rudi, que no solo no dijo nada, sino que se rio. Renate ha aprendido que la lectura también le proporciona una excusa para no responder en tales casos; siempre puede fingir que no ha oído nada.

Así pues, durante el último año se ha esforzado en llegar a su pupitre lo bastante temprano como para estar leyendo (o fingiéndolo) cuando llegan las demás estudiantes. También lee en el patio de la escuela, en los rincones oscuros de la biblioteca y en el retrete cuando va al baño. Algunos días lee incluso en el trayecto de ida y vuelta a la escuela, caminando despacio y con mucho cuidado.

Lee cualquier cosa y de todo, salvo los libros que han sido prohibidos. En las últimas semanas, se ha encontrado leyendo dos o incluso tres a la vez, como si una sola historia de ficción ya no bastara para distraerla de la inquietante narrativa de su propia vida. Antes de *Vinieron las lluvias* releyó todos los libros de Pearl Buck disponibles en la biblioteca de Charlottenburg, seguidos de *Daphne Adeane*, de Baring, al mismo tiempo que leía *Enrique VIII*, de Shakespeare. Leyó *El viento en los sauces* por tercera vez y luego lo leyó de nuevo, entre lecturas de Rilke, Heine y Tennyson. También leyó *Winnie the Pooh* dos veces; la primera, para sí misma, y la segunda, en voz alta para su padre, que a todas luces necesitaba reírse un poco. Además de *A través del espejo*, ha leído la nueva traducción de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* y aceptó el reto de Franz de memorizar en inglés «La caza del Snark», el disparatado poema de Carroll inspirado en «Jabberwock», también suyo. Al principio solo lo hizo para demostrar que podía, pero llegó a encontrar relajante el absurdo poema y ahora a menudo lo recita para sí misma cuando se siente aburrida o molesta, cosa que, a pesar de todo lo que lee, es cada vez más frecuente.

Durante un breve período, se había atrevido a confiar en que, tras la expulsión de Karolin, podría bajar la guardia; que, despojado de su

propósito final, el vil foco antijudío que había brillado con tanta intensidad sobre su amiga se oscurecería un poco, o quizá mucho; a lo mejor se apagaba por completo. En cambio, su detestable luz pasó a dirigirse a los restantes alumnos medio judíos de la escuela, los nuevos objetivos de sus burlas y sus chivos expiatorios. En lo que va de mes, a Renate le han tirado al suelo cuatro veces los libros que llevaba en sus brazos o que estaban encima de su pupitre, le han metido en la mochila y en el bolsillo del abrigo notas llamándola judía sucia y abominación mestiza. El instructor de Higiene Racial hace que ella y los otros *Mischlinge* limpien sus asientos después de su clase, «para minimizar el alcance del contagio judío»; el lunes pasado, incluso llamó a Renate a la pizarra para medirle la cara con un calibre, invitando alegremente a la clase a decir «judía» o «alemana» mientras repasaba sus rasgos.

—La nariz —señaló— cabe decir que es aria en tamaño, aunque el ángulo agudo sugiere cierta influencia hebrea. Por otro lado, ¡mirad! Estos labios son plenamente judíos.

Mientras sus compañeras de clase se reían y garabateaban, Renate había necesitado toda su fuerza de voluntad (y seis versos del Snark) para permanecer más o menos impasible. Pero cuando el instructor pidió a sus compañeras que levantaran la mano para decidir cuál era su mitad «dominante» y «judía» ganó por goleada, apenas le dio tiempo a excusarse y correr al lavabo antes de romper a llorar una vez más.

«Pero hoy será diferente», piensa mientras busca un par de calcetines limpios. Por un lado, hay reglas estrictas con respecto a la conducta en las excursiones: no está permitido susurrar, reír ni cualquier otro tipo de comportamiento «irrespetuoso», lo que despoja a sus compañeros de su principal arma. Además, el único libro que tendrá que llevar es su pequeño cuaderno de bocetos de tapas azules. Después de haber estado cargando con dos novelas, además de todos los libros de texto habituales, la perspectiva le resulta enormemente liberadora. Incluso se sorprende tarareando mientras sigue su rutina matutina: lavarse la cara y las axilas, trenzar el cabello recién cepillado. Desayuna con apetito, terminando su huevo escalfado y

rebañando la yema sobrante con la tostada. Después de besar a su padre en la mejilla, abraza a su madre junto al fregadero y le desea que pase un día agradable.

—No es probable —replica Lisbet Bauer secamente.

Todavía tiene prohibido ir a la clínica por seguir casada con su marido, pero está haciendo de voluntaria en el hospital judío de Spandau, que se ha visto inundado por crisis mentales e intentos de suicidio.

Pero ni siquiera esta sombría respuesta consigue enfriar el ánimo de Renate. Al salir a Unter den Linden, por una vez sin libros, bajo el sol blanco limón, la calle le parece pormenorizada y encantadora de un modo casi surrealista. Y cuando la primera mariposa de la temporada revolotea con sus alas doradas ante sus ojos, borra el último rastro de la tristeza de plomo que le queda del sueño. Cuando llega a clase, sin embargo, percibe casi en el acto que algo va mal. Para empezar, a pesar de que llega incluso antes de lo habitual (según el delicado reloj de pulsera que su abuela le regaló el año pasado por su decimosexto cumpleaños, son las ocho menos diez), el resto de la clase ya está allí. Los abrigos fuera, las bolsas abajo, las manos expectantes en los pupitres. Es una visión lo suficientemente inquietante para que por un momento se pregunte si apuntó mal la hora de salida.

Además, aunque no es un día de reunión de la BDM, todas las niñas del aula llevan uniforme. Para llegar hasta su pupitre, tiene que navegar entre filas de faldas de sarga azul y camisas blancas almidonadas, nadar en un ondulante mar de boinas negras inclinadas con desenfado.

Mientras deja su cartera en el suelo, el profesor de la clase, el señor Bachmann, despliega su figura patilarga detrás de su escritorio.

—Ah, señorita Bauer —dice—. Acérquese un momento si no le importa.

Su tono de voz es normal, pero en el repentino silencio reinante suena como si le hubiera gritado desde la otra punta de la habitación.

Con las palmas de las manos sudorosas, Renate baja los hombros para quitarse el abrigo y se dirige hacia la tarima, consciente de los veintidós pares de ojos que observan con atención cada paso vacilante.

Cuando llega a la pizarra, el señor Bachmann carraspea incómodo y se pasa una mano de araña por el cabello pelirrojo. Tiene los ojos marrones y una cara que a Renate siempre le ha recordado una nutria.

—Buenas noticias —anuncia—. ¡Tiene el día libre!

—¿Libre?

Tras ella, un susurro sibilante: «¡judía!» ¿Son imaginaciones?

—Sí. Hoy.

—¿Libre de qué?

¡Ahí está otra vez: «judíía»!

El señor Bachmann se ríe, emitiendo un sonido triste y forzado.

—De todo. De la escuela, de los deberes... —Carraspea otra vez—. Y, por supuesto, de la excursión de hoy al Neues.

La mención del museo alcanza sus entrañas como una bala de plomo.

—Pero ¿por qué?

Detrás, alguien reprime a medias un resoplido, una especie de estornudo con la boca tapada. Como una piedra que cae en un estanque, libera una ondulación más amplia de risitas. Renate nota que las orejas se le ponen rojas.

—Estoy autorizada a ir —dice ella irguiéndose—. Por el museo, quiero decir. Solo los completamente judíos no tienen permitida la entrada. —Trata de decirlo de la manera más asertiva y tranquila posible, tal como hizo su madre cuando su agente local de la Gestapo vino el mes pasado para volver a «hablar» de su matrimonio con *Vati*. «Nos casamos en 1916», le había informado Lisbet Bauer con rotundidad. «Las leyes raciales no son aplicables en nuestro caso.»

Pero el señor Bachmann se limita a negar con la cabeza.

—En realidad no tiene que ver con el museo. —Se frota las delgadas manos—. Me temo que ha habido una... una petición.

—Una petición —repite Renate de forma mecánica.

—Sí. —El profesor asiente—. Para que esta salida en concreto sea exclusivamente alemana.

—¿Quién...?

Pero él la interrumpe enseguida.

—Ha habido más de una, de hecho. En realidad —baja un poco la

voz, casi suplicando—, ha sido unánime. Y dado que estamos explorando las raíces nórdicas de Alemania y que usted no es ni alemana ni nórdica, el director ha decidido aceptarla.

Por un momento, Renate está de nuevo en el sueño: corriendo sin aliento, pero sin poder moverse. Una estrofa del Snark flota como una pompa de jabón en su cabeza:

«¡Actúa como un hombre!»,
gritó el capitán airado
al oír que el carnicero estallaba en sollozos.
«¡Si nos encontramos con un jubjub*, ese pájaro tan terrible,*
necesitaremos todas nuestras fuerzas!»

Cuando aprendía el poema de memoria, la palabra «*jubjub*» bastaba para hacerla reír. Ahora, sin embargo, le resulta distante y ajena. Cierra los ojos y se ordena a sí misma no llorar. Cuando los abre de nuevo, el señor Bachmann la está mirando con lo que parece sincera preocupación.

—De hecho —dice—, de esta manera tendrá más tiempo para escribir su ensayo sobre cómo el marxismo condujo a la derrota de Alemania en la Gran Guerra y dio forma al Tratado de Versalles. —Le guiña el ojo—. No hay mal que por bien no venga.

En tiempos más felices había sido uno de sus maestros favoritos. En un momento dado, cuando ella le había dicho que quería escribir sobre países extranjeros igual que Pearl Buck, incluso le había prestado libros de historia sobre la antigua China y Egipto. El año pasado, sin embargo, ni siquiera firmó su libro de autógrafos al final del curso. «Podría meternos en problemas a los dos», dijo con tristeza.

—¿Está bien? —El señor Bachmann sigue mirándola con esa media sonrisa incómoda—. La veo pálida.

Le está lanzando un salvavidas. Renate lo agarra a ciegas.

—Sí —susurra—. Quiero decir, no. De pronto, me encuentro mal. Quizá debería irme a casa.

Con las mejillas ardiendo, se da la vuelta y comienza lo que se le antoja el paseo más largo de su vida, pasando ante Sophia Sitz y Trude Baumgarten y todas las demás chicas uniformadas que la miran con

indisimulado triunfo.

El viaje a casa se le hace casi igual de interminable. Sin un libro que leer, se siente indefensa, temblando vulnerable ante las miradas de los extraños que seguro que se preguntan por qué una colegiala está en las calles a las nueve y media. Demasiado ansiosa como para tomar el tranvía, camina rápido, con la mirada fija en el suelo, ignorando los árboles que ya están echando brotes en Unter den Linden y en la Potsdamer Platz y el brillante escaparate de la pastelería Schloss, con el símbolo oficial de la estrella de David curiosamente yuxtapuesto al *Osterkuchen* con forma de cordero y al pan de Pascua. Se detiene ante el escaparate, pero no mira los dulces sino el familiar símbolo de seis puntas y recuerda el remoto día en que ella e Ilse habían colgado las estrellas en el techo de su habitación. O mejor dicho, que Ilse había colgado para Renate, pues ambas sabían que, casi con toda seguridad, Renate se caería si trataba de subirse a la silla que habían puesto en precario equilibrio sobre su escritorio en el centro de la habitación.

«¿Sabías —recuerda que Ilse le había dicho con cinta adhesiva en una mano y papel recortado en la otra— que muchas de las estrellas que vemos por la noche ya están muertas?»

«¿Y eso? —había preguntado Renate—. Si están muertas, ¿cómo podemos seguir viéndolas?»

«Tiene que ver con el tiempo que tarda la luz en llegar aquí. Mueren, pero la luz que emiten tarda tanto tiempo en alcanzar la Tierra que cuando nos llega ya han muerto.»

Entrecerrando los ojos ante el techo, Ilse había pegado una estrella de papel sobre su cabeza y luego había mirado a Renate, que sostenía el mapa de constelaciones, para que diera su aprobación. Renate había asentido.

«Pues si están muertas —había dicho Renate—, lo que estamos viendo ¿es como un fantasma? ¿El fantasma de una estrella?»

«Sí —había respondido Ilse—. Una hermosa y brillante estrella fantasma.»

Observando la vergonzosa estrella de seis puntas del señor Schloss,

Renate se da cuenta de que él, de que todos ellos no son diferentes de las estrellas muertas de las que había hablado Ilse. Todos siguen con sus vidas, leen, cocinan y abrigan esperanzas, dando la impresión de que siguen siendo seres humanos vivos y comprometidos. La verdad, sin embargo, es que solo están emitiendo una luz fantasmal al espacio, ocultando el hecho de su propia desaparición.

La idea la golpea con una fría desolación que siente como el roce de la mismísima muerte. Renate se aleja del escaparate a toda prisa, pasa corriendo ante la sinagoga de la Fasanenstraße y contiene las lágrimas hasta que por fin llega a su edificio y, aliviada, sube a toda velocidad los escalones de la entrada.

Una vez dentro, se quita las botas, deja la mochila junto a ellas y se detiene un momento para hacer una pregunta en voz baja:

—¿Hola?

Como era de esperar, no hay respuesta: a las diez de la mañana, el único Bauer en casa es Sigi, que la saluda con un soñoliento movimiento de cola desde debajo de la mesa del comedor. Cruza el vestíbulo y se para un instante al pie de la escalera para volver a escuchar, a fin de estar segura.

Hasta la semana pasada al menos, su padre habría estado en casa haciendo lo que fuera que hiciese encerrado en su despacho todo el día. Ahora, sin embargo, trabaja en la comunidad judía de la Kantstraße, ayudando a quienes quieren emigrar a desentrañar el desconcertante proceso de abandonar el país: rellenar las solicitudes de emigración y de visado, calcular los impuestos de partida y las tasas bancarias, detallar en cientos de páginas el valor de las pertenencias del hogar hasta el último botón de repuesto de un pantalón. Dice que la tarea es «desmoralizante», pero Lisbet Bauer insiste en que lo haga. Le ha confiado a Renate que sin un horario estructurado y una interacción diaria con otras personas, teme que su esposo caiga en una depresión total.

Todavía reprimiendo el llanto mientras medio patina medio camina en calcetines, Renate entra en la sala de estar inundada de sol. Allí hurga en un cubículo del antiguo secreter de roble hasta que encuentra el paquete de Mona que robó del bolso de su madre la

semana pasada. Arrastra la silla del escritorio hasta la pared, coloca el cenicero en el alféizar, abre la ventana y tira hábilmente de uno de los cigarrillos con los labios, un truco que aprendió viendo Marlene Dietrich en *El expreso de Shanghai* hace dos años. Fumar es un nuevo hábito, adquirido más por aburrimiento que por cualquier otra razón. Al principio, le pareció repugnante, pero desde entonces ha llegado a apreciar el efecto calmante de la nicotina; por no mencionar la tan necesaria sensación de glamour y sofisticación que parece añadir a su sombría existencia. Sus padres, lo sabe de sobra, no apreciarían esas cosas por culpa de ese doble rasero que permite que Franz pueda fumar desde los dieciséis años. Pero como ninguno de ellos estará en casa al menos durante unas horas, a Renate le trae sin cuidado lo que puedan pensar.

«No hay mal que por bien no venga», piensa, echando la cabeza hacia atrás y exhalando un gemido grave y neblinoso.

Mirando el techo artesonado, intenta superar la desesperación para asimilar lo que acaba de ocurrir y lo que significa. Sin duda, es una mala señal que ahora la vean tan repugnante como para no dejarla salir de excursión con el resto de la clase. Pero ¿por qué? ¿Qué ha cambiado? Ella no es más o menos judía ahora que cuando su ascendencia salió a relucir por primera vez. ¿O tal vez Franz tenga razón y la sangre judía con la que todo el mundo está obsesionado no permanezca constante, sino que se extienda, como tinta negra en sus venas, hasta llegar a mancharla por completo?

A modo de experimento, Renate apoya un pulgar en la muñeca para buscarse el pulso, como si pudiera detectar la respuesta en su ritmo sanguíneo. Por supuesto, lo siente igual que siempre lo ha sentido, bombeando alegremente sus células en sus interminables circuitos anatómicos.

Tal vez, reflexiona, en el fondo lo mejor sería ir a una escuela judía, como Karolin. Ha oído cosas contradictorias sobre ellas: que están superpobladas, pero que, en el aspecto emocional, son mucho más libres y abiertas. Que los profesores están sobrecargados de trabajo y agotados y que, como por ley los profesores judíos solo pueden tener cinco estudiantes, en su mayoría son arios, pero no intencionadamente

abusivos como en las escuelas alemanas, donde deben esforzarse por demostrar su lealtad al Reich. Que el cuerpo estudiantil cambia a diario a medida que los estudiantes abandonan el país y sus plazas las ocupan otros liberados de sus antiguas escuelas, por la fuerza o por elección propia. Que no hay banderas con la esvástica, ni promesas diarias de servir al Führer, ni pálidos retratos de Hitler que te fulminan con asco. «Ahora es mucho más fácil escribir —le dijo Karolin cuando Renate se la encontró en la calle unas semanas atrás—. No puedo describirlo. Es como si, en cierto modo, los bolígrafos fueran más ligeros. O mágicos.»

Obviamente, todavía no había encontrado a nadie que le arreglara las gafas (cosa casi imposible, dado que los oftalmólogos judíos han sido despojados de sus licencias y los arios están prohibidos a los judíos). Pero, a pesar de eso, a pesar de todo, parecía casi feliz. Y esto, a su vez, había provocado una inesperada oleada de celos por parte de Renate.

Ahora Renate se pregunta si valdría la pena. ¿O es mejor que se aferre a su plaza en el Bismarck, por horrible que sea, con la esperanza de terminar su *Abitur* allí y tener una oportunidad en la universidad? Eso suponiendo que las universidades todavía admitan a *Mischlinge* llegado el momento. Renate suspira y cierra los ojos. Es como tratar de trazar un rumbo sin una brújula ni un mapa y en medio de olas que amenazan la vida en un océano tóxico.

Desalentada, coge el periódico que Franz ha dejado en el escritorio y hojea sus páginas baratas y de tonos grises. Es el *Der Mischling Berliner*, el quincenal mestizo que empezó a traer a casa el mes pasado quién sabe de dónde. Todavía fumando, Renate lee por encima una historia sobre unos medio judíos alistados en el ejército de Hitler y una columna de consejos sobre la correcta lectura de las leyes raciales de Nuremberg antes de pasar a los anuncios clasificados de la contraportada. A Franz le gusta leerlos en voz alta con una voz nasal de locutor de noticias: «Alto y amable, 2.º grado, 32 años, busca joven dama afín interesada en casarse. Rubia y de ojos azules preferiblemente, pero no esencial». «Agradable regordeta, 1.er grado, 35 años, pero joven de corazón, busca a un caballero de 1.er grado, de

entre treinta y cincuenta años para compañía y posible compromiso.» A Renate le cuesta mantener la vista en la página. La cabeza le palpita y sigue viendo el rostro atento del señor Bachmann; sigue oyendo su voz, baja y tensa por la incomodidad: «Casi unánime. Ni alemana ni nórdica». Y, de fondo, ese río que siempre fluye, susurrando con malicia: «Judía. Medio judía. *Mischling*. Judía...».

Tira el periódico al suelo y equilibra su cigarrillo en el borde del cenicero. Necesita un mejor material de lectura, decide; en concreto, la difícil situación de lady Edwina Esketh y su amor prohibido por un médico brahmán en el Ranchipur colonial. Se levanta y sube la escalera en calcetines para ir a buscar *Vinieron las lluvias*, que está en su cama aún sin hacer.

Hace una pausa en el descansillo. Por segunda vez ese día, tiene el presentimiento de que algo va mal. Le lleva un segundo darse cuenta de que es la puerta de la habitación de sus padres. Por lo general, su madre deja las puertas abiertas durante el día («las puertas cerradas llevan a mentes cerradas», explica). En ese momento, sin embargo, está cerrada. Perpleja, Renate agarra el pomo de la puerta y se paraliza al oír voces dentro. Una de ellas es la de su madre; la otra es, sin embargo, desconocida: grave y profunda. Irreconocible.

Y claramente masculina.

Casi sin respirar, se acerca más.

—No tengo nada más —dice su madre. Su voz es tensa y alta; parece estar al borde del llanto.

—Vaya, pues entonces me temo que el caso se cerrará.

—Pero no puede hacer eso. Si lo cierra, mi marido...

—¿Su marido? —El hombre se ríe un poco—. Permítame recordarle, señora Bauer, que su marido es la razón por la que se encuentra en esta situación. Si se limitara a acatar nuestra petición, todo esto podría desaparecer. —Una pausa—. Hasta yo desaparecería. Me atrevería a decir que incluso me echaría de menos.

A esta última afirmación, hecha en tono burlón, la sigue otra pausa, esta vez más larga. Luego, la voz de su madre de nuevo, apenas audible:

—No puedo hacerlo.

—Entonces no tenemos nada más que discutir hoy.

Oye el crujido de los muelles de la cama; el estómago de Renate se encoge, duro como una piedra. Un andar pesado avanza hacia la puerta. Temblando, Renate da un paso atrás al mismo tiempo que su madre vuelve a hablar:

—Espere. Espere. Tal vez...

—¿Sí? —Y un momento después—: Hoy no. No estoy de humor para las sobras de un judío.

Renate comprende el comentario en el mismo momento en que su madre grita con furia:

—¡Cerdo!

El sonido de un forcejeo, piel contra piel. Entonces, el pomo gira bruscamente. Renate salta hacia atrás, tropieza y casi se cae encima de Sigi, que se ha situado detrás de ella sin que se diera cuenta. Ambos aúllan cuando la puerta se abre, revelando la figura desaliñada y despeinada de su madre.

—¿Reni? —El pecho de Elisabeth Bauer jadea bajo la chaqueta de punto llena de bolas. Su cuello y su escote están enrojecidos en un tono rosáceo—. ¿Qué haces en casa? Pensaba que hoy ibas al Neues con la clase.

Renate abre la boca para responder, pero no le sale nada. Tiene la boca tan seca como una taza de arena.

—¿Quién está ahí? —dice por fin, pero su madre solo niega con la cabeza.

—Lleva al perro abajo —ordena con firmeza.

—Pero...

—Ahora mismo, Renate.

Renate la mira fijamente. «Las sobras de un judío.»

Por un momento, cree que va a vomitar.

—¿Quién está...? —repite, pero antes de que pueda terminar, su madre le ha cerrado la puerta en las narices. Allí de pie, temblando, oye al hombre reír y a su madre murmurar algo en voz baja. Entonces, la puerta se abre y su madre aparece de nuevo.

—Llévalo abajo.

Sintiéndose extrañamente ajena, Renate obliga a sus miembros a

entrar en acción y tira del perro, que mantiene las patas rígidas, hacia la escalera. Lo coge en brazos al ver que se niega. Se traga el sabor a bilis que tiene en la lengua. Mientras desciende lentamente, con la mascota en brazos, las palabras aún dan vueltas a su mente, mezclándose sin explicación con las del Snark:

Había uno que era famoso por la cantidad de cosas
que se había olvidado al subir al barco (las sobras de un judío):
su paraguas, su reloj, todas sus joyas y anillos (las sobras de un judío)
y la ropa que había comprado para el viaje.

Tras lo que se le antoja un eón, llega al vestíbulo. Tambaleándose un poco, lleva a Sigi a través del comedor, empuja la puerta batiente de la cocina para dejarlo allí y luego se apoya en la mesa.

Arriba, la puerta se abre una vez más. Siente el ruido de las pisadas del hombre, lentas y deliberadas, en la escalera. Agarrándose el estómago, Renate se acerca de puntillas a la puerta del comedor y se sitúa detrás del marco a la distancia justa para tener el hueco de la escalera a la vista.

Cuando el hombre aparece, Renate da un grito ahogado.

Es bajo, moreno y fornido, de piel cetrina y flácida, con unas gruesas cejas que casi se juntan en el medio. Está abotonando su gabardina y lleva un sombrero de fieltro bajo el brazo; al verlo, el corazón le palpita en la garganta: es el uniforme informal de la Gestapo; a su manera, mucho más siniestro que la flagrante insignia de la calavera y los huesos de las SS armadas.

Al llegar al pie de la escalera, el hombre gira la cabeza en su dirección y Renate contiene la respiración. Solo está mirando la hora en el reloj del abuelo que está contra la pared del comedor.

—¿Cuánto tiempo, entonces? —pregunta su madre que lo sigue en zapatillas. Tiene los ojos hinchados y rojos y una marca rosa brillante en su mejilla izquierda.

—Tal vez una semana o dos —responde él.

—¿Solo? —Su madre se detiene y se lleva la mano a la garganta—. Pero el anillo, el anillo debe de valer como mínimo otro mes, ¿no?

Muy lentamente, el agente de la Gestapo se da la vuelta para

mirarla.

—Señora Bauer —dice con frialdad—. Como ya le he explicado en más de una ocasión, el valor de su donativo no es algo que determine yo solo. Se evaluará en el lugar correspondiente. Una vez que tenga esa evaluación, podré calcular mejor su valor en lo que atañe a su caso.

La madre de Renate suelta una risotada tan aguda e incontenible que a Renate le da un escalofrío.

—Habla como si esto fuera algo más que pura extorsión —dice ella con voz quebradiza.

—Por supuesto —replica el agente en un tono de repente más grave y amenazador—, puedo devolvérselo y recomendar que la oficina cierre hoy mismo la investigación.

Ambos se miran de hito en hito y, aunque ninguno de los dos emite sonido alguno, ni siquiera respiran, o eso le parece a Renate, la habitación se llena de una tensión tan vibrante que siente unas ganas locas de chillar solo para romperla.

Su madre asiente con un ademán apenas perceptible.

—Quédeselo.

—Chica lista. —El agente muestra una sonrisa manchada de nicotina—. Aunque se casara con un judío.

Y, para asombro de Renate, el hombre levanta una mano y la pone en la mejilla de su madre, justo en el lugar que está inflamado y enrojecido. No es un gesto de afecto, es una declaración de propiedad. Y lo que es más sorprendente, Lisbet Bauer, la franca e irrefrenable doctora Bauer, no hace nada en absoluto para disuadirlo; se queda allí, erguida y paralizada, sus oscuros ojos parpadeando de furia mientras el Becker emite un tictac atronador en el silencio.

—Ha sido un placer, como siempre —dice por fin el agente.

Se vuelve hacia la puerta, poniéndose el sombrero de fieltro en la cabeza con un aire libertino. Lisbet Bauer se queda donde está. Permanece allí mientras él abre la puerta con una soltura que da a entender que lo ha hecho a menudo y le dice adiós tocándose el borde del sombrero burlonamente. Mientras baja los escalones de la entrada, ella sigue sin moverse, aunque él ha dejado la puerta abierta, al

parecer, a propósito. No es hasta que el sonido de sus pasos y su alegre silbido de *Yo tenía un camarada* se ha desvanecido que parece despertar de nuevo.

Dando los últimos pasos muy despacio, Lisbet Bauer se acerca a la puerta y la cierra. Gira el cerrojo con determinación: clic.

Luego, se vuelve hacia el comedor.

—Renate —dice con desaliento—. Puedes salir.

Renate sale de su escondite mientras una vocecilla en su cabeza se pregunta, como siempre, «¿Cómo lo sabe?».

Aunque, por supuesto, esa no es la verdadera pregunta. Separa los labios y los vuelve a juntar. Tiene otra vez la boca seca.

—¿Cuánto has oído? —pregunta su madre.

«Las sobras de un judío.»

Renate solo puede negar con la cabeza.

—¿Quién era? —consigue preguntar.

Su madre abre la boca y luego frunce el ceño.

—¿Alguien ha fumado aquí dentro?

—¡Por el amor de Dios! ¡Responde a la pregunta! —dice a gritos.

En la calle, pasa un ómnibus tirado por caballos, una mezcla de pezuñas y campanas de bronce. En la cocina, Sigi gime un poco; luego se oye un golpe peludo cuando se acomoda en su alfombra junto a la despensa. Frotándose los ojos con la mano, su madre se apoya en la puerta.

—Ese —dice en voz baja—, era el agente Schultz, de la oficina local de la Gestapo.

—Pero ¿por qué estaba arriba?

Renate se ve incapaz de decir la palabra «dormitorio»; le resulta obscena. Solo pensar en ella le da ganas de vomitar otra vez.

—Teníamos una cita de negocios.

—Estás despeinada. No llevas zapatos.

—Ha llegado... ha llegado temprano —responde su madre como si eso lo explicara todo—. Debería haber venido a las once. No estaba lista.

—¿Lista para qué?

—Reni —dice su madre en voz baja. Camina hacia ella, alargando la

mano.

—No. —Renate retrocede rápida—. No. No me toques.

La expresión de su madre no cambia, pero algo en ella parece desinflarse; los delgados hombros le caen. Baja apenas la barbilla. Por un momento, parece que se va a deshacer en lágrimas; sin embargo, pasa por delante de Renate hasta la escalera y se desmorona en el tercer escalón con un movimiento que habría parecido más natural en una mujer mucho mayor.

—Muy bien —dice como para sí misma. Respira hondo—. Sabes que la Gestapo ha estado presionándome para que me divorcie de *Vati*, ¿no? De la misma forma que presionan a todos los matrimonios mixtos.

Renate asiente con la cabeza.

—El mes pasado, el agente Schultz vino con información que podría influir sobre nuestro caso.

—¿Influir cómo?

—Según parece, alguien investigó en los archivos de mi familia en Silesia. La mayoría son bastante claros, por descontado: los archivos de la Iglesia se remontan a casi dos siglos atrás. Pero, por lo visto, la oficina ha encontrado un punto débil en el linaje paterno de mi abuela.

—¿Débil? ¿Como enfermo?

Renate no sabe casi nada sobre sus abuelos, salvo que él era profesor visitante de Política en una famosa universidad polaca y que murió relativamente joven de una angina de pecho.

Su madre niega con la cabeza.

—No débil físicamente, sino genéticamente.

Y al ver que Renate la sigue mirando sin comprender:

—Dicen que no hay pruebas suficientes de que sea del todo aria.

Renate se queda boquiabierta.

—¿Cómo es posible?

Su madre se encoge de hombros.

—Suele suceder. Sobre todo con los alemanes que viven en el extranjero. La gente se muda de casa, cambia de país. Los archivos se dañan, se pierden. Incluso los roban.

—Pero... —Renate cierra los ojos tratando de pensar con claridad—. Aunque tu abuela fuese judía, solo tendrías una cuarta parte judía. Eso no significa nada.

—El problema no es lo que significa para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede tener consecuencias para ti. Y para Franz.

A Renate le flaquean las piernas; se va hundiendo hasta sentarse en la alfombra.

—Si haces el cálculo —prosigue su madre—, se trata de un octavo extra. Un octavo extra de judío para cada uno de vosotros.

Renate niega con la cabeza.

—Sigo sin...

Su madre suspira.

—Según el señor Schultz, significa que ahora ambos sois cinco octavos judíos. En otras palabras, en sus términos, completamente judíos.

«Completamente judíos.» Por un instante, las palabras son solo ruido, del modo en que las palabras repetidas una y otra vez se convierten en sonido. Luego, comienza a asimilarlo poco a poco. «Completamente judíos.» Las horribles fotos del *Der Stürmer*. Las historias sobre matar bebés y beberse su sangre.

«Judíos.»

—Si tiene razón —continúa su madre— y de verdad no hay manera de refutarlo, eso lo cambia todo para vosotros dos. Todas las reglas a las que no estabais sujetos como *Mischlinge* se os pueden aplicar como judíos. Franz tendría que dejar la universidad y tú tendrías que dejar el instituto. Pero ni siquiera eso es lo que más me preocupa.

—¿No lo es?

Su madre niega con la cabeza.

—Me preocupa lo que pueda suceder cuando las cosas empeoren.

—¿Cuando empeoren? —Renate casi se ríe—. ¿Cómo pueden empeorar?

Su madre descruza las piernas, revelando una carrera en la media que pasa sobre su rodilla izquierda.

—Trabajo obligatorio en una fábrica —dice—. Toques de queda más

estrictos. Arrestos por excusas aún más absurdas que las que usan ahora. Y circulan otros rumores. —Se pasa una mano por el pelo—. Rumores espantosos.

Renate se frota las sienes doloridas tratando de traducir las palabras de su madre. Sabe que ahora los judíos están siendo arrestados por infracciones tan leves como cruzar la calle sin mirar. Que un hombre fue encarcelado por ir solo con una mujer aria en un ascensor de unos grandes almacenes. Que envían a la gente a campos de trabajo por tales cosas; por ejemplo, al padre de su amiga Abi Feingold lo condenaron a dos meses en la nueva instalación de Buchenwald tras un altercado de tráfico con un líder de las SS. Durante su encarcelamiento, tuvo que llevar los pies encadenados día y noche y ahora solo puede dormir de pie en su habitación.

Aturdida, se humedece los labios.

—¿Por qué estaba arriba?

—Me había dicho —dice su madre con cuidado— que podía negociar en nuestro nombre, pero que eso conllevaría unos «gastos». —Y al ver la cara de Renate, añade—: Dinero, cariño. Quería dinero. Eso es todo. —Suspira frotándose la mejilla en el mismo lugar donde antes se posaron los dedos del agente—. El problema es que no lo tenemos. Nuestros ahorros están casi agotados. Se mostró dispuesto a aceptar la cubertería de plata, pero como era de la madre de tu padre, habría tenido que contárselo todo a *Vati*.

—¿Por qué no se lo has dicho? Seguro que tiene derecho a...

—No —replica su madre de manera tan brusca que Renate se asusta —. Tienes que prometérmelo, Reni. No puedes decírselo. Ni lo que has visto hoy ni lo que te estoy contando. Nada de nada.

Renate nota que palidece. Una cosa es ocultarles algo a sus padres como unidad, pero le resulta extraño, transgresivo, hasta sucio, guardar ese secreto con uno a espaldas del otro.

Sobre todo, después de lo que acaba de oír.

—¿Por qué no? —pregunta con un hilo de voz.

—Me dirá que me rinda, que me divorcie de él —sentencia su madre—. Lo verá como la única solución. Es posible que incluso intente divorciarse de mí. Y si lo hace... —Su madre se calla un

momento y traga saliva, como si quisiese impedir que se le quebrara la voz—. Si lo hace, lo arrestarán de inmediato. Estoy convencida. Quizá no volvamos a verlo nunca más. —Se cubre la cara con las manos—. No podría soportarlo. No podría vivir.

—Pero...

Sin que pueda evitarlo, los ojos de Renate se llenan de lágrimas y al cerrarlos fuerte solo sirve para que las pestañas las derramen sobre sus mejillas. Los mantiene cerrados, se abraza a sí misma sujetándose el vientre, tratando de contrarrestar la sensación de vacío que sigue creciendo en sus entrañas: la desolación que siente como un dolor corporal.

—Reni.

Cuando abre los ojos, su madre la mira con una intensidad casi palpable, como si de alguna manera quisiera arrancarle la respuesta con sus ojos enrojecidos.

—Prométemelo —dice ella.

Desamparada, Renate asiente con la cabeza.

—¿Y con qué le has pagado? —consigue preguntar.

«Las sobras de un judío.»

—Con todo lo que tengo... tenía. —Respira hondo—. Las joyas de la *Oma* Hildegard.

—¿Las esmeraldas?

El conjunto de cuatro piezas ha pasado de matriarca a matriarca de su familia materna durante al menos cinco generaciones. Nunca se le había ocurrido a Renate que ese patrón se rompería; que después de que su madre las recibiera de su madre, las joyas, en su encantador estuche oriental, no residirían un día en el cajón de las medias de Renate y lucirían, en ocasiones muy especiales, sobre su pálida piel.

Su madre asiente con la cabeza.

—Con el collar conseguimos cuatro meses. Con los pendientes, dos. Con el broche, solo uno. —Desmoronándose, se seca los ojos con la manga—. Hoy se ha llevado el anillo, pero ha dicho que no iba a ser suficiente.

Renate mira al suelo, a un nudo oscuro y arremolinado del mismo tamaño que una huella de Sigi y que el broche que ya nunca se

pondrá.

—Confiaba en que a estas alturas ya tuviéramos algún plan en marcha —dice su madre—. Que el desgraciado del tío Felix hubiese accedido por fin a patrocinaros a ti y a Franz desde Nueva York. O que nuestros visados para Cuba o para Harbin hubieran llegado. Pero todo está tardando demasiado tiempo. Un funcionario del consulado japonés me dijo que podría pasar otro año más antes de que obtengamos permiso para ir a Manchuria.

—O sea, que... o sea, que ellos se quedan con todas las joyas y tú... —Renate traga saliva, todavía incapaz de pronunciar las palabras—. ¿Y aún así nos van a convertir en judíos al final?

—Sí, si el agente se sale con la suya. A menos que me divorcie de *Vati*. —Su madre asiente despacio, como si acabara de llegar a esa conclusión—. Sí. Lo harán.

De repente, todo es demasiado para Renate, que se cubre la cara con las manos.

—No tiene sentido. No tiene ningún sentido.

Para entonces, ni siquiera intenta contener las lágrimas, solo corren por sus mejillas. Trata de imaginar su vida sin su padre: sin el lanzamiento de sombrero al llegar a casa, sin la barba que le hace cosquillas ni el olor dulzón a pipa cuando la abraza. Nada del rítmico y tranquilizador clac-clac-clac en su despacho cuando trabaja en los libros que ya nadie publicará.

—No tiene sentido —susurra. Y luego, a pesar de todo, se arrastra hacia su madre y pone la cabeza en su regazo como si fuera otra vez una niña de tres años.

—Oh, cariño —dice su madre en voz baja y quebradiza; acaricia el pelo a Renate, su mejilla húmeda.

—¿Por qué te ha tocado? —susurra Renate.

Al principio, su madre no contesta. Cuando lo hace, su tono es tímido y apagado.

—Me ha tocado porque podía.

—¿Solo por eso?

Tiene los ojos cerrados, pero puede sentir a su madre dudar, debatirse.

—A veces... —comienza, pero luego menea la cabeza y se calla. Un momento después, vuelve a empezar—. Algunos hombres, hombres muy débiles, se sienten más fuertes y más grandes si pueden hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Tocarnos cuando saben que no lo deseamos. Es... es una manera de fingir que son poderosos. Importantes.

Renate gira ligeramente la cabeza, mirando la cara de su madre desde el ángulo desde el que la veía cuando era un bebé. Desearía volver sin más a aquellos tiempos: encogerse, engordar y suavizarse, perder su cabello y su ropa de adulto, perder la dolorosa necesidad de nicotina y de amistad y de los labios perfectos de Rudi Gerhardt, perdidos hace tiempo.

—Pero no pueden tocarte la mente —prosigue su madre asintiendo como si estuviera tratando de convencerse a sí misma—. Solo pueden tocarte la mente si tú se lo permites. Y quizá cambien la manera en que nos llamen, pero no pueden separarnos. Seguiremos siendo una familia. Nos mantendremos unidos. No importa lo que pase.

Le acaricia la mejilla a Renate otra vez.

—¿Sí?

Renate duda. Luego asiente con la cabeza. En su interior, sin embargo, sigue oyendo la voz del hombre: «las sobras de un judío». Y sigue viendo sus dedos en la cara de su madre. Se da cuenta de que él ha hecho algo más que tocarle la mente; la ha cortado en dos, como podría haber cortado una manzana con un cuchillo.

10

Ilse

1937

Dam-Großer, Prusia oriental
10 de abril

Querida Renate:

Nunca te enviaré esta carta. Lo más probable es que ni siquiera la guarde. La terminaré, la quemaré y esparciré las cenizas en el huerto que las otras chicas y yo hemos plantado detrás de nuestra casa. Y, sin embargo, mientras paso mis días en esta extraña ciudad alemana pero no alemana, me encuentro escribiéndola de todos modos.

Al principio, estaba en mi cabeza, de una forma tan sutil y natural que no me di cuenta de que era una carta. Cuando lo comprendí, traté de contenerme, pero esta pequeña pluma mental —imagínatela como la de jade que una vez me regalaste por Navidad— simplemente seguía garabateando; y cuanto más la ignoraba, con más insistencia garabateaba. Anoche me mantuvo despierta y eso después de una mañana dedicada a sembrar un campo de patatas de diez hectáreas sin más ayuda que la de un granjero alemán y un tembloroso caballo de tiro llamado Bobik. Al final me he levantado antes del amanecer y he bajado a la cocina oscura para dejar que las palabras fluyeran en la hoja.

Y aquí estoy, a las tres y media de la madrugada, redactando una carta que no puedo dejar de escribir a una persona a la que sé que ya no puedo escribir.

Ilse muerde la punta del lápiz mientras relee lo que ha escrito a la luz parpadeante de la única vela que ha encendido. Sus palabras suenan, lo sabe, como las de una loca; puede oír a su ex mejor amiga reírse burlona. Pero la verdad es que ha habido momentos en esas últimas semanas en los que se ha sentido más cuerda que nunca, segura de su propósito en la tierra. Lo que ella y sus compañeras trabajadoras, *Arbeitsmaiden*, que trabajaban gratuitamente en el campo

para aumentar la producción, están logrando en esa pequeña ciudad fronteriza polaca la sorprende cada día, al tiempo que confirma todo lo que siempre ha creído acerca de la verdad revolucionaria de su movimiento.

Hay doce muchachas en el campo de trabajo, seis por habitación de literas, más la jefa de campo Kass, que tiene su propia habitación al final del pasillo. La casa era una antigua rectoría; desvencijada y destartalada, cruje y sisea por la noche como una anciana sobrecargada de trabajo. Algunas *Arbeitsmaiden* están convencidas de que está embrujada; de hecho, pocos días después de llegar, cuando aún les parecía estar de vacaciones, habían celebrado una sesión secreta de espiritismo a medianoche, cogidas de la mano y cantando runas improvisadas para convocar a los espíritus inquietos que pudieran estar compartiendo su residencia. Al final, no apareció ninguno y el ritual solo sirvió para que les resultara mucho más duro levantarse a las cinco y media de la mañana para trabajar y desayunar.

«A las cinco y media», piensa Ilse mirando el reloj que hay junto a la ventana. Marca las cuatro y cinco, falta apenas una hora para que las demás se despierten. Ilse cambia de postura en la silla y continúa:

> Nuestra primera orden del día es hacer las literas y limpiar las habitaciones para que pasen la inspección diaria de la jefa de campo. Te sorprenderías de lo ordenada que me he vuelto; ahora sé dejar la cama tan lisa como la de un hospital y remeter la sábana tan apretada que una moneda rebotaría en ella. Puesto que una parte importante de nuestra misión aquí es la de transmitir la limpieza y el orden alemanes a nuestros hogares agrícolas alemanes, la jefa Kass insiste en que nosotras mismas demos ejemplo de esas cualidades en todo momento.
>
> Después de la inspección, salimos en tropel para izar la bandera, cantar y hacer ejercicio (cosas que sé que detestarías, sobre todo a esa hora). Luego toca desayunar; todas estamos hambrientas, pues ya llevamos casi dos horas despiertas. Nos ponemos en fila en la cocina y nos entregan nuestros platos las doncellas de servicio que tengan turno de cocina ese día. Al acabar, nos dividimos con arreglo a nuestras respectivas tareas y trabajamos hasta las nueve. A continuación, montamos en nuestras bicicletas y nos dirigimos a nuestra misión principal: servir al pueblo alemán de Dam-Großer.
>
> Para mí, eso se ha traducido principalmente en cavar un patatal. Te veo riéndote de esta imagen, pero lo digo en serio: la semana pasada, me pasé entre

doce y catorce horas diarias en el campo de patatas de una familia del pueblo llamada Michalski (que hasta su nombre suene polaco te da una idea de lo confuso que es esto). Mis obligaciones consisten en cavar agujeros, tirar patatas de siembra en ellos y luego volver a taparlos. Fila tras fila. Parece fácil, pero te aseguro que es el trabajo más duro que he hecho jamás. El suelo sigue estando frío y duro desde la última nevada, y las patatas, aunque son pequeñas, a mediodía ya parecen pesas de plomo. Al atardecer me duele la espalda como si fuera una anciana y siento los brazos y las piernas como si hubiera corrido una carrera de atletismo de un día de duración. Además, tengo las manos tan agrietadas y ásperas de trabajar en la lavandería del campamento esta semana que el mero hecho de coger algo —una patata, una pala, las riendas de cuero del viejo caballo de labranza— hace que sangren.

Me costó mucho levantarme de la cama después de los dos primeros días. No solo por el dolor físico, sino por la abrumadora tristeza de este tipo de vida. Entre la crudeza del campo, sudar tinta en el barro y el dolor incesante de mis extremidades, creía que no podría enfrentarme a otro día.

Pero me obligué a levantarme. He de admitir que la primera hora tuve que luchar contra las lágrimas. Pero luego me acordé de los millones de buenas personas que, durante siglos y generaciones, han dedicado toda su vida a ese trabajo. Y no solo para alimentarse ellos y a sus familias, ¡sino también a todos nosotros! La idea me hizo sentir muy mezquina y desagradecida, como una chica privilegiada de ciudad que solo va a estar aquí unos meses. De hecho, decidí cambiar de actitud de inmediato obligándome a silbar en lugar de llorar. Al cabo de un rato, el señor Michalski se unió a mí, añadiendo incluso algunos acordes y trinos armonizadores.

Y, Reni Renate, después sucedió algo extraño y asombroso. No es que el trabajo se volviera menos agotador, pero empecé a sentir una extraordinaria satisfacción. Surgió de una repentina y abrumadora sensación de conexión, no solo con el señor Michalski, sino con todas las generaciones de alemanes que han cultivado esta misma tierra antes que nosotros y que, por lo que yo sé, incluso podrían formar parte de ella. Por primera vez, me pareció entender esa expresión tan utilizada, «sangre y tierra». Es más que un eslogan. Es una verdad sagrada: como alemanes, nuestra sangre es la tierra que cultivamos. Y la tierra está en la sangre que corre por nuestras venas.

Ahora te veo poniendo los ojos en blanco, tal como siempre hacías cuando yo hablaba como si fuese (como decíais tú y Franz) un «ciento cincuenta por ciento nazi». Y en verdad le debo haber parecido idiota hasta al señor Michalski, porque justo cuando tuve esta revelación, dejó de silbar y me miró de forma extraña por encima del hombro.

—¿Qué es tan gracioso, pues? —preguntó.

Dándome cuenta de que no había manera de explicarme de modo que no saliera corriendo en busca de una *Arbeitsmaiden* que no estuviera ladrando como una

loca, improvisé.

—Oh —dije—. Estaba pensando en lo agradecida que estoy a nuestro Führer por darnos esta oportunidad de estar aquí.

Y lo creas o no, su rostro curtido se iluminó.

—Ese hombre es un milagro del cielo —dijo—. Para todos nosotros.

Ilse se mueve incómoda en la silla e intenta evocar por un momento el subidón de pura alegría que sintió en el campo. Pero mientras que el recuerdo del día en sí es fácil de rememorar —la tierra pedregosa en los dedos, el aroma dulce a heno y el leve relincho del caballo de tiro, las marcadas arrugas del rostro del agricultor alemán—, el sentimiento en sí mismo parece flotar más allá de su alcance; una luminosa balsa salvavidas de bienestar meciéndose y bailando sobre un mar de repugnancia y confusión.

Aun así, se recuerda a sí misma, lo sintió. «Y ese —se recuerda también— es el motivo por el que estoy aquí, lo que hace que todo lo demás —incluso lo que ha ocurrido hoy— valga la pena.»

Recostada en la silla, deja el lápiz y se frota el cuello dolorido. En teoría, no debería estar abajo hasta las seis, ni siquiera los días que le toca turno de desayuno. Esa noche, sin embargo, tras horas de dar vueltas bajo la sábana áspera pero bien remetida, tuvo claro que tenía que levantarse; un segundo más en la habitación abarrotada —con Josepha lloriqueando mientras duerme, Susi roncando debajo de ella y Petra expulsando gases que olían a salchicha de vaca— y habría soltado tal aullido de frustración que habría despertado a todo el mundo.

Así que se ha puesto una rebeca y unos calcetines de lana, ha sacado su bloc de notas de su cubículo de la pared y se ha deslizado en silencio hasta el frío suelo de madera. Luego, para asegurarse de que ninguna otra chica estuviera despierta, ha hecho una pausa antes de salir de puntillas al pasillo y bajar por la escalera de la parte de atrás. Ilse vuelve a cambiar de postura y se pregunta si debería haber tenido en cuenta el ofrecimiento de su familia de agricultores de alojarse con ellos en lugar de quedarse allí, en el campamento.

Los Michalski son buena gente después de todo. Pero, como la mayoría de los aldeanos de allí, son muy simples, por no hablar de su

lamentable ignorancia de su herencia nórdica. Cuando Ilse vio por primera vez su modesta granja, pensó que la Junta de Servicios le había asignado una familia polaca por error. La decoración era barata y chabacana, las mesas chirriaban con sus flores artificiales. Había pequeñas y horribles baratijas por todas partes: una pareja de ranas de cerámica con los ojos saltones vigiladas por una pastorcilla de colores estridentes; un piano de juguete con la parte trasera abollada a la vista. En el saloncito había incluso uno de esos relojes con un ojo dibujado en la esfera de los que Ilse y Renate solían reírse juntas; tenía la forma de un geniecillo negro cuyos ojos blancos giraban para mostrarte la hora; «¡Suficiente para hacer que tengas pesadillas!», había escrito Ilse a Renate mentalmente.

Había encontrado la casa bastante higiénica, ya que los Michalski tienen el buen juicio de mantener a una criada. Por desgracia, la sirvienta, Marzia, también es polaca, lo que significa que su idea de limpieza no se aproxima ni de lejos al riguroso estándar alemán que las doncellas de servicio se han encargado de inculcar en sus respectivos hogares. Según ha ido descubriendo desde entonces, tener a Marzia por allí también hace que sea mucho más difícil mantener un ambiente de habla alemana, pues ella apenas habla alemán y la señora Michalski y los niños, de entrada, prefieren el polaco.

Ilse hace todo lo posible, dadas las circunstancias; cuando no está cultivando con el señor Michalski o ayudando a su esposa a despertar sus adormecidos instintos de ama de casa, canta a los niños canciones alemanas o les lee en su lengua materna, por lo general algo de los Grimm o *Struwwelpeter*. Está claro que no lo entienden todo, pero al menos parecen atentos, y se ríen de las imitaciones que Ilse hace de Conrad chupándose el dedo y del inquieto Phil. También les entusiasma tener la ocasión de montar juntos espectáculos de marionetas, sobre todo si conllevan golpes en la cabeza al estilo de los títeres de cachiporra. El que más les gusta es uno de su propia invención titulado *Los aldeanos persiguen y echan a los judíos*, basado en el popular juego de mesa ¡Judíos fuera!

Por desgracia, no todas las persecuciones en la vida de Ilse aquí son ficticias. El puesto de avanzada del Servicio Laboral de Dam-Großer

todavía es bastante nuevo y algunos de los aldeanos —en particular, los polacos— están claramente resentidos por su presencia. La semana pasada, dos doncellas de servicio fueron derribadas de sus bicicletas cuando regresaban de sus respectivas tareas en hogares alemanes. Ninguna de las dos resultó herida de gravedad, pero ambas quedaron conmocionadas, hasta el punto de que una fue enviada a casa, a Munich, para recuperarse.

Según la jefa Kass, tales ataques se deben a la creencia de algunos aldeanos de que la Liga de Servicio del Reich es a la vez «entrometida» y «antipolaca», aunque, por descontado, nada podría estar más lejos de la realidad. («Nuestro duro trabajo beneficia a todos», escribió Ilse a Renate mentalmente, «a polacos y alemanes por igual».) Para Ilse, no se trataba de meras «travesuras infantiles», según la expresión que la jefa de campo Kass parecía inclinada a emplear para restarles importancia. A Ilse más bien se le antojaban ataques deliberados y selectivos contra el propio Reich y le pareció incomprensible que su siempre agobiada jefa de campamento no se mostrara más afectada por ellos. «Si nosotras, como emisarias del Reich, podemos ser atacadas con semejante impunidad, ¿qué impedirá que vuelva a suceder?», le había preguntado Ilse. «¿Qué clase de mensaje estaríamos enviando? ¿No solo a los aldeanos, sino a Varsovia?» Todo el mundo sabía que el gobierno polaco, que durante mucho tiempo había intentado entrar en guerra con Alemania, buscaba activamente grietas en el sistema de defensa nacional alemán, sobre todo en aquellas pequeñas localidades fronterizas.

A pesar de la lógica aplastante de su razonamiento, Ilse no consiguió convencer a la jefa Kass, que parecía más interesada en proteger las relaciones de su campamento con los aldeanos que en proteger a las chicas que le habían sido confiadas.

—Al fin y al cabo, Marita y Lies no sufrieron ningún daño —le dijo a Ilse— y el alcalde me asegura que ha hablado con las familias de esos chicos.

—¿El alcalde? —balbució Ilse—. ¿De veras cree que alguien que se llama Szczepański va a ser duro con los matones polacos que tiraron al suelo a nuestras compañeras?

—Señorita Fischer —respondió la jefa de campo con la mandíbula ligeramente apretada—. Entiendo su preocupación. Pero debo pedirle que confíe en mi juicio sobre este asunto y que entienda que se está manejando de manera responsable y apropiada. —Después, con más amabilidad (si bien inevitable)—: Tiene que aprender a olvidarse de estas cosas.

Y lo había intentado; lo había intentado de verdad. Además de sus tareas diarias en la granja y en la casa de campo, se dedicó a preparar la hoguera que su grupo estaba planeando para el solsticio de primavera, siguiendo el modelo de un antiguo ritual nórdico. Las otras chicas se contentaron con tejer palmatorias y coronas de hiedra, pero Ilse compuso un verso *ex profeso* para el evento y obtuvo el permiso de la jefa Kass no solo para leerlo en voz alta, sino para hacer copias y distribuirlas entre los asistentes:

> *Salve a las ofrendas del invierno más frío.*
> *Salve a la descendencia de la noche.*
> *Con el pelo amarillo como el amanecer y las mejillas de color melocotón*
> *¡bailan en la eterna luz de la primavera*!

Pero ayer, cuando regresaba del mimeógrafo, se dio cuenta de que un grupo de chicos polacos la seguían demasiado de cerca. Los ignoró todo el tiempo que pudo, pero cuando uno de ellos chilló con estridencia y burla «*Sieg Heil*», su indignación se encendió.

Ilse entró en una carnicería cercana y señalando a la grosera pandilla por la ventana pidió al carnicero que escribiera los nombres de todos sus miembros. Cuando este adujo que no entendía alemán, Ilse fue a buscar al sastre de al lado, un hombrecillo con anteojos que al principio le ofreció su ayuda con una sonrisa indulgente que se desvaneció un poco al escuchar su petición.

—Ya se han ido —observó indicando la calle vacía.

—Él los ha visto —insistió Ilse señalando con la barbilla al preocupado vendedor de carne—. Sabe quiénes son.

Después de una conferencia entre susurros con el carnicero, el sastre

se volvió hacia Ilse:

—Quiere que le prometa que ninguno de ellos saldrá perjudicado —dijo con una sonrisa de disculpa.

«¿Por qué no deberían salir perjudicados? —tuvo ganas de espetarle Ilse—. ¿Por qué no si Marita lloró toda la noche después de que la atacaran y hubo que enviar a Lies a su casa como si fuese una delincuente caída en desgracia?»

En cambio, se irguió cuan alta era, con su estatura de un metro y cincuenta y ocho centímetros.

—Quiero dejar bien claro —dijo con firmeza— que soy una representante del Reich y que el Reich no negocia cuando se trata de administrar justicia. Si no cumplen con mi petición, me veré obligada a denunciarlos a la oficina del capitán.

El capitán Wainer era el representante del Partido de mayor rango en el pueblo. Ilse no lo conocía, pero por la mezcla de aprehensión y deferencia que solía acompañar a la mención de su nombre, asumió que era alguien a tener en cuenta, suposición que le confirmó la súbita desaparición de la sonrisa del sastre.

—¿Denunciarnos por qué? —preguntó parpadeando muy rápido detrás de sus gafas.

—Por... por encubrir e instigar actividades contra el Reich —improvisó Ilse—. Es una acusación muy grave. En Berlín, por mucho menos envían a gente a los campos.

En realidad no tenía ni idea de si eso era cierto, pero surtió el efecto deseado: todavía pestañeando furiosamente, el sastre inició otra consulta rápida y susurrada con el carnicero, esta vez acompañada de concisos encogimientos de hombros y sacudidas de cabeza.

Después, se dio la vuelta.

—¿Tienes papel? —preguntó.

Ilse le entregó el pequeño cuaderno que siempre llevaba consigo.

—¿Tienen un teléfono?

Media hora más tarde pedaleaba por la Hauptstraße de Dam-Großer con la maldita hoja del cuaderno doblada con cuidado en el bolsillo y

el corazón latiéndole en algún lugar cerca de la garganta. Para su sorpresa, después de que la operadora de la aldea la pusiera en contacto con la oficina del capitán e Ilse explicara brevemente su misión, le habían ofrecido una reunión con el comandante esa misma tarde.

—Se ha cancelado la cita de las cuatro y media —explicó la secretaria—. Yo la aceptaría, si fuese usted. No hay más huecos libres hasta dentro de una semana. ¿Tiene nuestra dirección?

La oficina del capitán se encontraba en una gran villa en el centro de la ciudad, que hasta hacía poco había sido el hogar del alcalde Szczepański. El salón de la primera planta se había convertido en un área de recepción y secretaría en la que una joven morena escribía a máquina con tanto esmero que Ilse hizo una mueca nada más verla. Ilse no pudo evitar fijarse en que la muchacha llevaba una blusa demasiado escotada, algo poco común en una ciudad donde muchos se vestían con una modestia propia de principios de siglo. La muchacha parecía tan consciente como despreocupada de lo generoso que era su escote: mientras se aplicaba, entornaba los ojos y picoteaba el teclado y, de tanto en tanto, se llevaba una mano a la espalda para tirar de la blusa y devolver el escote a su sitio. Al observarla, Ilse recordó la forma en que Trude Baumgarten se subía la falda en la escuela y fingía que se ajustaba las medias, cuando todo el mundo sabía que lo que pretendía era mostrarles las piernas a los chicos. «Ni siquiera tiene unas piernas bonitas —Ilse se acordó de Renate burlándose—. ¿No te recuerdan dos nabos blancos, peludos y delgados?»

El recuerdo desencadenó una carcajada, seguida de una punzada casi dolorosa de soledad y anhelo contra lo que Ilse creía estar ya inmunizada. «No tenéis nada en común», se recordó a sí misma con severidad. «Ella es judía. Tus verdaderas amigas son tus colegas del movimiento.»

Cosa que, si bien era cierta, no resolvía el persistente hábito de su mente de registrar los pensamientos y observaciones para luego relatárselos a su antigua confidente. Como tampoco cambiaba el

hecho de que entre todas las compañeras de la BDM y del campamento de Ilse no hubiera nadie con quien se imaginara susurrando y riendo durante horas, compartiendo esperanzas secretas y los temores más profundos, así como alguna que otra guerra de almohadas.

Suspirando, miró el reloj de la oficina: ya eran las cinco y cuarto. ¿Por qué tardaban tanto? Si no llegaba pronto, se arriesgaba a perderse la cena en el campamento, una infracción bastante grave, dada la doble obsesión de la líder por la comida y la puntualidad.

Carraspeando intencionadamente, Ilse volvió a mirar a la secretaria, que ahora inclinaba el pecho apenas cubierto sobre el teclado de la máquina de escribir mientras acercaba el lápiz de borrar al papel que había en el carro.

—Parece que hoy están muy ocupados —dijo Ilse alegremente.

—Oh, sí. —Sin levantar la vista, la secretaria frotó un punto, lamió el borrador y frotó un poco más—. En lo que va de año, el Reich ha trasladado a veinte familias de otras zonas cercanas a la frontera y las ha asentado aquí mismo, en Dam-Großer. ¡Veinte! ¡No te imaginas el papeleo!

—¿Mucho?

La secretaria puso los ojos en blanco.

—Permisos de vivienda. Permisos de construcción. Permisos de agricultura. Por no hablar de la inscripción de los niños en las escuelas apropiadas. Y, madre de Dios, ¡hay tantos niños...! Cuatro de las mujeres tienen la Cruz de Oro de las Madres y ocho tienen la de plata. El resto tienen la de bronce o están empeñadas en conseguirla. La verdad, hay algunas que no sé cómo pueden seguir caminando... ¡Oh, no!

La muchacha soltó el lápiz en el escritorio, arrancó el formulario de la máquina de escribir y lo sostuvo a la luz.

—Otra vez roto —dijo enfadada tirando una vez más de su blusa desde la espalda—. No sé por qué insisten en usar papel tan barato.

Dejó a un lado la deshonrosa hoja, sacó una nueva de un cajón y se dispuso a insertarla en la máquina. Su frente arrugada y sus labios fruncidos dejaban claro que no tenía ni tiempo ni paciencia para

charlar.

Ilse suspiró de nuevo y volvió a sentarse en su sillón, consciente de que su estómago estaba gruñendo. La cena era a las seis, a un cuarto de hora en bicicleta. A menos que la reunión con el capitán fuese muy breve, tendría que inventar una buena excusa para justificar su ausencia. Cerró los ojos y trató de invocar una, pero lo que acudió a su mente fue una imagen de todas esas brillantes medallas maternales: ¡cuatro de oro, ocho de plata, había dicho! Era como una pregunta de examen de la clase de matemáticas del señor Kohler el año pasado: «Si la Cruz de Oro se otorga a mujeres que han tenido ocho hijos o más, la de plata a las que tienen seis o siete y la de bronce a las que tienen cuatro o cinco, ¿cuál es el mayor número de hijos que las familias de colonos podrían tener en total?».

Temblorosa, Ilse apartó aquel pensamiento. Con los tres hijos de Michalski tenía más que suficiente.

Veinte minutos, dos formularios destrozados y un breve intercambio de palabras por el interfono más tarde, la secretaria se estiró y se puso de pie.

—Te recibirá ahora —le dijo a Ilse al tiempo que envolvía la máquina de escribir con una cubierta negra y a sí misma con una suntuosa chaqueta ribeteada de piel—. Solo llama antes de entrar. —Mirándose la cara en un espejo de mano, añadió con indiferencia—: ¿Cuántos años has dicho que tienes?

Ilse no se lo había dicho.

—Diecisiete —contestó.

La secretaria la miró con detenimiento. Luego cerró la polvera y asintió.

—Todo irá bien —dijo tranquilizadora.

Fue un comentario que Ilse recordaría más tarde y sobre el que reflexionaría preguntándose cómo debía de habérselo tomado entonces. ¿Era una simple promesa a una joven a todas luces nerviosa que había estado aguardando una reunión durante más de una hora? ¿O estaba tratando de convencerse de que era apropiado dejarla sola

en aquella oficina?

En cualquier caso, la empleada se fue. Ilse reunió su coraje y su mochila, se levantó, se dirigió a la pesada puerta de madera y, después de un profundo suspiro, llamó.

—Pase. —La respuesta llegó grave y autoritaria.

Ilse abrió la puerta y entró.

Dentro del despacho, el capitán estaba sentado ante un enorme escritorio, justo debajo de un retrato del Führer que no se parecía en nada a ningún otro que Ilse hubiera visto antes. En él, Hitler aparecía con el atuendo completo del Partido, cosa que, en sí misma, no era inusual. Sí lo era que encima del uniforme impecable llevara una gabardina marrón sorprendentemente arrugada. Más extraño aún era el fondo, un paisaje luminoso que a veces se encuentra en las pinturas renacentistas italianas: colinas onduladas y ríos brillantes; un cielo azul que cortaba la respiración, lleno de nubes blancas e hinchadas. El Führer estaba de pie, con la mano en la cadera, bajo un árbol de flores rosadas que parecía contradecir su expresión severa y solemne.

—Veo que le gusta mi cuadro.

Ilse bajó la mirada y se dio cuenta de que mientras ella había estado contemplando el extraño retrato, el capitán Wainer la había estado observando a ella. Ilse se sobrepuso a su timidez y lo estudió también. Un hombre corpulento de unos cuarenta años, con el tipo de cara que ella asociaba con los carteles del Partido y las estrellas de Hollywood: ojos azules brillantes, mandíbula cuadrada dividida solo por el leve indicio de un hoyuelo. Como un Rudi mayor. «Reni se desmayaría», se encontró pensando sin querer.

—Sí —contestó—. Nunca había visto a nuestro Führer retratado de esta manera.

El capitán asintió con la cabeza, como si fuera la respuesta que esperaba y deseaba.

—Muy pocos lo han hecho. Me gusta que sea sí. Mucha gente se limita a colgar la fotografía estándar y luego se olvida de ella. A mí me gusta hacer las cosas de un modo más... personal.

Levantó una mano grande y le hizo señas a Ilse para que se acercara. Ella obedeció vacilante. Reparó en que el anillo que llevaba en el dedo corazón podía ser o no un anillo de casado. A medida que se aproximaba, sus rasgos parecieron suavizarse de la misma manera que el pan se hincha con la humedad, debilitando el impacto inicial de su apostura. Ilse vio que tenía la marca plateada de una *Schmisse* en una de las mejillas, una de esas cicatrices de los duelos universitarios que, por alguna razón, la generación de sus padres consideraba que otorgaba cierto estatus. Había una densa capa de humo de cigarrillo en la habitación y bajo ella el olor distintivo de algún tipo de aguardiente.

—Tengo entendido —dijo— que ha venido a presentar una denuncia.

—Sí, capitán. —Ilse se aclaró la garganta—. No sé si lo sabe, pero a dos de mis compañeras de servicio las agredieron hace poco. A plena luz del día, en el pueblo. —Carraspeó otra vez—. Unos... unos polacos.

—Ah. —El capitán meneó la cabeza con pesar—. No estaba al tanto de ese incidente. Debo decir, sin embargo, que no me sorprende. Los polacos son como animales, están apenas un escalón por encima de los judíos en términos de evolución. —Se recostó en su asiento y cruzó las manos sobre la barriga—. De hecho, cuanto más te adentras tras la frontera, más mezclados están, hasta el punto de que es casi imposible distinguirlos. ¿Lo sabía usted, señorita Fischer?

Ilse no lo sabía. Pero tampoco le interesaba una lección improvisada de eugenesia, pues ya llegaba tarde para la cena. Decidió ir al grano.

—Me han dicho —dijo con cautela— que el alcalde ha hablado con los padres de esos jóvenes, pero a algunas de las chicas, entre las que me cuento, nos preocupa que sin repercusiones más serias estos incidentes puedan repetirse.

El capitán levantó la barbilla con gesto pensativo.

—¿Sabe los nombres de los culpables?

Ilse asintió.

—Sí.

Si respondió con convicción, fue porque había pensado bien aquella parte. Era cierto que no tenía pruebas de que los chicos que la habían

seguido a ella hasta la carnicería fueran los mismos que habían atacado a Marita y a Lies. Tampoco sabía con seguridad si los nombres que el carnicero había anotado, eran los nombres verdaderos de los chicos que la habían molestado. Parecía lógico, sin embargo, que ambas premisas fueran ciertas. Y aunque no fuesen los mismos polacos que habían tirado a las dos chicas de sus bicicletas, eran polacos de todos modos y alguien tenía que pagar por aquella transgresión. De una manera u otra, había razonado Ilse, había que dejar las cosas claras, incluso si eso significaba que un par de muchachos fuesen disciplinados injustamente.

Era lo mismo que le había dicho a Renate el día que la llevó de vuelta a la clase del señor Hartmann: «Hay que hacer sacrificios. Todo lo que se interponga en el camino de lo que estamos tratando de hacer tiene que desaparecer».

—Sí —repitió Ilse—. Sé sus nombres.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la página doblada en la que el carnicero había anotado su lista. La desdobló y la dejó en el escritorio del capitán. Con los labios fruncidos, este la cogió y examinó su contenido. Luego la dejó en su sitio y se echó hacia atrás otra vez.

—Me impresiona su determinación, señorita —dijo—. Pero ¿puede decirme si alguna de sus encantadoras compañeras fue agredida de una manera que...? ¿Cómo decirlo...? ¿Que comprometiera su pureza?

Era una pregunta bastante directa. Pero algo en su conducta provocó que se le hiciera un nudo en el estómago; quizá fue su desconcertada sonrisa, que parecía implicar menos preocupación por Marita y Lies que un excitante interés en los detalles del abuso.

—No —respondió Ilse notando que se sonrojaba de nuevo—. No, en absoluto. Pero dado la situación actual y sus propias observaciones sobre la naturaleza polaca, no se puede descartar que tales cosas sucedan en el futuro. Es decir, no a menos que se tomen las medidas apropiadas, tal como sugiero.

—No —dijo el capitán—, desde luego que no. —Se rio un poco—. Tengo curiosidad. ¿Qué medidas cree que serían las «apropiadas»?

Ilse parpadeó de nuevo, otra vez sorprendida: ¿no era su trabajo saber esas cosas?

—No estoy segura —dijo despacio—. Pero, sean cuales sean, debería estar bien publicitado. En el periódico, en el tablón de anuncios y demás.

—¿Qué tal una azotaina? —Lo dijo casi con dulzura, juntando los dedos bajo la barbilla—. ¿Le gustaría que los hiciera azotar?

La pregunta la dejó aún más aturdida.

—Quizá —balbució—. O tal vez un día o dos en prisión. O a lo mejor podrían ser asignados a trabajar en una de las granjas alemanas sin paga.

—Ha pensado bastante en esto, según veo.

—En efecto —admitió Ilse—. Tanto por preocupación por mis compañeras como por el futuro del Servicio de Trabajo en general. Verá, creo que algunos de estos... algunos de estos gamberros tratan activamente de disuadirnos de nuestro propósito. Creo que algunos quieren que nos vayamos. Y si tienen éxito, ¿quién sabe qué pasará con los pobres pueblos alemanes de esta localidad? ¡Ya casi los superan en número!

Le salió de un tirón, en un tono apasionado, casi acusador. Por un momento, le preocupó haber ido demasiado lejos. Pero el capitán volvió a asentir con la cabeza, todavía fumando, sin apartar los ojos brillantes del rostro de Ilse. Permaneció así un buen rato, lo que la incomodó.

Por fin, apagó su cigarrillo y se puso de pie.

—¿Qué tal esto? —dijo—. Haré que mis hombres los detengan mañana. Entonces puede volver y decidir por mí qué se debe hacer con ellos.

—¿Yo? —La propuesta la pilló tan desprevenida que incluso dio medio paso atrás—. Creo... creo que sería más aconsejable que usted mismo tomara esa decisión, capitán —tartamudeó.

—¿Por qué lo cree así?

—Bueno, es obvio... es obvio que tiene más experiencia en estos asuntos.

Casi con tristeza, el capitán negó con la cabeza.

—Ah, señorita Fischer —dijo—. El problema de la experiencia es que es muy difícil de conseguir sin comprometerse a actuar. Pero

estaré más que encantado de ayudarla con eso.

Mientras él hablaba, Ilse vio cómo abría un cajón del escritorio y sacaba una botella y dos vasos pequeños. Llenó uno y se lo bebió de un trago; luego llenó los dos y se levantó. Al verlo salir de detrás del escritorio con los vasos, Ilse tuvo una palpitante sensación de desorientación, como si el pavimento sólido que creía estar pisando se convirtiera en el suelo de un tren en movimiento. Cuando lo tuvo delante, Ilse luchó contra una ridícula pero intensa urgencia de dar media vuelta y salir corriendo a toda prisa hacia la puerta.

—Me da la impresión de que está destinada a hacer grandes cosas —dijo balanceándose—. Y creo que yo puedo hacer que ese viaje sea más corto y más... confortable. ¿Qué me dice?

El capitán arrastraba un poco las palabras e Ilse advirtió que en realidad parecía un poco borracho, hecho que, de entrada, encontró menos preocupante que exasperante. ¡Allí estaba, el hombre enviado a representar al Reich en el pueblo! Allí estaba, celebrando reuniones sobre la seguridad de su pueblo, sobre las necesidades y preocupaciones de los vulnerables colonos recién llegados de Alemania. ¡Y estaba borracho! De repente, Ilse se dio cuenta de que a lo mejor después no recordaba su conversación, en cuyo caso todo el esfuerzo —la ardua tarea de conseguir la lista de nombres del carnicero, la hora desperdiciada con la idiota de la secretaria, por no mencionar la excusa plausible que necesitaría por haberse ausentado durante la cena (a estas alturas ya era evidente que no llegaría a tiempo)—, todo ello habría sido en balde.

—Por favor —dijo el capitán—. Brindemos.

—No, gracias. —Ilse negó con la cabeza. Fingió estar estupefacta.

—¿Por qué no?

—He venido a trabajar —le dijo ella con firmeza—. No a beber.

—Oh, vamos —protestó él riéndose de nuevo—. Eres una chica de ciudad, ¿no? Claro que lo eres. Todas las *Arbeitsmaiden* lo sois. Seguro que tienes todo tipo de hábitos indecentes.

El capitán estaba ahora muy cerca; seguía ofreciéndole el vaso de tal modo que lo sujetaba bajo su nariz. Como no se le ocurrió qué otra cosa hacer, Ilse finalmente lo cogió.

—Buena chica —dijo el capitán—. Salud.

Entrechocaron los vasos; igual que el anterior, él se lo bebió de un trago. Ilse aguantó un momento la respiración e hizo lo mismo.

—Eso es. No ha estado tan mal, ¿verdad?

Lo cierto es que el licor sabía a gasolina y le abrasó la garganta: Ilse empezó a toser. Sin dejar de reír, él tomó su vaso y lo dejó en una mesa de café que había junto a un sofá que estaba arrimado a una de las paredes laterales. El capitán pareció estudiarlo durante un segundo; Ilse sintió que el pulso le palpitaba advirtiéndole de que le faltaba tiempo para descodificar del todo lo que estaba sucediendo. Pero él giró y se dirigió hacia la puerta.

«Se acabó —se dijo a sí misma con un silencioso suspiro de alivio—. Lo único que quería era tomar un trago. Ahora dirá que me puedo ir.»

Pero cuando llegó a la puerta, el capitán no la mantuvo abierta ni hizo amago de acompañar a Ilse fuera. En lugar de eso, la cerró con firmeza y echó el cerrojo.

Mientras se dirigía hacia ella, Ilse se dio cuenta de que no podía ni moverse ni respirar.

—Capitán —jadeó intentando frenéticamente pensar en algo que lo distrajera para que la situación volviera a la normalidad.

Pero para entonces ya lo tenía encima y, sin mediar palabra, la tomó entre sus brazos.

Lo que más recordaría Ilse de lo que vino a continuación no sería el tacto carnoso de sus dedos en el cuello ni el olor a tabaco y aguardiente de su aliento. Lo que recordaría sería el jarro de agua fría que supuso constatar de una manera tan abrupta el insólito y colosal abismo que había entre lo que ella había creído que era el propósito de su visita y lo que, con toda probabilidad, él había planeado desde el principio; la dolorosa comprensión de que tales cosas pueden suceder tan deprisa y con una fuerza tan irrevocable.

Saber que, en realidad, al final todo ocurre en un momento.

En la cocina, el cuco del reloj que hay encima de la nevera pía una vez, anunciando que son las cuatro y media de la madrugada. Ilse

pestañea y se da cuenta de que ha estado mirando su carta sin verla durante casi media hora y de que debe volver a subir antes de que el resto de la casa se despierte. Después de perderse la cena de anoche, consiguió evitar por los pelos el turno de la letrina argumentando que había tenido que regresar del trabajo empujando la bicicleta todo el camino, algo que era falso solo a medias: Ilse había tenido que ir caminando, pero no, como había dicho, debido a un pinchazo, sino porque, aunque la hemorragia no había durado mucho, estaba demasiado dolorida como para sentarse en el sillín de cuero duro. Confundida, se pregunta si seguirá así por la mañana y, en tal caso, cómo hará para ir a casa de los Michalski.

Por un momento la acomete de nuevo aquella extraña sensación de moverse y no moverse que tuvo en la oficina del capitán. Ilse aprieta los párpados y aguarda a que se le pase antes de volver a poner la punta del lápiz sobre la hoja.

¿Recuerdas que cuando estabas con Rudi prometimos compartir todos los detalles «jugosos» de nuestros futuros romances? He iniciado uno, aunque reconozco que no es en absoluto el tipo de aventura que esperaba compartir contigo. Se trata de un hombre mucho mayor que yo, pero de un linaje ario impecable y con un impresionante prestigio dentro del Partido. Ocurrió ayer, de repente. Tan de repente que he de admitir que todo esto me ha alterado un poco. Pero mientras estaba tumbada en la cama esta noche, sin poder dormirme y escribiéndote esta carta imposible, se me ha ocurrido que quizá lo que sucedió con el capitán Wainer fue como aquel episodio en el campo del señor Michalski, cuando crucé la puerta invisible entre el tedio y el dolor y resurgí con un abrumador amor por mi país y sus gentes. Después de todo, ha prometido garantizar mi seguridad y la de mis compañeras *Arbeitsmaiden*. También me ha dicho que veía potencial en mí y que me ayudaría a desarrollarlo. Estoy segura de que estos dos logros ya compensan por sí solos la sorpresa inicial ante las atenciones románticas del capitán.

Hay que hacer sacrificios para garantizar el futuro de nuestra nación.

Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que importa, el futuro de Alemania? ¿Trabajar juntos para que sea grande? ¿No es eso mucho más importante que mis ingenuas e infantiles ideas sobre el amor?

Mientras escribo esto, me doy cuenta una vez más de que fue por esa misma razón —las necesidades de Alemania y mi compromiso de satisfacerlas— por lo que tuve que romper nuestra amistad de la manera en que lo hice. Fuera cual fuese nuestra historia común, y al margen de las promesas y planes que hicimos,

los hechos son irrevocables. Primero, eres judía. Segundo, tu familia tiene vínculos imperdonables con el socialismo; no solo el padre de tu madre fue un antiguo dirigente del Partido Socialista, sino que tu hermano ha asistido a reuniones socialistas e incluso las ha celebrado en vuestra propia casa. De hecho, por lo que yo sé, lo sigue haciendo.

Así pues, al final no eres más que una enemiga de la nación no solo por una, sino por dos razones. Y es por eso que no debo enviarte esto.

Es más, al hojear estas páginas comprendo que, para empezar, ni siquiera era a ti a quien estaba escribiendo. Más bien le escribía a una especie de fantasma, al fantasma de una amistad que hace tiempo que murió; al fantasma de quien creía que eras y al de quien realmente soy yo ahora.

Porque la verdad es que hace mucho tiempo que te eché de mi vida.

ILSE

Tras dejar el lápiz en la mesa, Ilse se detiene un momento para leer y releer su última frase.

Después, con mucho cuidado, coge las páginas con una mano y la vela con la otra. Lleva ambas cosas al fregadero de metal donde anoche lavó los platos de la cena (en penitencia por llegar tarde) y sostiene la vela junto a la esquina de la carta hasta que esta prende. Luego la deja caer en la pila, mirando con indiferencia cómo se convierte en ceniza ante sus ojos.

11

Ava

1949

—Es ama de casa —declaró el niño que estaba dos filas por delante del asiento de Ava del fondo del aula—. Y mi padre es contable.

—Bien —dijo la señora Klepf—. ¿Y sabes lo que hace un contable, Klaus?

—Hace sumas con el dinero de otras personas.

La maestra sonrió mostrando sus dientes amarillentos.

—Algo parecido. Puedes sentarte. ¿Siguiente?

Una niña de la sección de segundo grado se levantó de un salto y Ava se encogió en su asiento. Ya había temido lo suficiente el primer día de colegio antes de entrar y descubrir que tendría que «hablar un poco sobre su familia» delante de toda la clase. Ahora deseaba que se la tragase la tierra para que cuando le llegara el turno, la maestra se la saltara.

—Abbi Schumer —dijo la colegiala de segundo grado moviendo un poco sus trenzas enroscadas—. Tengo una hermanita que se llama Marte. Llora todo el rato. Mi padre tiene una tienda de dulces en la Hochofenstraße. Mi madre también es ama de casa, aunque preferiría trabajar.

—No me digas.

—Sí. Dice que no lo hace porque *Vati* es un cavernícola.

El aula estalló en risitas sofocadas y alguien soltó un grito gutural, «¡Unga, bunga!». Ava tenía los ojos fijos en su pupitre. La superficie de madera estaba desgastada y maltratada y, a pesar de los rastros de lijados frecuentes, todavía estaba marcada con símbolos, frases e iniciales: misteriosos mensajes al futuro de alumnos del pasado. Ava trazó uno con el dedo índice («L. G. N. + G. F. R. = W. L. f. I.») y se

preguntó si, descodificado, podría instruirla sobre qué decir cuando llegara su turno. Lo intentó: «Mi madre es jefa de redacción en una revista y mi padre...».

No le salió nada, ningún pensamiento espontáneo completó la frase en su cabeza; ninguna revelación milagrosa se transmitió de la vieja madera a las yemas de sus dedos.

Delante de ella, a la izquierda, una muchacha con un vestido almidonado de percal se había puesto de pie.

—Lotte Reinhardt —dijo—. Mi madre es modista. «Por supuesto», pensó Ava mirando sombríamente su propio vestido remendado y desgastado—. Tengo un hermano. Es un pelma. Se llama Frederick, igual que mi padre.

La señora Klepf sonrió.

—Puede que ahora lo encuentres menos molesto, dado que este año no vais a pasar todo el tiempo juntos. ¿Y qué hace tu padre?

—Era teniente general. —Lotte hizo una pausa. Luego bajó la voz—: Cayó en Stalingrado.

La maestra asintió con la cabeza, pero no presionó para obtener más detalles ni expresó sus condolencias como lo había hecho cuando, en la primera fila, Jeni Gruenbaum había explicado con lágrimas en los ojos que su madre había muerto hacía poco de cáncer de estómago. De hecho, no había intentado obtener más información sobre ninguno de los padres que, según parecía, habían caído durante la guerra. Caer, reparó Ava, era el verbo que todas habían usado. Como si todos se hubieran venido abajo como soldados de madera.

Iban por la fila anterior a la de Ava; notó que el sudor le hormigueaba en las palmas. Uno, dos, tres: seis pupitres más para su turno.

«Mi padre, mi padre, mi padre, mi padre...» Todavía nada. Se hundió un poco más en la silla intentando mantener la cabeza gacha hasta el último momento. Apenas un instante después, el tono agudo y metálico de la maestra le hizo levantar la vista de nuevo.

—¿Un campo? —estaba repitiendo la señora Klepf—. ¿Dices que murió en un campo?

El muchacho desgarbado al que se dirigía —Ava había olvidado su

nombre— estaba de pie en una postura que sugería que preferiría estar haciendo cualquier otra cosa: la espalda encorvada, la barbilla hundida en el pecho, los puños cerrados en los extremos de sus brazos huesudos.

—Sí —dijo—. En Auschwitz. —Se frotó un pie con el otro—. Es un KZ, un *Konzentrationslager* —añadió sin levantar la vista del suelo.

—Entiendo. —La señora Klepf se quedó un tanto desconcertada—. Así pues, tu madre... ¿estaba empleada allí?

—¿Empleada? —El chico pestañeó—. ¿Se refiere a si trabajaba allí a cambio de dinero?

Un poco sonrojada, la maestra asintió con la cabeza.

El niño se llevó un dedo al puente de las gafas y las empujó hasta lo alto de la nariz.

—No —respondió conciso.

La señora Klepf aguardó un momento. Al ver que el alumno no añadía nada más, carraspeó.

—Bueno, Ulrich —dijo—. Lamento mucho tu pérdida. Puedes sentarte.

Mientras el chico se desplomaba de nuevo en la silla, Ava estudió la parte posterior de su cabeza meticulosamente rapada. Parecía suave y espinosa, como el vientre de un puercoespín; si tuviera que dibujarla, lo haría con una serie de puntos y rayas cortas y oscuras. Ava no sabía qué significaba KZ, pero le constaba que era uno de esos términos que —como «guerra», «derrota», «rusos»— solo aparecían en conversaciones muy serias entre adultos.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó animada la señora Klepf aunque era obvio, puesto que iban por orden.

Cuando los dos estudiantes siguientes terminaron (Lena, Max, hijos únicos, ama de casa, juez, panadera, empleado de banco), Ava se limpió las palmas de las manos con la falda del vestido remendado y ordenó a su corazón que dejara de martillear. «Mi padre es...» ¿Qué demonios podía decir? No podía decirles la verdad, que no sabía quién era su padre, aparte de que había sido soldado y había muerto.

Quizá podía decir que había caído, tal como lo había hecho una docena de compañeros. Pero entonces tendría que decir dónde había

caído y no lo sabía; y tampoco se veía capaz de repetir sin equivocarse ninguno de aquellos nombres extraños (¿Stalingrado? ¿Kursk? ¿Voronezh?) y mucho menos de manera convincente. Sobre todo, habida cuenta de lo nerviosa que estaba, pues ese nerviosismo siempre le hacía decir cosas que no quería, como «Sí, gracias» cuando alguien le preguntaba cómo se llamaba o «Tú también» cuando le preguntaban cómo estaba. Era casi como si perdiera el encantamiento o el hechizo que hacía que charlar fuera algo fácil y natural para la mayoría de la gente. Había tratado de explicárselo a su madre, pero Ilse lo había descartado con un «Ah, ahí está otra vez esa imaginación tuya». Como si la imaginación de Ava fuese un invitado chabacano e inoportuno.

Mientras la niña del pupitre contiguo decía que su padre era dentista y su madre higienista dental, a Ava se le ocurrió otra cosa: si se convencía a sí misma de que era invisible, cuando le llegara el turno, lo sería de verdad. «Soy aire —se dijo apretando los ojos—. Soy solo aire sobre una silla. A través de mí se puede ver la ventana.»

Pero cuando la hija de los dentistas se sentó, la señora Klepf ya estaba lanzando su pregunta:

—Y, por último, tenemos a...

«Aire», pensó Ava.

Y mientras lo pensaba, las notó: treinta y tantas miradas curiosas que la rozaban como abejas sobre la piel, todavía muy visible.

Abrió los ojos.

—Ava —murmuró.

La maestra frunció el ceño.

—¿Ava qué? Y, por favor, levántate.

A regañadientes, se puso de pie.

—Von Fischer.

—Encantada de conocerte, Ava —dijo la señora Klepf con esa vocecilla que los adultos emplean cuando en realidad quieren decirte: «Soy un adulto y tú no»—. ¿Puedes hablarnos un poco de tu familia?

«Familia», pensó Ava. Como de costumbre, le costó relacionar aquel término consigo misma. Ella y su madre eran parientes, eso estaba claro, pero, aun así, su unión era algo más pragmático que «familiar»: como si a ambas les hubieran asignado un puesto en el mismo espacio

vital.

—Mi madre es... redactora y editora —dijo Ava rascándose la pantorrilla derecha con la punta desgastada de su zapato izquierdo—. Para *Burda*. Es una revista femenina.

—¡Ah! —La maestra sonrió de oreja a oreja—. ¡Yo leo *Burda*! ¿Y sabes sobre qué escribe?

—Cosas de mujeres —respondió con una entonación interrogativa.

—¿Puedes decirnos a qué te refieres con «cosas de mujeres»?

Y, por supuesto, Ava podía haberlo hecho. Podía haber mencionado el llevar la casa como una buena ama de casa alemana y preparar comidas sanas con un presupuesto ajustado. Podía haber hablado sobre cómo se reforma la chaqueta de la Wehrmacht del marido para convertirla en el abrigo de invierno de un niño o sobre cómo reutilizar viejas banderas con la esvástica para confeccionar alegres posavasos para los días de fiesta. O cómo prever que los vestidos de la hija se puedan ensanchar y alargar para que duren un año más. Podía haber hablado de la columna de consejos de Ilse, titulada «Querida tía», a pesar de que, que Ava supiera, Ilse no tenía tías ni sobrinas.

En cambio, dijo:

—Si de verdad leyera *Burda*, ya sabría cuáles son.

El silencio que se hizo en el aula fue tan denso que casi lo sintió sobre la cabeza.

—Eso —dijo pausada la señora Klepf— es un buen ejemplo de cómo no se debe hablar a la maestra. Cualquier otro día, de hecho, me vería forzada a considerar si te imponía un castigo.

La señora Klepf dirigió la mirada hacia el rincón más alejado del aula y, por primera vez, Ava se fijó en la vara apoyada en la esquina en que se juntaban las dos paredes grises. Descortezada, flexible y delgada como un látigo. Sabía que había padres que azotaban a sus hijos; su madre prefería la parte posterior de su cepillo de pelo en forma de paleta, que usaba con suma puntería y eficiencia.

—Sin embargo —continuó la maestra—, dado que es nuestro primer día, estoy dispuesta a hacer algunas excepciones. Ava, ¿te gustaría intentarlo de nuevo? ¿Con educación y con el respeto debido a un adulto?

Una gota de sudor comenzó un lento y hormigueante viaje por la columna vertebral de Ava.

—Escribe sobre economía doméstica. Y... y otras cosas.

—Gracias. ¿Y el resto de tu familia? ¿Hermanos? ¿Hermanas?

Ava negó de manera sutil con la cabeza, pensando «por favor, no; por favor, no; por favor, no». Pero sin que Ava lo pudiera evitar , la señora Klepf preguntó:

—¿Y tu padre?

—Mi... —Ava tragó saliva—. Mi padre...

—Lo siento, Ava. No te he oído.

—Cayó —murmuró apenas un poco más fuerte.

—¿Cayó en combate?

—Cayó... cayó en un KZ.

—¿Un KZ? —La declaración pilló desprevenida a la señora Klepf—. ¿Sabes dónde?

Ava negó con la cabeza.

—No lo sé. No sé nada de él en absoluto. Solo que cayó.

Se quedó mirando al suelo de madera de color arena; unas risitas y susurros de sorpresa sonaron en voz baja a su alrededor. Se dio cuenta de que odiaba a su madre —realmente la odiaba— por guardar la verdad de aquella manera. Como si al no decirle nada la estuviera protegiendo, cuando hacía justo todo lo contrario.

Cuando volvió a levantar la vista, la señora Klepf la estaba estudiando con una mirada muy parecida a la que Ilse había puesto cuando Ava le había mostrado una paloma muerta en la calle.

—Muy bien —suspiró—. Puedes sentarte.

Ava se dejó caer en su silla, con las extremidades laxas por el alivio. Pero mientras la maestra se volvía hacia la pizarra, Ava sintió, en lo más hondo de su ser, una ligera decepción. Era la misma sensación que tenía cuando su madre la escuchaba sin oírla o la miraba sin verla. En esos momentos Ava se sentía tan invisible como el príncipe con la capa mágica en el cuento de *Las doce princesas bailarinas*. En esos momentos se sentía como un fantasma en su propia vida.

Por la tarde tenían media hora de recreo en el jardín, que más que un jardín era un descampado de tierra lleno de colillas de cigarrillos y escombros. Los otros niños recogían piedras para delimitar porterías y elegían a sus compañeros de equipo; Ava se quedó rezagada, medio esperanzada, medio intimidada. Carecía de habilidades deportivas más allá de saltar a la comba y había tenido pocas ocasiones de adquirirlas, pues tras un lamentable reclutamiento fallido para una pelea de bolas de nieve en el barrio, nunca volvió a jugar con sus vecinos. Pero la posibilidad de que la incluyeran era lo bastante tentadora como para que se demorase mientras los demás se organizaban, al menos hasta que uno de los muchachos gritó:

—¡Eh, tú, bastarda sabelotodo! ¿Tu padre jugaba al fútbol?

—¿No la has oído? —respondió a voces otro chaval—. ¡No sabe nada sobre él!

Roja como un tomate, Ava se escabulló en la dirección opuesta. No sabía adónde iba hasta que tropezó con una roca plana y grande que había bajo un roble que parecía muerto. Se sentó y sacó de un bolsillo un cabo de lápiz y su cuaderno de bocetos; luego, pasó las páginas hasta llegar al dibujo que había empezado la noche anterior. Mostraba a una niña más o menos de su misma edad, más o menos parecida a ella, con las extremidades delgadas, la barbilla afilada y el cabello liso y oscuro en dos trenzas. Pero mientras que Ava estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una gran losa de granito, la chica del cuaderno de dibujo se arrojaba a un pozo. Para ser más exactos, estaba junto al brocal del pozo, contemplando sus húmedas y oscuras profundidades. Le había llevado horas conseguir la postura correcta del cuerpo, usando como modelo a su única muñeca, que tenía la cabeza de porcelana desconchada y había sido bautizada con el nombre del país que llevaba estampado en la espalda. Para el pozo había utilizado una sopera contra la que Ava había apoyado con esmero a Japón después de haberla desnudado hasta dejarla en bragas.

Ahora tocaba dibujarle la cara.

Ava mordisqueaba la punta del lápiz, que tenía ese sabor salado a madera tan extrañamente reconfortante como siempre. ¿Qué expresión tendría una niña si su propia madre le hubiese ordenado

saltar a un pozo profundo y oscuro en el que era probable que se ahogara?

Cerró los ojos e intentó evocar el momento, el sentimiento. El miedo. Un olor mineral a esquisto y cemento; un indicio de algas verdes. Por un instante, los gritos de los futbolistas se desvanecieron y junto con ellos la ansiedad pegajosa de la mañana, la vergüenza de haber sido tachada de sabelotodo y de bastarda menos de tres horas después de que el timbre anunciara el inicio de las clases. En cambio, ella estaba casi allí: en el mundo medio que existía entre el sórdido Bremen y el resplandeciente Grimm. A su alrededor, el aire tiembla de la misma manera que el agua se estremece y centellea antes de separarse ante ella...

—¿Estás dormida?

Sorprendida, Ava abrió los ojos y vio a Ulrich Algo, el niño cuya madre sí había muerto en un KZ. Ulrich estaba frente a ella, con un libro de bolsillo maltratado bajo el brazo y una expresión seria de curiosidad.

—Por supuesto que no —respondió Ava tapando enseguida su cuaderno.

«Vete de aquí.»

En vez de eso, Ulrich se acercó empujando sus gafas hacia arriba de la misma manera ansiosa y brusca que Ava de repente identificó como muy molesta.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece?

—Dibujar. —Lo dijo casi con amabilidad, como si le estuviera presentando una idea nueva—. La pregunta es ¿qué estás dibujando?

Ava le miró los pies con el ceño fruncido. Tenía las botas gastadas en la puntera: podía distinguir un calcetín a rayas. Al examinarlo más de cerca, podía verse que el calcetín también tenía un agujero que revelaba una sola uña con la luna sucia.

—Una chica —dijo a regañadientes.

—¿Qué clase de chica?

—Una chica saltando a un pozo.

«Como deberías hacer tú.»

—¿Por qué quiere saltar?

Iracunda, levantó la vista otra vez, preparada para que él se mofara. Pero detrás de la cinta adhesiva deshilachada que unía precariamente sus gafas rotas y con las lentes rayadas, sus ojos no se burlaban. Eran de color caoba oscuro con motas verdes y doradas y miraban con curiosidad.

—Se le ha caído el huso al fondo —explicó Ava con cautela—. Su madre la obliga a bajar a buscarlo. Y cuando lo hace, descubre que el mundo que hay allí abajo es mucho mejor que el de aquí arriba.

Ulrich se mecía adelante y atrás.

—Vaya, es fantástico —dijo pensativo—. Desde luego, me gustaría encontrar un mundo mejor bajo tierra.

Ava volvió a escudriñar su rostro, que le pareció inocente. Incluso asentía lentamente para sí mismo, como si la idea de que hubiera una tierra maravillosa dentro de un pozo tuviera tanto sentido que se preguntase por qué no se le había ocurrido a él.

—¿Qué clase de lugar hay ahí abajo? —preguntó sentándose junto a ella.

—Un hermoso prado lleno de mariposas. Cerezos y manzanos parlantes. Una dama que se baña en oro.

—¿Todo bajo el agua?

Ava no había pensado en aquello.

—No. Creo que el prado y todo lo demás están debajo del agua; en el siguiente nivel, pero no sumergidos.

—Menos mal. Así no estará siempre empapada. Sería bastante incómodo. —Ladeando la cabeza, añadió—: ¿Me la enseñas?

—¡No!

—¿Por qué no?

El «por qué no» marcó el momento hasta el que Ulrich Algo le había parecido tratable, pero todavía tenía mucho tiempo para encontrar algo por lo que burlarse de ella. Y había pocas cosas que la pequeña Ava odiara más que que se burlaran de ella. Sin importar quién lo hiciese.

Sin embargo, mirándolo de reojo, tuvo que admitir que no parecía que fuera a reírse. De hecho, con sus ojos tristes y su cara seria y

alargada, daba la impresión de que rara vez se reía.

Ava entrecruzó las rodillas en una postura semejante a la de él y puso el cuaderno de dibujo entre ambos. Ulrich lo estudió durante unos instantes sin decir palabra. Luego la miró con tristeza.

—Es bueno —dijo como si estuviera anunciando un diagnóstico muy grave.

Ava miró el dibujo. Desde la muerte de sus abuelos, nadie había elogiado ninguno de sus dibujos con seriedad y consideración. Las monjas del Hogar de Niños de la Santa Madre habían estado demasiado ocupadas para decirle algo más que un ocasional «es bonito». Tan poco acostumbrada estaba a esa clase de elogios que, por un momento, no supo cómo responder, aunque le constaba que la gratitud era lo apropiado.

Pero cuando abrió la boca, lo que le salió fue una pregunta:

—¿Qué es un KZ?

—¿No has dicho que tu padre murió en uno?

—Sí, pero mi madre no me cuenta nada.

Ulrich asintió, como si estuviera familiarizado con aquel problema.

—Es como una cárcel, solo que peor.

Cogió un palito de la superficie de la roca y se puso a estudiarlo con detenimiento.

—¿La gente hacía cosas malas para que la metieran ahí dentro?

—No —contestó Ulrich cortante—. En parte, por eso es peor.

—¿De qué otra manera es peor?

—Mi padre no me lo cuenta. —Empezó a quitar la corteza color plata a la ramita—. Dice que me lo explicará cuando sea mayor.

—Es lo mismo que dice mi madre —exclamó Ava de pronto cautivada por aquella injusticia compartida. «Lo hablaremos cuando seas mayor. Eres demasiado pequeña para entenderlo.» Cogió un guijarro y lo tiró después de que él tirara la ramita—. Como si fuese un bebé.

—Creen que por ser adultos tienen derecho a hablar de esa manera —dijo Ulrich apesadumbrado—. Pero a veces lo oigo llorar. Como si fuese un niño.

—¿De verdad?

Ava nunca había visto llorar a Ilse. Ni siquiera una sola vez.

Ulrich asintió.

—Cree que no lo oigo. Pero lo oigo. —Cogió otro guijarro y lo tiró de modo que cayera entre su ramita y la piedrecita que Ava había tirado poco antes—. ¿De verdad no sabes quién es tu padre?

—No. —Por alguna razón, no le costó decírselo.

—¿Seguro que está muerto?

—Ni siquiera sé eso.

Ulrich le sostuvo la mirada pensativo, con sus ojos moteados de oro.

Ava tuvo la extraña sensación de que no le estaba mirando las pupilas, sino a través de ellas, directo a la confusión, el dolor y la humillación que la habían hecho soltar la palabra «KZ». «Lo sabe —pensó sintiendo una certeza fría y vacía en el estómago—. Sabe que he mentido.»

Pero si así fue, su nuevo amigo optó por no comentarlo. Al cabo, lo que dijo fue:

—Es mejor.

—¿El qué?

—No saber si está vivo.

—¿Mejor que qué?

—Que saber que está muerto.

Ava ya había oído eso otras veces.

—¿Y si está vivo y es una mala persona?

Ulrich se animó.

—¿Como un ladrón de bancos?

—O un asesino.

—A lo mejor es un genio del mal —dijo Ulrich entusiasmado con el tema—. Como Lex Luthor.

Ava frunció el ceño.

—¿Quién es Lex Luthor?

—El archienemigo de Superman, ¿quién va a ser?

—¿Superman? ¿Quién es ese?

Ulrich la miró de hito en hito.

—¿No conoces a Superman? ¿El superhéroe americano?

—No soy americana, ¿no? —Mosqueada, tiró un guijarro contra el

palito de Ulrich—. ¿Cómo quieres que sepa quién es?

Ulrich se encogió de hombros.

—Un soldado *Ami*, un estadounidense con el que trató mi padre, me dio un montón de *Action Comics* antes de regresar a su país. Están en inglés, pero lo entiendo casi todo.

Desde la pequeña escuela llegó el tintineo metálico del triángulo de la señora Klepf. Para su sorpresa, Ava se sintió decepcionada al oírlo. Quería seguir hablando con aquel chico tan raro que le resultaba extrañamente familiar.

—Es el hombre más fuerte del mundo —prosiguió Ulrich levantándose mientras Ava volvía a guardar el cuaderno en un bolsillo —. Aunque en realidad no es humano; es del planeta Krypton. Levanta trenes del suelo. Y vuela.

—Es impresionante. —Ava también se puso de pie y se sacudió el polvo y la arena de detrás de las piernas—. ¿Sus alas son como las de un pájaro o como las de una mariposa?

—No es un hada. —respondió Ulrich Bergen indignado—. No necesita alas.

—Entonces, ¿cómo vuela?

—Simplemente lo hace. —Habían comenzado a caminar juntos de la misma manera en que habían entablado conversación: con gran facilidad y soltura, como si recorrieran juntos aquel mismo camino todos los días—. Los cómics lo explican —continuó Ulrich—. Mañana traeré unos cuantos si prometes no tocarlos. Son bastante viejos, pero siguen siendo muy buenos.

«Mañana.» La palabra y su promesa tácita fueron tan inesperadas como emocionantes. Lo que le estaba diciendo, Ava se dio cuenta, era que volverían a hablar al día siguiente. Que tenían un plan. Lo que le estaba diciendo era que le gustaba estar con ella.

—Prometido —dijo Ava radiante.

En el aula, la señora Klepf estaba de pie detrás de su escritorio, con una bolsa de papel encerado en las manos y una pila de folletos delante de ella.

—Dentro de un momento —les dijo—, repartiré los libros de texto de Historia que han sido aprobados y que usaremos por ahora. Pero antes tengo una sorpresa muy especial para todos vosotros. El padre de Abbi os ha traído a todos un regalo por ser el primer día de clase: ¡una bola de Mozart para cada uno!

Abbi Schumer se pavoneaba mientras la habitación se llenaba de un murmullo impresionado y Ava se preguntó cómo sería ser ella. No solo tener padre, sino un padre con el mejor trabajo del mundo (¡una tienda de dulces!) y la voluntad de garantizar el bienestar social de su hija.

—Por favor, tened en cuenta —dijo la señora Klepf levantando de nuevo la voz para que la oyeran pese a los excitados susurros— que por lo general no permitiré que se coma durante las horas de clase. Pero dada la extraordinaria generosidad del señor Schumer, esta vez estoy dispuesta a hacer una excepción. ¿Sí, Ernst?

—¿Los libros de texto no siguen siendo libros? Eso no parecen libros.

El regordete de la primera fila señaló con el dedo.

—Sí —dijo la maestra—. Son lo que tenemos en vez de libros, por el momento. Los oc... —Se interrumpió, al parecer para corregirse—. El gobierno sigue trabajando en libros de texto nuevos para todos. Mientras tanto, nos han dado esto para que vayamos empezando.

—¿Por qué necesitamos libros de texto nuevos? ¿Qué tenían de malo los viejos?

—Me temo que como yo no estoy en el gobierno, no puedo responder a esa pregunta —dijo la señora Klepf, y apretó los labios—. Bien, ¿quién quiere un dulce?

Un bosque de brazos infantiles se alzó en el aula; la maestra comenzó a abrirse paso a través de ellos. Antes de que terminara la primera fila, a Ava ya se le hacía la boca agua. Ilse había relegado los dulces a la misma categoría que los juguetes y los zapatos nuevos y las bonitas cajas de hojalata de pinturas que Ava siempre codiciaba: todas «las cosas que no necesitamos» que requerían «un dinero que no tenemos». Así que, aparte de las ocasionales manzanas caramelizadas de la feria y los pasteles de cumpleaños semestrales (en los que, no

sabía por qué, Ilse se empeñaba), el único dulce con el que Ava podía contar con regularidad era la mermelada de su tostada matutina. Como resultado, ahora deseaba tomar dulces casi tanto como en los tiempos del orfanato: un anhelo obsesivo, instintivo, superado solo por su ansia de saber la verdad sobre su padre. Ya casi podía saborear la mantecosa riqueza de la masa de almendras en dulce alianza con la crema de avellanas, unidas por la brillante capa de chocolate negro.

Cuando por fin tuvo la golosina envuelta en papel de aluminio en la palma de la mano, hizo todo lo posible para saborearla. Le quitó el brillante envoltorio muy despacio, lo dobló con exquisito cuidado y lo guardó para olerlo después con nostalgia. Mordisqueó primero un lado del bombón, luego, el otro, cerrando los ojos cada vez para saborear mejor cada rico y glorioso matiz. A su alrededor, el aula se sumió en una calma satisfecha, rota solo por el alegre crepitar de los envoltorios al arrugarse y los susurrantes suspiros de contento.

Entonces, una voz recién conocida rompió el silencio.

—Pensaba que había dicho que había uno para cada uno.

Ava abrió los ojos y vio a Ulrich, el chico del patio, mirando con el ceño fruncido su pupitre, sobre el cual no había un *Mozartkugel* intacto, sino dos. A su lado estaba la señora Klepf.

—Así es —dijo la maestra sonriendo incómoda. Paradójicamente, al menos para Ava, parecía una niña a la que hubieran pillado metiendo la mano en un frasco de caramelos—. Pero resulta que había uno de más y he pensado que te gustaría comértelo.

Ulrich la miró con abierto recelo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —La señora Klepf sonrió forzada—. ¿Qué ocurre? ¿No te gustan los dulces?

—Claro. Pero a los demás también —señaló—. Y nadie más tiene dos. Todos los demás tienen solo uno.

—Bueno, Ulrich. Verás… —La señora Klepf carraspeó. Su sonrisa estaba empezando a parecer una mueca—. Verás —prosiguió—, a veces, cuando sobra algo, en lugar de desperdiciarlo, es mejor dárselo a alguien que lo merezca.

—¿Y cómo sabe que lo merezco? —El desgarbado Ulrich empujó sus

gafas hasta lo alto de la nariz y se recostó en la silla de madera—. Es el primer día de clase. Aún no sabe nada de mí.

Con la boca todavía hormigueante como consecuencia de la masa de almendra, Ava se encontró mirando anonadada a su nuevo amigo. No era que aquel chico hubiese conseguido un dulce caído del cielo o que (¡increíble!) no lo quisiera. Era que nunca había visto a nadie de su edad dirigirse así a un adulto: como si fuese tan adulto como ella. Era la cosa más subversiva que Ava había presenciado en su vida, incluida aquella vez en que alguien del orfanato pegó una nota en la espalda de una monja que decía «Primer premio: cerdo más gordo».

—Bueno. —La maestra tosió—. Has dicho que habías perdido a uno de tus padres.

—A mucha gente le ha ocurrido. A Lotte, por ejemplo. Y a Ava.

—Te comprendo. —¿Fueron imaginaciones de Ava o la voz de la maestra adquirió un tono ligeramente suplicante?—. La guerra fue muy dura para todas nuestras familias. Pero en algunos casos...

—No lo quiero —interrumpió Ulrich con rotundidad.

Se oyeron unos cuantos jadeos. Parecía que hubieran abofeteado a la señora Klepf.

—¿No lo quieres?

—No. Déselo a otro, por favor.

Ulrich recogió el bombón y se lo ofreció con firmeza.

Mirándolo fijamente, el rostro contraído de la señora Klepf se tornó sonrosado como el del minirretrato de Mozart de los dulces. Ulrich se limitó a sostenerle la mirada. Ava se mordió el labio. Casi podía sentir la creciente tensión que desplazaba el aire viciado y silencioso del aula.

Al final, la maestra suspiró.

—Llévatelo a casa para más tarde —dijo con ternura, y se dio la vuelta—. Para todos los demás: por favor, tened el envoltorio listo cuando pase con la papelera.

—Más tarde tampoco lo querré.

Ulrich miró con desprecio la espalda de la maestra mientras se alejaba. Pero si lo oyó, la señora Klepf no se dio por aludida.

Ava aguardó hasta que pasó por la primera fila de pupitres. Luego

se inclinó y le tiró de la camisa a Ulrich.

—Si no lo quieres —le susurró—, ¿puedo quedármelo?

Ulrich la miró con las cejas enarcadas y por un instante a Ava le preocupó parecer codiciosa y que eso cortara el delgado hilo de su nuevo vínculo. Pero Ulrich solo se encogió de hombros.

—Claro —dijo.

Se dio la vuelta, recogió los dos dulces y los depositó directamente en el pupitre de Ava.

—¿De verdad?

—No me gusta mucho el mazapán —afirmó Ulrich. La miró muy serio desde detrás de sus lentes rayadas—. Y Mozart tampoco —añadió.

Ava no estaba segura de si lo decía en broma, pero, de todos modos, se echó a reír. Casi parecía demasiado: no solo había conseguido un amigo al que le gustaba su dibujo y que quería volver a hablar con ella al día siguiente, sino que tenía dos dulces más para ella sola...

—¡Señorita Fischer!

Sobresaltada, Ava levantó la cabeza y vio que la señora Klepf la estaba fulminando con la mirada desde la pizarra.

—¿Los has cogido del pupitre de Ulrich?

Ava se humedeció los labios.

—Me... Ulrich me ha dicho que me los daba.

Tras dejar en el suelo la papelera, la maestra regresó por el pasillo.

—Creo que lo he dejado muy claro. Estos eran para Ulrich y solo para Ulrich.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

La maestra estaba ya a su lado cuan alta era, con los puños apoyados en sus flacas caderas. Olía a sudor rancio, a perfume pasado y a algo más íntimo y ligeramente chotuno.

—Él no los quiere —protestó Ava—. Usted misma lo ha oído.

—¿Insinúas que soy dura de oído?

—Es verdad —intercedió Ulrich—. La verdad es que no...

—Ni-una-palabra-más. —El semblante de la señora Klepf había pasado de estar sonrosado por la rabia a estar tan blanco como las

tizas que acababa de alinear con esmero en la pizarra—. Devuélvele los dulces a Ulrich. Y discúlpate.

Ava miró los dos bombones. Se sintió como si le hubieran dicho que regalara los dos trozos más dulces de su alma. «Hazlo y punto —se dijo—. Solo di que lo sientes.» Pero todo su cuerpo, desde los dedos hasta los labios, estaba tan inmóvil y paralizado como el de *La Virgen de los Ventisqueros* de Andersen.

—¡Muy bien, pues! —siseó la maestra—. ¡Lo haré yo misma!

Recogió los dulces y los arrojó con tanta fuerza al escritorio de Ulrich que uno rebotó y se estrelló contra la pared. Ava siguió su trayectoria. Después miró a Ulrich, que había enmudecido por la violencia del gesto. Él se volvió hacia Ava; su expresión era indescifrable. Luego, muy lentamente, bizqueó los ojos detrás de las gafas.

Como si les hubieran dado pie, de repente se desternillaron a la vez: Ulrich ululando, jadeando y resollando; Ava resoplando e hipando. La maestra y el resto de la clase los miraban sin salir de su asombro.

A las cinco de la tarde, Ava estaba sentada a la mesa de la cocina, con el nuevo libro de Historia que más bien parecía una revista, junto con los libros de Matemáticas e Inglés encuadernados como era debido. Encima de los libros viejos estaba su bosquejo de la chica del pozo, al que estaba dando los retoques finales. Al oír el ruido de la llave en la cerradura, cerró el cuaderno de bocetos, abrió el libro de Matemáticas y se puso a mirar, sin ver, las filas de hormigas que componían las tablas de multiplicar. Las llaves de su madre aterrizaron con un estrépito metálico en la cómoda del recibidor.

Siguió un momento de pesado silencio. Ava sabía que su madre estaba leyendo la nota que la señora Klepf había garabateado «para tu madre», la que, a su vez, Ava se había planteado abrir, leer o reescribir antes de que finalmente, desesperada, la dejara sobre el mueble del recibidor.

Después de una pequeña eternidad, su madre la llamó.

—¿Ava?

—Estoy aquí —respondió Ava reprimiendo el impulso de deslizarse bajo la mesa.

Oyó los zapatos Oxford de Ilse marchando deprisa por el pasillo. Acto seguido, su madre apareció en la puerta, sosteniendo en alto la nota.

—¿Es verdad?

—No sé lo que dice —contestó Ava con sinceridad.

—No te hagas la lista. Dice que le has robado unos dulces a otro estudiante y que luego te has negado a disculparte. También que has sido grosera con la maestra delante de la clase.

—Los dulces me los dio él —dijo Ava consciente de que le temblaba la voz.

—Entonces ¿por qué dice aquí que los has robado?

—No lo sé. —Ava se quedó mirando sus zapatos—. Se lo ha dicho a toda la clase. Pero puedo demostrar que no es verdad. —Metió la mano en el bolsillo del jersey y sacó el último *Mozartkugel* que le quedaba—. ¿Ves? Me los ha devuelto después de clase. He guardado este para ti.

Con los labios apretados, Ilse cogió el dulce con dos dedos. Lo estudió con una mirada que daba a entender que sospechaba que podía explotarle en la mano.

—¿Juras que no lo has robado?

—Sí. —Ava levantó un poco la barbilla—. Es mi amigo.

La palabra le resultó casi tan dulce como el chocolate en la lengua.

—¿Tu amigo? —repitió Ilse desconcertada—. ¿Desde cuándo lo conoces?

—Nos hemos conocido hoy. —Ava notó que se le calentaban las orejas—. Pero hemos hablado durante todo el recreo. Me ha hablado de Superman.

Durante un largo momento Ilse no dijo nada. Su rostro pareció endurecerse un poco, como la arcilla se fija a medida que se endurece. Después, suspiró.

—Me temo que la maestra tiene razón. Mañana tendrás que disculparte con tu nuevo amigo.

—¡Pero no es justo! —Ava notó que se volvía a sonrojar—. ¡Y ni

siquiera es importante para Ulrich! Ha dicho...

Su madre la interrumpió.

—Está claro que para la maestra sí lo es. Y me figuro que querrás empezar el curso con buen pie.

—¿Mintiendo? ¡Siempre dices que mentir está mal!

Ilse negó con la cabeza.

—Pensaremos juntas la manera de decirlo. Pero hablaré con la señora Klepf para asegurarme de que has cumplido. Y no quiero volver a oír que te pones contestona en clase. ¿Entendido?

—No me crees —dijo Ava enardecidamente—. Mi propia madre.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Para serte sincera, tampoco tiene nada que ver contigo.

—¿Cómo puedes decir eso? —Ava rompió a llorar—. ¡Me ha llamado ladrona! ¡Y ahora me dices que mienta sobre lo que ha pasado!

Ilse apretó los labios.

—Eres demasiado joven para entenderlo. Te lo explicaré cuando seas mayor.

—¡Siempre dices lo mismo! ¡Dijiste eso para responder a por qué trabajas todo el tiempo! ¡Y a por qué no puedo tener ropa nueva! ¡Y a por qué no puedes hablarme de mi padre! Siempre voy a ser demasiado joven. ¡Para todo!

«Te odio», estuvo a punto de añadir, pero se las arregló para contenerse. Aun así, Ilse entornó los ojos un poco, como si de todos modos lo hubiese oído.

—No eres demasiado joven para aprender una lección —dijo fríamente—. Muy a menudo, la vida no será justa y no habrá nada que puedas hacer al respecto. Tu mejor baza es mantener las manos limpias y la boca cerrada.

—¿Qué tan limpias están tus manos? —murmuró Ava.

Si Ilse oyó el desafío, optó por ignorarlo.

—Hablando de mantener la boca cerrada —dijo—, la nota de la señora Klepf incluye un hecho más. Dice que le has dicho a la clase que... —titubeó— que tu padre murió en un campo.

—¿Un campo?

Su madre apretó la mandíbula.

—Un KZ —aclaró.

Ava bajó la mirada a la mesa.

—No sabía qué otra cosa decir. Todos los demás han dicho en qué trabajaba o dónde había muerto su padre. Y yo... yo ni siquiera sé cómo se llamaba el mío. Lo único que sé es que la *Oma* y el *Opa* me dijeron que era soldado. Y que murió antes de que yo naciera.

Por un momento, la única respuesta fue un lejano pero creciente mugido: el agobiante ulular de una sirena en algún lugar cercano. Al aumentar de volumen —el aullido lastimero y áspero de una catástrofe en ciernes—, el pánico cundió de nuevo; la repentina certeza de que las paredes y el techo no eran de yeso y madera maciza, sino que estaban a punto de derrumbarse encima de ellas como si fueran de tiza. Cuando se impuso la familiar sensación de asfixia, Ava agarró su lápiz con ambas manos, tan fuerte que la piel de los nudillos se puso blanca. Durante un instante, creyó de verdad que no podía llenar los pulmones, que iba a desmoronarse allí mismo, en el acto. Entonces la sirena se desvaneció en la distancia y el terror siguió su camino como la fría sombra de una nube empujada por el viento.

Cuando Ava levantó la vista, esperaba ver la familiar mirada de desaprobación con los labios prietos. En cambio, vio que Ilse tenía la cabeza rubia entre las manos. Los hombros le temblaban. Asombrada, Ava se dio cuenta de que su madre estaba llorando.

—*Mutti*?

Se levantó y le tocó suavemente el codo.

Ilse no se movió. Luego, apartó la mano de su hija, se puso de pie y se limpió los ojos con los puños de la blusa.

—Lleva tus cosas arriba, por favor —dijo con la voz tensa—. Tengo que empezar a preparar la cena.

—Pero...

—Ava, ¿quieres que vaya a buscar el cepillo?

Ava notó que le temblaba la barbilla. Más perturbadora que la consabida amenaza fue la sensación de que una inusual ventana —una ventana al secreto de su madre, a su verdadero ser— acababa de

entreabrirse para luego cerrarse de golpe. Pero Ava sabía que no debía tratar de abrirla de nuevo a la fuerza.

Parpadeando para contener las lágrimas, empezó a reunir sus libros y papeles y se dirigió con paso tembloroso hacia la puerta. Una vez allí, se volvió.

—*Mutti*.

Su madre estaba apilando cosas sobre la encimera: una cebolla, un tarro de tomates, una bolsa de carne.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No. —Ilse puso la cebolla en una tabla de cortar—. Ya hablaremos cuando seas mayor.

—Por favor. ¿Puedes decirme... cómo cayó?

Su madre se giró poco a poco.

—¿Quieres decir si murió en combate?

Sus ojos plateados estaban enrojecidos, un contraste que por alguna razón resultaba inquietante.

Ava asintió.

Ilse volvió a dudar. Muy levemente, negó con la cabeza y la sorpresa ensanchó el corazón de Ava.

—¿Entonces está vivo? —preguntó casi sin aliento.

Su madre cerró los ojos.

—No pienso hablar de esto ahora —respondió Ilse apretando los dientes—. Vete arriba. Ahora mismo.

—Pero...

Una réplica brusca resonó de repente en la cocina, haciendo que Ava se llevara un buen susto. Durante un momento de confusión, creyó que habían disparado a su madre, hasta que se dio cuenta de que había sido Ilse que había cerrado de golpe el cajón de los cuchillos.

—¡Ahora mismo!

Sonó casi como un aullido.

Ava dio media vuelta y salió corriendo hacia la escalera. Una calidez salada le nubló la visión, de modo que calculó mal dónde estaba el escalón y tropezó. Tratando de recobrar el equilibrio, alargó la mano hacia la barandilla y faltó poco para que golpeara la

fotografía enmarcada ubicada debajo: ella e Ilse, poco después de que su madre apareciera como por arte de magia en el Hogar de la Santa Madre. En la imagen, los fuertes brazos de Ilse envolvían sin apretar la flaca cintura de Ava; sus trenzas rubias se enredaban con las castañas de Ava. Su sonrisa era tensa; la expresión de Ava, seria, un tanto confundida. Ava alargó el brazo y pasó un dedo por el borde labrado del marco de plata de ley.

Después, con la misma deliberación, tiró la foto de la mesa, haciéndola resbalar por el roble pulido para que se estrellara contra el suelo. El cristal se rompió en una docena de centelleantes fragmentos.

12

Renate

1938

Renate corre por la Kronberger Straße, maldiciendo a Daphne du Maurier mientras se abotona el abrigo, que le va pequeño, para resguardarse del frío.

Es la segunda vez en cuatro días que se salta su parada. El viernes se dio cuenta del descuido casi de inmediato y logró que el conductor se detuviera, por lo que solo tuvo que retroceder un corto trecho a la carrera hasta la escuela. Hoy, sin embargo, el número 8 ha llegado a mitad de camino de Nikolassee antes de que el conductor gritara jovialmente por encima de su hombro.

—¿Haciendo novillos, señorita?

Incluso entonces, Renate estaba tan absorta en el malvado plan de Jack Favell para chantajear a Max de Winter que ha tenido que avisarla una segunda vez para que se diera cuenta.

Renegando en voz baja, se mira la muñeca sin acordarse de que la semana pasada empeñó su reloj para conseguir dinero para los regalos de Navidad. Pero dado el silencio espectral de las campanas de la iglesia de San Juan, que suenan cada cuarto de hora, calcula que, como muy temprano, son las ocho y tres y, como muy tarde, las ocho y dieciocho. Ninguna de las dos cosas importaría si su primera clase no fuese la de inglés y su primer profesor, el señor Lawerenz.

Veterano de la Gran Guerra, con una cojera severa y un temperamento tan feroz que podría hacer callar a cualquier docente nazi de la antigua escuela de Renate, el señor Lawerenz inspira puro terror en sus abarrotadas aulas con un solo golpe de su bastón. Nunca se le ha visto sonreír, aunque la opinión está dividida en cuanto a si esta sobriedad refleja el trauma de la guerra o el mero hecho de haber

nacido estúpido. Además, parece tener más aversión a Renate que a sus otros alumnos, aunque ella no entiende por qué. En clase es aplicada; participa con desenvoltura en los debates y siempre levanta la mano antes de hablar. Incluso trata de hacerlo sonreír, en parte porque después de su última experiencia escolar está desesperada por que sus profesores la aprecien, pero también por el gran desafío que supone. El lunes pasado, por ejemplo, cuando el señor Lawerenz le comunicó que su tardanza significaba que se había perdido su introducción al pluscuamperfecto inglés, ella señaló que había estado leyendo *Lo que el viento se llevó* en la versión inglesa original y que resultaba estar escrita en pasado.

—Así que ya ve —dijo ella (en inglés) sonriendo de una manera que creyó persuasiva—. En realidad no me he perdido nada.

La clase se rio. El señor Lawerenz no. Muy al contrario, dio un bastonazo contra el suelo de parquet con tal fuerza que Renate medio esperó que destrozara los listones de madera.

—Vuelve a llegar tarde —había dicho de forma siniestra (y en alemán)— y te encontrarás con una expulsión temporal. Veremos qué te pierdes entonces.

Luego la envió derecha al despacho de la directora para que reflexionara sobre su arrogancia.

Por suerte, la doctora Goldschmidt, que es además la fundadora de la escuela, tiene sentido del humor y pasión por Margaret Mitchell. De hecho, la doctora admitió que también acababa de terminar *Lo que el viento se llevó* y ella y Renate mantuvieron una agradable charla sobre la guerra civil de Estados Unidos y la oscura historia de la esclavitud antes de regresar juntas a la clase del señor Lawerenz, donde la doctora instó al profesor a aceptar las más sinceras disculpas de Renate.

Ahora, volando a través del jardín invernal de detrás de la escuela (la entrada trasera es menos llamativa y además no suele estar vigilada), Renate sabe que las consecuencias podrían ser mucho peores esta vez. Si el señor Lawerenz pide su expulsión, ¿qué pasará si ni siquiera la doctora Goldschmidt es capaz de hacerlo cambiar de opinión? Y si expulsan a Renate, ¿qué pasará si no le da tiempo a

preparar el examen de *Abitur* para ingresar en la universidad? Después de todo, ese era el motivo por el que había ido allí después de dejar el Bismarck la primavera anterior. La escuela judía Doctora Leonore Goldschmidt no solo es la única escuela judía de Berlín que está autorizada a realizar el examen, sino que lo ofrece en inglés y alemán. A treinta y siete marcos al mes, también es cara: Renate estudia allí porque le han concedido una beca. Si desperdicia esa oportunidad, sus padres se pondrán furiosos.

Irrumpe en la escuela por las puertas de cristal de la villa reconvertida que, según se rumorea, albergaba a miembros de la familia imperial y que ahora alberga a unos setecientos estudiantes judíos proscritos. Renate tiene la boca seca y agria; el corazón, como si tuviera un ataque violento de hipo. Tratando de recobrar el aliento, pasa corriendo ante las puertas cerradas de las aulas del ala este de la escuela y mientras se quita el abrigo va descartando posibles coartadas: «Anoche mi madre necesitó ayuda en el hospital judío y llegamos tarde a casa»; no sirve: necesitaría una nota. «El tranvía se ha averiado»; demasiado fácil de refutar. «He olvidado mi carnet en casa y he tenido que volver a buscarlo»; esta es un poco más plausible. La sanción por ser descubierto sin el carnet de identidad obligatorio es dura, más aún si lleva una deslumbrante «J» roja en el anverso.

Al llegar por fin al aula, Renate busca con afán el documento en su cartera, atenta a la voz cascada del señor Lawerenz. Pero, para su sorpresa, no la oye. Lo que oye en su lugar es el tenso zumbido de cincuenta y tantos alumnos que parecen estar sin ningún tipo de supervisión, lo cual constata al abrir la puerta.

Como siempre, el aula maltrecha está llena a reventar, no solo de jóvenes judíos desplazados, sino de la inquieta energía de un alumnado que no sabe qué le depara el futuro próximo. Casi todas las familias que tienen matriculados allí a sus hijos están tratando de emigrar o de subirlos a un *Kindertransport*, aunque entre las montañas de papeleo, las exorbitantes tasas de salida y las interminables listas de espera para conseguir visados y pasajes marítimos, las probabilidades de huir de Alemania son pocas y cada vez más escasas. Cuando sucede, no obstante, sucede deprisa. Los alumnos desaparecen

sin más y enseguida los reemplazan otros que luchan contra las mismas adversidades.

Pero hoy Renate percibe un estado de ánimo más sombrío, lo que contrarresta su alivio inicial por no haber tenido que enfrentarse al señor Lawerenz. El ambiente no es muy diferente al que se respiraba tras la anexión de la primavera pasada, cuando llegó a sus oídos un huracán de susurros acalorados sobre judíos vieneses que fregaban las aceras con sus propios cepillos de dientes. O después de la Conferencia de Evian, en julio, cuando un país tras otro expresaron sus simpatías por los judíos alemanes, pero mantuvieron sus fronteras cerradas a cal y canto. («Judíos en venta», se había regocijado el *Der Stürmer* al día siguiente. «¿Quién los quiere? ¡Nadie!»)

—¿Qué está pasando? —le pregunta a Bernhard Bhär, un chico de rostro sonrosado con marcas rojas de acné en las mejillas a quien los demás han apodado Piglet, «cerdito»—. ¿Dónde está el señor Lawerenz?

—Reunido —contesta—. Están todos en una reunión.

—¿Sobre qué?

La mira como si le hubiese preguntado si el cielo es azul.

—¿No te has enterado?

Cuando Ava niega con la cabeza, Piglet pone los ojos en blanco, asumiendo una expresión ya familiar y que más o menos se traduce en: «¿Nunca le prestas atención a nada?».

—Los pogromos —dice.

—¿Qué pogromos? ¿Dónde?

—En todas partes. Incluso aquí. Por Dios, Bauer. ¿Has venido a la escuela con los ojos vendados? ¿No has visto a las Juventudes enfrente?

—He venido por detrás —contesta titubeante y preguntándose de forma mecánica si quizá habría visto a Rudi.

—Han incendiado sinagogas —prosigue Piglet.

—¿Qué?

—Me han dicho que están destruyendo tiendas judías y dando palizas a los dueños —añade Kinge Lehmann levantando la vista de uno de los cinco periódicos que tiene en el pupitre. Enjuto y aquejado

de asma, lee la prensa nazi como un poseso.

—Dicen que han tirado a gente por la ventana —comenta el mejor amigo de Piglet, apodado Pooh, aunque su verdadero nombre es Rolf Sumner.

—¿Quiénes? —pregunta Renate—. ¿Las SS?

—Junto con la Gestapo y las Juventudes. Pero casi todos los que no son judíos siguen sus pasos. —Kinge niega asombrado con la cabeza—. ¿De veras no te has enterado? ¿No has visto nada de camino hacia aquí? ¿El humo? ¿Las multitudes?

—Pues... —Renate se pone colorada. Lo único que ha notado es que el autobús parecía más silencioso y menos lleno de lo normal. Y, por supuesto, que se había saltado su parada—. Pero ¿por qué?

—El Enano ha ordenado a los periódicos que digan que es un «levantamiento espontáneo» de la gente para protestar por el asesinato de Vom Rath. Pero nadie se lo traga. Dicen que los responsables son soldados de asalto vestidos de civiles.

—Lobos, corderos, etcétera —añade Pooh sombríamente.

—Y espontáneo, una mierda —dice Kinge—. Tienen listas del gobierno de todos los negocios y domicilios judíos de la ciudad. Y está pasando en todo el país. He oído que en Munich han dicho a todos los judíos que se vayan antes de la puesta de sol.

—¿Qué? ¿Como el sheriff de una novela de Karl May? —pregunta Renate, pero nadie se ríe.

Se deja caer en su asiento, esforzándose por asimilar la noticia. El Enano es el ministro de Propaganda Goebbels (uno de los muchos placeres de la nueva escuela es que se puede hablar mal del Partido sin preocuparse de las repercusiones). Ernst vom Rath es el diplomático alemán al que disparó la otra mañana en París un judío polaco apenas mayor que Renate. Ella no se había enterado de que Vom Rath había muerto. Mordisqueando una de sus trenzas, trata de recordar mejor la transmisión de la BBC que su familia había escuchado a escondidas. Ahora desearía no haber estado leyendo *Rebeca* debajo de la mesa.

Kinge, entretanto, cita el *Völkischer Beobachter*:

—«No vamos a tolerar más una situación en la que cientos de miles

de judíos residentes en nuestro territorio controlan calles enteras de tiendas, multitud de lugares públicos de entretenimiento y se embolsan la riqueza de los arrendatarios alemanes como terratenientes "extranjeros", mientras sus hermanos de raza incitan a la guerra contra Alemania y tirotean a las autoridades alemanas...» —Normalmente lee las noticias del Partido con una voz aguda y lisonjera. Ahora, sin embargo, lee bien. Y parece preocupado—. Esto es de anoche —dice levantando la vista—. Lo planearon todo. La tienda de vinos de mi tío de Munich está hecha pedazos. Hasta la última botella.

—Lo mismo que la del amigo de mi padre, en Leipzig —dice Piglet —. Tiene una zapatería. —Mira a Renate como disculpándose y añade —: Se cagaron en todos los zapatos.

Asqueada, Renate se tapa los oídos y se da la vuelta. Busca en el resto de la clase alguna señal de que los chicos están mintiendo o, al menos, exagerando; alguna señal de que su vida no está a punto de empeorar con otra de las nauseabundas sacudidas que periódicamente han marcado los últimos tres años. «Por favor —reza para sus adentros a Nadie en Concreto—. Por favor, no dejes que vuelva a ocurrir.»

Como en respuesta, la puerta se abre y el señor Lawerenz entra cojeando, golpeando el suelo con su bastón con más vehemencia de la habitual, el pelo canoso levantado a ambos lados de la cabeza, como los ásperos cuernos peludos de un cervatillo.

—¡Atención! —brama.

A pesar de lo temido que es, el profesor suele precisar de por lo menos dos intentos para imponer orden en el aula inquieta. Pero en ese momento el silencio es tan repentino y tan absoluto que Renate puede oír trinar a un pájaro en un árbol lejano. Incluso el profesor parece sorprendido por un instante: abre los ojos legañosos de par en par detrás de sus gafas. Se recupera enseguida.

—Muy bien pues —dice—. Recoged vuestras cosas.

Desconcertados, los estudiantes cruzan miradas.

—¿Por hoy? —pregunta Piglet.

—No, por vacaciones —gruñe el profesor—. Sí, por hoy. Os enviamos a todos a casa. La doctora Goldschmidt ha determinado que

no es seguro que la escuela permanezca abierta.

Cuando el zumbido comienza de nuevo, golpea el suelo con el bastón.

—No obstante... —Aguarda mientras la habitación se queda en silencio otra vez—. Debéis salir por la puerta trasera, no por la principal. No salgáis todos a la vez. Evitad los grupos grandes. Buscáis a un compañero y os vais de dos en dos. De dos en dos. Por la parte de atrás. ¿Lo habéis entendido?

—¿Por qué no podemos ir en grupos? —pregunta Kinge.

—Seríais un blanco demasiado fácil.

—¿Un blanco? —repite Renate incrédula.

La pregunta se pierde en el trajín de papeles y libros que se guardan con premura en las mochilas y de sillas apartadas a rastras de los pupitres. Alguien grita en la parte de atrás:

—¿Cuándo hay que entregar la redacción sobre Mann?

—Cuando se reanuden las clases.

—¿Y eso cuándo será? —pregunta Renate pensando de nuevo en su examen.

El señor Lawerenz se encoge de hombros.

—Se os notificará.

—¿Y los más pequeños? —pregunta alguien—. ¿Cómo irán a casa?

—Algunos padres ya han venido a buscarlos. Si es necesario, la doctora está dispuesta a llevar al resto a casa con su chófer. Preocupaos de vosotros.

Por un momento, mira fijamente a cada uno de ellos. Un tanto insegura, Renate levanta la mano.

—Sí, señorita Bauer —responde el señor Lawerenz con cara de pena.

Renate se humedece los labios, casi con miedo a repetir la pregunta.

—¿Para quién somos un blanco demasiado fácil?

Algo cambia en su expresión. De repente, no se ve tan furioso y vengativo como cansado, frágil y hasta extrañamente delicado.

—Idos a casa —dice el señor Lawerenz—. Id directamente. Nada de entreteneros por el camino. Sin paradas. No habléis con desconocidos. Pase lo que pase. ¿Entendido?

Renate asiente con la cabeza, pero el corazón le está palpitando de

nuevo. No porque la aterrorice el profesor, sino porque se da cuenta de que él, veterano de la guerra del káiser, cautivo de los rusos, dos veces condecorado por su valentía, está aterrorizado. Es evidente que está aterrorizado por todos ellos.

Van en tranvía como participantes inmóviles en un juego de estatuas: dos de pie en la parte delantera y dos en la trasera. Dos sentados en bancos a cada lado. Aunque han salido de la escuela en parejas, han coincidido en la misma parada en cuestión de minutos. Cuando ha llegado el primer tranvía, han dudado un momento antes de subir juntos en silencio. No se hablan ni se miran, como tampoco miran a los otros pocos pasajeros del vagón. Renate no puede evitar pensar que cualquiera que los vea deducirá la verdad de un vistazo: que son estudiantes fuera de la escuela en un día lectivo normal. En otras palabras, que con toda probabilidad son judíos. Casi se siente tentada de señalarlo: lo tontos que deben de parecer todos, sentados tiesos y pálidos, sumidos en un silencio asustado. Pero mientras el tranvía chirría y traquetea hacia Charlottenburg, nadie cruza una mirada con ella.

Solo esperan; ocho cuerpos jóvenes sentados y de pie, inmóviles y tiesos como palos de escoba. Dieciséis ojos permanecen pegados al lento paisaje de la calle como si fuese una pantalla de cine y estuvieran aguardando a que un monstruo —un Golem que camina fatigoso dejando un rastro de arcilla o un King Kong agarrando a una doncella— salga de entre las sombras.

Durante varias paradas no ven nada llamativo, pero cuando se acercan a la Friedrichstraße, el olor a humo llena el aire y Renate oye un rugido sordo y bullicioso puntuado por canciones de borrachos y vidrios que se rompen. El tranvía enfila la avenida principal y Renate vislumbra lo que a primera vista parece basura esparcida sobre las aceras y la calzada. A medida que el tranvía avanza, ve que no se trata de basura sino de cosas nuevas: prendas de vestir todavía con etiqueta, algunas medio arrancadas de maniquíes decapitados; latas de comida abolladas pero sin abrir; y lo peor de todo (para ella): libros

con páginas y portadas arrancadas.

Y cristales. En todas partes hay cristales. Fragmentos de porcelana, vitrales, trozos de cristal tallado de una lámpara de araña: todo brilla con gran intensidad bajo la débil luz de la mañana.

El tranvía para en seco en la avenida principal, donde la vista queda parcialmente obstruida por un autobús de dos pisos en una parada enfrente de la acción, sus veintitantos pasajeros observan los acontecimientos con la expresión pasmada de los asistentes a la ópera. Al rebasar el vehículo detenido, Renate ve por primera vez la magnitud del caos. Se le erizan los pelos de la nuca.

Las tiendas están sitiadas por bandas de hombres, incitadas por una multitud de transeúntes que se ríen y aplauden. Muchos alborotadores parecen estar borrachos; trastabillan mientras gritan, cantan y rompen cosas. Ninguno de ellos lleva las consabidas camisas marrones ni brazaletes rojos, pero la mayoría tiene el aspecto fornido y con cara de vaca de los soldados de asalto. Y las canciones que gritan sobre cuchilladas y sangre judía son tan inconfundibles como el himno que escribió Horst Wessel para las SS.

Casi sin respirar, Renate mira a los saqueadores que merodean por allí, una mezcla de hombres de mediana edad, niños y jóvenes. Algunos de estos últimos llevan el uniforme de las Juventudes; otros van vestidos de civiles. Trabajan en grupo; mientras el número 8 se detiene ante una señal, Renate ve a un niño romper una mesa de madera que han arrastrado desde una tienda de muebles cercana, golpeando y cortando una de las patas hasta que se las arregla para arrancarla por completo. Entrega la pata a otro niño, que brama su aprobación antes de encaramarse precariamente a lo que parece ser una silla de comedor a juego. Entonces comienza a aporrear el letrero de neón que hay sobre la puerta de la tienda, destruyendo metódicamente las dos palabras que prometen «Muebles selectos», haciendo añicos las letras de vidrio.

Cuando destroza la «L», los demás estallan en aplausos que enseguida secundan los mirones. El niño salta de la silla, tropieza y se cae de bruces, pero no pierde ni un instante su sonrisa atolondrada. Un policía le ofrece un brazo para ayudarlo a ponerse de pie y luego le

da unas palmaditas en la espalda.

Renate rompe por fin su silencio.

—No puedo creer que todo esto sea porque un polaco disparó a un alemán —le susurra a Stella Goldschlag.

Stella, con sus trenzas rubias tan perfectas y paralelas como carriles dorados de tranvía que le bajan por la espalda, niega con la cabeza.

—Solo es una excusa.

Un hombre con una gabardina de color canela que ha estado fumando y leyendo *Die Börsen-Zeitung* levanta la vista desde donde está apoyado contra la pared del vagón.

—¿Una excusa para qué?

—Una excusa para eliminarnos —dice Stella con la voz quebrada.

—Contrólate —sisea Gartner Rabin, que va sentado al otro lado del vagón junto a Rita Oelburg, una chica delgada y estudiosa con profundas ojeras—. No hay que llamar la atención.

Stella aprieta los labios y mira fijamente sus zapatos negros.

—Odio ser judía —murmura.

Renate la observa de reojo. Stella es, con diferencia, la muchacha más guapa de la escuela judía o, como mínimo, la más guapa según los criterios alemanes. Con una piel suave y pálida y unos ojos tan azules como las flores pintadas en una taza de té china, parece una chica a la que nunca le pasa nada malo. En un día normal de escuela, los niños tratan de superarse unos a otros a su alrededor. De hecho, Gartner, que ahora vuelve a mirar la devastación, llegó a hacer la vertical en la barandilla del balcón del segundo piso de la escuela en septiembre para disfrute exclusivo de ella. Perdió el control, se cayó y se estrelló contra los arbustos de jacinto de abajo; terminó con un yeso en el brazo que, de hecho, no le quitaron hasta la semana pasada. Ahora parece que todo eso haya sucedido en un pasado remoto; el suceso de un libro que Renate casi ha olvidado.

El tranvía, que finalmente había comenzado a avanzar, frena de nuevo con un chirrido metálico y un estremecimiento. Durante un momento nadie se mueve. Fuera se oye el estrépito de otra ventana al estrellarse contra el suelo.

—Vaya, estupendo —murmura un hombre en el rincón trasero del

coche—. Justo en medio.

Como para subrayar el punto, un grupo de alborotadores que pasan golpea el tranvía, con fuerza suficiente para que se balancee ligeramente sobre los raíles. Los estudiantes de la Goldschmidt miran al frente y Renate se da cuenta con horror de que están atrapados allí dentro, a pocos metros de la violencia. Un instante bastaría para que la turba desviara su atención.

—¿Qué hacemos? —susurra Stella cuando otra ventana cercana se rompe—. ¿Deberíamos bajarnos?

—¿Y si nos ven? —pregunta Rita con voz chillona por el miedo.

—Cállate —sisea Gartner apretando los dientes—. Callaos las dos, ¿queréis?

Las chicas se callan. Fuera, el aire se llena de gritos de guasa y aullidos, e instintivamente Renate se vuelve para ver el origen de la risa. Proviene de un grupo que saquea una tienda que reconoce como la lencería que frecuenta su madre. Mientras observa, un niño se mete en el escaparate que acaba de romper y comienza a tirar montones de telas sedosas y delicadas que los otros envuelven tímidamente sobre sus chaquetas y jerséis antes de hacerlas pedazos con las manos. Momentos después el propietario, un hombre barbudo con aspecto de pájaro, que fue bailarín en el Ballet de la Ópera de París, aparece en la puerta principal, agitando sus delgados brazos. Grita algo, pero los saqueadores no se dan por aludidos y empiezan a empujarlo, pasándoselo de uno a otro, como una bola humana en un *pinball* de pesadilla.

En otra esquina cercana, la multitud arroja pasteles y bollos y hogazas de pan negro de una tienda que Renate reconoce sobresaltada como la pastelería Schloss: la pastelería que ella e Ilse frecuentaban cuando volvían de la escuela a su casa; la misma en la que Ilse se topó con el primer boicot de las SS, en un momento que ahora parece no solo de otra época, sino de algún otro planeta alienígena.

«El señor Schloss es un buen pastelero. No me importa que sea judío.»

Renate piensa en el pastel de amapola que ella e Ilse compartían cada día, como si de un sacramento se tratase. El escaparate siempre

limpio como una patena y lleno de exquisiteces de aromas intensos; el alegre tren en la maqueta de un pueblo cubierto de nieve en invierno, los corderos en tonos pastel y los huevos pintados en primavera. Ahora la tienda está hecha un desastre: un caos pastoso de productos horneados y cristales rotos. Los daños no son peores que los de cualquiera de las otras tiendas cercanas, pero la visión la golpea como un puñetazo en el estómago.

Traga saliva y estira el cuello, tratando de ver más allá del escaparate roto si el señor Schloss o su esposa están dentro. Pero lo único que ve es a la muchedumbre que se ríe y tira comida y platos, bandejas y pinzas, lámparas y cuadros enmarcados, que se van apilando en la calle. Mientras observa, uno de ellos vierte gasolina sobre el montón resultante y enciende una cerilla; en un abrir y cerrar de ojos todos están rodeando una pequeña montaña de llamas.

—Se están acercando —murmura Rita.

Renate se estremece al recordar la pregunta que le hizo al señor Lawerenz: «¿Para quién somos un blanco demasiado fácil?». Vuelve a ver la cara sonrojada y áspera del profesor: «De dos en dos». ¿Por qué no le han hecho caso?

Se está planteando si agarrar el brazo de Stella y tirar de ella para apearse cuando el vehículo reanuda su tambaleante viaje con una sacudida. Durante unos minutos, un silencio aliviado llena el vagón. Pero entonces llegan al Tiergarten y a los arcos moriscos de la sinagoga de la Fasanenstraße y un jadeo colectivo resuena entre los pasajeros.

La entrada de la sinagoga rebosa de crueles activistas. Las enormes puertas de roble están abiertas; adornos de plata y rollos de escrituras antiguas vuelan por el aire, los pergaminos de piel de cordero aletean como alas asimétricas. Sillas y trozos de bancos caen desde uno de los balcones de arriba, donde un hombre con la cara roja y que lleva un manto de oración en la cabeza a modo de turbante baila borracho una especie de giga. Al igual que ante las tiendas destrozadas, los policías se mantienen al margen, sin esforzarse para nada en intervenir. Elevándose por encima de esta escena surrealista hay una enorme humareda que parece llegar hasta las nubes, tan densa y oscura que

parece irreal.

—Está ardiendo —dice Gartner olvidando su propia directriz. Su voz es baja, reverencial, como si estuviera contemplando la zarza ardiente.

La anciana que va sentada a su lado menea la cabeza; su mullido moño canoso vibra con el movimiento.

—Qué lástima —comenta—. Un edificio antiguo tan bonito.

—¡¿Qué?! —La exclamación es tan brusca y suena tan alto que Renate y Stella dan un salto en sus asientos. Renate se gira y ve que el hombre que había estado leyendo el periódico en el rincón camina furioso hacia ellos. Al verlo acercarse, Renate agarra el brazo de Stella presa del pánico. Pero él pasa de largo y se detiene junto a la anciana y le agarra el frágil brazo.

—¿Qué ha dicho? —grita levantándola de un tirón, con la boca a escasos centímetros de la asombrada cara de la mujer.

—¡Dios mío! —exclama temblorosa—. ¿Qué está haciendo?

La zarandea tan fuerte que Renate oye el castañeteo de los dientes de la anciana.

—Qué-ha-dicho-usted.

—Yo... yo solo... —La mujer mira petrificada a cuantos la rodean en el tranvía. «Ayúdala», se dice Renate a sí misma, a nadie, a cualquiera.

Pero nadie, ni siquiera ella misma, mueve un dedo.

—¿Quiere salvar la casa judía? —prosigue el hombre sacudiendo a la mujer con cada palabra—. ¿Acaso es usted una maldita amante de los semitas? ¿Es eso?

Su presa niega con la cabeza. Dos lágrimas viajan por los canales de sus arrugadas mejillas. Si el hombre las ve, nada significan para él. Sin soltarle el brazo, tira del cordón del freno de emergencia que hay encima de las ventanas.

—Ese edificio es una casa judía —repite señalando con el dedo y escupiendo saliva—. Es donde se reúnen para planear la desaparición de nuestro país. Donde celebran sus rituales secretos de asesinato y sacrificio. —Mientras el tranvía aminora la marcha, el hombre empuja a la mujer hacia la puerta—. Pero si tanto le gusta, abuela, únase a ellos. Vaya a ver al rabino. Les encantan las mujeres alemanas. Seguro

que le encantaría hasta un trasero tan viejo y arrugado como el suyo.

Tras abrir la puerta de un tirón, empuja a la mujer de tal manera que esta se cae despatarrada en la acera, perdiendo un zapato. Atónita, Renate se queda boquiabierta mientras el hombre vuelve a subir a bordo limpiándose las manos en los pantalones.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —inquiere mirándolos a todos uno por uno—. ¿Hay algún otro simpatizante de los judíos a bordo?

A su lado, Stella, aterrorizada, emite un pequeño sollozo. Al otro lado del vagón, Gartner tiene la mirada fija en el suelo, el rostro blanco como la tiza. Por un momento, Renate solo puede pensar en no vomitar antes de llegar a su parada, que es la siguiente. Pero entonces ve el brillante bolso negro de la mujer tirado como un reptil herido en el suelo del tranvía. Recuerda el rostro petrificado de la anciana, casi infantil en su incomprensión.

Y sin ser del todo consciente de lo que está haciendo, se levanta de un salto, recoge el bolso y se abalanza con todo su peso contra la puerta. Forcejea con ella unos segundos hasta que esta se reabre con una especie de suspiro, arrojándola a la calle llena de cristales.

La caída le corta la respiración. Al principio se queda allí tirada, con el bolso aferrado a su pecho, los ojos fijos en el cielo amarillo y lleno de humo. Oye el ruido de los disturbios y los gritos ahogados de la mujer que llora. Luego, el clamor se va atenuando, como si alguien hubiese girado el mando del volumen. Una constelación de puntos de mortecina luz blanca baila ante sus ojos. Pero a medida que Renate se incorpora, se disipa poco a poco y el ruido del caos regresa.

Se pone de pie y sacude la suciedad y los cristales de su abrigo. A su lado, la mujer ha dejado de sollozar y se está alisando el abrigo y el pelo con manos temblorosas.

—Tenga —dice Renate, que al alargarle el bolso se da cuenta de que se ha dejado la mochila en el suelo del tranvía.

La anciana coge el bolso y sigue mirando fijamente al otro lado de la calle. Renate le tiende la mano.

—Venga. Permítame ayudarla a levantarse.

La mujer deja que tire de ella para ponerse de pie. Agarrada al brazo de Renate, busca a tientas el zapato que le falta; luego un sonido

sobrenatural —como de mil gansos graznando el toque de difuntos— llena el aire y se queda paralizada. Renate se da la vuelta y ve los restos del enorme órgano que había guiado a la congregación en los cantos y la oración fúnebre cada fin de semana. Los tubos plateados están doblados y rotos; las teclas de marfil, hechas añicos; las partituras se deslizan y flotan en el aire caliente como un banco de peces asustados dispersándose.

—Es una locura —murmura la mujer metiendo en el zapato el pie enfundado en una media.

Aparecen dos camiones de bomberos que retumban y chirrían, parecen escarabajos negros cargando con escaleras a la espalda. Se detienen frente a la sinagoga. La mujer echa la cabeza hacia atrás, inhalando la espesa corriente de humo. Luego se vuelve y mira de nuevo a Renate.

—No soy fanática de los judíos —dice con tristeza—. La verdad es que me traen sin cuidado. Pero esto...

Hace un ademán de impotencia, niega con la cabeza. Es incapaz de terminar la frase.

Renate se humedece los labios. Lo que se propone decir es: «No se preocupe. Ya han llegado los bomberos».

Pero lo que dice es:

—Soy judía.

No sabe de dónde han salido esas palabras, no comprende que las haya pensado y mucho menos que haya decidido darles voz. De hecho, nunca ha pensado en sí misma en esos términos. No después de que el agente Schultz la declarase «completamente judía»; no después de tres años de insultos y aislamiento. Ni siquiera después de entrar en una escuela totalmente judía y de asistir de vez en cuando a los oficios vespertinos en esa misma sinagoga solo por pura curiosidad (se decía siempre a sí misma).

Y, sin embargo, ahí están: cuatro sílabas indelebles, un breve mantra en el aire acre. «Soy judía.» Y, con ellas, una nueva y extraña certeza inherente a esa expresión, nacida de las fachadas de tiendas maltrechas, de las ventanas rotas, del techo en llamas de la sinagoga que tiene delante. Mientras los bomberos saltan ágilmente de sus

bancos y las mangueras se desenrollan y endurecen como serpientes despertando, Renate se encuentra repitiéndolo desafiante, sosteniendo la mirada de la anciana:

—Soy judía.

La mujer parpadea.

Con mucho cuidado, suelta el brazo de Renate.

—Aléjate de mí —dice con frialdad.

Da media vuelta y se va cojeando por la calle devastada, acunando su bolso como si fuese un chiquillo.

Renate se queda observándola, con la garganta tensa y los ojos llorosos por el humo. Una burla que hace poco oyó a unos niños se le mete insidiosamente en la cabeza: «Judío, judío, escupes al cielo. Judío, judío, estarías mejor muerto».

Por un momento, casi está de acuerdo. Por un momento, casi desea morir.

Muy despacio, como si no tuviera fuerzas, se vuelve hacia el edificio en llamas. Los bomberos han tomado posiciones a ambos lados de la estructura y están descolgando sus mangueras como equipos compitiendo en un tira y afloja. Cuando los chorros comienzan a rociar, Renate ve que no están dirigidos a la sinagoga en llamas sino a los edificios colindantes.

Se dirige hacia un policía que ha estado observando la escena con evidente satisfacción. Vacilante, le agarra de la manga.

—No están apuntando al fuego —dice Renate—. ¿Por qué no apuntan al fuego?

El policía baja la mirada hacia ella, casi con indulgencia.

—Porque no es su trabajo, cariño. Se les paga para que protejan edificios alemanes.

—Pero... ¿y si hay gente atrapada dentro?

El agente se encoge de hombros.

—Que se apañen. Al fin y al cabo, los propios judíos se lo han buscado, ¿no? Les están dando lo que se merecen. Por toda la ciudad según parece.

Entonces su expresión cambia, se endurece.

—¡Eh! —grita—. ¡Deja de hacer eso!

Y sale corriendo hacia el infierno, donde un hombre arranca y esparce páginas de un libro de oraciones como si fueran los pétalos de una margarita. Pero el objetivo del policía no es el destripador de libros, sino un hombre con una cámara que está tomando fotos de la devastación.

Renate lo mira alejarse, con la cabeza hecha un lío, respirando pesadamente. «Se refiere a nosotros —piensa aturdida—. Dice que estamos recibiendo lo que merecemos...»

Luego piensa: «Por toda la ciudad».

Un pensamiento aterrador la sacude. «No —se dice a sí misma—. Seguro que no...»

Da media vuelta y echa a correr tan rápido como puede.

Cuando llega a la Bismarckstraße ha corrido dos kilómetros y está jadeando tan fuerte que empieza a toser. Agarrándose la garganta, se abre paso entre una pequeña multitud de vecinos que se ha reunido al otro lado de la calle. Son personas que solían sonreír y saludarla y preguntarle por sus padres, pero que ahora enseguida miran hacia otro lado a su paso. Cuando llega a la otra acera, ve lo que están observando: otra pandilla de muchachos y hombres forma un semicírculo alrededor de un hombre que solo lleva una camiseta y unos calzoncillos manchados de sangre. Desde algún lugar más atrás le llega la voz clara e indignada de una mujer:

—¡Suéltenlo! ¡No lo toquen!

«Oh, no —piensa Renate, y empieza a cruzar la calle—. No, no, no, no...»

Pero a medida que se acerca, se hace evidente que sí. La mujer que grita es su madre, que está tratando de sacar al hombre medio desnudo de la turba de jóvenes que se ríen y miran con malicia.

El hombre medio desnudo es su padre.

E interponiéndose entre la turba y sus padres está Ilse von Fischer.

13

Ilse

1938

El hombre de la motocicleta va vestido de civil: pantalones caqui, camisa blanca, gabardina de cuero. Pero lleva el pelo rapado en los lados y en la nuca, al estilo preferido de los de las SS. Y su moto, una reluciente BMW nueva, es del tipo que Ilse ha visto montar a los oficiales de los escuadrones.

—*Heil Hitler* —saluda Kai, jefe de redacción de Ilse en *Das Deutsche Mädel*.

—*Heil Hitler* —responde el motorista saludando a su vez—. Has tardado bastante.

—Lo siento —dice Kai—. He tenido que confirmar algunos detalles de nuestra lista. ¿Tú estás listo?

—Más que nunca. ¿Quién es la falda?

El motorista se quita las gafas de conducir e Ilse descubre sorprendida que es muy joven, probablemente no mucho mayor que ella.

—Una colega —dice Kai—. Ha venido para escribir cómo hacemos historia.

Sonriendo, echa un brazo delgado sobre los hombros de Ilse. Ella se obliga a sonreír, aunque maniobra sutilmente para apartarse.

Delgado como un látigo y de piel cetrina, Kai Hellewege pasa las jornadas laborales dando vueltas en torno a sus redactoras como un tiburón hambriento; la opinión general es que la única razón por la que aceptó el trabajo fue para que las chicas hablaran con él. Y al menos en el caso de Ilse está funcionando: ella está ahí porque él le ofreció su primer artículo político. Kai se negó a darle muchos detalles, pero después de dos años escribiendo columnas sobre higiene

racial y propuestas de artesanía de temporada, Ilse no dejó escapar la oportunidad. Además, la conexión personal de Kai con el extraordinario ministro de Propaganda del Führer es muy estrecha —hay quien dice que Goebbels es casi su padrino.

—Bien pensado —dice el motorista.

Mete la mano en la chaqueta y saca una petaca. Desenrosca la tapa, toma un trago y se la pasa a Kai, quien a su vez se la ofrece a Ilse. Después de dudar un momento, ella se la lleva a los labios y descubre aliviada que se trata de ron y no de aguardiente. Después de sus experiencias con el capitán Wainer, el mero olor de este último le provoca náuseas y arcadas.

Le devuelve la petaca al muchacho de la moto, que la guarda antes de volver a mirarla de arriba abajo.

—¿Quieres que te lleve?

—¿Hasta dónde vamos? —pregunta ella.

Kai saca el mapa que Ilse le ha visto estudiar cuando antes han entrado a beber unos tragos en una cervecería.

—La primera parada es Pestalozzistraße, 14-15 —señala Kai.

—¿Y los demás? —pregunta el motorista.

«¿Los demás?», piensa Ilse.

—Se encontrarán con nosotros allí.

—Estupendo. —El piloto da unas palmaditas en el asiento de atrás —. Entonces, ven conmigo, Torchy. Tendrás que sentarte detrás. El sidecar está ocupado.

Lo señala con la barbilla e Ilse ve que está cubierto con una lona.

—Creo que prefiere ir a pie —dice Kai posesivo.

—En realidad —le responde Ilse enseguida—, estoy bastante cansada. Te veré allí.

Antes de que él pueda replicar, monta detrás del conductor y sonríe como disculpándose. Kai se encoge de hombros, da media vuelta y se va caminando deprisa por la oscura calle.

El piloto pone el motor en marcha con una patada. Mientras se baja las gafas, grita por encima del hombro:

—No he pillado tu verdadero nombre.

—Me llamo Ida —grita Ilse sorprendiéndose a sí misma—. Ida

Fuchs.

No pensaba en su viejo seudónimo desde hacía meses, quizá años, y por un momento se plantea subsanar la mentira. Pero el ron le calienta el estómago y la idea de asumir otra identidad resulta a la vez excitante e inesperadamente tranquilizadora. Es como si se pusiera un disfraz.

—Soy Max —dice el muchacho acelerando el motor. El asiento de cuero vibra entre sus muslos como un animal vivo, algo prohibido.

Con cautela, Ilse le rodea la cintura con los brazos. Apoyándose en ella, Max se ríe.

—Vas a tener que agarrarte más fuerte, Ida. Va a ser todo un viaje.

Diez minutos más tarde se encuentran con Kai y un puñado de personas vestidas de civiles frente a un viejo edificio que Ilse reconoce como una de las sinagogas más pequeñas pero elegantes de Charlottenburg.

—Diez *Reichsmarks* para quien lo consiga en el primer intento—. Kai entorna los ojos—. Veinte para quien alcance el centro de la estrella judía.

—Vamos allá —dice Max.

Cuando quita la lona del sidecar, Ilse ve que debajo hay un montón de piedras y ladrillos. Encima hay varios pares de guantes de cuero, unas cuantas gafas de soldador y algunas palancas. Max coge una piedra y termina el gesto teatralmente, como un jugador de béisbol americano. Todos observan con la respiración contenida cómo lanza la piedra y la envía hacia lo alto, derecha a la superficie brillante. Golpea justo a la izquierda de la estrella y rompe la mitad de la ventana.

Dando un grito, otros dos miembros de la pequeña banda que Kai ha traído lanzan sus misiles. Después de reducir la gran ventana a madera astillada y cristales rotos, se centran en las ventanas más pequeñas y trasparentes que flanquean la entrada; sus gritos se vuelven más alegres y confiados con cada lanzamiento. Tiran unas cuantas piedras a la puerta misma. Al ver que solo consiguen raspar un poco de pintura, Max sube la corta escalera y apoya el hombro

contra ella.

—Eh —llama a Kai y al otro motorista—. Echadnos una mano.

Los otros dos se colocan en posición:

—Uno, dos, tres...

Embisten con todo su peso y se oye un fuerte crujido. Luego otro. Y otro más, este seguido de un leve sonido de madera astillándose.

—Ya casi está —grita Kai.

El estómago de Ilse se ha convertido en una bola apretada de ansiedad, contrarrestada por un hormigueo de premonición. Le castañetean los dientes pese a que no hace mucho frío. Los otros tres continúan el asalto; ella desearía tomar unos tragos más del ron de Max.

Entretanto, las puertas de la sinagoga ceden por fin con un quejido que suena antiguo. Jadeando, Kai y los dos pilotos se asoman, como sorprendidos por el resultado obtenido. Los recién llegados les dedican una salva de aplausos; Max hace una rebuscada reverencia. Luego guía a los otros al interior oscuro.

—Recordad las instrucciones —le oye gritar Ilse por encima del excitado rugido—. Nada de robar. Solo hemos venido a destruir.

Le contestan con silbidos y más risas burlonas.

—Sí, director —grita uno de ellos.

Mientras el último enfila hacia el interior, Ilse duda; está segura de que la policía ya debe de estar en camino. Pero la calle está desierta, excepto por una solitaria furgoneta negra que se ha detenido a poca distancia de las BMW aparcadas. Ilse observa cómo el conductor apaga el motor y enciende un cigarrillo. Parece que se esté acomodando para esperar.

Vuelve a mirar la sinagoga destrozada. Desde dentro llega el sonido de más risas y más destrozos; las luces se encienden. Max asoma la cabeza.

—Vamos, Ida —grita, y le hace señas para que se dé prisa.

Lo que de verdad le apetece hacer es huir y por un instante incluso se lo plantea. Luego piensa en el artículo que Kai ha prometido encargarle: la emoción de ver sus propias palabras en una publicación importante del Partido.

«La versión berlinesa de Torchy Blane.»

Endereza los hombros y empieza a subir las escaleras.

Dentro del edificio, un puñado de hombres y muchachos destruye todo lo que alcanzan sus manos. Hay varios en el balcón, sacando libros de las estanterías, arrancando páginas, enviándolas a deslizarse como hojas blancas en una brisa otoñal. Otros dos acaban de derribar el atril de la parte delantera y arremeten contra él con hachas. Max y otros tres han rasgado la cortina de un gran armario y están sacando enormes y antiguos rollos de pergaminos.

—¿Qué es eso? —pregunta Ilse levantando la voz.

—La Torá. La biblia judía —responde Max jadeando.

Ilse observa, entre cautivada y horrorizada, cómo él arranca los protectores de plata y envía el pergamino amarilleado rodando escaleras abajo hacia los pasillos. Cuando uno de los otros se desabotona los pantalones y comienza a orinar sobre los manuscritos, Ilse siente que le sube la bilis, tanto por la visión del miembro rosado como por la forma en que la cuidada caligrafía se emborrona bajo el torrente amarillo. Sin embargo, es como ver una película de terror: no puede apartar la vista. Y mientras el chico salpica su última gota, Max, que había desaparecido brevemente, reaparece con varias kipás amontonadas sobre su pelo liso y el cuerpo envuelto como una momia en mantos de oración.

—¿Qué te parece? —le pregunta a Ilse—. ¿Me sienta bien este color?

Ilse niega con la cabeza, asqueada y extrañamente exultante por encontrarse ahí, en el meollo de tan increíble transgresión. Por todas partes el papel de pergamino rasgado revolotea como la nieve. A su lado, un chaval está clavando su daga de las Juventudes Hitlerianas en el terciopelo borgoña de los bancos mientras Kai pisotea una copa de plata hasta dejarla aplastada como a un precioso insecto bajo sus botas. Todavía no puede creer que la policía no se vaya a presentar en cualquier momento, a pesar de que Kai le ha asegurado que no lo hará.

—¿Estás anotando todo, Ida?

Ilse se gira hacia el atril y ve a Max, ya con la cabeza descubierta, apuntando con su bota a un vistoso biombo de madera. Al principio no entiende de qué le está hablando. Luego recuerda el propósito de su inclusión en el acontecimiento y busca en su mochila y saca un cuaderno y una pluma. Los movimientos le resultan inapropiados y se siente casi avergonzada; es como tratar de leer a Shakespeare en medio de un tornado. Pero entonces se acuerda de lo que ha ido a hacer allí: conseguir la historia.

«Solo consigue la historia», se dice a sí misma.

Apoya la pluma en el cuaderno, vacila, tiene la mente en blanco. En algún lugar, alguien ha comenzado a cantar en algo que parece una aproximación incoherente al hebreo: «Dai-dai-dai. Dai-dai-dai. Dai». En cuestión de segundos, los demás han captado la melodía y cantan al unísono al tiempo que golpean, rompen y destrozan: «Dai-dai-dai. Dai-dai-dai». Es como el final de la ópera más aterradora jamás compuesta, como si Nosferatu hubiera salido de la pantalla hacia el griterío ensordecedor del presente. Tiene que recordarse a sí misma que en esta versión en vivo, los atacantes son los héroes, que se están vengando de los verdaderos villanos: «las sanguijuelas judías».

Mientras escribe la frase, se da cuenta de que un silencio repentino ha inundado la sala. Los alborotadores de la zona del balcón miran todos en la misma dirección. Ilse levanta la vista y sigue su mirada.

Hay un hombre en una puerta lateral en la que ella no había reparado antes. Es bajo y moreno, con un largo abrigo oscuro y un sombrero negro del que cuelgan temblorosos tirabuzones a ambos lados de sus pálidas mejillas. No parece un vampiro. Parece un hombrecillo asustado y vestido de manera extraña.

Incluso antes de que el pensamiento se complete, un grito ronco resuena desde el balcón:

—¡Judío!

Seguido al instante por otro:

—¡Asesino!

Una piedra llega volando desde la zona del púlpito y le golpea en la frente. El hombre trastabilla hacia atrás y Kai y otros dos se lanzan a

los pasillos llenos de escombros, con los puños y las armas en alto.

—¡A por él! —gritan—. ¡Asesino! ¡Atrapadlo! ¡No dejéis que esa escoria escape!

«Huye», piensa Ilse instintivamente; y como si la hubiese oído, el hombre se da la vuelta. Todavía agarrándose la frente, se tambalea en la oscuridad; los tres muchachos lo persiguen. Se oyen golpes y gritos. Una confusa súplica de misericordia.

De repente, solo escucha a los hombres gritando:

—¡Judío! ¡Judío!

Se están riendo.

Momentos después reaparecen, abrazándose unos a otros como si volvieran de una noche de borrachera. Hay sangre salpicada en los pantalones caqui de Max.

—Uno menos —grita a nadie en concreto.

—¡Quedan doscientos mil! —grita otro desde el balcón, y los presentes rugen su aprobación.

Ilse mira su cuaderno y respira hondo. «Rabino», escribe con cuidado. «Sangre.»

Al cabo de una hora y media, en la capilla no queda nada que no haya sido profanado o destruido. Kai y Max salen un momento y regresan con cuatro latas de gasolina. Él y los demás la derraman generosamente sobre los escombros antes de retirarse a la calle. Desde el umbral de la puerta destrozada, lanzan cerillas encendidas a la oscuridad y las observan caer como pequeños cometas de fatalidad. En cuestión de segundos, el edificio entero está en llamas. La banda se queda contemplándolo como si fuese una hoguera; se balancean y cantan triunfantes:

¡*Alemania, despierta de tu pesadilla*!
¡*No hagas sitio a los judíos extranjeros en tu Reich*!
¡*Lucharemos por tu resurgimiento*!
¡*La sangre aria jamás perecerá*!

Terminan con una meada colectiva sobre las llamas, la orina sisea

como mil serpientes hostiles. Entonces Max grita la siguiente parada de su lista —algún lugar en Unter den Linden— y la pandilla se pone en marcha al trote vociferando.

—¿Qué ha sido del rabino? —pregunta Ilse a Max al montar en su BMW.

—¿Por qué?

Max se gira y enarca una ceja detrás de sus gafas protectoras. Todavía tiene sangre en la mejilla izquierda.

—Solo quiero incluirlo en mi artículo —responde Ilse enseguida.

Max se encoge de hombros.

—Escribe que ha sido puesto en custodia preventiva. Él y otros miles.

—¿Miles?

Max asiente con brusquedad.

—Esas son las órdenes. Vamos a arrestar a tantos judíos varones como quepan en las camionetas.

Señala el camión negro que Ilse ha visto antes, cuyo conductor está arrancando el motor.

—¿Adónde van las camionetas?

—A varios centros de detención. Luego a los campos. Dachau, Sachsenhausen. Oh, y hay un nuevo KZ en Ettersberg. Buchenwald, creo que se llama.

Acelera el motor.

—¿Cuánto tiempo estarán allí? —grita Ilse por encima del estruendo. Max se encoge de hombros.

—¿Qué más da?

Al amanecer efectúan dos paradas más en rápida sucesión. Una papelería que arde en llamas con la ayuda de una única cerilla. Una charcutería cuyo suelo y paredes parecen haber sido reformados con carne podrida. Ambos propietarios son golpeados y arrastrados al igual que el rabino, mientras los policías miran con benevolencia. Entretanto, los bomberos vigilan a la luz de la aurora, empapando los edificios adyacentes y advirtiendo a los agitadores que pongan

cuidado en no quemarse. No hacen nada en absoluto para apagar los incendios. De hecho, algunos los alimentan tirando pedazos de muebles rotos y otros escombros.

Mientras el sol pinta rayas plateadas y rosas en el cielo gris, la turba se acerca a su siguiente objetivo, una pequeña hilera de tiendas en Unter den Linden. Dejan en paz el salón de té y el bazar con el distintivo rojo y negro que las señala como «Empresa ario-cristiana». La sombrerería de Gerstel, en cambio, está llena de alborotadores borrachos que han destrozado el escaparate y han pintado la palabra «judío» y una tosca estrella de David en la puerta. Sombreros y guantes yacen aplastados en la calle, entre cristales y trozos de espejo brillantes y charcos de lo que parece vómito de borracho. Dispersas por todas partes hay pequeñas esferas amarillas que Ilse reconoce como los caramelos de limón del gran frasco de cristal que el jovial comerciante tenía en el mostrador. También divisa lo que al principio toma por una pila de harapos sucios y húmedos hasta que se da cuenta con un escalofrío de que lo húmedo y sucio es sangre y los harapos son un hombre tumbado bocabajo en la acera. Cuando uno de los agitadores da la vuelta al cuerpo con la bota, Ilse no sabe qué le impresiona más: ver la cara sin vida del señor Gerstel con los ojos abiertos, mirando fijamente al vacío, o la despreocupación con la que el hombre que está junto a él patea su cuerpo antes de seguir adelante.

Ilse consigue apartar la mirada. Max se detiene junto a tres hombres que han arrastrado una caja fuerte a través de los escombros y la golpean ferozmente con palos y palancas.

—Nada de saqueos, ¿entendido? —les dice—. Somos patriotas. No ladrones.

—Por supuesto —dice uno haciendo una pausa para limpiarse la frente—. No buscamos dinero. Buscamos archivos.

—¿Qué archivos?

El hombre se golpea la mano izquierda con el puño derecho.

—Archivos de clientes. Para ver quién ha traicionado a su país haciendo negocios con este canalla.

Ilse mira otra vez la tienda en ruinas y vuelve a tragar saliva. Aunque ella y Renate se probaron todos los sombreros de la tienda en

un momento u otro, ella nunca le compró nada al comerciante judío. Se pregunta con inquietud cuál será el castigo para sus clientes arios. En la charcutería de la Friedrichstraße ha visto a la multitud volverse contra uno de los suyos con una velocidad vertiginosa, una docena o más de ellos han golpeado a un hombre mayor hasta que se ha desplomado y se ha acurrucado en posición fetal. Cuando Max preguntó a un transeúnte qué había pasado, el hombre ha escupido con asco:

—Ha dicho que tal vez ya habían hecho suficiente daño por hoy —respondió.

Max apaga el motor y se apea. Ilse también. Comienza a caminar empujando la pesada máquina hacia el otro lado de la calle.

—Una parada más —dice señalando la acera de enfrente con el mentón—. Esta es una misión especial.

—¿Especial?

Ilse sigue su mirada y se le seca la boca.

—Ha recibido ofertas de compradores arios, pero ha estado aguantando para conseguir un precio mejor. Vamos a darle un pequeño incentivo. Aunque, para cuando terminemos, dudo que ese lugar valga más que unos pocos céntimos.

Max nota que al motor le ocurre algo y se agacha para mirar más de cerca; luego levanta la vista, molesto.

—Ve yendo.

—Te espero.

—No, no, ve. No tardo nada.

Ilse se dirige hacia la turba, el corazón le palpita al acercarse. El objetivo, como ella temía, es la pastelería Schloss, que ya no se parece en nada al fragante remanso de su juventud. La enorme luna del escaparate está rota en fragmentos diminutos apilados en el interior del local y en la acera como montones de nieve resplandeciente. Los productos horneados forman una masa húmeda en el suelo: hay panes marrones machacados en la acera gris, con claras huellas de botas recias, pasteles que rezuman glaseado y crema como si fuesen entrañas azucaradas.

Pero lo que más le impacta es ver al señor Schloss.

Han pasado más de tres años desde que Ilse vio al pastelero por última vez; ya no parece capaz de llenar el hábito rojo y la mitra de obispo que se ponía en Navidad en años anteriores. Hasta cuesta imaginarlo riéndose. Su rostro, que antes era redondo y rosado, ahora está pálido y enjuto y tiene un verdugón en la mejilla izquierda. Lleva el delantal marcado con una estrella de David asimétrica del mismo color que la pintura amarilla usada para garabatear «judío» en la puerta de la tienda.

Cuando sus brillantes ojos azules se encuentran con los de ella y se abren al reconocerla, Ilse es presa del pánico: «No —piensa—. No, no, no.»

Pero el señor Schloss ya la está llamando por su nombre.

—¡Ilse!

Su voz también es diferente. Ya no es cordial y grave; es la voz de un hombre más flaco y débil.

Ilse finge no haberlo oído y busca frenéticamente a Kai. Lo ve a unos metros de distancia, empapando de gasolina un montón de trapos y manoplas con la desmesurada concentración de quien está muy borracho.

El pastelero la llama de nuevo.

—¡Ilse! —vuelve a gritar—. ¡Ilse von Fischer!

Ilse se encoge entre la multitud, simulando aún no haberlo oído. Kai, sin embargo, sí lo ha oído: balanceándose, mira al señor Schloss y a Ilse alternativamente. Después, deja su lata en el suelo con el mismo cuidado exagerado y avanza tambaleándose.

—¿Con quién hablas, judío? —pregunta Kai.

Aunque no es muy fuerte, su voz se impone a los gritos y las risas. Se hace una calma nauseabunda; como obedeciendo a una señal, dos hombres fornidos se separan del grupo. Cada uno agarra un brazo tembloroso del pastelero.

El señor Schloss lo mira impasible.

—Te he hecho una pregunta —dice Kai alzando la voz—. ¿Conoces a esta chica?

Señala a Ilse.

Al ver que el pastelero no responde, uno de los hombres lo sacude lo

suficiente como para hacerle perder el equilibrio. Recuperándolo, el señor Schloss parpadea.

—Sí —responde enseguida—. Sí, la conozco. —Y mirando a Ilse añade—: Díselo, Ilse. Diles que me conoces. Diles que soy un buen hombre.

La multitud la mira fijamente, Ilse permanece inmóvil.

—¿Conoces a este judío? —pregunta Kai ahora con voz más tranquila.

Ilse niega con la cabeza.

—No.

—Por supuesto que sí —dice el señor Schloss levantando la voz con desesperación—. Ha sido una de mis mejores clientas. ¡Vamos, Ilse! —suplica—. ¡Puedes decírselo!

Por un momento, parece que nadie respire. Ilse mantiene la mirada en el suelo, en una tarta de frambuesas cuyas brillantes entrañas se extienden por la calle con una obscena dulzura pegajosa. Percibe más que ve cómo Kai se acerca. Camina despacio, como si estuviera dando un paseo. Cuando esta vez le echa el brazo sobre los hombros, no hay nada gracioso o afectuoso en el gesto. Y cuando presiona sus labios contra la oreja de Ilse, esta no halla nada siquiera un poco seductor en su voz.

—¿Está diciendo la verdad el judío?

Con el pulso acelerado, niega con la cabeza de nuevo.

—No —repite—. No lo conozco.

—¡Por supuesto que sí! —exclama el pastelero. Se ríe de veras, luciendo una sonrisa obsequiosa en su rostro magullado—. ¡Hasta viniste durante el boicot! ¿No te acuerdas?

Kai la estrecha con más fuerza.

—Vaya —responde. Su voz es tensa y baja. Ilse está casi sin aliento —. Mírame —le dice.

Temblando un poco, Ilse lo mira a los ojos. Kai la está observando con cierto regodeo. Tirando de ella, le murmura al oído:

—¿Rompiste el boicot por un judío?

Su aliento huele tóxico: cerveza, bilis y queso mohoso. Tragando una oleada de náuseas, Ilse se aparta.

—Por supuesto que no.

—Demuéstralo.

Kai levanta la mano e Ilse tarda solo un segundo en darse cuenta de que le está haciendo señas a Max, que todavía sostiene su motocicleta al otro lado de la calle. Este asiente, se gira y comienza a empujar la moto hacia ellos; la multitud se separa en silencio para abrirle camino. Cuando llega hasta donde está Kai, el redactor jefe se inclina sobre el sidecar y escoge un gran ladrillo rojo, que entrega a Ilse.

—Demuéstralo —dice otra vez.

Detrás de ellos, la muchedumbre comienza a moverse y a murmurar inquieta. «Boicot», oye Ilse. «Amante de los judíos. Zorra.» El áspero bloque rojo que tiene en la mano es mucho más pesado de lo que parece; el brazo y el hombro le duelen por el peso.

—¿Y bien? —dice Kai. Ahora parece impaciente—. Hay un buen lugar. Justo ahí.

Está señalando la única superficie de vidrio que aún no han destrozado: la puerta.

—Ilse, por favor —balbucea el pastelero. Ilse lo mira. Tiene los ojos muy abiertos y la pequeña boca rosada, fruncida y temblorosa—. Por favor —repite el señor Schloss—. Siempre fuiste muy buena chica.

«Buena chica», piensa Ilse impávida.

Y, de repente, se llena de una furia abrasadora. Contra Kai, por ponerla en esa situación con la misma tranquilidad con que le pone las manos encima. Contra Max, por llevarla allí y por mirarla con sus oscuros ojos como si su próximo movimiento fuese a determinar su destino.

Pero, sobre todo, contra el señor Schloss. Porque, al final, todo eso es culpa suya por ser tan estúpido como para aferrarse a su negocio, en lugar de venderlo y mantenerse a salvo. Él ha sido quien ha mencionado el boicot y la ha metido en problemas con sus superiores, cuando lo único que ella había tratado de hacer era ser amable con él, ayudarlo.

«Traidor —piensa Ilse—. Cobarde. Mentiroso.»

«Judío avaricioso.»

Y, de pronto, el ladrillo está volando con la velocidad y precisión de

una flecha impelida por la cuerda de un arco. Ilse mira asombrada cómo surca el aire y se dirige no hacia el cristal sino hacia el hombre: hacia el propio señor Schloss. Observa con la boca abierta cómo el panadero trata de agacharse y cómo los hombres que lo sostienen lo sujetan con firmeza. El proyectil alcanza su objetivo y golpea al judío aterrorizado en el pecho, justo encima de la estrella de seis puntas. Como nunca en su vida ha hecho algo ni por asomo tan violento, como nunca ha sido consciente de albergar tales impulsos, la visión del rostro asustado del pastelero y su grito de dolor le provocan una sacudida de pura euforia que la lleva a querer repetir.

La turba siente lo mismo y arremete en tropel contra el comerciante, asestándole golpes y patadas hasta que yace en el suelo tan inmóvil como el sombrerero. Entre aullidos y vítores, la muchedumbre irrumpe en la tienda a través del escaparate, vuelca la caja registradora, derriba estanterías para rejillas de horno y bandejas, y arroja los productos a la calle. Sacos de harina aterrizan y explotan formando nubes de niebla polvorienta. Los huevos crudos se rompen y sangran yemas amarillas sobre la acera. Dos fuentes de hornear salen volando por el escaparate vacío y están a punto de darle a Ilse en la cabeza. Pero para entonces ya no le importa; es como si con esa acción hubiese formulado un hechizo: es invencible. Invisible. Omnipotente. Podría saltar a una de las fogatas circundantes y salir no solo ilesa, sino renacida.

Electrizada, toma el otro ladrillo que le da Max y se maravilla porque ahora apenas nota su peso.

—Creía que te llamabas Ida —grita Max mientras coge otro para él.

—Así es —contesta gritando también—. Ese judío asqueroso estaba mintiendo.

Una hora más tarde, Max maldice el tráfico que avanza a paso de caracol porque los conductores se quedan boquiabiertos ante la ominosa escena. A pesar de estar cubierto de polvo y escombros, el sidecar es mucho más cómodo que el sillín trasero de la moto e Ilse casi cae en la tentación de cerrar los ojos. Sería fácil quedarse dormida

sin más. Pero justo cuando encuentra una posición cómoda, Max se detiene de nuevo.

—¡Hola! —grita—. Parece que aquí sigue la diversión.

Ilse levanta la cabeza y se percata de que están en la calle de Renate. Sigue la mirada de Max hacia el consabido grupo de hombres y muchachos medio borrachos que se burlan y gritan «judío». Max apaga el motor. En ese momento Ilse oye también la voz alta y aguda de una mujer: «¡Soltadlo! ¡Animales! ¡Cerdos!».

Max desmonta e Ilse lo observa aturdida antes de salir del sidecar y seguirlo hacia el tumulto. Al principio no comprende qué está ocurriendo. Entonces el grupo se separa y ve el objeto de su escarnio: un hombre alto, de pelo gris y con barba; está en ropa interior. Uno de los hombres empuña una navaja y le da estocadas al estilo de la esgrima, pinchando a su víctima lo suficiente para que se estremezca con cada una. Otros dos sujetan a la mujer, que grita y lucha, manteniéndola alejada del cruel retablo.

—¡Cobardes! —grita la mujer—. ¡Cerdos!

La voz hace que a Ilse se le erice el vello de la nuca. Una fracción de segundo después, sus ojos establecen la misma conexión devastadora: el hombre con la camiseta y los calzoncillos ensangrentados es el padre de Renate.

La mujer es su madre.

Esta vez, Ilse no se detiene a pensar en qué hacer. Solo echa a correr.

14

Renate e Ilse

1938

—¡Basta! ¡Ya basta!

Ilse embiste al grupo, empujando a un sorprendido Max y al semicírculo burlón que se ha formado en torno al padre de Renate y su torturador. Por segunda vez en dos horas se sorprende a sí misma: tal como cuando su brazo y su puño tomaron la decisión de arrojarle el ladrillo al señor Schloss, sus piernas la están llevando hacia la familiar puerta principal de los Bauer mientras su cerebro se esfuerza por estar a la altura de las circunstancias.

—¡Soltadlo! —grita chocando de frente contra uno de los hombres que, a su vez, choca contra el chico mucho más joven que está a su lado.

—¡Qué demonios! —protesta el hombre.

El chico se tambalea y casi se cae. Maldiciendo, se yergue de nuevo y señala a Ilse con un dedo vacilante.

—¿Quién es esta? —pregunta arrastrando las palabras.

Ilse no le hace caso y se detiene jadeando al llegar al centro del círculo.

No es solo la sangre, ya de por sí bastante chocante: la camiseta y los calzoncillos de algodón blanco de Otto Bauer están empapados. Una raya gruesa como de pintura le chorrea por un brazo; incluso tiene manchas de sangre en el cabello revuelto.

Desde que Ilse lo vio por última vez, el padre de Renate se ha transformado en un hombre que ya no reconoce. Su otrora oscuro y abundante cabello es ahora fino y casi blanco. Su figura desgarbada parece haber encogido varias tallas, no solo en grosor, sino también en estatura. Su rostro, que exudaba inteligencia y perpetuo desconcierto,

ahora se ve muy arrugado y confundido, sorprendentemente vulnerable sin sus habituales gafas de montura de carey. Al oír la voz de Ilse, él, al igual que los demás miembros del pequeño grupo, ha vuelto sus ojos azules hacia ella. Pero no reflejan ningún reconocimiento; solo una vaga perplejidad. Su esposa se encuentra a un par de metros de distancia, forcejeando en las garras de dos hombretones que miran con desprecio. Sin abrigo a pesar del frío, solo lleva puesta una blusa ligera, una de cuyas mangas le han arrancado por el hombro. Ella también ha cambiado: siempre delgada como un pájaro, ahora es casi esquelética y su piel pálida está tan tensa sobre su clavícula descubierta que parece que el hueso podría romperse en cualquier momento. A pocos pasos detrás de ella está Franz, despeinado y pálido, inmovilizado por otro matón mucho más joven que luce el atuendo de las Juventudes. A sus espaldas, la puerta principal de la casa de los Bauer está abierta, mostrando un vestíbulo sumido en un absoluto caos: la alfombra está arrugada y embarrada; la barandilla, rota. El reloj de pie que tanto le gustaba a Ilse yace destrozado en el suelo. Se pregunta confusa dónde está Sigi.

Aleja la mirada de la devastación y se topa con el único ojo bueno de Franz. Su mirada es indescifrable, pero la siente como un puñetazo en la barriga.

Ilse respira hondo para enfrentarse al agresor del padre. El hombre la duplica en peso; tiene la complexión de un jornalero fornido y unos bíceps que seguramente tendría que agarrar con ambas manos. Cuando el matón detecta su presencia, sus ojos, muy abiertos y nublados por la cerveza, parecen tener problemas para enfocar bien. Ilse se pregunta cuánto tiempo lleva bebiendo.

—No te conviene hacer esto —le dice.

—¿Quién demonios eres?

Sostiene la navaja en alto y un poco hacia atrás, como si se preparase para atacarla. El arma tiene la punta de color carmesí por la sangre seca del profesor. Ilse se obliga a mirar hacia otro lado mientras intenta recobrar el aliento.

—Te he hecho una pregunta, perra —repite el matón rociando saliva al hablar—. ¿Cómo te llamas?

—Ida —dice Ilse procurando que no le tiemble la voz—. Ida Fuchs. Tienes que dejar en paz a esta familia.

El matón echa la cabeza hacia atrás y se ríe con desdén, mugiendo como un toro. Sus compinches se suman enseguida al escarnio.

—Oooh —se burla uno de ellos—. ¿Vas a pelear con ella, Jock?

—Parece que tiene ganas de batalla —dice otro con segundas intenciones—. Ya me encargo yo de ella si no lo haces tú.

—Soy la jefa de distrito regional de la BDM.

Ilse trata de decirlo con la mayor autoridad posible, aunque la sangre le ruge tan fuerte en los oídos que apenas se oye hablar. Se obliga a aguantarle la mirada mientras mete la mano en su cartera y saca su insignia de jefa de distrito. Le muestra el distintivo escudo amarillo, esperando que la mano no le tiemble visiblemente y rezando para que en su neblina alcohólica el hombre no capte más que las letras mayúsculas «U» y «F» de *Untergau Fuhrerin*, jefa de distrito.

El tipo se encoge de hombros.

—¿Y qué?

—Este hombre no es judío. Nadie de la familia lo es. Estás a punto de cometer un gran error.

Mientras vuelve a guardar la insignia, ve a Elisabeth Bauer mirándola fijamente, con sus ojos marrones duros y enojados, pero también destellando comprensión.

—Es verdad —dice en el tono de ir al grano que Ilse todavía recuerda muy bien—. Lo que dice es verdad. Mi marido no es judío. Y yo tampoco.

—Sé que tú no lo eres, perra judía de mierda —replica el tal Jock.

Los hombres que la sujetan la sacuden con vehemencia de manera que su cabeza parece quebrar el delgado tallo blanco de su cuello.

Ilse reprime una mueca de angustia.

—Lo único que estáis haciendo es meteros en un montón de problemas muy graves. Este hombre tiene contactos muy poderosos en el Partido.

—Entonces ¿por qué nos dieron su nombre en la sede del Partido? —pregunta Jock. Saca una bola de papel arrugada de su bolsillo, la alisa con torpeza contra su muslo y la mira con los ojos entrecerrados,

sosteniéndola hacia la luz—. «Otto Bauer» —lee con exagerado cuidado—. «Número 265. La esposa es gentil.»

Mira a la madre de Renate y escupe con desprecio.

—Algunas de esas listas tienen nombres y direcciones equivocados. Anoche sucedió varias veces.

Las mentiras penden como dardos desesperados lanzados al aire frío del otoño. Ilse contiene la respiración, rezando para que aterricen.

—El Partido no comete errores —dice Jock con firmeza.

—Seguro que no fue un dirigente del Partido. Tienen secretarias —alega Ilse en un tono que espera que suene a la vez confiado y despectivo.

—¿Ida? ¿Qué estás diciendo, por Dios?

Ilse se vuele y ve a Max mirándola fijamente, con sus ojos oscuros abiertos de par en par.

—Estas personas no son judías.

—Eso no. ¿Qué estás diciendo sobre las listas?

Traga saliva y trata de mantener una expresión objetiva.

—¿No te has enterado? Kai me lo ha contado antes en el Windhund. Tuvo que presentar su lista antes de salir porque nos dijeron que algunas direcciones eran erróneas. —Hace una pausa antes de improvisar—: Por eso llegamos tan tarde.

Los ojos oscuros de Max van de ella al bruto de Jock y a la víctima salpicada de sangre.

—A mí no me dijo eso.

—Bueno, pues es la verdad. Y estos patanes acabarán en una celda si no hacen caso.

Volviéndose hacia Jock, se yergue cuan alta es.

—¿Cuáles son tu nombre completo y rango?

«Haced siempre las preguntas con autoridad.» Es una de las tácticas de entrevista que aprendió el mes pasado en la Escuela Nacional de Liderazgo de Potsdam, donde ella y otras líderes regionales de la BDM fueron enviadas a formarse con vistas a un ascenso. Por supuesto, las entrevistas para las que habían sido preparadas eran con niñas adolescentes, como parte del proceso de selección de nuevas reclutas para la BDM. Pero la estrategia parece funcionar igual de bien con los

soldados de asalto borrachos.

—Schumacher —contesta Jock frunciendo el ceño confundido—. Soldado raso Jock Schumacher.

Un latido de alivio: es el menor rango posible sin contar a los candidatos.

—Guarda tu navaja, Jock —ordena Ilse—. Este hombre sirvió al káiser. Tiene dos Cruces de Hierro.

—Un judío que sirvió en el ejército sigue siendo judío —responde Jock; su tono ahora es más petulante que amenazante.

—No es más judío que tú y yo.

Jock duda e Ilse repara en cuánto le cuesta sopesar si debe rebatirla.

—¡Es verdad! Por favor. Hazle caso. Es verdad.

La voz —temerosa, femenina y tan familiar como para que el pulso de Ilse se acelere al reconocerla— irrumpe justo detrás de ellos. Ilse se vuelve y ve a Renate acercándose, turbada y respirando con dificultad. Lleva puesto el mismo abrigo de lana verde que vestía a los catorce años, sus muñecas pálidas sobresalen de los puños.

Como el resto de su familia, está mucho más delgada que la última vez que Ilse habló con ella. Pero en ese instante Ilse la encuentra bella de una manera casi sobrenatural: sus mejillas sonrosadas, sus ojos oscuros abiertos de par en par por el miedo. La ola de alegría que siente al verla es tan poderosa que resulta casi desorientadora; Ilse tiene que cerrar los ojos un momento para reprimirse.

—Es verdad.

La voz de Renate suena débil e infantil en sus propios oídos. Tiene que hacer un esfuerzo para disimular que está conmocionada. Conmoción al ver a su familia asediada en su propio hogar. Conmoción al creer que Ilse dirigía el ataque. También en el momento casi igual de chocante en que se ha dado cuenta de que, en realidad, Ilse estaba interviniendo para tratar de protegerlos.

Se sitúa junto a Ilse y al joven que está a su lado como si nada hubiera cambiado entre ellas.

—Somos alemanes —insiste—. Ninguno de nosotros es judío.

«Cosa que es cierta», se recuerda a sí misma. Nunca ha mentido tan bien como Ilse, pero su instinto le dice que en ese momento la vida de su padre depende de lo que ella diga a continuación y de cómo lo diga. Mira fijamente al soldado de asalto borracho, esperando con toda el alma parecer tan autoritaria como Ilse.

—Mi padre fue bautizado en la Primera Iglesia Luterana de la Friedrichstraße.

Lanza una mirada rápida a su madre, que ha aprovechado la interrupción para zafarse de los dos hombres que la sujetaban. Con los labios apretados, Lisbet Bauer va derecha hasta su marido y lo libera de su torturador. El rostro de su padre es del color de la tiza. Deben haberlo bajado directamente de la cama a la calle, dado que no lleva nada más que los calzoncillos y la camiseta de algodón blanco con los que duerme por la noche. La garganta de Renate se contrae cuando repara en la sangre que los salpica. Pero aunque las manchas son numerosas, al menos parece que no crecen. Confía en que eso signifique que sus heridas son superficiales, a diferencia de las de algunos hombres que ha visto de camino a casa.

—¿Tú eres su hija?

El muchacho que habla parece que está con Ilse, pues está muy cerca de ella. Es inquietante lo joven que parece, con la cara y el torso aún acolchados de grasa infantil y los ojos oscuros con largas pestañas como los de Franz.

Asiente con la cabeza.

—Sí.

El muchacho mira a Ilse.

—¿Tú también la conoces, Ida?

«¿Ida?» Renate echa un vistazo a Franz, que esboza un gesto de asentimiento.

—Perfectamente —responde Ilse—. Os lo estoy diciendo. Los conozco a todos desde hace años.

—No creo que distinga su tobillo de su culo —dice el chico que todavía sujeta los brazos de Franz.

Otra tanda de risitas, aunque ahora suenan inquietas. El muchacho del abrigo de cuero ni siquiera sonríe.

—Es bastante fácil de aclarar —dice, y se dirige a Renate—. Ve a buscar tu carnet.

A Renate el corazón le da un vuelco. Pero antes de que pueda responder, está haciéndolo su madre:

—Ha tenido que solicitar uno nuevo. El viejo se le cayó al agua en el Wannsee el mes pasado, cuando fuimos a navegar.

Suelta la mentira con el mismo tono calmado y autoritario que usa para dar órdenes a los camilleros del hospital judío. Renate contiene la respiración mientras el muchacho se vuelve hacia su padre.

—¿Es verdad?

Otto Bauer mira aturdido a su interrogador y luego a su esposa.

—¿Si es verdad el qué? —pregunta lentamente.

«Oh, Dios —piensa Renate—. Ahora no. Por favor.» En los últimos meses, a medida que el trabajo ha ido escaseando, con su puesto y su pensión revocados y su amada máquina de escribir y su bicicleta confiscadas (los judíos tampoco están autorizados a usarlas), su padre ha sido cada vez más propenso a sufrir períodos de incapacidad de reacción. Su madre dice que es un síntoma de melancolía, que mejorará cuando la vida vuelva a la normalidad. Renate sabe que no debe preguntar cuándo será eso.

A Ilse le parece tan desconcertado como un niño pequeño, igual que su abuelo el año pasado cuando comenzó a olvidar incluso la cara y el nombre de su propia esposa.

—Que perdió su carnet en un lago —repite Ilse en voz alta y alentadora.

La mira y entorna los ojos, como si tratara de ubicar un rostro que antes le era familiar. «Por favor, no digas mi nombre», reza Ilse para sus adentros.

Otto Bauer se humedece los labios, carraspea.

—Sí —dice con voz débil y temblorosa—. En el lago.

Ilse exhala en silencio, aliviada.

Max aún no está convencido. Se acerca a ella, se inclina y le susurra.

—Estás segura de esto, ¿no? Podrías terminar en un campo si te equivocas.

A Ilse se le seca la boca. No había pensado en eso, como tampoco en lo que estaba haciendo cuando ha ido al encuentro del grupo. Pero se obliga a asentir con la cabeza.

—Estoy completamente segura. —Se le acelera el pulso, se vuelve hacia Jock—. ¿Por qué no vas a buscar a algunos judíos de verdad para arrestarlos? Me han dicho que hay muchos en esta manzana.

El soldado de asalto frunce el ceño, sus gruesos dedos se crispan en el mango del cuchillo. Por un momento Ilse teme que vaya a desafiarla de nuevo. Pero en lugar eso, enfunda la navaja y la remete en el cinturón.

—Muy bien —le dice al grupo con aspereza—. Vámonos.

—Mierda.

El chaval que sujetaba a Franz lo suelta, no sin darle antes un pequeño empujón. Privado de su bastón, el hermano de Renate trastabilla y se cae antes de ponerse de pie poco a poco. Mientras los matones se alejan, la madre de Renate da un discreto sollozo; abraza a su marido.

—¿Estás bien? Dios mío. Déjame ver.

—No es nada —masculla el padre de Renate.

—¡Cómo que no es nada! Entremos. Si necesitas puntos de sutura, tendremos que llamar al doctor Strauss.

Tras rodearle los hombros con el brazo, manchándose la blusa de sangre, la madre de Renate lleva a su marido muy despacio de vuelta a casa, pero antes le lanza a Ilse otra mirada tan dura que bien podría haber sido disparada con un rifle.

Un momento después, ella y su marido suben los peldaños juntos mientras Ilse mira fijamente al suelo.

—Bueno —dice Max—. Ha sido interesante.

Ilse vuelve a levantar la vista, sorprendida: casi había olvidado que Max seguía allí.

—No tiene sentido que gastemos energías con personas equivocadas —dice con la mayor modestia posible—. Se aparta de la misión.

Max se encoge de hombros.

—¿Quieres que te lleve a casa?

La idea de un viaje en moto es muy tentadora; las piernas le

tiemblan tanto por el cansancio y el alivio que caminar hasta el metro desde allí se le antoja desalentador. Aun así, niega con la cabeza.

—Debería quedarme aquí y asegurarme de que no presenten una queja. Supondría más papeleo innecesario para todos.

Aunque lo que de verdad está pensando es que si él la lleva a casa, sabrá su dirección y una vez que la tenga, no le costará nada averiguar su verdadero nombre. Por supuesto, si le pregunta a Kai sobre ella, la artimaña saldrá a relucir igual de rápido. Pero ahora Ilse está demasiado agotada para meditar sobre esa posibilidad.

—Como quieras —dice Max. Se demora un momento un tanto incómodo—. ¿Te parece bien que te llame mañana?

—¿Llamarme? —Ilse lo mira parpadeando.

Max carraspea, ruborizándose un poco.

—Por si necesitas más información. Para tu artículo.

—Oh —dice Ilse—. Claro. —Le entran unas ganas locas de reír; tiene que esforzarse para mantenerse seria. Se las ingenia para salir del apuro añadiendo—: Te llamaré yo. Ahora mismo estamos sin teléfono.

—Te daré mi número.

Ilse asiente con la cabeza. Saca en silencio su libreta y su pluma y se los da y aguarda mientras él garabatea los dígitos. Tras devolverle la libreta, Max le hace el saludo formal.

—*Heil Hitler*.

—*Heil Hitler* —responde ella.

Mientras Max camina enérgicamente de vuelta a su moto, Ilse lo observa incómoda al ser consciente de que tiene los ojos de Franz y Renate clavados en ella. «No hay nada entre nosotros», quiere decirles. Pero eso no es cierto. En absoluto. Los destrozos y los incendios, la sangre y el lanzamiento de ladrillos: no había experimentado algo semejante en su vida, ni siquiera las desagradables horas que pasó en los brazos flácidos del capitán Wainer en Dam-Großer. Y eso los unirá siempre, comprende azorada. No importa lo que pase a partir de ahora ni cómo crea que se llama.

Durante un instante, desea haber aceptado su ofrecimiento a llevarla en moto; habría sido mucho más fácil largarse rugiendo en

una nube de humo. No obstante, se obliga a girarse hacia sus antiguos amigos.

—Ha sido extraordinario.

De pie junto a Renate, Franz se apoya en su bastón mientras la mira de hito en hito. Su mirada es extraña, como si estuviera tratando de interpretar su semblante a distancia o bajo la lluvia.

Ilse aparta la vista.

—No ha sido nada —responde con frialdad.

—No seas ridícula. Acabas de salvarle la vida a mi padre. Y es muy posible que te hayas puesto en peligro.

Ilse se encoge de hombros, aunque al oír la palabra «peligro», el corazón se le acelera dentro de la caja torácica. Baja la mirada a su libreta.

—Volverán, ya lo sabes.

—Lo sé. —Franz le sostiene la mirada mientras el motor del BMW arranca en la acera de enfrente—. Gracias —añade sin más. Da media vuelta y empieza a cojear hacia la puerta.

Renate se queda donde está. Se miran la una a la otra.

—Ida Fuchs —dice por fin Renate—. Nunca creí que volvería a saber de ella.

—Yo tampoco. —Muy a su pesar, Ilse sonríe—. Al final resulta que no es tan mala.

Renate también sonríe; una débil curva de sus labios carnosos que provoca un nudo en la garganta de Ilse.

—Siento que debo darte las gracias —prosigue Renate—. Pero no puedo... No se me ocurren las palabras adecuadas.

—No me lo agradezcas. Solo vete —dice Ilse con firmeza—. Todos vosotros. Aquí ya no hay sitio para vosotros.

—Lo estamos intentando —asegura Renate con la voz tomada—. Llevamos más de dos años en la lista de espera para obtener visados norteamericanos. También los hemos solicitado a otros cinco países. Nadie nos quiere acoger.

El dolor y la impotencia que refleja su rostro golpean a Ilse en el pecho de la misma manera que su ladrillo ha golpeado al pastelero al que antes visitaban en calidad de amigas, y toquetea la hebilla de su

bolso, tratando de mantener la compostura.

—Ha sido solo esta vez —dice en voz baja—. No podré volver a hacerlo. —Duda lastimosamente, antes de añadir—: Tengo que irme.

Renate traga saliva.

—Yo también —dice, pero permanece inmóvil. Ilse siente que los ojos de chocolate de Renate se clavan en su espalda cuando gira en dirección al metro.

«Sigue caminando», se dice a sí misma.

Pero después de unos pasos se detiene y vuelve la vista atrás.

—Te escribí una carta —dice.

Renate parpadea.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba en el este.

—No la recibí —responde Renate.

—No la envié —explica Ilse.

—¿Por qué?

A Ilse casi le duele ver la mirada de Renate, mezcla de confusión y esperanza. «Porque no podemos ser amigas —piensa Ilse—. Porque te extraño demasiado. Porque no encajas con todo lo demás.»

—Vete —repite.

Da media vuelta y se va.

15

Ava

1946

—Sabes muy bien que está muerta —dijo Maja. Hizo girar sus ojos negros al tiempo que se ponía de puntillas sosteniendo el papel arrugado fuera del alcance de Ava—. Seguramente la violaron y asesinaron los *Ivanes*. Lo sabes, ¿verdad?

—Devuélvemelo —dijo Ava, y volvió a saltar en vano.

No sabía qué significaba violar, excepto que era horrible y dolía mucho y que a algunas de las otras niñas del orfanato les había pasado. Una de ellas, Katje, solo tenía cinco años. Después de llegar al Hogar Infantil de la Santa Madre, Katje no había emitido sonido alguno durante una semana. Pero la primera vez que vio a los supervisores *Ami* del orfanato —el capitán Ron y el teniente Tommy— gritó sin parar hasta que se desmayó.

—Bueno, ¿lo sabes? —insistió Maja—. Contéstame.

—No la violaron —dijo Ava pensando «No voy a llorar».

—Sí que la violaron —replicó Maja, y alargó la mano para darle un empujón en el hombro.

Detrás de ella, Hanne Rossing y Anja Blum miraban con los ojos brillantes.

—La violaron —repitió Maja—. Probablemente cientos a la vez. Grandes, sucios y apestosos rusos. Seguro que la abrieron en canal para que pareciera un trozo de carne. Y luego la dejaron desnuda y sangrando en la nieve para que muriera.

Empujó a Ava de nuevo, esta vez con fuerza suficiente para hacerla trastabillar. Al recobrar el equilibrio, Ava se mordió la lengua. El sabor dulzón de la sangre le provocó náuseas y un torrente de lágrimas. Cerró los ojos, pero las gotas se derramaron de todos modos,

convergiendo en las saladas huellas que dejaban en las mejillas.

—¡Guau! —exclamó Maja encantada—. ¿Está llorando nuestra Babypisse?

Babypisse era el apodo que le puso a Ava el día que llegó al orfanato, cuando descubrió que a veces todavía mojaba la cama.

Detrás de ella, Hanne y Anja chillaron muertas de risa.

—Mira esto —añadió Maja.

Ava abrió los ojos y vio a Maja agitando burlonamente su dibujo de un lado a otro. Se suponía que era un plátano, una fruta que Ava nunca había visto en la vida real, pero de la que había visto fotos en libros y revistas.

—Parece una polla —declaró Maja—. La gran polla amarilla de un *Iván*. Adiós, *Iván*.

Y, con una floritura, rompió el dibujo por la mitad.

—Está celosa —dijo más tarde Greta, la amiga de Ava, mientras le cepillaba y separaba el pelo para la presentación.

—Pero ¿por qué está celosa?

Ava estornudó y se limpió la nariz en la manga.

—Estate quieta —la reprendió Greta, y dio un tirón con el cepillo para dar énfasis a la reprimenda—. Está celosa porque tú tienes madre y ella no.

Tras dividir el lado izquierdo en tres partes, Greta comenzó a trenzarlo, deteniéndose de vez en cuando para comprobar su trabajo desde ambos lados del espejo. Estaban en el lavabo, donde la niña mayor —la única aliada declarada de Ava en el Santa Madre— acababa de ayudarla a lavarse la cara con agua fría.

—Pero nadie sabe dónde está mi madre —dijo Ava. «Un trozo de carne. Desnuda y sangrando.» Trató de borrar las palabras de su mente tal como borraba los errores de sus dibujos.

—Pero no saber es mucho mejor que saber con seguridad que está muerta.

Mientras ataba la primera trenza y empezaba la otra, una breve sombra nubló los rasgos de pastora de Greta Delft. Ava supo que

pensaba en sus propios padres. Cuando llamaron a filas al padre de Greta, su madre se llevó a ella y a su hermano menor al este para escapar de los bombardeos de Berlín. Pero entonces la guerra terminó y llegaron los rusos y todos los alemanes tuvieron que huir. La madre de Greta los guio en el largo y difícil viaje de regreso a Düsseldorf, a veces en trenes abarrotados y malolientes que paraban durante horas y que no tenían baños ni asientos. Otras veces, caminando. Fue en uno de esos trayectos a pie, le había dicho Greta, cuando los rusos violaron a su madre y se puso tan enferma que acabó muriendo. Mientras tanto, a su padre le habían disparado en el frente ruso.

—Tú todavía puedes tener esperanzas —dijo Greta terminando la segunda trenza con un suave tirón—. Ella no.

—Todavía puede adoptarla alguien.

—Nadie lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—De la misma manera que sé que tu madre está viva. Lo sé y punto.

Giró a Ava para verla de frente. La niña más mayor observó un momento a la pequeña. Sacó un pañuelo hecho jirones del bolsillo de su falda, lamió una esquina y frotó una mancha que Ava tenía encima de la boca, mientras la otra permanecía inmóvil como una estatua. A Ava le constaba que tendría más sentido tratar de parecer lo más desaliñada posible para la presentación, teniendo en cuenta que ella no quería que la adoptaran; pero ver a Greta preocuparse por ella, ver a cualquiera preocuparse por ella, hacía que el interior se hinchiera de una manera casi tan agradable como si tuviera el estómago lleno de verdad.

—Ya —dijo por fin su amiga apartando el pañuelo—. Estás muy guapa.

—No, qué va. —Ava se miró rápidamente en el espejo y vio su rostro pálido y enjuto, sus ojos hundidos, sus brazos y piernas que parecían palillos de dientes blancos—. Pero tú sí. Siempre lo estás.

Greta se rio.

—Mentira. Vámonos.

No era mentira. Pero mientras Ava seguía a la niña mayor hacia el barracón, deseó con todo su corazón que lo fuera. La única razón que

podía explicar que Greta aún estuviera allí era que se negaba a separarse de su hermano, que vivía en el barracón de los chicos, al otro lado de la capilla. Hasta ahora nadie había querido adoptar a dos huérfanos en lugar de a uno.

Pero tratándose de alguien tan encantador como Greta, solo era cuestión de tiempo.

De vuelta en el cuarto de las literas, Ava notó que la regla de madera de la hermana Agnes se le clavaba en el esternón.

—Ponte derecha, niña —la regañó la monja—. ¡No te encorves!

Ava echó los hombros hacia atrás, intentando ignorar la mueca despectiva que Hanne le estaba haciendo desde el otro lado del pasillo y la forma en que Maja, de pie a su lado, le sacaba la lengua. Enseguida ambas quedaron ocultas tras la mujer que acababa de detenerse justo delante de la cama de Ava.

La mujer miró a Ava de arriba abajo, frotándose la barbilla con un aire pensativo.

—Humbert —llamó.

—Dime, querida.

El hombre cheposo que charlaba junto a la puerta con el capitán Ron y el teniente Tommy levantó la vista.

—¿No te recuerda a Ina?

El hombre se separó de los estadounidenses de aspecto aburrido y se dirigió hacia ellas. Caminaba con dificultad, con un bastón y una cojera que hacía que su cuerpo se moviera adelante y atrás a cada paso, como si estuviera ejecutando una especie de danza cómica. Ava bajó la mirada al suelo, estudiando primero los desgastados zapatos de trabajo marrones de la mujer, luego, los Oxford de tacón bajo de la monja y, por último, los de punta de ala marrones y blancos del hombre, muy rozados, cuando se acercaron a los otros dos pares.

—¿En qué? —preguntó él.

—En la nariz —contestó la mujer—. Y en los ojos también.

—Cuesta decirlo si los tiene clavados en el suelo.

El hombre rio con disimulo.

«Largaos», pensó Ava.

—¿Cómo te llamas, ratoncito? —preguntó el hombre.

Volvió a notar la regla de la hermana Agnes, esta vez bajo la barbilla.

—Alza la vista, niña. Diles cómo te llamas.

Ava levantó la cabeza. La pareja que tenía delante era más joven que sus abuelos, pero probablemente mayor que su madre, aunque era difícil saberlo con seguridad. La mujer tenía los ojos color avellana y el cabello negro con mechones blancos, y miraba a Ava con una especie de nostalgia soñadora. El hombre era casi calvo y tenía una enorme cicatriz entre rosa y plateada que iba desde la oreja izquierda hasta la comisura de la boca. Le tiraba un poco del labio superior, dando la impresión de que siempre estaba esbozando una sonrisa.

—¿Y bien? —inquirió la hermana Agnes—. ¿Cómo te llamas?

Ava tragó saliva.

—Ava —contestó en la voz más baja que pudo sin llegar a susurrar.

—¿Y cuántos años tienes, Ava? —preguntó la mujer.

—Tengo seis —musitó.

—¡Seis! Vaya, qué niña tan alta —dijo el hombre, aunque Ava sabía muy bien que era baja para su edad—. ¿Y qué te gusta hacer?

—¿Hacer?

—En tu tiempo libre. ¿Qué juegos te gustan?

Ava miró vacilante a la hermana Agnes. En realidad, no conocía ningún juego. Su *Opi* había empezado a enseñarle a jugar al ajedrez, pero el bombardeo no le dio tiempo a que le enseñara cómo se movían todas las piezas.

—Ava —explicó la hermana Agnes— es nuestra pequeña artista.

—¡Qué bien! —exclamó la mujer—. A nuestra Ina también le gustaba dibujar. Le gustaba mucho dibujar flores y gatitos. Todavía tenemos algunos dibujos suyos en las paredes. —Se arrodilló junto a Ava y la miró a los ojos—. ¿A ti qué te gusta dibujar?

Ava se mordió el labio.

—Adelante —la instó la hermana Agnes, riéndose de una manera que parecía divertida pero que Ava sabía que en realidad indicaba que estaba molesta—. No seas tímida, por el amor de Dios. Cuéntale a la

señora Dunkel qué cosas dibujas.

Ava se humedeció los labios con la lengua todavía dolorida.

—Dibujo comida —respondió Ava aún en voz baja—. Sobre todo pasteles y pollos y *banana splits*.

—Eso suena delicioso —comentó la mujer calurosamente—. No sé nada sobre *banana splits*, pero Humbert y yo vivimos en una granja muy grande en las afueras de Norf y tenemos gallinas, pollitos y una vaca.

—¿Una vaca?

Aunque a su pesar, Ava volvió a levantar la vista. Greta había vivido en una granja durante el tiempo que había estado en el este y todavía se mostraba entusiasmada con la comida: leche y huevos de verdad y pan fresco y fruta y miel. A veces, incluso había carne. Por la noche, le contaba a Ava historias sobre las comidas que había tomado, tal como la abuela de Ava le contaba cuentos de hadas en una vida que, al recordarla ahora, parecía un cuento de hadas en sí misma.

La señora Dunkel le guiñó el ojo.

—Ahora mismo es una vaca muy flaca, pero aun así, nos da un poco de leche. Y algún día, si tenemos algo bonito que celebrar, tal vez podamos preparar uno o dos pasteles.

Su voz era suave y grave y, aparte de su obvio interés por el pastel, Ava se encontró preguntándose si la señora Dunkel alguna vez cantaba nanas. Su *Oma* se las cantaba a veces, por la noche: *Duerme, niño, duerme* y *La luna ha salido*…

Una imagen pasó a la deriva, el pelo blanco de su abuela y sus pequeños pendientes de diamantes. Su voz temblorosa, una habitación empapelada con dibujos de princesas y castillos que había hecho Ava. Una oleada de nostalgia y añoranza la inundó con tanta fuerza que por un momento fue incapaz de hablar.

—Nuestra Ina —prosiguió la señora Dunkel— era un poco mayor que tú cuando la perdimos, en diciembre.

Con el rabillo del ojo, Ava vio la mano del marido posarse sobre el hombro de su esposa.

—Durante mucho tiempo estuvimos muy tristes —continuó la mujer —, pero entonces nos dimos cuenta de que hay muchos niños

maravillosos que ahora no tienen padres y...

—También hago dibujos de mi mamá —anunció Ava.

La señora Dunkel parpadeó.

—¿Tu mamá?

—Sí —dijo Ava—. Yo no soy huérfana porque ella no está muerta. Pronto vendrá a buscarme.

La señora Dunkel enarcó las cejas mirando a la hermana Agnes y Ava vio la barbilla de la monja conteniendo su enojo.

—La madre de Ava estaba en Wartheland al final de la guerra —dijo como pidiendo disculpas.

La señora Dunkel asintió con la cabeza.

—Oh, cariño. Ya lo entiendo.

—Pero va a volver —insistió Ava.

—Vamos, Ava. Ya lo hemos hablado. —La voz de la hermana Agnes sonaba demasiado alegre—. Habida cuenta del tiempo transcurrido, parece seguro suponer...

—¡No está muerta!

Le salió un grito, tan repentino y estridente que todo el barracón se quedó en silencio al oírlo.

—No está muerta —repitió Ava bajando solo un poco la voz—. Y no la violaron ni la dejaron como un trozo de carne en la nieve.

Detrás de ella oyó resollar a la hermana Agnes al tiempo que la señora Dunkel, todavía arrodillada, se estremecía. Cuando la mano de la monja le apretó el hombro, el corazón de Ava le latía en los tímpanos tan fuerte que casi ahogaba el ruido de las botas negras del capitán Ron marchando hacia ellas por el pasillo.

—¿Qué está pasando aquí, señoras? —preguntó en su alemán lento y como de vaquero—. ¿Por qué gritas, mocosa?

Mocosa era como llamaba a Ava y a los demás huérfanos más pequeños. Le había dicho que significaba «pequeña» en inglés.

—Es culpa mía. —La señora Dunkel se puso de pie con torpeza y alisó su falda de flores con las dos manos—. Me parece que la he disgustado.

—¡Oh, no! —La voz de la hermana Agnes era tan ligera y tranquila como siempre, pero sus dedos transmitían otro mensaje, agarrando el

hombro de Ava con una fuerza férrea—. En absoluto. Ava sabe que no debe hablar así. De hecho, creo que la señora y el señor Dunkel se merecen una disculpa. —Sacudió ligeramente a Ava—. ¿No crees, Ava?

Ava bajó la vista al suelo enmudecida. Odiaba las disculpas, sobre todo cuando no había hecho nada malo. Tenía el estómago en un puño.

—¿Y bien? —dijo el capitán Ron. Ahora sonó enfadado, y cuando Ava lo miró, entornó los ojos color avellana—. Di que lo sientes, mocosa. Esta buena gente solo está tratando de ayudarte.

—Perdón —murmuró Ava.

La hermana Agnes la sacudió otra vez.

—Más alto, por favor. Y míralos a la cara.

Ava tragó saliva e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar el rostro enjuto de la señora Dunkel. Su expresión estaba entre el horror y la compasión, como si acabara de descubrir que Ava tenía cuernos o una tercera pata oculta. Detrás de ella, Ava oyó a Maja reírse.

—Perdón —susurró.

Media hora después estaba sentada en silencio, con las manos cruzadas en el regazo y los ojos fijos en la imagen de la Virgen María que había justo encima de la cabeza de la madre superiora, con su tocado de alas blancas. Aparte de la oración vespertina obligatoria, por lo general Ava solo rezaba en misa. Para ella estaba claro que si Dios existía, o estaba sordo o no le interesaban sus peticiones: que sus abuelos y su casa reaparecieran milagrosamente; que su madre regresara del lugar misterioso y silencioso en el que estaba; que a Maja, como a las crueles hermanastras de Cenicienta, las palomas vengativas le arrancaran los ojos negros.

Ahora, sin embargo, algo en la mirada perdida de la Virgen dio lugar a una última petición sincera y desesperada: «Por favor —le pidió Ava en silencio—. Por favor, que esté viva. Por favor, que regrese pronto y me lleve a casa».

—Bueno, Ava. —Las palabras de la madre superiora eran estrictas y

concisas—. Tengo entendido que has sido muy grosera con nuestros visitantes.

Ava apretó tanto las manos que los nudillos se le pusieron casi tan blancos como la suave y pálida mejilla de la imagen.

—Solo he dicho la verdad.

—¿Y cuál es?

Ava levantó la vista con rebeldía.

—Mi mamá no está muerta.

—Pero dijiste algo más, ¿no?

La monja se recostó en su asiento, mirando a Ava por encima de las gafas. Tenía el rostro tan arrugado como una cáscara de nuez: se rumoreaba que tenía más de cien años. Era conocida por golpear a los niños con un gran volumen del *Libro de oración de Starck*, que reservaba expresamente para ese propósito.

Ava se mordió la mejilla y no dijo nada.

—Tengo entendido —prosiguió la madre bajando el tono de voz, de tal manera que resultaba más inquietante que si gritara— que has dicho que a tu madre no la habían... no la habían deshonrado.

—¿Deshonrado?

La madre superiora carraspeó.

—Significa... lo mismo que la palabra que les has dicho a los Dunkel. Lo que has dicho que no le había sucedido.

—¿Violado? —La monja frunció un poco el ceño y asintió—. Porque no la violaron.

—No importa si lo hicieron o no. Aquí no se habla de esa manera. Nunca.

Ava rozó la punta de uno de sus zapatos contra el suelo y sintió que la suela retrocedía ligeramente donde las costuras se habían desgastado. Los días de lluvia se le empapaban los pies, pero hasta que llegara el siguiente envío de ropa de la Cruz Roja, nada se podía hacer al respecto.

—¿Qué te ha llevado a pensar que estaba bien decir tales cosas? —prosiguió la madre superiora—. ¿De dónde has sacado esas ideas tan horribles?

Ava negó con la cabeza en silencio. Sabía que no debía delatar a

Maja; durante el medio año que vagabundeó entre los escombros de las calles de Berlín, esta había perfeccionado todos los trucos de tortura y engaño habidos y por haber. A la última niña que la había delatado le había pellizcado con tan fiereza en represalia que sus brazos parecían los de un leopardo azul y negro.

—Ava. —La madre superiora dejó escapar un pequeño suspiro—. Mírame. Debo dejarte muy clara una cosa.

Ava miró fijamente sus desnudas y sucias rodillas, sabía muy bien lo que se avecinaba. Sabía también que era malo. «Malo, malo, malo.»

—No hemos tenido noticias de tu madre desde antes del final de la guerra —prosiguió la madre superiora—. De hecho, ni siquiera asistió al funeral de tus abuelos. Hemos esperado más de un año a que ella, u otro pariente, se pusiera en contacto con nosotras. Tu fotografía está en todas las oficinas de la Cruz Roja del sector. Entiendo que es doloroso, pero debes aceptar que tu madre no va a regresar.

—Sí que vendrá. —Ava pateó el travesaño de madera de la silla—. Incluso Greta lo dice.

—Greta es una niña —respondió con brusquedad la madre superiora —. Hay ciertas cosas en la vida que solo los adultos pueden entender. Pero aquí hay más involucrados. —Inclinándose hacia delante, miró a Ava a los ojos—. Sabes bien que en Alemania hay muchas niñas y niños que no tienen familia o un techo sobre sus cabezas. La misión que Dios nos ha encomendado es acogerlos y encontrarles un hogar, pero solo podemos hacerlo si tenemos espacio. Y aun así, apenas podemos cuidar de ellos porque los Aliados no dan comida ni ropa a los alemanes. Ni siquiera a los niños. —Se interrumpió—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Ava negó con la cabeza. El gesto se le antojó extrañamente pasivo, como si ella fuese una marioneta y alguien moviera los hilos.

—Todos los niños que llegan a nuestras puertas tienen derecho a nuestro cuidado y protección. Pero solo podemos dárselos durante un tiempo, hasta que encontramos un lugar seguro y adecuado para ellos. —Suspiró—. Hemos tenido dos buenas oportunidades de encontrar un lugar así para ti, pero en ambas ocasiones los has rechazado de plano.

Apoyando las manos sobre su escritorio, la madre superiora se puso

de pie con cierto trabajo. Mientras rodeaba el escritorio, Ava se encogió contra el duro respaldo de roble de la silla, aunque no veía el temido libro de oraciones por ninguna parte. Pero la madre superiora se sentó en la otra silla y puso las manos sobre los muslos desnudos de Ava.

—Si no te vas —dijo—, no podremos ayudar a otro niño. ¿Eso es lo que quieres? ¿Privar a otra niña de comida, de ropa, de un hogar? —Se inclinó más, de modo que Ava olió la mezcla de polvo dental mentolado y del aceite de bacalao que tomaba a diario para la artritis: una combinación dulzona entre límpida y pútrida—. ¿De verdad quieres hacerle a otro niño lo mismo que los americanos, los rusos y los británicos te han hecho a ti?

Ava se sintió incapaz de mirar hacia otro lado. Quería decir «Sí. Sí, que quiero, aunque solo hasta que llegue mi madre». Pero, por alguna razón, solo pudo negar con la cabeza.

La madre superiora asintió. Soltó las piernas de Ava y se incorporó.

—Me lo figuraba. Esta noche pedirás disculpas a la hermana Agnes y al capitán Ron por tu comportamiento. Y en la oración vespertina rezarás por tu perdón y por tener la suerte de que una pareja como los Dunkel te convierta en su hija.

«Hija.» Todas las células del cuerpo de Ava querían gritar: «¡No! ¡No, no lo haré!». Pero mientras la monja le sostenía la mirada, se encontró una vez más incapaz de hacer otra cosa que no fuese asentir con la cabeza.

—Bien. —La madre superiora se puso de pie e hizo un gesto para que Ava también se levantara—. Ahora regresa a tu litera, por favor, y pasa las próximas dos horas, hasta la cena, pensando en lo que hemos hablado.

Una vez de pie, Ava se alisó el vestido deshilachado sobre los muslos y siguió a la monja hasta la puerta. Justo cuando la iba a abrir, llamaron suavemente y la hermana Agnes asomó la cabeza.

—¿Tiene un momento para tramitar un alta? —preguntó.

—¡Por supuesto! —La voz de la madre superiora sonó casi aliviada —. ¿Quién es la afortunada?

La monja más joven empujó radiante la puerta hasta abrirla por

completo mientras señalaba hacia atrás con la mano libre.

—Gracias —dijo una voz familiar.

Ava levantó la mirada y vio a la señora y al señor Dunkel en el pasillo. Entre ellos, cogiendo las manos de ambos, estaba Maja.

Las dos chicas se miraron de hito en hito y, por una vez, la mirada de Maja no reflejaba para nada su burla y desprecio habituales. La alegría y el asombro habían impregnado sus enjutos rasgos con una suavidad que Ava nunca le había visto.

—¡Dios mío! ¡Felicidades!

La madre superiora dejó atrás a Ava y envolvió a la niña mayor con sus brazos, dibujando una sonrisa en sus mejillas marchitas. Cuando se volvió hacia los Dunkel, Ava levantó la vista y vio que la hermana Agnes la miraba con una expresión extraña, rebosante de compasión y autocomplacencia. «¿Lo ves? —parecía decir—. Te lo dije.»

—¿Es un castillo?

—No.

Con la punta de la lengua asomando entre los labios, Ava raspaba con cuidado la capa superior de su construcción. Theresia se arrebujó con su delgada chaqueta de punto para resguardarse del frío de abril e hizo pucheros sacando el labio inferior. Recién llegada al orfanato, tenía cinco años, pero parecía de tres, incluso menos cuando sonreía, porque le faltaban la mitad de los dientes. Como otras recién llegadas al orfanato, había perdido a sus padres a causa de un invierno más frío y largo de lo que hasta la madre superiora decía haber visto jamás. «El Señor nos está castigando por nuestros pecados», había dicho un domingo por la noche durante un sermón, aunque cuando se le preguntó cuáles eran esos pecados, se limitó a negar con la cabeza.

Por alguna razón, Theresia había encontrado en Ava a su nueva mejor amiga, una elección que Ava encontraba más molesta que halagadora. Desde hacía un tiempo no tenía ningún interés en hacer amigas, menos aún si eran pequeñas, desdentadas, no paraban de hacerle preguntas y tenían un aliento terrible. Aun así, Theresia la seguía por todo el orfanato, se ovillaba a su lado a la hora de comer y

se encaramaba sin invitación a su litera. Aquella mañana, la pequeña le había ofrecido la mitad de su ración de pan seco y margarina del desayuno después de que Ava se quejara de que aún tenía hambre. El ofrecimiento había requerido que Ava hiciera acopio de toda su voluntad para rechazarlo, con lo que había resultado más molesto aún.

—¿Por qué no es un castillo? —preguntó Theresia—. Parece un castillo.

—Porque es una casa.

—¿Qué clase de casa?

—Una casa cualquiera.

—¿Puedo ayudarte a construirla?

—No. Y deja de fastidiar.

Frunciendo el ceño, Ava dio la espalda a su interrogadora y de paso ocultó su obra a la mirada entrometida de Theresia. Esta dejó escapar un suspiro dolido antes de reanudar su propia empresa, un hoyo que llevaba media hora tratando de cavar en la arena todavía medio congelada. Ava se acurrucó de nuevo sobre su edificio, concentrándose esta vez en el hueco arqueado de la puerta. Como le había dicho a Theresia, no era un castillo sino una casa, tan semejante en estilo y aspecto a la que habían tenido su *Oma* y su *Opi* como Ava era capaz de conseguir. Dado que por fin el tiempo era lo bastante templado como para que pudieran jugar al aire libre sin abrigo (aunque lo cierto era que pocas niñas tenían uno), aquella se había convertido en su nueva obsesión: modelar los alimentos que tenía ganas de comer y los edificios en los que le gustaría vivir. Había hecho tartas de arena y casitas de arena, *pretzels* de arena y palacios de arena. Los construía tan concentrada que a veces se mareaba, con tan obstinación que a menudo no oía la campana que señalaba el final del recreo. Cuando la oía, se ponía de pie y pisoteaba sus creaciones hasta devolverlas a su estado original, un acto que se le antojaba transgresor y profundamente satisfactorio.

Centró su atención en el tejado y usó la punta de la pala para grabar un efecto de tejas superpuestas. Estaba tratando de decidir dónde debería ir la chimenea cuando oyó que alguien a su espalda la llamaba:

—¡Ava! ¡Ava!

Miró por encima del hombro y divisó a Greta volando hacia ella desde la capilla, con las mejillas rosadas y el rostro resplandeciente de satisfacción. Ava arrugó la frente y volvió a concentrarse en su construcción.

Desde la adopción de Maja, hacía ya seis meses, su relación había cambiado. Ava no había dejado de hablarle, pero sí de buscarla; había dejado de subir a su litera por la noche para que le susurrara cuentos de comidas míticas y pinturas famosas. A ello había contribuido el hecho de que, desde que Maja se había ido, Ava ya no necesitaba la protección de Greta. Además, la propia Ava también había cambiado. Sabía que no debía soñar cosas que nunca llegarían a hacerse realidad, ni hacer caso a personas como Greta, que la animaban a soñar con ellas.

—¡Ava! —llamó Greta de nuevo.

—¿Ava? —se hizo eco Theresia, pinchando el hombro de Ava con un dedo lleno de arena.

—Déjame en paz.

Ava se giró hacia su casa y comenzó a esculpir con esmero una chimenea sin levantar la vista hasta que Greta se lanzó al arenero entre Ava y Theresia, chocando con la rodilla izquierda contra una pared cuidadosamente labrada.

—¡Mira lo que has hecho! —le espetó Ava apartando airosa la delgada pierna de Greta.

—No quiere que la molesten —explicó Theresia con amargura.

—Oh, claro que quiere. ¡Ava! No seas gansa. —Greta pinchó ligeramente a Ava en las costillas—. Y no te preocupes por la casa. Tengo algo mucho más importante que decirte.

Sus ojos brillaban como gotas de lluvia sobre una hoja.

—¿El qué? —preguntó Ava con cautela.

—Tu madre —dijo Greta jadeante.

Ava le apartó el brazo.

—Está muerta.

—No, no está muerta. —Greta se rio con la misma ligereza y paciencia de siempre, sin importarle si Ava era grosera o brusca con

ella—. Está aquí.

De repente, Ava sintió la boca tan seca como si le hubiera dado un mordisco a la construcción de arena.

—¿Qué?

—Está aquí —repitió Greta—. En el despacho de la madre superiora.

Fue como si todo el aire hubiera sido aspirado de los pulmones de Ava, del arenero, del día frío y soleado.

—¿Mi madre? —repitió las palabras pastosas y ajenas en su lengua.

—¡Sí! —Greta se puso en pie y tiró de Ava sin molestarse en limpiar la arena de sus piernas desnudas—. ¡Vamos! ¿No quieres verla?

Greta saltó del arenero con la agilidad de una conejita rubia y huesuda y se echó a correr hacia la capilla. Ava se demoró un momento, mirándola fijamente. Notaba la lengua helada dentro de la boca arenosa y seca y tenía los pies arraigados en el suelo movedizo del arenero.

Frotándose las manos, Theresia se puso de pie.

—¿No vas a ir? —Ceceó debido a los pocos dientes que le quedaban —. ¿No quieres ver a tu mamá?

«Mamá», pensó Ava.

Y acto seguido también ella estaba corriendo, saltando, tropezando, galopando a toda velocidad, como si le fuera la vida en ello.

Diez minutos después estaba sentada en la misma silla de roble, en el mismo despacho oscuro en el que seis meses antes la madre superiora le había dicho que su madre había muerto. Y, milagro, sentada frente a ella en la otra gran silla de roble estaba su madre, que parecía muy viva.

Ilse tenía la piel blanca y una postura perfecta. Sus ojos eran del color de las nubes de tormenta y unas trenzas del color de las barbas del maíz le rodeaban la cabeza; eran como las de Greta, solo que más gruesas y de aspecto más limpio. Llevaba ropa sin agujeros ni parches que caía con soltura sobre su cuerpo de un modo que sugería que debajo había carne y grasa. Le resultaba familiar de la misma manera

que Ingrid Bergman: un rostro que Ava no podía ubicar, aun sabiendo que lo conocía. Y la primera reacción de su madre al verla no había sido el abrazo entusiasta de los sueños de Ava, sino que, por el contrario, parecía que casi se hubiese acobardado y en lugar de decir «te quiero» no había dicho nada en absoluto, seguía siendo la mujer más bella que Ava había visto jamás.

Ahora la estudiaba con una especie de intensa preocupación que dejaba a Ava sin saber hacia dónde dirigir su propia mirada.

—Ha crecido mucho —dijo como medio asustada—. La veo...

—¿Sí?

Mirando por encima de sus gafas, la madre superiora aguardó a oír cómo veía a Ava.

Pero Ilse negó con la cabeza, incapaz de terminar la frase. Pasándose una mano por una trenza, preguntó:

—¿Todos están tan delgados?

—Este invierno ha sido muy duro —dijo la madre superiora un poco envarada—. Nos las hemos arreglado para sobrevivir como buenamente hemos podido, pero ahora que el clima es más agradable podremos complementar la dieta con nuestras propias verduras y otras cosas como ortigas y dientes de león, cuando aparezcan. —Asintió mirando a la mujer más joven—. Se diría que a usted los americanos la han tratado bien.

Ilse se sonrojó, lo que la hizo aún más guapa.

—Pues sí.

Siguió una incómoda pausa. Después, la madre superiora carraspeó.

—Ava —dijo—, seguro que estás muy impresionada, pero ¿no es maravilloso? ¿No tienes nada que decirle a tu madre?

Ava parpadeó, su mirada aún fija en su madre, temerosa de que se desvaneciera si hablaba.

—Hola —dijo por fin casi en un susurro.

—Sí, hola.

La mujer le devolvió la mirada y apretó un poco la mandíbula cuadrada y fuerte, casi como la de un hombre.

—¿Eso es todo? —preguntó la monja riéndose a su manera seca, como si tosiera—. Ava, muéstrale tu dibujo. —Y a la madre de Ava—:

Trabajó en él durante semanas.

Ava miró la imagen, en la que, en efecto, había trabajado durante semanas antes de decidir que Ilse estaba muerta. Lo había titulado «Mi familia» y en él aparecían ella, Ilse y un perro que esperaba que algún día tuvieran. Ava y el perro eran morenos y sonreían; Ilse tenía el pelo rubio y también sonreía y, encima de los tres, un sol dorado asimismo sonreía. Había sido Greta quien se había acordado del dibujo y había ido a buscarlo debajo de la litera de Ava.

Esperanzada y tímida, Ava se lo mostró y observó cómo Ilse lo tomaba con sus dedos cortos y fuertes. Durante un largo momento, su madre miró la hoja de papel algo arrugada, con el rostro despojado de toda emoción. Luego asintió con la cabeza y le devolvió el dibujo a Ava.

—Es muy bonito —dijo—. Me gusta el gato.

—Es un perro —la corrigió Ava, pero su madre ya había devuelto su atención a la madre superiora.

—Supongo que habrá algo de papeleo.

—Por supuesto. —La madre superiora asintió con la cabeza, un tanto aturullada—. Necesitaré algunas cosas. Su certificado de exoneración, para empezar. Y un permiso de trabajo, si lo tiene.

—La del pelo amarillo eres tú —dijo Ava levantando el dibujo para que Ilse lo viera.

Pero su madre estaba hurgando en un bolso maltrecho.

—Lo siento —dijo sin dar muestras de haberla oído—. ¿Tiene un bolígrafo? Mira que no llevar uno precisamente hoy…

Sus voces se atenuaron y se mezclaron mientras Ava contemplaba su dibujo, las amplias sonrisas en forma de hoz, los ojos como dianas y los dedos como palitos. Era horrible, se dio cuenta de repente; como si lo hubiera dibujado Theresia. O un bebé.

No debería habérselo enseñado a nadie.

Sin hacer el menor ruido, empezó a romperlo por la mitad.

16

Renate

1939

Artículo n.º 16
Cantidad: 2
Descripción: toallas de mano
Año de adquisición: 1933

Renate hace una pausa, presiona los labios con el lápiz. ¿Bastarán dos para los cinco días de viaje hasta Nueva York? ¿Debe arriesgarse a llevar más y borrar otra cosa de su lista? ¿O habrá suficiente espacio y aire seco en el barco para poder lavarlas a mano, llegado el caso? («Artículo n.º 9. Cantidad: 1. Descripción: paquete de detergente Persil. Año de adquisición: 1939.»)

Suspirando, deja las dos toallas y pasa a la siguiente línea. «Artículo n.º 17», escribe. El siguiente producto de la lista de su cuaderno tiene que ver con la higiene menstrual. Pero dirige los ojos a la fecha de hoy —viernes, 10 de noviembre de 1939— y se queda indecisa, con la punta del lápiz sobrevolando el papel.

—A lo mejor —dice—, si digo que son de peltre en vez de plata...

—¿Qué? —Su madre levanta la vista del informe médico que está copiando para sus expedientes al otro lado de la mesa de la cocina.

—Mis candelabros. ¿Y si digo que son de peltre? ¿Cómo lo van a saber realmente?

—¿En serio sigues pensando en eso?

Lisbet Bauer mira a su hija con incredulidad. Renate le sostiene la mirada, con un leve rubor que se le extiende desde el cuello.

—Tampoco es que tú y *Vati* vayáis a usarlos —añade.

Las piezas en cuestión son un par de candelabros de *sabbat* que

Renate adquirió en febrero, cuando regresaba a casa del curso semanal de peluquería que ella y Karolin Beidryzcki están haciendo en el Centro Comunitario Judío. Ninguna de las dos quiere ser peluquera, pero se anima a los posibles emigrantes a que aprendan un oficio y la peluquería les pareció la opción más glamurosa. Bajando a toda prisa por la oscurecida Oranienburger Straße, se había cruzado con una anciana de aspecto remilgado sentada junto a unos cuantos objetos que aparentemente intentaba vender. Es algo cada vez más común de un tiempo a esta parte: judíos que, habiendo conseguido transporte y visados para salir de Alemania, se ven obligados de pronto a deshacerse de artículos al descubrir que no pueden llevarlos consigo, a menudo en el último momento.

Renate suele pasar de largo ante esos tenderetes callejeros improvisados. No solo porque no tiene recursos para comprar nada, sino porque el trasfondo silencioso de la consciente desesperación empeora su creciente desánimo. Aquel día, sin embargo, se había detenido, cautivada de repente por una de las mercancías de la mujer.

Gracias a unas cuantas «sesiones de estudios judaicos» con Franz y a algunas visitas secretas a la sinagoga por su cuenta, tenía una vaga idea de para qué servían las velas de *sabbat*, aunque nunca se había planteado la posibilidad de llevar a cabo el antiguo o el nuevo ritual. Y sin embargo, allí de pie, aquel día tan frío, con las yemas de los dedos manchadas de rojo por la alheña y la espalda dolorida por haber estado una hora doblada sobre un lavamanos oxidado, los candelabros le resultaron por alguna razón reconfortantes. Deslustrados, todavía manchados con goteos de cera de décadas de *sabbats* pasados, le parecieron símbolos de titilante esperanza en la creciente oscuridad de su vida. Al coger uno, Renate se había encontrado acariciándolo como si fuera la lámpara de Aladino.

—Jakubowski und Jarra —dijo la vendedora.

—¿Cómo dice?

Al examinarla más de cerca, la edad de la mujer era más imprecisa de lo que Renate había supuesto al principio; su rostro de huesos finos lo surcaban arrugas de fatiga y preocupación tan profundas que cabía situarla entre los cuarenta y los setenta años.

—El fabricante —aclaró—. Jakubowski und Jarra, de Varsovia. Es muy famoso.

Renate se dio cuenta por la forma fluida en que pronunciaba los nombres (las jotas sonaban suaves como íes griegas y las bes, como uves, tal como hacía la madre de Karolin) de que su lengua materna era el polaco.

—De mi madre —añadió secamente la mujer—. Un regalo de boda.

—Son muy bonitos —respondió Renate.

Le salió casi como una disculpa, aunque al darle vueltas a los objetos plateados que tenía en sus manos, comprendió que había hecho el cumplido en serio. Adornados en la base y el tallo con hojas desplegadas y caprichosas florituras, el estilo de las piezas polacas no tenía nada que ver con el de la sobria pareja parisina *art déco* que su propia madre había vendido a regañadientes hacía poco. Esos estaban ornamentados sin complejos, como los objetos que un Luis XV judío podría haber puesto sobre su mesa rococó. Incluso las boquillas parecían flores regias en plena floración a la espera de sus sagrados estambres de cera.

—Pensé que nos dejarían llevarlos —proseguía la mujer—. Verás, solo están bañados en plata, no son macizos. Al principio, nuestro oficial de emigración dijo que sí. Ayer, de improviso, dijo que no. Creo que hacen las reglas sobre la marcha. —Dejó escapar un suspiro profundo—. No soportaba la idea de que acabaran en manos de un funcionario corrupto o de un prestamista. Quería... —Titubeó mirando a Renate a la cara—. Quiero que sigan perteneciendo a judíos —concluyó.

Por un momento Renate la miró fijamente, bajo la sombra chamuscada de la Nueva Sinagoga, que sigue cerrada desde lo que los periódicos ahora llamaban la Noche de los Cristales Rotos (un nombre del todo inapropiado, sigue pensando Renate; como si ese horrible suceso no hubiera sido más que un festival de delicadas baratijas de cristal). «¿Cómo lo sabe?» La pregunta le vino a la cabeza, no con una actitud defensiva o resentida, sino con una vaga sensación de alivio, incluso de asombro. Pensó en aquella otra anciana a la que había ayudado después de que la echaran del tranvía, la misma a la que le

había dicho: «soy judía».

—¿Cuánto? —preguntó. Y acto seguido, sin aguardar una respuesta —: Puedo darle diez *Reichsmarks*.

En teoría, el dinero era para materiales para su clase de peluquería y se suponía que se lo había entregado a su instructora la semana anterior. Pero incluso sabiendo eso, Renate agarró los palos plateados con más fuerza y su mente trabajó rápido para encontrar una manera de tomar prestado el equipo de Karolin o incluso hurtar las oxidadas tijeras de repuesto de la instructora.

—¿Diez? —La mujer soltó una risa seca—. Por esa cantidad, prefiero tirarlos a la alcantarilla.

Agarró los candelabros negando con la cabeza y algo parecido al pánico tensó la garganta de Renate.

—Espere —dijo.

Metiendo la mano derecha en el bolsillo de su abrigo verde cada vez más raído, sacó el billete. Luego volvió a hurgar en el bolsillo, buscando a tientas entre la desgastada lana hasta que encontró el círculo fino y duro.

Renate había llevado allí el anillo de amistad de Ilse durante los últimos cuatro años, justificando la costumbre con varias historias que se contaba a sí misma: que cuando tuviera tiempo lo echaría en el buzón de Ilse, o lo llevaría a un joyero para venderlo, o lo donaría al Fondo Judío de Ayuda para el Invierno. Durante cuatro años, sin embargo, no había hecho nada de eso. El anillo había permanecido cómodamente anidado en el bolsillo derecho de su único abrigo, recuperado solo de vez en cuando y durante un momento antes de ser sumergido de nuevo en su lanoso lugar de descanso.

—Tome —dijo Renate.

La mujer cogió el anillo con dos dedos y lo estudió entornando los ojos. Después levantó la vista.

—¿Plata?

Renate asintió con la cabeza, aunque lo cierto era que no tenía ni idea; habría jurado que era de platino si eso hubiera significado que los candelabros podían ser suyos.

La mujer dudó una vez más, sus ojos aún escrutaban el semblante

de Renate. Luego se encogió de hombros.

—Bah, está bien —dijo—. El día casi ha terminado. —Envolvió el anillo con el billete, se lo metió en el bolsillo y le devolvió los candelabros a Renate—. Mejor que terminen con alguien que los use para su propósito. Ya solo eso tiene un valor en sí mismo.

Y desde entonces, Renate ha hecho justo eso. A pesar de no entender las oraciones hebreas que Karolin le enseñó demasiado deprisa, ni por qué se cubre los ojos después de encender los pabilos encerados, ni por qué no debe soplar las velas antes de que ardan hasta la base; a pesar de que Franz rechaza esa práctica como «vudú judío» y su madre niega con la cabeza con un ademán de desaprobación inconcreta, cada viernes, Renate enciende las dos velas en su habitación, susurra bendiciones y dice «Amén». Después, deja que se consuman en el alféizar de la ventana, dos faros semanales que la guían hacia una transformación que ya siente en sus huesos, pero que aún no entiende del todo.

—Renate —repite su madre ahora—. ¿Sigues pensando en serio no solo en hacer contrabando de un metal precioso, que, por cierto, tenías que haber entregado a la División del Tesoro del Reich en marzo, sino además en mentir por escrito al respecto?

—Por supuesto que no —dice Renate, aunque sin duda eso es exactamente lo que está proponiendo—. Solo que... no quiero que acaben en la basura.

—Todo tu proceso de emigración podría irse al traste si intentas llevártelos contigo —replica con aspereza su madre—. Y tú podrías acabar arrestada.

—No importa. —Renate termina la siguiente línea («17, compresas: 12») con una floritura que refleja su irritación—. Para empezar, no quiero marcharme.

—Ya basta. —Su madre se pasa una mano pálida por el pelo, en su mayoría ya gris. Su voz suena hastiada y tajante—. No quiero oír ni una palabra más sobre que no quieres irte. Y menos después de todo el trabajo que me ha costado.

Renate abre la boca. Luego la vuelve a cerrar, pues sabe que no cabe discutir esta cuestión.

A lo largo del último año, Elisabeth Bauer se ha inscrito en las agencias de ayuda a la emigración judía de Alemania y en la agencia de ayuda a la inmigración judía de Nueva York. Ha rellenado un sinfín de cuestionarios para los gobiernos de ambas naciones. Ha frecuentado cinco oficinas gubernamentales diferentes en su cruzada por conseguir los nuevos pasaportes con el sello «J» que ahora se exige a los judíos y la han ido pasando de un burócrata grosero e indiferente a otro en lo que parece ser la idea que tiene el Reich de una broma pesada. Ha pagado exorbitantes tasas de salida y sobreprecios por los pasajes de transatlántico, ha obtenido declaraciones juradas de patrocinio de un excolega de Chicago y de su cuñado de Nueva York y ha encontrado la manera de sortear las prohibiciones alemanas de transferir fondos al extranjero para depositar las divisas que el gobierno estadounidense exige a los futuros inmigrantes en dos cuentas bancarias distintas en Nueva York. Ha hecho colas, ha acosado y engatusado a los miembros del personal del consulado general de Estados Unidos hasta que los números de los Bauer aparecieron en la lista de espera de visados, tres años después de que hubieran sido solicitados (pero dos años antes de lo que, de otro modo, podrían haber tardado). Tras enterarse de que incluso los solicitantes de inmigración con una ligera discapacidad se enfrentaban a la posibilidad de que les negaran el visado, pidió al médico de familia que redactara un diagnóstico de esguince de tobillo para Franz y pagó un discreto soborno al médico del consulado para asegurarse de que su hijo superaba la revisión médica estadounidense.

Ha obtenido declaraciones juradas de buena conducta de la comisaría de policía de Charlottenburg y de otras cuatro partes «responsables y desinteresadas» de Estados Unidos y Alemania. Ha reunido certificados escolares para confirmar que Renate aprobó su *Abitur* el año pasado y que Franz ha cursado tres años de universidad. Ha obtenido pruebas de tránsito al hemisferio occidental, con sus correspondientes copias certificadas de las declaraciones de impuestos de la familia Bauer y dos copias de los certificados de nacimiento de

cada uno de sus dos hijos. Por último, trajo a casa la solicitud en la que Renate está trabajando en esos momentos para la oficina del presidente financiero jefe de Berlín, detallando cada objeto que Renate planea llevarse consigo cuando embarque en el SS Columbus dentro de dos semanas. Ese impreso debe ser presentado, verificado y aprobado por un funcionario del Reich, que lo cotejará con los artículos que contengan sus baúles y su equipaje de mano; después tendrá que abonar otro impuesto sobre el valor estimado de dichos artículos y la mísera cantidad de dinero en efectivo que los judíos están autorizados a llevarse cuando se marchan.

En definitiva, ha sido una actuación heroica en un campo de batalla burocrático de dos frentes que hoy en día consigue derrotar a casi todo el mundo. La familia de Rita Oelburg, por ejemplo, obtuvo los visados de Estados Unidos y se aseguró el pasaje de barco, pero no le quedaba dinero para el exorbitante «impuesto de partida» del Reich. El padre de Kinge Lehmann, exbanquero, pudo cubrir el impuesto de partida y los visados, pero no logró adquirir los pasajes antes de que los visados caducaran. Bernhard Bähr fue rechazado porque había recibido tratamientos de radiación para el acné y el médico del consulado de Estados Unidos lo etiquetó como riesgo de cáncer. Y la declaración jurada proporcionada por los patrocinadores de Karolin Beidryzcki en Nueva York —que comprometieron todos sus bienes como fianza en caso de que Karolin no pudiera mantenerse a sí misma — fue considerada insuficiente por las autoridades de Estados Unidos, con lo que se vio obligada a comenzar de nuevo todo el proceso de solicitud.

«Es como si buscaran razones para no dejarnos entrar —se había quejado mientras ella y Renate mezclaban agua oxigenada, miel y bicarbonato de sodio para formar una pasta que, según su instructora, garantizaba el aclarado hasta del pelo "judío" más moreno.»

Renate no había tenido el valor de decirle que, al menos según Franz, eso era precisamente lo que intentaban hacer. Y cuando ella y Franz consiguieron por fin transporte, visados y documentos de salida, también quiso ocultárselo. Porque a pesar de la envidia y las felicitaciones de todos, a pesar de la lista de restricciones de la vida en

Berlín, que aplastaba el alma y crecía de forma constante, cuando pensó en la fecha de su partida —el 25 de noviembre de 1939— lo único que sintió fue una fría sensación de vacío.

—No quiero irme —repite («18», escribe con rabia; «cinturón para compresas: 1»). Y se muerde el labio para evitar que le tiemble—. No quiero dejarte.

—Tendrás a Franz. Y a tu *Tante* y tu *Onkel*.

—No es eso. Es el no saber lo que va a pasaros a ti y a *Vati*. Siempre dijiste que estaríamos todos juntos.

—Lo dije antes de saber lo imposible que sería —contesta su madre —. Y no nos pasará nada. ¿Qué más podría pasarnos?

Es un cambio tan drástico de las terribles advertencias que antes hacía su madre que Renate la mira con incredulidad.

—¿De verdad quieres que responda?

—Ha sido una pregunta retórica —dice su madre con brusquedad.

Saca los cigarrillos del bolsillo, comienza a sacudir la cajetilla para sacar uno y de pronto frunce el ceño y lo vuelve a guardar. Desde que se implantó el racionamiento de tabaco, se ha limitado a fumar dos al día, un sacrificio que la ha vuelto tan nerviosa y arisca que Franz la ha bautizado como señora Havisham, la protagonista de la novela *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens. Ni que decir tiene que los días en que Renate hurtaba algún que otro cigarrillo del bolso de su madre hace tiempo que tocaron a su fin.

—¿Sabes que pronto prohibirán a los judíos entrar en los edificios de los arios? —prosigue Renate—. Nos van a hacinar, es decir, a vosotros, en casas específicas. Casas judías. Están haciendo que los cónyuges arios se vayan también. Ya lo están llevando a cabo en otras ciudades, al parecer. Y en Polonia obligan a los judíos a llevar una estrella amarilla.

—Aquí no podrán hacerlo. —Su madre hace un ademán despectivo —. Sería una pesadilla logística. En ambos frentes.

—Por si no lo has notado, son bastante buenos en logística —replica Renate—. A diferencia de vosotros dos.

Su madre frunce el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Pues que a pesar de todos vuestros títulos, de todos vuestros libros, de toda vuestra «comprensión» de la historia y de la psicología humana, no estabais preparados para nada de esto.

Su madre aprieta los labios.

—Muchos no lo estábamos, Renate.

—Pero si lo hubierais estado, siquiera un poco más, quizá podríamos continuar juntos. —Renate parpadea un momento antes de añadir—: Y a lo mejor aún tendríamos a Sigi.

Su madre se estremece. Un mes antes había anunciado de improviso que iba a sacrificar al perro. Sus razones eran múltiples: la atención veterinaria del viejo schnauzer era cara y cada vez más difícil de conseguir, y la reducción de sus raciones dificultaba incluso la alimentación de la familia.

«Además, es mejor que lo hagamos de una manera apacible —había añadido—, en lugar de arriesgarnos a que alguien lo haga cruelmente.»

Fue una alusión indirecta a los vecinos judíos que en verano habían encontrado a su gato muerto en la puerta de su casa con una «J» ensangrentada tallada en la piel enmarañada.

Renate y Franz protestaron con vehemencia; ella llorando, él con crispada furia. Cada argumento fue rebatido con amabilidad, pero con firmeza: sí, Sigi solo tenía nueve años, pero ya cojeaba de artritis y le costaba digerir la comida barata y tosca que últimamente se veían obligados a darle. Sí, había pensado en regalarlo, pero ¿a quién? Todos los judíos que conocían estaban abandonando el país, y los que no, se enfrentaban a las mismas decisiones duras a las que se enfrentaban ellos. Nadie de su reducido círculo de amigos arios había manifestado su deseo de llevarse a un perro enfermo y anciano de un hogar judío. Y cuando Renate, desesperada, se ofreció a comer menos, su madre se volvió contra ella tan imperiosa como tiempo atrás.

«Bastante sufres ya por culpa de los animales que mandan ahora —le había espetado—. No dejaré que te mueras de hambre por uno también.»

Al final, Lisbet Bauer se salió con la suya, como casi siempre: Sigi tomó una última comida de queso y morcilla envenenada y el médico

de familia le puso una inyección para que estuviera durmiendo cuando le llegara la muerte. Lo enterraron fuera, junto a la rosaleda que ahora era un huerto, y Franz y Renate le hicieron un breve funeral (luterano).

Desde entonces, Renate ha sentido en lo más hondo la ausencia de su mascota: en el silencio sin ladridos que sigue a un teléfono que suena o a un golpeteo en la puerta; en el pasillo vacío cuando regresa a casa de clase o de enseñar inglés en el centro cultural judío o en su antigua escuela hasta que el gobierno la cerró en septiembre. Todavía mueve los pies por la noche buscando el peso peludo y cálido que había honrado su cama desde que tenía diez años; aún alarga la mano cada vez que se despierta, por la noche o por la mañana, para dar una palmadita y recibir el beso de una lengua áspera. Y todavía batalla con sollozos angustiados y apesadumbrados cuando los dedos de los pies y de las manos solo encuentran aire vacío y silencioso.

Le consta que ahora está siendo injusta, pero discutir con su madre parece haberse convertido en una de las pocas maneras en que puede disminuir el dolor de la pérdida y la preocupación.

—Sabes de sobra que no es verdad —dice su madre. Vuelve a sacar sus Lord, la mano le tiembla un poco—. Entonces Nueva York era una posibilidad muy remota. La única razón por la que hemos podido permitírnoslo es porque la *Oma* murió y conseguí, conseguimos vender su piso. E incluso así apenas nos alcanza para todo.

—Todavía no entiendo por qué no podemos encontrar un lugar más barato al que podamos irnos todos.

—¿Estás diciendo que prefieres Alepo? —Su madre enciende el cigarrillo, inhalando profunda y lentamente antes de dejar salir el precioso humo en una lenta bocanada—. ¿O Cochabamba? Porque esa son la clase de lugares que tal vez nos admitirían a estas alturas; eso siempre y cuando consiguiéramos visados, documentación y pasajes para todos, cosa que cada vez es más improbable.

—Shangai no requiere visados —señala Renate—. Y dicen que es muy glamuroso.

—No en los barrios que podríamos permitirnos —dice su madre con aspereza—. Y el pasaje para los cuatro costaría casi el triple que

enviaros a vosotros dos solos a Nueva York. —Apaga en el cenicero con forma de pista de esquí la punta cenizosa de su Lord y Renate ve que le tiembla un poco la mano—. Además —añade—, francamente, dudo que tu padre sobreviviera a semejante mudanza, dado su estado actual.

—Eso no lo sabes —replica Renate, aunque ahora es ella la que tiene que mirar hacia otro lado.

Durante el último año, la salud de Otto Bauer ha ido de mal en peor. Apenas come, hay que convencerlo para que se bañe y se afeite, se niega a entrar en su antiguo despacho y, en cambio, pasa horas en la cama o en un sillón en su dormitorio. La madre de Renate todavía habla de su «estado» como algo temporal, remediable, pero Renate ha notado que lo vigila cuando está levantado y que ha sacado discretamente las corbatas, los fajines y los cinturones de sus cajones.

Recostada en la silla, se la ve pequeña, derrotada.

—¿Qué quieres que haga, Reni? —pregunta cansada—. Si de verdad me estás diciendo que quieres quedarte aquí, en esta asfixiante pesadilla, entonces yo... —Niega con la cabeza. Al inhalar, sus ya de por sí hundidas mejillas se hunden un poco más, confiriéndole un aspecto de calavera—. A mí también me parte el corazón —dice por fin exhalando humo al hablar—. No es que quiera enviar a mis hijos al otro lado del mundo. Dios mío. Pero sé que si no lo hago, si dejamos pasar esta oportunidad...

Se interrumpe cuando llaman con fuerza a la puerta principal.

Madre e hija se miran con los ojos muy abiertos. Las visitas amistosas en esos días son raras, sobre todo porque ahora es ilegal que los arios entren en las casas judías. Cuando las anuncian golpes contundentes como los que oyen ahora, las visitas casi siempre son peligrosas: esa manera de llamar ha precedido dos veces a sendos registros aleatorios de la Gestapo; en el último, los agentes sacaron la decorativa espada de oficial prusiano del padre de Renate de la vitrina del comedor y le impusieron una multa de cuarenta *Reichsmarks* por guardar un arma de forma ilegal.

«Tienen suerte —les había dicho el oficial que los multó—. Hoy en día hay judíos a los que se envía lejos por mucho menos.»

No había necesitado explicar lo que significaba «lejos».

Renate se levanta tensa.

—Ya voy yo.

Se apresura a llegar a la puerta, preparándose para la demostración de supremacía territorial de Sigi hasta que se da cuenta de que no le está pisando los talones. Cierra los ojos y se obliga a respirar profundamente antes de abrir los ojos y la puerta, rezando para sus adentros.

Allí, en el umbral, está Ilse.

Tiene el mismo aspecto que la última vez que Renate la vio, aunque quizá esté un poco más delgada, un poco más cansada. En su rostro hay una sonrisa ansiosa; en sus manos, un ramo de *delphiniums* púrpuras y azules.

—Hola —saluda Ilse.

Renate la mira con la boca entreabierta.

Ilse se ríe, incómoda.

—Pareces sorprendida.

Renate se humedece los labios. Siente el rostro raro, rígido y tenso, como si la boca se hubiese recuperado de la impresión antes que el resto de sus facciones.

—Lo estoy —consigue decir.

—Tampoco es que me extrañe —responde Ilse encogiéndose de hombros—. ¿Puedo... puedo pasar?

Renate duda. Cinco años antes se habría reído de semejante pregunta. Habría agarrado la muñeca de Ilse —«¿A qué esperas, idiota?»— y la habría arrastrado hacia el interior. Cuatro años antes habría sentido una radiante oleada de alivio al ver que su plegaria más sentida había sido escuchada. Ahora, sin embargo, apenas puede procesar el hecho de que la cara expectante de Ilse esté a menos de un metro de la suya.

Desde aquella mañana brutal del noviembre anterior, no ha visto ni ha sabido nada de ella. Alguna vez contempló la posibilidad de pasar por casa de Ilse o al menos de enviarle una nota de agradecimiento por su inexplicable pero vital gesto de bondad. Fue Franz quien la convenció de que no lo hiciera.

«Se puso en peligro mintiendo delante de unos tipos que fácilmente podían descubrir la verdad si así lo deseaban —dijo—. No añadas leña al fuego. Y ni se te ocurra poner nada por escrito. Si quiere vernos, ya encontrará la manera de hacerlo.»

Y dicho esto sonrió, entre admirado e incrédulo, tal como sonreía cada vez que la milagrosa reaparición de Ilse salía a colación en una conversación.

«Esa chica... —decía moviendo la cabeza sin dar crédito—. Quién lo hubiera pensado.»

Renate se aparta despacio de la puerta para dejar pasar a su antigua amiga.

—¿Reni? —llama su madre desde el comedor—. ¿Quién es?

—Es Ilse —contesta Renate. Y luego añade sin que hiciera falta—: Ilse von Fischer.

El silencio que sigue es más revelador que cualquier cosa que Elisabeth Bauer pudiera haber expresado con palabras. Luego se oye el ruido de la silla al chirriar contra el suelo de parquet y unos cuantos pasos cortos antes de que su madre aparezca en la puerta del comedor. Su expresión es un vivo reflejo de la de Renate, quien pocas veces la ha visto sin saber qué decir.

—Hola, doctora Bauer —dice Ilse llenando el vacío—. Le he traído esto. —Le ofrece el ramo—. Me acordé de que le gustaban por el poema.

—¿Poema? —La doctora acepta las flores como si fuese una bomba de relojería.

—El del autor que escribió *Pooh* —explica Ilse.

—A. A. Milne —suple Renate sin pensar—. «El lirón y el médico».

Enviado por el mismo *Onkel* con el que ella y Franz vivirán pronto, el libro había habitado su librería durante años, al principio sin ser molestado porque estaba en inglés y se suponía que era para bebés. Un día, sin embargo, Ilse lo sacó y ambas descubrieron con deleite los versos rítmicos y sin sentido. Les había encantado sobre todo el poema del lirón porque una podía recitar la narración mientras la otra nombraba los colores gritando:

Había una vez un lirón que vivía en un parterre
de delphiniums *(¡azules!) y geranios (¡rojos!).*
Y durante todo el día tenía una vista maravillosa
de geranios (¡rojos!) y delphiniums *(¡azuuules!).*

Se habían enterado de la afición de la madre de Renate por aquellas flores oscuras después de preguntarle cómo se llamaban en alemán («*Delphiniums*», les había dicho).

—¿Dónde diablos los has encontrado? —pregunta Lisbet Bauer ahora.

—Mi madre se ha hecho amiga de una florista de la Kurfürstendamm.

Mientras Ilse se descuelga la mochila de la espalda, Renate observa a su madre vacilar entre la alegría y la desconfianza. Aunque aliviada y agradecida por el indulto de su marido el año pasado, había aconsejado precaución en lo que a Ilse respectaba. «Una de las pocas certezas de la psicología humana —le había dicho a Renate—, es que aunque la gente a veces desafía las expectativas, rara vez cambia.»

Elisabeth Bauer hunde la nariz en el ramo, cierra los ojos y aspira. De repente, parece estar al borde del llanto, y cuando la dulzura de las flores llena el aire, a Renate casi se le saltan las lágrimas. Hace meses que no hay flores de verdad en la casa. No puede evitar preguntarse cuánto habrán costado.

—No sé qué decir —dice su madre por fin, levantando la vista con una sonrisa cargada de tristeza.

—No tiene que decir nada —responde Ilse—. Soy yo quien debería decir algo. Debería decir... —Hace una pausa para no perder la compostura—. Debería decir que lo siento. Siento haber desaparecido.

—¿Y por qué reapareces? —pregunta la madre de Renate.

Ilse se sonroja por la brusquedad de la pregunta.

—He pensado mucho desde... desde el año pasado —responde tras un momento de vacilación—. Me he dado cuenta de lo equivocada que estaba.

—¿Sobre qué?

Ilse baja la mirada al suelo, toca con la punta del zapato un nudo oscuro de una de las tablas del suelo. Renate se pregunta si ha notado

la ausencia de la alfombra oriental, vendida el mes pasado junto con todas las demás cosas de la casa que consideraron prescindibles.

—Sobre todo, en realidad —dice Ilse—. El Partido. El Führer. Los... —Mira a Renate—. Los judíos. Aborrezco lo que les está pasando. No puedo soportarlo.

Mira a madre e hija otra vez, con los pómulos rosados, los ojos azul gris muy abiertos. Elisabeth Bauer le sostiene la mirada, entre impávida y cautelosa. Renate puede ver la ecuación que está resolviendo en su cabeza: «Reni abandonada. Rescató a Otto. Vieja amiga. Joven nazi».

—Voy a poner esto en agua —dice por fin con una expresión indescifrable.

Da media vuelta y se dirige hacia la cocina.

Las dos muchachas están incómodas: Renate se retuerce las manos nerviosa e Ilse se apoya ora en un pie, ora en el otro. Al final, carraspea.

—Lo siento —dice de nuevo, la voz temblorosa—. De verdad. He querido venir tantas veces... Sobre todo después de... lo que pasó.

—¿Y por qué no viniste? —pregunta Renate, y aunque quiere mostrarse despreocupada, percibe el dolor de su propia voz.

—Nunca me parecía un buen momento. No. No es verdad. —Ilse carraspea otra vez—. La verdad es que tenía miedo.

A Renate le dan ganas de reír.

—¿Tenías miedo de visitarnos, pero no de mentir para protegernos?

La otra chica sonríe con pesar.

—Ya sé que no tiene mucho sentido.

—Pero has venido.

Ilse asiente con la cabeza.

—Me he enterado de que al final te vas y entendí que tal vez nunca tendría otra oportunidad.

Renate piensa en la orden que le dio Ilse durante la Noche de los Cristales Rotos: «Vete». Frunce el ceño.

—¿Quién te lo ha dicho?

Renate creía que sus círculos sociales ya no se cruzaban en ninguna parte.

—Me encontré con Maria en el Concordia.

Los nombres le asestan sendos puñetazos: el primero es el de la querida criada de los Bauer, obligada a dejarlos debido a las leyes raciales. El segundo es el del cine-heladería favorito de Renate, antes de que prohibieran ver películas a los judíos.

—Te he traído esto —prosigue Ilse—. Pensé en ti cuando lo leí.

Saca un volumen delgado y oscuro de su mochila y se lo ofrece. Renate lo coge y pasa el dedo índice sobre el título dorado y en relieve: *Mis milagros*.

—¿No está en la lista de autores prohibidos? —pregunta señalando el nombre: Else Lasker-Schüler.

Ilse enarca las cejas.

—¿Y qué?

«¿Quieres que nos arresten?»

Es la primera respuesta que le viene a la mente a Renate. La descarta en el acto. Porque a pesar de sí misma, a pesar de todo, una tierna brizna de esperanza se abre paso a través de su ira, de su conmoción.

—¿Tu madre también es amiga de un importador de libros? —pregunta en cambio.

Ilse echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Es el primer sonido sincero que emite desde que Renate ha abierto la puerta: fuerte y claro, casi sorprendente en su efusividad. También resulta tan familiar —como oír el áspero ladrido de Sigi después de resignarse a no volver a oírlo — que al menos por el momento rompe en parte la fría reserva de Renate, que se ríe con ella. En ese paréntesis de dicha es como si hubieran viajado juntas en el tiempo.

—Lo encontré en Zúrich —dice Ilse una vez que las risitas mitigan un poco la incomodidad—. Llevé a un grupo de chicas de la BDM a esquiar. No es difícil pasar cosas de contrabando si tienes el uniforme y los sellos adecuados en el pasaporte.

—¿Así que sigues en la BDM?

—Por el momento. —Ilse se tira de una trenza—. Es más fácil saber contra qué luchar si trabajas desde dentro.

—¿Luchar?

Ilse separa los labios, luego los aprieta de nuevo y echa una rápida mirada hacia la cocina. Hasta ellas llegan el tintineo y las salpicaduras del fregadero, acompañados del insólito sonido de Elisabeth Bauer tarareando en voz baja la melodía de *Stardust*.

—¿Podemos ir a tu habitación? —pregunta Ilse en voz baja—. No es que no confíe en tu madre. Es solo... —Baja la mirada—. Todavía estoy resolviendo todo esto. Necesito que me ayudes.

—Mi habitación está hecha un desastre —dice Renate encogiéndose de hombros para disimular el repentino acelerón de su pulso al oír la palabra «necesito».

—Fantástico.

Ilse se quita el abrigo y las botas con la misma naturalidad con la que lo hacía cuando ambas eran alemanas y arroja el primero al perchero que hay junto a la puerta y las segundas al lado de los maltrechos zapatos blancos y negros de Renate.

«La gente no cambia», se recuerda Renate mientras se vuelve hacia la escalera. Pero es difícil ignorar el torrente de felicidad que siente cuando, al mirar hacia abajo, ve el abrigo nuevo de lana encima del suyo raído.

Arriba, su padre duerme en el sillón de su dormitorio con un ejemplar manoseado de *Los últimos días de Pompeya* sin abrir en el regazo. Renate entra de puntillas, lo cubre con la manta persa de la cama y vuelve a salir de puntillas, llevándose un dedo a los labios. Con Ilse pisándole los talones, recorre en silencio el pasillo despojado de alfombras.

—¿Cómo está? —pregunta Ilse una vez dentro de la habitación de Renate y con la puerta cerrada.

—No muy bien.

Renate apoya su almohada contra la pared y se recuesta; Ilse se instala en el extremo opuesto de la cama, justo al lado (Renate no puede evitar percatarse) de la caja de zapatos con las velas del *sabbat*. Verla allí resulta surrealista, como la visita de un fantasma. Renate reprime la tentación de alargar la mano para asegurarse de que no la puede atravesar.

—Se lo ha tomado todo muy mal —prosigue—. Sobre todo desde

que la Oficina de Asuntos Judíos rechazó su petición para recuperar la pensión. Mamá lo llama «depresión aguda». Dice que estará mejor cuando todo esto termine.

—Seguro que sí. —Ilse también se apoya contra la pared y se pone la muñeca de trapo Alice en el regazo con un movimiento tan natural y espontáneo que es como si los últimos cuatro años sin ella hubieran sido un sueño—. ¿Puede enseñar en Nueva York?

—No va a ir a Nueva York. Ninguno de los dos irá. ¿Maria te dijo que iban?

—No hablamos mucho —responde Ilse enseguida—. La película estaba a punto de empezar.

Renate no puede resistirse a preguntar, un poco melancólica:

—¿Qué película?

—*El mago de Oz*. ¿La has visto?

—No puedo verla.

—Oh. —Ilse se ruboriza un poco—. ¿De verdad es tan estricta la prohibición? Quiero decir, ¿realmente comprueban tu carnet y todo eso?

—No creo que valga la pena averiguarlo, ¿verdad? —dice Renate con más brusquedad de la que pretende—. Si hasta me pueden arrestar por sentarme en el banco equivocado...

—Supongo que no. —Sonrojada otra vez, Ilse juguetea con el pie acolchado de la muñeca—. Bueno, en cualquier caso, lo del tecnicolor es impresionante, aunque creo que la película en sí está sobrevalorada. Pero ya me conoces, siempre me han gustado más las versiones de los libros. —Acariciando el pelo lanoso de Alice añade como para consolar—: Dicen que *Lo que el viento se llevó* también se estrenará en color. Y podrás verla antes que nadie.

—Es verdad —dice Renate titubeante. No había pensado en eso. Teniendo en cuenta todo lo demás, parece una pequeña compensación.

—Estoy convencida de que mudarse a América tiene muchas ventajas. Ojalá pudiera hacerlo yo. —La sonrisa de Ilse se vuelve melancólica—. Quizá me vaya a vivir contigo a Nueva York. ¿Recuerdas todos aquellos viajes que planeábamos?

Renate asiente con la cabeza, aunque el recuerdo se le antoja de celuloide y un poco irreal, como un montaje cinematográfico lleno de burbujas de champán falsas.

—¿Por qué no se van con vosotros tus padres? —agrega Ilse.

«Irse con nosotros.» La frase está tan despreocupadamente alejada de la tortuosa realidad de la emigración que Renate casi resopla, aunque se controla a tiempo. Le sorprende lo poco que los no judíos comprenden cómo es la vida para ella. Cuando una ex compañera de escuela con la que se encontró en la calle le preguntó hace poco si el toque de queda de las ocho «restringía» mucho su vida social, Renate había tenido la tentación de reírse en su cara. La verdad es que, con las pocas cosas que se les deja hacer a los judíos, apenas importa a qué hora se les permite hacerlas.

—Para empezar, es demasiado caro —responde Renate—. Y *Vati* nunca pasará los exámenes.

—¿La revisión médica?

—Ahora también hay un examen escrito. Se diría que buscan excusas para dejar fuera a la gente.

De hecho, el nuevo examen se instauró justo cuando Renate y Franz presentaron sus montones de formularios y documentos, gruesos como novelas, en el consulado de Estados Unidos de la Pariser Platz.

—¡Es ridículo! ¿Fue difícil?

—Fue absurdo. ¿Sabes la altura en pies del monumento de Bunker Hill?

—Tanto hablar de acoger a las masas necesitadas... —Ilse niega con la cabeza—. Pero ¿aprobaste?

—Sí, aprobamos los dos.

Renate no menciona que Elisabeth Bauer había intervenido una vez más, obteniendo, quién sabe cómo, la extravagante lista de preguntas de la prueba escrita que, de otra manera, habrían torpedeado las posibilidades de sus hijos. Como tampoco que mientras aguardaba en ropa interior la revisión médica del consulado, Renate de repente había tenido dificultades para respirar, temerosa de que apareciera una líder de labios rojos que le prohibiera emigrar.

—Uf. —Ilse menea la cabeza, compadecida—. ¿Cómo está Franz,

por cierto? ¿Está aquí?

Renate niega con la cabeza.

—¿Con el grupo de debate sobre Schiller? —pregunta Ilse haciendo comillas con los dos dedos índice—. ¿Siguen con sus reuniones?

Renate opta por no contestar.

—Está en Alberti con unos amigos —dice—. Según parece, han recibido algunos discos nuevos de Nueva York.

—¿De jazz?

—¿De qué si no? —Renate pone los ojos en blanco.

El Ministerio de Propaganda ha prohibido ese tipo de música estrafalaria extranjera. Sin embargo, algunos enterados pueden escuchar de forma clandestina los últimos éxitos de Glenn Miller y Louis Armstrong en el sótano de la pequeña tienda de música de la Rankestraße, donde a menudo es fácil encontrar a su hermano.

A Ilse se le descompone el semblante y, por un momento, Renate se pregunta si debería haber compartido siquiera esa información apenas incriminatoria. Pero entonces recuerda que Ilse siempre actuaba de forma un poco extraña cuando se trataba de Franz.

—Cuéntame más cosas sobre ti —dice cambiando de tema—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión? ¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Supongo que fue algo progresivo. —Ilse alisa el vestido azul de Alice—. Pero fue el año pasado cuando mis ideas cambiaron de rumbo de verdad. Se suponía que tenía que cubrir la noticia de la Noche de los Cristales Rotos, pero casi todo lo que vi me repugnó. Estaba... estaba mal. No importa lo que pienses sobre la influencia judía en Alemania, aquello no tenía justificación. —Frunce el ceño y saca una mota inexistente del hombro de la muñeca—. No podía quitármelo de la cabeza. La imagen de tu padre. Lo que le hacían esos... bufones. Lo que ya habían hecho antes. Y luego tuve que escribirlo para *Der Angriff* como si hubiese sido una revolución espontánea y heroica. ¡El asalto de Alemania a la Bastilla! —Se interrumpe y parpadea deprisa —. Siempre he querido ser periodista, pero lo que estamos escribiendo no son noticias, son mentiras.

—¿Tuviste problemas por mentir? —Renate se abraza las rodillas contra el pecho—. ¿Por lo que dijiste por nosotros?

—No. —Ilse enrosca el pelo de la muñeca en su dedo índice—. Lo creas o no, esos matones eran más estúpidos de lo que parecían. Y estaban muy borrachos.

Se calla y mira la desgastada funda de edredón de cachemira mordiéndose el labio inferior. Lo cierto es que parece enferma: demacrada y pálida, las ojeras púrpura hacen más profundo el gris oceánico de sus ojos.

—Entonces, ¿vas a dejar el Partido? —le pregunta Renate.

—Estoy pensándomelo. —Ilse se recuesta otra vez—. En realidad, he solicitado ir a Wartheland para colaborar en el reasentamiento del pueblo en temas de prensa y publicidad en Lodz. Aunque también estoy pensando en matricularme en la universidad.

Renate asiente bajando la mirada. La universidad siempre había sido un tema delicado entre ellas. Hasta que se prohibió a los judíos la educación superior, se daba por hecho que Renate iría. Sin embargo, la madre de Ilse la había disuadido por considerarlo poco práctico: según su mentalidad, era un desperdicio que las chicas fueran a la universidad puesto que su principal destino era el matrimonio.

—¿A tus padres ahora les parece bien que vayas a la universidad? —pregunta Renate.

Ilse asiente apretando la mandíbula.

—¿Y qué harás después?

—Espero que esta locura haya terminado.

Ilse se desliza de la cama, se pone de pie y se estira. Luego se gira y brinda a Renate una de sus infrecuentes sonrisas de antaño, con sus característicos hoyuelos en las mejillas.

—Estoy muy contenta de haber vuelto —dice Ilse. Las palabras parecen brotar de un susurrante torrente de alivio.

—Yo también —responde Renate con cautela.

—¿Puedo ir al baño?

—Por supuesto.

Una vez que Ilse se ha ido, Renate coge la muñeca Alice, que está bocabajo en la cama.

«¿Qué te parece?», le pregunta en silencio.

Los ojos de botón la miran sin emoción alguna.

«Podría ser real —le dice Renate—. Piénsalo. Podría ser.»

Y por primera vez desde que Ilse ha llamado a la puerta, Renate casi se lo cree de verdad: el cambio de actitud que tanto había anhelado podría ser posible, incluso inminente. Sin embargo, por alguna razón, su reacción ante esa idea es casi tan apagada como la de la muñeca de trapo. No experimenta una sensación de alivio, no siente un torrente de alegría; solo una curiosidad fría, casi clínica. Es como si su amiga, igual que Lawrence Selden en *La casa de la alegría*, hubiese llegado demasiado tarde con su ramo de flores a pedirle la mano.

Y, de todos modos, qué significaría ahora, se pregunta, apoyándose de nuevo en la almohada. ¿Cómo podrían reanudar su amistad cuando todo lo que hacían juntas está explícita o implícitamente prohibido? Sus idas al Concordia, *kaputt*. Ya no la dejan entrar en la Ópera de Berlín ni en el teatro Odeón, así que ambos quedan también descartados. Lo mismo sucede con los museos, restaurantes y cafés que solían frecuentar. Tampoco se le permite acceder al Tiergarten; hasta el año pasado podrían haber ido siempre y cuando Renate se sentara en los bancos para judíos. No pueden escuchar música ni pasear en bicicleta juntas, pues los judíos ya no tienen fonógrafos, radios ni bicicletas. Y con las nuevas restricciones en el racionamiento, a Renate ni siquiera se le permite tomar los dulces que a ella y a Ilse tanto les gustaba comer.

En resumen, la amistad resucitada tendría que limitarse a paseos cortos y prudentes durante el día o a sentarse y hablar allí mismo, en casa. Y aun así se arriesgarían a ser amonestadas, pues alguien podría denunciar a Ilse a la Gestapo por el mero hecho de haberla visto en compañía de Renate.

Al final del pasillo, Renate oye el gorgoteo de la cisterna del inodoro, el chirrido del grifo oxidado del lavabo que protesta porque lo han abierto. «Estoy muy contenta de haber vuelto», había dicho.

Inquieta, Renate coge el pequeño libro de poemas, hojea las primeras páginas y lee unos pasajes en voz alta para sí misma. Pero está demasiado confundida, demasiado tensa para concentrarse, y al

cabo de unos minutos vuelve a tirar el libro sobre la cama, se pone de pie, se estira. Al mirar el reloj de la mesita de noche, se da cuenta de que Ilse lleva mucho rato en el baño. ¿Por qué tardará tanto?

Pensando que tal vez necesita más papel de periódico (han vuelto a los antiguos cuadrados cortados a mano de la primera infancia de Renate, pues el papel higiénico ahora es un gasto superfluo), recorre el pasillo. Para su sorpresa, en el cuarto de baño no hay nadie. Oye entonces un crujido procedente de la habitación de Franz. Da tres pasos descalza hasta la puerta y ve a Ilse de pie ante el escritorio, mirando algo muy concentrada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Renate.

—¡Oh! —Pillada por sorpresa, Ilse se sobresalta—. Perdón. Tendría que haber preguntado. Acabo de recordar que Franz tenía muchos libros de Kafka. Hay una cita que llevo unos días tratando de recordar.

—¿De qué libro?

—No me acuerdo. Es algo sobre... —Ladea la cabeza con aire pensativo, ese gesto que Renate recuerda con tanta claridad—. Tiene que ver con usar una mano para sacudirse las miserias de la vida y la otra para escribir sobre ellas. Pero dicho de una manera mucho más elocuente, claro. ¿Sabes cuál es?

Renate niega con la cabeza.

—Ni idea. Creo que se deshizo de todos sus libros de Kafka junto con los demás de la lista.

Aunque Renate sabe que eso no es verdad. Franz tiene un sistema para guardar los libros prohibidos dentro de volúmenes más grandes y que sí están permitidos, cuyas páginas ha ahuecado con su también prohibida navaja.

—Claro. Olvidé ese detalle. —Suspirando, Ilse se dirige al pasillo—. Esa es otra cosa que detesto del Partido. ¿Por qué han de decirnos qué debemos leer?

Algo en su tono llama la atención de Renate; es demasiado vivo, demasiado entusiasmado. Pero entonces su madre la llama desde el comedor.

—¿Reni? Cenaremos en media hora. ¿Puedes despertar a tu padre?

—Vale —contesta Renate aliviada al tener una excusa para dar por

terminada la conversación. Se vuelve hacia Ilse y dice—: Te invitaría, pero ya sabes cómo cocina mi madre.

Ilse se ríe.

—Desde luego. Cómo olvidar el *Leberkäse* hervido.

La madre de Renate había tenido la brillante idea de calentar un queso de hígado que había dejado fuera toda la noche en una sartén con agua, «solo para reblandecerlo». Después de dejarlo en el fogón durante demasiado tiempo (siempre se olvida de poner el temporizador), obtuvo un insípido lodo rosado que salvó sirviéndolo como «guiso».

—Me había olvidado de esa cena. —Renate hace muecas mientras bajan la escalera—. Pues desde que empezó el racionamiento, no ha hecho más que empeorar. Por suerte, muchos días trabaja hasta tarde en el hospital y tengo una excusa para tomar el mando.

Al llegar al pie de la escalera, su amiga se pone el abrigo y los zapatos y se anuda la bufanda. Luego se gira para mirar a Renate con otra sonrisa.

—¿Puedo volver?

—Por supuesto —dice Renate procurando que su respuesta suene tan desenfadada como la pregunta—. Voy a clase los martes y jueves por la tarde. Pero, por lo demás —se encoge de hombros—, suelo estar aquí.

—¿Clase de qué?

—De peluquería. En el Centro Comunitario Judío. Quieren que aprendamos un oficio «internacionalmente viable».

—¿Así que la próxima vez que necesite una permanente vengo a verte?

—No he dicho que se me dé bien.

Se ríen juntas de nuevo y, una vez más, por un momento todo es casi como en los viejos tiempos. Entonces Ilse frunce el ceño.

—Ahora veo lo que me estaba perdiendo. Por cierto, ¿dónde está Sig?

Renate traga saliva con dificultad.

—Pues... murió.

La herida todavía está demasiado abierta para que pueda entrar en

más detalles; aprieta los labios y niega con la cabeza.

—Oh, Reni —dice Ilse en voz baja—. Lo siento mucho.

Titubea un momento, afectada.

Entonces, sin mediar palabra, abraza a Renate.

Sin salir de su asombro, Renate levanta los brazos y la estrecha a su vez, hasta que el olor cálido y familiar de su amiga amenaza con hacerle perder la compostura. Se retira riendo con timidez. Ilse también se ríe, aunque sus ojos están sospechosamente húmedos.

—También siento haber aparecido así —dice secándoselos con la palma de la mano.

—No pasa nada —dice Renate—. Me has alegrado la tarde.

—Pues volveré pronto. Antes de que te vayas.

Renate asiente con la cabeza.

—Así lo espero.

Le sale sin pensar, por cortesía, pero cuando se apoya en el marco de la puerta sabe que lo ha dicho en serio. Que a pesar del dolor y la traición, a pesar de los meses de soledad, hay una parte de ella que está cautelosa y tímidamente emocionada mientras observa a Ilse alejarse caminando con brío por la Bismarckstraße, la luz del atardecer destellando plateada en su cabello dorado. Un verso de uno de los poemas que ha leído arriba le viene a la mente:

Estamos rodeados de estrellas
y huimos volando del mundo.
Creo que somos ángeles.

17

Ilse

1939

Está sentada junto a la ventana de La Taza Árabe con su cuaderno delante, aunque en realidad está vigilando. La cafetería, una de sus favoritas y de las de Renate, está situada en la esquina de Bismarckstraße con Leibnizstraße, a poca distancia de la puerta arqueada de los Bauer. Mientras toma un café con leche, Ilse divide su atención entre la puerta negra y su último artículo: «Los judíos y el sacrificio ritual: una historia».

Gracias a la intercesión de Kai antes de que lo destinaran al Este, ha estado recibiendo más encargos del Ministerio de Propaganda para escribir para varios panfletos y boletines informativos. También ha publicado otros dos artículos en *Der Stürmer* escritos bajo el seudónimo masculino de Isador Frank: «¡Alerta judía! Diez maneras de descubrir a un depredador sexual» y «La verdad secreta y sangrienta de la Pascua». Kai los llama «artículos de investigación», aunque lo único que hace Ilse es entrevistar a las fuentes que él mismo le asigna, usando las preguntas que él mismo escribe; ella apenas transcribe las respuestas para que sean publicadas.

—No es periodismo malo —había dicho su redactor jefe la semana pasada cuando le preguntó sobre ese método—. Es una forma alternativa de presentar los hechos.

—¡Pero algunos de estos «hechos» son de risa!

Ilse había estado mecanografiando citas de un «experto» en el Talmud, un hombre de aspecto ictérico con un monóculo que no paraba de caérsele en el regazo, que había remarcado sus afirmaciones con unos movimientos de mano tan extraños que Ilse al principio sospechó que padecía algún tipo de parálisis. Más tarde se dio cuenta

de que trataba de imitar los gestos distintivos de las manos de algunos *Ostjuden*, los judíos de Europa oriental.

—¿De verdad alguien se cree que el la matzá, el pan ácimo, está hecho con sangre de bebés gentiles? —preguntó Ilse—. Si eso fuera cierto, ¿no sería rojo? ¿Rosado al menos?

El redactor jefe hizo un gesto de desprecio.

—Si lo escribes con suficiente frecuencia, se convierte en su propia versión de la verdad.

—Pero ya hay suficientes evidencias reales del problema judío como para no tener que recurrir a estas tonterías.

—Por supuesto que sí —replicó su jefe—. Pero ¿cuál es mejor historia: judíos asesinando a bebés o judíos engañando al sistema bancario? Y en última instancia, ¿no viene a ser lo mismo?

Ilse había tenido que reflexionar sobre ello. En determinadas circunstancias, decidió ahora, muy probablemente podrían serlo.

Mordisqueando la punta de su pluma, rehace el segundo párrafo mirando cada poco tiempo al piso de los Bauer. «En un volumen secreto que acompaña al Talmud judío se encuentra la orden de masacrar a los extranjeros (No hay señales de Renate, aunque si su clase es a las tres, debería salir ahora), que son iguales que las bestias. A los judíos se les ordena hacer esto de una manera "legalmente válida". Según los expertos talmúdicos, esta "manera" (Le había dicho los jueves, ¿no? ¿O se habrá equivocado Ilse?) es la misma en la que los carniceros judíos matan y desangran con crueldad a los animales, razón por la cual, a lo largo de los siglos, cadáveres exangües de cristianos, sobre todo de niños (Ilse mira su reloj otra vez: ya son las dos y veinte y el viaje en metro dura más de cuarenta minutos), han sido descubiertos en las zonas donde viven judíos, por lo general, durante o en vísperas de las fiestas judías de Pascua y de Purim...»

A las dos y cuarenta en punto, cuando Ilse comienza su párrafo final («Aunque no se ha publicado en la prensa controlada por los judíos, se han verificado casos de asesinatos rituales judíos en fechas tan recientes como 1932...»), su vigilancia se ve por fin recompensada. Renate sale del apartamento con su consabido abrigo verde, nerviosa y apresurada como de costumbre. Mientras ella corre hacia la estación

de Charlottenburg, Ilse se la imagina irrumpiendo en clase, sin aliento y con las mejillas rosadas, soltando las mismas disculpas que solían volver loca a Ilse: «El metro iba lento». «Franz me ha escondido los zapatos.» «No encontraba mi cepillo de pelo, mi monedero, mi chaqueta o mi carnet.»

Por un momento, Ilse casi sonríe. Entonces recuerda por qué ha estado esperando allí y la sonrisa se difumina de su cara como una luz cambiante.

Ha regresado al domicilio de los Bauer porque su última misión en la casa fue declarada infructuosa por el único juez que importa en esta situación: el general de las SS Von Helldorff, el notoriamente sádico jefe de policía de Berlín.

—Te brindamos una oportunidad muy generosa —le recordó a Ilse después de la última citación en su oficina—. Una oportunidad para redimirte después de lo que, al menos yo, considero la grave transgresión de interferir en la justicia popular.

La referencia había hecho que a Ilse le sudaran las manos.

Ocho meses después de la publicación de «La noche del justo castigo en Berlín», de I. M. Fischer, dos agentes de la Gestapo irrumpieron en la redacción de la BDM y se llevaron a rastras a Ilse hasta un sedán negro aparcado en la calle. La condujeron al cuartel general nacional de la Gestapo, un edificio oscuro de aspecto gótico que luce un cuidado jardín delantero como un dragón llevaría una tiara. Durante el trayecto no estaba muy segura de lo que querían de ella; al fin y al cabo, había transcurrido más de medio año desde su encuentro con los Bauer durante la Noche de los Cristales Rotos. Pero enseguida se hizo evidente cuando empezaron a interrogarla: ¿por qué le había dado un nombre falso al soldado de asalto el pasado noviembre? ¿Cuál era su relación con la familia Bauer y con Otto Bauer en particular? ¿Cuál era su opinión sobre la cuestión judía? ¿Y sobre la lealtad al Partido? ¿Y sobre el «movimiento bolchevique clandestino»?

Ilse, por supuesto, lo había negado todo. Recuperando las excusas que había preparado meses antes anticipándose a aquel posible suceso

(incluso aun cuando se atrevía a esperar no tener que usarlas), dijo que los matones de las SS habían oído mal su nombre, cosa que no era de extrañar dado lo borrachos que estaban. Dijo que aunque había sido amiga de los Bauer en algún momento de su vida, no tenía ni idea de que eran judíos. Dijo que de verdad creía que las tropas de asalto habían cometido un error y que su objetivo había sido protegerlos de posibles repercusiones.

No obstante, durante más de cuatro horas los agentes la estuvieron interrogando, la engatusaron y le gritaron. A veces hasta le chillaron en la cara, una táctica que la asustó lo suficiente como para que casi se orinara allí mismo, máxime porque también le habían negado el uso del baño. Pero aún más aterradora fue la espeluznante expectativa de que tarde o temprano el ataque pasaría a ser físico. Después de todo, Ilse no era tonta. Sabía que, a menudo, los sospechosos abandonaban aquel sótano en concreto en camilla o ataúd.

Sin embargo, en lugar de golpearla, los agentes la llevaron a la oficina de Von Helldorff, donde otra vez se le negó el uso del baño. Con los muslos desnudos bien cruzados y un nudo de terror en el estómago, estuvo temblando mientras el general —cuyos ojos azules redondos y orejas puntiagudas le habrían recordado al enanito Mudito de no haber sido por la gorra con el blasón de la calavera que le cubría la cabeza— le expuso sus opciones. La primera consistía en obtener pruebas de la presunta participación de Franz Bauer en actividades ilegales, en cuyo caso no solo se eliminaría la mancha negra de su expediente, sino que Von Helldorff apoyaría su solicitud para un puesto de primera línea en las oficinas de propaganda abiertas recientemente en Lodz; después de la guerra, tal vez podría lograr incluso una beca de estudios universitarios.

La segunda opción era un viaje de ida a Prinz-Albrecht-Straße, 8, donde estaban los principales cuarteles del régimen nazi; solo que esta vez, insinuó, no habría vuelta.

En otras palabras, fue una elección en la que no pudo elegir en absoluto. Aun así:

—Lo pensaré —le había dicho sin aliento con la esperanza de, como mínimo, ganar tiempo.

—No pienses demasiado —dijo Von Helldorff con frialdad—. Estaré fuera el resto del verano. Cuando regrese, espero alguna información.

Fiel a su palabra, la volvió a citar en octubre y los ojos le brillaron cuando Ilse confesó que aún no había llevado a cabo su misión.

—Ha habido mucho trabajo desde la invasión —adujo Ilse a la desesperada—. Hay tanto sobre lo que escribir que hasta nos ha faltado personal en redacción.

—Te doy un mes más —dijo con tono siniestro Von Helldorff—. Si para entonces sigues con las manos vacías, tendrás mucho más de qué preocuparte que de tu boletín de noticias de colegiala.

Ahora, caminando lentamente las pocas manzanas que median hasta el portal de los Bauer, Ilse repasa su plan. No está segura de cuándo termina la clase de Renate, pero duda que regrese antes de las seis. Su madre debería llegar a casa más o menos a la misma hora o más tarde («muchos días trabaja hasta tarde en el hospital», había dicho Renate). Y el profesor Bauer, con un poco de suerte, permanecerá en su habitación, donde, según su hija, ahora pasa la mayor parte del tiempo.

Lo que solo deja una incógnita: el propio Franz. Renate no había comentado nada sobre su agenda, y como a Ilse no se le había ocurrido preguntar, no tiene ni idea de si está en casa. Durante su vigilancia de tres horas ha esperado poder sorprenderlo entrando o saliendo o que un repartidor o un cartero le hiciera acudir a la puerta. Incluso se ha planteado la posibilidad de enviar algo ella misma, pues ha pensado que Madeleine Carroll lo habría hecho en *Yo he sido espía*. Al final, ha tenido que reconocer que en realidad solo estaba postergando las cosas. Cuando llega a la puerta, todavía duda antes de levantar la aldaba de latón deslustrado. Después de los tres golpes de rigor, presiona la oreja contra la madera pintada.

Al principio no hay respuesta. Pero justo cuando da un avergonzado suspiro de alivio, oye un portazo en el piso de arriba. Le sigue el ritmo olvidado pero familiar de los pasos desiguales de Franz, sincopados por el arrastre de su pierna lisiada, marcados por el golpeteo de su bastón.

Ilse respira profundamente y se obliga a permanecer donde está

mientras recuerda todas las razones que ha encontrado para venir aquí: en primer lugar, el húmedo sótano de la sede central del Servicio de Seguridad, las fragantes tierras de cultivo de la Nueva Alemania, las antaño prohibidas y santificadas aulas de la enseñanza superior.

Franz llega a la entrada. Hay otro breve silencio antes de que descorra el cerrojo.

Y luego ahí está. Más alto de lo que Ilse recordaba o de lo que había notado el noviembre anterior; debe de haber crecido varios centímetros. Pero tiene la misma masa de rizos oscuros, aunque ahora más desgreñados y largos. Los mismos ojos marrones, cálidos y líquidos, parecen más grandes ahora que su rostro está mucho más perfilado y delgado. Todavía los enmarcan esas pestañas ridículamente largas. «Los ojos más bonitos que ninguna mujer que hubiera conocido.»

—¿Sí? —dice Franz.

—Hola. —Le sale entre una risita y un graznido. Al notar el rubor de sus mejillas, finge una tos, fuerza una risa—. Perdón —dice Ilse—. Estoy resfriada.

—Lo lamento. —Su expresión es cautelosa pero no sorprendida—. Ren no está aquí. Está en el Centro Comunitario aprendiendo a hacer ondas y bucles con las manos.

Esta vez la risa es real.

—Haces que suene como si estuviera en clase de gimnasia.

La broma se le escapa casi antes de que se dé cuenta de que se le ha ocurrido. Por un instante, le preocupa haberlo arruinado todo; ahora Franz sabrá que en realidad ha ido a verlo a él.

Pero Franz reacciona con la misma sonrisa que Ilse había olvidado que siempre le había gustado: adormilada. Dulce. Solo un poco pícara.

—En diez segundos se caería de bruces —dice.

—Como mucho. —Ilse se las arregla para reír otra vez—. ¿A qué hora regresa?

—Hacia las seis, creo. A menos que queme el lugar con las tenacillas. —Se encoge de hombros—. Le diré que has pasado por aquí.

—Lo cierto —dice Ilse enseguida— es que me alegra que estés aquí.

Tengo una pregunta que hacerte.

Franz se detiene con la mano todavía en la puerta.

—Renate y yo estuvimos hablando de una cita de Kafka —prosigue Ilse.

Espera con angustia parecer tan natural e indiferente como cuando ensayaba la conversación en su cabeza. Mentir de manera eficaz, ha aprendido, requiere ceñirse lo máximo posible a la verdad: encontrar las suficientes pizcas de verdad para encajarlas en el flujo de su invención de modo que, saltando de una a otra, pueda navegar de forma creíble a través del engaño.

—Intentaba recordar de qué libro era —continúa diciendo Ilse—. Incluso entré en tu habitación porque recordaba que lo tenías. Pero Renate me dijo que te habías deshecho de tus libros de Kafka.

—¿Te dijo que los había tirado?

—Por la prohibición.

—¿Y no te lo crees?

Ilse se encoge de hombros, aunque la pregunta hace saltar una alarma. ¿Qué respuesta quiere oír Franz? «¿Claro que sí? ¿Sé que eres un ciudadano leal?» Está claro que eso sería una mentira en sí misma, no solo por lo de la lealtad, sino por lo de la ciudadanía. Ambos saben que legalmente ya no es alemán. Es simplemente un «súbdito del Estado».

Franz sigue aguardando, su expresión es indescifrable. Ilse duda y luego se lanza.

—Por supuesto que no —dice, y le dedica una sonrisa inocente.

Franz entorna sus ojos castaños y a Ilse se le hace un nudo en el estómago. «La he pifiado», piensa de nuevo. Pero entonces él se echa a reír, con esas carcajadas profundas y roncas de hilaridad que siempre parecen su propia recompensa por haberse desbloqueado. El alivio de Renate es tan grande que le flaquean las piernas.

Franz retrocede y abre la puerta del todo.

—Admito que te he echado de menos, Von Fischer —dice.

—Yo también —responde Ilse, y entra en la casa.

La habitación de Franz no ha cambiado mucho desde los tiempos en que Ilse era casi un miembro más de la familia. La alfombra ha desaparecido, al igual que la mayoría de las del resto de la casa (vendidas, supone Ilse). También el póster de Karl Marx que había estado sobre su escritorio durante años. En su lugar (Ilse no puede evitar sonreír al verlo) hay un cartel francés en tonos rojos de la película *Una noche en la ópera*, con caricaturas de Groucho, Harpo y Chico.

—¿Has cambiado de partido político? —pregunta Ilse señalándolo con la barbilla.

Franz sonríe.

—Se podría decir que he subido de nivel.

Riendo, Ilse se sienta en la chirriante silla del escritorio. Mientras él examina su abarrotada estantería, ella estudia furtivamente el resto del espacio: el sillón de cuero desgastado, la cama arrugada con la colcha de cachemira, el cenicero mal apoyado sobre la torre inclinada de libros que parece una extensión de su mesita de noche. No hay indicios de algo siquiera un poco ilícito.

—¿Cuándo os vais?

—Dentro de dos días y diez horas. Bueno —una ojeada al reloj de la mesita de noche—, nueve horas y media.

La inmediatez de la partida hace que le dé un vuelco el corazón. ¿Había mencionado Renate que sería tan pronto?

—Supongo que estás emocionado —consigue decir.

—Aliviado, sobre todo. Nos han puesto más obstáculos de los que puedas imaginar. En ambos lados. —Franz está pasando las manos por los lomos de los dieciocho volúmenes de la *Brockhaus Conversations-Lexikon* que ha residido en el estante de arriba desde siempre, que Ilse recuerde—. ¿Cuál era la cita?

—Algo sobre sacudirse la desesperación de la vida con una mano, pero escribir sobre ella con la otra.

—No me suena que sea de una de sus novelas. —Saca varios volúmenes de la *Brockhaus*, cojea hasta donde Ilse está sentada y los deja en el escritorio con un golpe sordo.

—¿De veras crees que la encontrarás ahí?

Cuando a Franz le gusta un autor, Ilse lo sabe muy bien, se obsesiona con coleccionar sus obras. Con lo mucho que le gusta Kafka, le parece extraño que busque la cita en una fuente indirecta.

—Nunca se sabe lo que hay en la vieja *Brockhaus*. —Con los ojos centelleantes, empuja la enciclopedia hacia ella—. Echa un vistazo.

Ilse titubea. Recuerda esa expresión. Es la que adopta Franz cuando gasta una broma: hacer la petaca en la cama de Renate una noche de fiesta de pijamas, llenar de sal el azucarero para la merienda. Cuando Renate tuvo sus dos primeros sostenes, Franz colgó uno del mástil del segundo piso cuando ella e Ilse se acercaban a casa después de la escuela. Ilse recuerda vívidamente la cara de Renate cuando lo vio: se puso casi tan blanca como el algodón con encajes expuesto al público.

—Adelante —dice Franz con amabilidad—. No muerde.

Aguantando la respiración, Ilse abre la maltrecha tapa del volumen que tiene más cerca y se queda boquiabierta. Las páginas del tomo han sido talladas casi por completo, convirtiendo el libro en una gran caja hueca. Guardados en su interior, como muñecas rusas, hay tres volúmenes delgados: *La metamorfosis*, *El juicio* y *América*. Encantada, los saca.

—¿Toda la colección esconde contrabando? —pregunta mirando hacia la estantería.

—Cada dos volúmenes —responde Franz—. Así, si un oficial zoquete coge uno, lo más probable es que abra un libro de verdad. Aunque he reclutado algunos otros géneros en la resistencia. —Volviéndose hacia la estantería, señala un atlas mundial de 1927, un tomo que aúna la *Ilíada* y la *Odisea*, y los pesados volúmenes I y II de *El hombre sin atributos*, de Musil.

—¿Pasaste a cuchillo a Homero? —pregunta Ilse cubriéndose la boca con fingido horror.

—Tenemos cuatro ediciones. Dudo que Otto vaya a echar en falta una —replica Franz secamente. Coge un volumen de la *Brockhaus* y se deja caer en la cama—. Y menos ahora.

—¿Está aquí?

—En cierto sentido. Encerrado en su habitación y en su cabeza.

Su expresión no cambia, pero la desolación de su voz hace que Ilse

quiera cogerle la mano.

—Renate me habló de su estado —dice en cambio—. Lo siento mucho.

—No te disculpes. Eres la única que ha intentado ayudarnos de verdad.

Ilse se siente incapaz de mirarlo.

—Seguro que ha habido otros.

—Al principio. —Franz saca otro volumen de la ahuecada enciclopedia. Deja el caparazón destripado a su lado y comienza a hojear las páginas—. Al principio todo el mundo estaba horrorizado, nadie creía que estuviera ocurriendo, nadie creía que fuera a durar. —Lo recita con un zumbido burlón, bajando un dedo por un margen del libro—. Pero eso es lo extraño del infierno: cuanto más tiempo llevas atrapado en él, menos se dan cuenta quienes se han salvado. —Pasa una página—. ¿Te acuerdas de mi amigo de la universidad, Diederich Schuchard? ¿Un tipo alto, rubio? ¿Nariz larga y delgada? Pasaba por aquí cada semana para copiar mis apuntes sobre la Constitución de Weimar.

—¿El que tenía un afectado acento vienés insufrible?

—Ajá. —Una mirada rápida y aprobatoria. —Sigues teniendo una memoria de elefante.

Ilse se sonroja de nuevo, absurdamente halagada por el cumplido.

Franz sigue hablando, con el dedo todavía en la página.

—Hace unos dos años dejó de venir, como casi todo el mundo. Lo cual está bien. No, en serio. Es peligroso que te vean con judíos, lo entiendo. Solo es que tú eres más valiente que la mayoría.

Ilse se arranca un padrastro, se siente repugnante.

—En fin —prosigue Franz—. Me encontré con él en la puerta de una tienda de discos. Mi cabeza estaba en otra cosa, porque siempre está en otra cosa ahora. Pero me detuve, por puro reflejo, solo para tener una breve charla del tipo «qué casualidad encontrarte». «Vaya, hola, Schuchard», dije. «¡Cuánto tiempo! —Franz la mira—. ¿Sabes qué hizo?»

Ilse aguarda, conteniendo la respiración.

—Me escupió —dice Franz—. Me dio justo en el hombro. —Levanta

el dedo para indicar el lugar en su desgastado suéter azul marino—. Y no fue un escupitajo muy delicado, no sé si entiendes lo que quiero decir. Creo que tenía un resfriado de narices.

De la manera en que lo relata —una amarga y ácida mezcla de humor y resignación— parece que la intención no es decir «ay de mí» sino «mira el estúpido y maravilloso mundo en el que vivimos»; a Ilse se le hace un nudo en la garganta.

—Qué raro —responde procurando hablar con soltura—. Nunca me pareció ideólogo. De hecho, más bien lo tenía por marxista. Como tú.

Franz encoge los hombros.

—Lo era. Al principio. Y cuando Hitler aterrizó como canciller, se disgustó tanto como el que más. —Vuelve a mirar el libro y pasa otra página—. Pero ahora que la corriente ha cambiado de dirección, solo quiere seguirla. ¿A quién le importa un bledo que la gente como nosotros se ahogue?

—A mí —replica Ilse con una indignación que la sorprende.

—Lo sé.

Esta vez no hay ni rastro de humor en su voz.

Por un momento, ninguno de los dos habla. Ilse siente su mirada como un rayo de sol del atardecer, su dorado calor apenas atenuado por la melancólica promesa del ocaso.

«No se merece esto —piensa Ilse con una punzada de remordimiento tan abrumadora que se agarra a los lados de la silla—. Debería inventarme una excusa. Debería irme ahora.»

Y en su mente y en ese instante, Ilse hace justo eso: se levanta de la silla chirriante, sale corriendo por la puerta y se va a su habitación. En su mente, escribe un informe diciendo que no ha encontrado pruebas de que Franz Bauer o cualquier otra persona de la casa esté involucrada en actividades contra el Reich. Y cuando el general Helldorff le pregunta al respecto, ella lo mira a los ojos y se lo confirma.

Porque, después de todo, esa es la verdad.

Pero entonces su mente se traslada al sótano de Prinz-Albrecht-Straße, 8, con los dos agentes que dan vueltas en torno a su silla como panteras acechantes.

Más adelante, Ilse tratará de precisar el momento en el que decidió permanecer en la silla de Franz, en la habitación de Franz, aunque sin éxito. Pero eso es exactamente lo que hace: quedarse donde está. Mantener el rumbo.

«Hay que hacer sacrificios.»

—Ah —dice Franz. Levantando de nuevo la vista del libro, sonríe con languidez—. Ya la tengo, creo.

Carraspea teatralmente y lee:

—«Cualquiera que no pueda aceptar su vida mientras esté vivo necesita una mano para alejar un poco la desesperación que le causa su destino —tiene poco éxito en esto—, pero con la otra mano puede anotar lo que ve entre las ruinas, pues ve cosas diferentes (y más) que los demás; después de todo, estando como está muerto en vida, él es el auténtico superviviente.»

Levanta la vista, arqueando las cejas con consternación.

—Santo cielo, Von Fischer.

Ilse se ríe, un poco tímida.

—No lo recordaba tan sombrío.

—Pero lo es, ¿no? Incluso para ser de nuestro desolado Franz.

—Lo es —conviene Ilse—. Había olvidado la parte de las ruinas. ¿De qué libro era al final?

Franz le muestra un delgado libro azul.

—Uno de sus diarios. Una edición privada rara con la que tuve la suerte de tropezarme en una librería de viejo.

El ademán con el que vuelve a dejar el delgado volumen en la cama es cauteloso, como si contuviera algún compuesto químico potencialmente inestable.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto. —Le indica el pie de la cama con el mentón y le entrega el opúsculo negando con la cabeza mientras ella se acomoda —. Me sorprende que hayas retenido esto en concreto. Tengo muchas cosas de Kafka en la cabeza, pero ninguna tan lúgubre.

—No me extraña. —Ilse vuelve a reírse—. Una vez nos recitaste de memoria las dos últimas páginas de *La metamorfosis*. ¿Te acuerdas? Estábamos jugando a verdad o desafío.

—Sí. —Ahora le toca a él sonreír con timidez—. Lo había olvidado.

—Me encantaba jugar a ese juego con vosotros. —Ilse se apoya contra la pared. Mientras rememora, enrosca un mechón de pelo en la punta de un dedo—. ¿Recuerdas la vez en que convencimos a tus padres para que jugaran?

Franz se avergüenza.

—He intentado olvidar eso.

—Bueno, fuiste tú quien hizo aquella horrible pregunta. ¿Cómo era...?

—Le pedí a mi madre que contara su sueño más freudiano. Nunca imaginé que contestaría.

—¡Ni tú ni los demás!

La escena vuelve de sopetón, dulce y potente como un trago de licor de miel: los cinco en el salón. Franz y sus padres bebiendo vino, Cole Porter en el fonógrafo, un fuego rugidor en la chimenea. ¿Fue la misma noche que la doctora Bauer trató de enseñarles los pasos espasmódicos del *black bottom* y Renate tropezó y se cayó de espaldas? Ilse no lo recuerda. Solo recuerda la risa y el crepitar y el siseo de la chimenea. Y los ojos oscuros de Franz, bailando como bailan ahora.

—¿Qué nos contó? —pregunta—. Algo sobre trenes y túneles, ¿no?

—Peor aún. —Se frota la sien—. Era un tren muy grande que se quedaba atascado en un túnel muy estrecho y húmedo. Y ella lo montaba, con miedo a que explotara. —Vuelve a menear la cabeza y se tapa los ojos con una mano fingiendo humillación—. Me parece que estaba como una cuba.

—Y siguió hablando sin parar —dice Ilse—. Y tu padre le iba diciendo: «Lisbet. ¿Lisbet? Ya basta».

—Y cuando por fin se calló —añade Franz— se hizo un silencio incómodo. Y entonces Renate preguntó...

Ilse lo recita con él:

—«Pero, *Mutti*, ¿qué significa?» —Ilse se ríe—. Le tomamos el pelo durante meses, ¿te acuerdas? Cada vez que decía algo sin sentido. «¡Pero *Mutti*!»

Se ríen a carcajadas. Ilse se agarra la barriga mientras repite la escena en su cabeza. El regocijo es como una manta de plumas, ligera

y cálida, y por primera vez en meses se siente casi segura, casi feliz. Mientras se limpia los ojos con la manga, tiene que recordarse a sí misma que eso es una ilusión, que si se encuentra allí, en esa habitación, en esa cama es precisamente porque no está ni feliz ni segura. Y que, a menos que lleve a cabo lo que ha ido a hacer, ninguna de las dos cosas cambiará.

—Bien podría haber estado narrando mi propia concepción —dice Franz frotándose el rostro con la mano, como si reírse de forma tan inesperada le hubiera fatigado las facciones—. Fue vergonzoso. Recuerdo que me preocupaba que no quisieras volver nunca.

—¿De verdad? —Ilse levanta la vista conmovida y emocionada de pronto por que su ausencia hubiese sido motivo de preocupación—. ¿Por qué pensaste eso?

—Siempre parecías mucho más... formal que nosotros. Tenía la sensación de que siempre te escandalizábamos.

—Pero si me gustaba —responde Ilse con sinceridad—. Me encantaba que me sorprendierais. Hacíais que mi vida fuese mucho más interesante. —Titubea un momento y añade con cautela—: También me encantaba lo valiente que eras, que siguieras asistiendo a tus reuniones secretas socialistas incluso después de que las declararan ilegales.

—Valiente o estúpido —replica Franz muy seco—. Todavía estoy tratando de decidirlo.

—¿Sigues yendo?

Ilse finge que examina las puntas de un mechón de pelo. Como Franz no responde de inmediato, levanta la vista y ve que la está estudiando de nuevo con una expresión indescifrable.

—Perdona —dice enseguida—. No tienes por qué decírmelo.

Franz se pasa una mano por el pelo.

—Reni me dijo que vas a dejar la BDM.

Ilse finge un bostezo.

—Me ocupa mucho tiempo. Y cada vez hay más cosas en las que no creo. Preferiría dedicar mi esfuerzo a otras cosas. (Verdad y verdad. Hop, hop.)

—Siendo así, supongo que no importa. —Se encoge de hombros—.

Sí, todavía voy. No es que sirva de mucho. No hacemos otra cosa que hablar.

—¿Algún romance revolucionario al menos?

—¿En las reuniones? —resopla—. Son todos unos letraheridos. Ratas de biblioteca, del primero al último.

—¿Qué pasa con los letraheridos? Tu hermana lo es. Y yo también lo soy.

—No, no lo eres.

La rapidez de la negación la coge desprevenida por segunda vez.

—¿Cómo lo sabes?

Franz se encoge de hombros.

—Varias pistas a lo largo de los años, supongo.

—¿Como cuáles?

—Para empezar, a los letraheridos no les gusta el swing.

—Seguro que a algunos sí.

—No. —Franz niega con la cabeza sombríamente—. Solo les gusta la música clásica. Bach. Schubert.

—¿Mozart?

—Solo las obras menos peligrosas. Y los bombones, por supuesto.

Ilse se sorprende riendo de nuevo. Mientras cruza las piernas, se da cuenta de las pocas oportunidades que tiene en su vida para reírse y bromear. Con Kai, a cuyas atenciones finalmente sucumbió cansada después de que él le dejara claro que estaba en juego su seguridad laboral, rara vez sonríe. Y cuando lo hace, nunca es por algo inteligente que él haya dicho. Más bien lo contrario: se comporta con una petulancia tan insufrible que Ilse tiene que reprimir las ganas de burlarse de él.

—Además —continúa Franz—, los letraheridos no devoran novelas románticas como hacíais tú y Reni. Prefieren áridas obras académicas que pueden usar para intimidar a cualquier pobre hombre que tenga la desgracia de entablar conversación con ellos.

—Parece que lo digas por experiencia.

—Y así es. —Pone los ojos en blanco—. En la última reunión me acorraló la encantadora Karina Hafner y tuve que aguantar una disquisición de media hora acerca de los puntos de vista de Gramsci

sobre el determinismo económico.

«Karina Hafner», piensa Ilse memorizando el nombre.

—¿Es guapa al menos?

—¿Karina? Imagínate una cara como una patata encima de un cuello como un lápiz. —Hace una mueca—. Ahora añade una voz chillona como un clarinete.

Ilse no puede evitar reírse otra vez.

—Eres cruel.

—Tengo buen gusto.

Franz entorna los ojos, cruza los brazos detrás de la cabeza. Ilse se da cuenta de que su físico ha cambiado un poco; no solo es más alto, sino que tiene los hombros más anchos, los brazos más fuertes, pese a las obvias secuelas de la escasez del racionamiento para los judíos.

—Así que nada de Duke Ellington ni de Vicki Baum. ¿Qué más?

—Bueno. —Estira la mano para recuperar el paquete de Mona de detrás de su pila de libros—. No fumar ni beber, por supuesto.

Sacude la cajetilla para que asome un cigarrillo, se lo ofrece y, después de un momento de vacilación, Ilse lo coge, consciente de que los ojos de Franz siguen fijos en ella.

—Y nada de postales —añade Franz.

—¿Postales?

Ilse frunce el ceño, haciendo girar el delgado cilindro blanco entre el pulgar y la punta de los dedos.

—Sí. Una letraherida nunca haría que su amiga robara una postal lasciva ni tendría el descaro suficiente para llevarla a la escuela. —Vuelve a dejar la cajetilla en la mesita de noche sin apartar sus ojos oscuros de los de ella—. Aunque supongo que si tuviera que hacerlo, habría elegido la misma que vosotras dos.

La «dama del libro». Por un instante, Ilse lo mira fijamente, con el Mona inmóvil en la mano. Franz enciende y apaga el mechero, sonriendo ante su desconcierto.

Ilse se obliga a reír.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Cómo supe que os la habíais llevado? ¿O cómo supe adónde fue a parar?

—Ambas cosas, supongo.

Franz enciende su cigarrillo, inhala y a continuación exhala una bocanada de humo.

—No creerás que dejaría que mi hermana pequeña fuese al instituto sin que una o dos personas velaran por ella, ¿verdad?

—Pero ¿por qué no dijiste nada? —pregunta Ilse.

Franz se encoge de hombros.

—La devolvisteis, ¿no? O mejor dicho, ese insufrible soldadito de asalto con el que mi hermana se veía la devolvió.

Ilse parpadeó: así que también sabía lo de Rudi.

—Sí —responde—. Pero seguramente...

—¿Seguramente qué?

—Seguramente pensaste que estaba... mal. Que nosotras las hubiésemos estado mirando.

Franz está sonriendo de nuevo, solo un poco esta vez; el movimiento pone de relieve el ralo bigote de su labio superior, haciéndolo más oscuro. Ilse se pregunta qué sentiría: esos labios llenos, ese bigote escaso. Los labios del capitán Wainer los había sentido húmedos, blandos y ligeramente rasposos cuando la besó. Los de Kai eran delgados, agrietados y lisos, y casi nunca tiene que afeitarse. Por suerte, no ha tenido que sentirlos desde que se fue a los territorios soviéticos a trabajar para algún general que Goebbels le asignó. Ha escrito unas cuantas veces, pero ella aún no le ha contestado. Volverá de permiso muy pronto.

—No peor de lo que estaba que lo hiciera yo —está diciendo Franz —. Supongo que a una parte de mí le gustó la idea.

En la segunda frase baja un poco la voz, de manera que resulta más íntima y confidencial. Mientras sostiene el mechero hacia ella, su expresión es tan perezosa como especulativa; un niño que arroja una miga de pan a un estanque para ver si un pez sale a la superficie a picotearla. Ilse es consciente de que la distancia que media entre ambos se acorta, de que el pulso le late como una mariposa en la garganta.

Lentamente se inclina hacia delante, hasta que su cara queda a un suspiro de la de él, su cigarrillo a milímetros de la trémula llama.

—¿La idea de qué? —pregunta.

Franz no parpadea.

—De ti —dice—. De ti. Mirando eso.

Apenas es un susurro, pero Ilse siente las palabras en cada centímetro de su piel. Las siente de la misma manera que siente que su mirada fluye dentro de ella, cálida y amplia, atrevida e interrogativa. Con otros hombres, en momentos así lo único que ha querido ha sido escapar, mentalmente si no físicamente; contraer sus sentidos y su esencia en lo más hondo de sí misma como una anémona de mar retrae sus vulnerables tentáculos.

Pero, para su asombro, lo que ahora desea es justo lo contrario. No quiere retroceder. Quiere empujar más allá de su propia piel y de la de él; vaciarse en él hasta que no quede nada que extender. Siempre lo ha deseado; un antojo que solo ahora comprende que lejos de disminuir, se ha disparado en los años transcurridos desde que abandonó esa casa. Liberado por sus bromas, por los recuerdos efervescentes y las risas embriagadoras, por la cercanía de sus labios llenos de suavidad, el deseo ruge ante cada precaución y cada mecanismo de seguridad que ella misma había puesto en marcha, barriéndolos y perdiéndolos de vista, mientras arrastra a Ilse hacia el regazo de Franz.

Y entonces sus labios están en los de él, y sus manos en el pelo de él, y el cigarrillo apagado yace olvidado en el suelo.

Dos horas más tarde va camino del metro con las trenzas rápidamente rehechas, hormigueo en la piel, pensamientos confusos. El Kafka prohibido, por pequeño que sea, parece que pesa diez kilos en su mochila. Pero aún más pesado es el trozo de papel que hay dentro, arrancado a toda prisa del cuaderno de Franz.

Tumbada con él en su habitación, besándose y conversando de forma intermitente, se ha encontrado saltando distraídamente de un lado a otro de la corriente de falsedades: «Siento curiosidad por tus reuniones». (Cierto.) «Creo que me gustaría asistir a una. Solo para ver si me gustaría unirme.» (Tan verdadero como falso.)

Franz tenía la mirada fija en el techo y fumaba el cigarrillo que ella

había dejado caer; le había llevado menos de un minuto asentir con la cabeza. «De acuerdo. Te anotaré la información antes de que te vayas.»

Parecía imposible que fuera tan fácil, pero mientras ella se abotonaba, remetía y ajustaba la ropa, Franz había garabateado la dirección y la hora, había metido el papel en el libro de Kafka y se lo había dado con un último y lento beso.

«Puede que aún haya esperanza para ti, Von Fischer», había dicho cuando ella se dirigía hacia el pasillo.

Fue tan fácil que casi le partió el corazón.

Ahora, caminando apresurada, trata de reconciliarlo todo. El vertiginoso regocijo de sus confesiones susurradas («Eres tan hermosa, siempre te he deseado»); el potencial secreto de las otras confesiones («sí, todavía asisto; te anotaré la información»); la salada y saciada dicha de yacer con él, con la palma de la mano de Franz sobre su ombligo y su glorioso cabello cubriéndole la cara y el cuello; el terror de darse cuenta al estrecharlo entre sus brazos, de que tenía su vida —la vida de ambos— en sus manos.

¿Qué diría Kai si supiera que se ha acostado con Franz Bauer? Si llamara a su unidad ahora mismo y le dijera «¡Acabo de hacer el amor con un judío!», ¿se enfadaría más por la deslealtad o por la ley que lo prohíbe? ¿Le gritaría como lo oyó gritar la noche en que quemaron la sinagoga? ¿Le diría lo sucia e impura que se había vuelto? La idea resulta extrañamente satisfactoria, como lo sería abofetearlo después de que dijera una de las estupideces que tan a menudo suele decir: «¿Por qué quieres ir a la universidad? A los hombres no les gustan las mujeres que piensan demasiado». O: «Apuesto a que, cuando nos casemos, serás una madre con Cruz de Oro. Tienes una complexión estupenda para la cría». Como si fuese una vaca premiada en una feria de ganado.

«Tal vez vaya a Nueva York», piensa Ilse ahora. Tal vez le diga a Kai durante su próximo permiso que se acabó. Que se va a ir. La idea es chocante pero embriagadora, como un trago de vodka helado.

Al bajar por la escalera oscura de la estación de metro de la Friedrichstraße, nota sus entrañas escindidas en facciones

encontradas: lo que siente frente a lo que sabe. Lo que quiere frente a lo que es. Lo que dijo frente a lo que, en el fondo, de verdad quería decir. En un momento dado, la disonancia es tan abrumadora que falta poco para que Ilse vuelva a subir las escaleras del metro y eche a correr calle abajo hasta la habitación de Franz para acurrucarse de nuevo en la madriguera de su adoración, para sentir su piel caliente y firme contra la de ella. Saber que Renate y su madre regresarán pronto es lo único que la empuja a través del torniquete hacia el vagón parado en el andén.

«Puedo hacer que esto funcione», se dice a sí misma empujando a través de la multitud de la hora punta y agarrándose a una correa junto a la puerta del fondo. Después de todo, Von Helldorff no había especificado una fecha límite exacta para que le entregara el informe. Puede que ni siquiera sepa que Franz se va del país y mucho menos dentro de dos días. De modo que si Ilse cronometra la entrega de su informe correctamente, puede darle al jefe de policía lo que quiere y al mismo tiempo comprarle a Franz el tiempo suficiente para salir de Alemania. De hecho, tal vez pueda esperar hasta después de la reunión de la semana que viene. Podría decir que estaba comprobando la información. Si deja pasar un par de días entre la reunión y la entrega puede asegurarse de que la Gestapo no tenga la oportunidad de actuar. Y de esa manera, puede darles otros nombres, no solo el de Karina Hafner cara de patata, sino el de todos los demás que se presenten el miércoles.

Todos, excepto Franz. Que se habrá ido.

«Puedo hacerlo», piensa de nuevo. Pero el pulso le late aún con más fuerza e Ilse se obliga a respirar lenta y deliberadamente para calmarlo. Fija su mirada en un brillante cartel publicitario que tiene justo delante.

El anuncio muestra a una pareja joven en una nueva y reluciente camioneta de la KdF, la *Kraft durch Freude*, una organización cuya tarea era estructurar, vigilar y uniformar el tiempo libre de la población alemana en la Alemania nazi. Rubio y de facciones cinceladas, el hombre conduce con una sonrisa de dientes blancos. La mujer, también sonriente, está de pie en el lado del pasajero, su torso

esbelto sobresale por el techo solar completamente abierto. Levanta el brazo bronceado con júbilo contra un cielo de un azul imposible. Detrás de ellos, las montañas coronadas de nieve brillan junto a ondulantes campos verdes, como si ofrecieran lo mejor de todas las estaciones en un solo paisaje.

«No puedo creer que te vayas tan pronto», había dicho ella.

«¿Vendrás a visitarme? —había murmurado Franz—. ¿Dejarás que te muestre Nueva York?»

«Ten cuidado. Si voy, me quedaré.»

«No estaría mal —había respondido él—. De verdad.» Olía a humo y café y a algo más que era un poco almizclado; la manera en que sus ojos parecían tener sabor si ella pudiera lamerlos. Pero su piel sabía a otra cosa; sal y algo ligeramente ácido mezclado con el más leve rastro de miel de ámbar.

Mirando el anuncio, siente otra cálida ola de euforia, seguida al instante por una ansiedad que parece agriarle el estómago. «Puedo hacerlo —se repite cuando el tren se detiene en Berlín-Mahlsdorf y ella se abre paso a empujones para apearse—. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo.» Mientras se apresura por la Frankfurter Allee, deviene en un cántico, un mantra silencioso de optimismo desesperado. Es como las «noticias» que escribe, se dice: si las repite con la suficiente frecuencia, se pueden convertir en realidad. Y así lo piensa y lo vuelve a pensar. «Puedo hacerlo.»

En el momento en que llega a su manzana lo está murmurando en voz alta, tan absorta en las palabras —«Puedo hacerlo. Puedo hacerlo»— que no se fija en el sedán negro estacionado delante de su puerta. Tampoco repara, al principio, en el extraño silencio que reina cuando abre la puerta ni en que su madre está pálida y asustada cuando la saluda.

—Hay dos hombres que quieren verte —le dice con aspereza.

18

Ava

1989

Con el corazón martilleándole en los oídos, Ava gira el pomo de la puerta del dormitorio. Su intención al principio es entreabrirla, pero en cuanto libera el botón de cierre, esta se abre con tanta fuerza que tiene que dar un salto hacia atrás para evitar que le dé un golpe.

Su hija está de pie en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho y el terso rostro sonrojado de enfado.

—Dios mío —resopla Sophie entrando en tromba en el dormitorio de Ava—. ¿Por qué has tardado tanto?

Ava se humedece los labios.

—Perdona. Estaba un poco distraída.

—¿Distraída o sorda? Tengo que volver al parque en cinco minutos.

—¿Qué parque? —pregunta Ava automáticamente—. Espero que no sea el Tompkins.

Haciendo caso omiso de sus objeciones, Sophie y sus amigos han adoptado la costumbre de juntarse en el Tompkins Square Park, que actualmente alberga a la mitad de la población sin hogar de la ciudad.

—Solo pasamos el rato en los alrededores. —Sophie entra en el cuarto de baño y se queda mirando el desbordante cesto de la ropa antes de cogerlo con un suspiro—. ¿No habías dicho que hoy harías la colada?

—La haré antes de cenar —responde Ava distraída, preguntándose si puede recoger la caja y las cartas de la cama antes de que su hija se dé la vuelta.

Sin darle tiempo a decidirse, Sophie regresa al dormitorio con el cesto de la ropa.

—O sea, que la sudadera de Erica sigue sucia —dice.

—Solo es una sudadera —le recuerda Ava.

—Sí, pero no es mía y le prometí que la cuidaría bien.

Al llegar junto a la cama, su hija deja caer el cesto a sus pies y comienza a rebuscar entre las prendas arrugadas. Ava observa con cautela, hasta que se le ocurre que es menos probable que Sophie repare en las cartas si ella misma no las mira de forma obsesiva. Vuelve a su mesa de dibujo y bebe un sorbo de café frío mientras finge interés en su abandonada ilustración de Mutter Trudi. Pero Ava no está viendo a la vieja bruja de pelo hirsuto, sino los ojos azules de Ilse, entrecerrados para protegerse del sol. «Estúpida niña. ¿Qué diablos te pasa ahora?»

«Todo», piensa Ava con desaliento. Todavía se siente muy desorientada, como si las revelaciones de la última hora hubieran cortado la conexión con su vida de la misma manera que un hacha podría cortar el ancla de un barco, dejándolo a la deriva.

No es solo el puro egoísmo de las acciones de Ilse lo que la ha dejado atónita: las justificaciones vacías, la ceguera autoimpuesta, la continua y cínica prioridad del beneficio personal sobre los principios. Ni siquiera es porque no le hiciera esas confesiones a ella, su hija, sino a una mujer a la que no había visto en cuatro décadas; una mujer a la que había traicionado de la manera más desalmada. También es la voz de esas páginas; el hecho de que la persona que revelan sea una perfecta desconocida para su propia hija. Afectuosa y sincera, nostálgica y reflexiva, angustiada y, eso sí que es una sorpresa, con un gran sentido del humor, a Ava se le antoja que es alguien que ha estado ausente casi por completo durante toda su vida.

—¿Qué había en la caja, por cierto? ¿Qué es todo esto?

Levantando la vista, Ava ve con consternación que la atención de Sophie ha pasado de la colada a la caja de cartón abierta y a las cartas esparcidas.

—Nada —dice enseguida. «Mierda»—. Bueno, nada no. Pero nada de lo que tengas que preocuparte.

Da un paso hacia la cama, pero ya es demasiado tarde: Sophie ha cogido un puñado de sobres de encima de la colcha.

—Renate Bauer —dice Sophie—. ¿Quién es?

—No tengo ni idea —responde Ava procurando que no se note su inquietud.

Lo que de verdad quiere hacer es cruzar la habitación de un salto y arrebatarle las páginas a su hija tal como antes le arrebataba objetos peligrosos de sus regordetes puños de niña (tubos abiertos de aspirina infantil; polvorientas trampas para hormigas; en una ocasión de infarto, una navaja X-Acto cerrada aunque potencialmente letal). Pero es como si la gravedad de su cuerpo se hubiese triplicado.

—163 Eldridge —dice Sophie—. Eso está como a un par de manzanas de aquí, ¿verdad?

Da la vuelta al sobre de arriba. Al ver el remitente, entorna los ojos.

—Son de la *Oma* —dice con un tono de voz distinto.

La palabra *Oma* parece romper la parálisis de Ava, que comienza a cruzar la habitación de nuevo.

—Sí.

—Si son para Renate Bauer, ¿por qué están aquí?

—No lo sé. —Al llegar a la cama, Ava tiende la mano abierta—. ¿Me las das, por favor?

Ignorando el gesto, su hija sigue barajando el fajo de sobres. De pronto, se detiene otra vez y Ava ve con horror que está leyendo la nota de Bernard Frankel.

—¿Quién es...?

—Te he dicho que me las dieras.

Inclinándose sobre la cama, Ava arranca los sobres de las manos de Sophie.

Su hija se echa para atrás como si le hubiese dado una bofetada.

—Pero ¿qué haces, mamá? —Sorprendida, Sophie mira a su madre con los ojos azul cielo de su abuela—. ¿Qué demonios te pasa?

—Perdona. —Respirando con dificultad, Ava comienza a recoger los sobres. Un océano parece rugir en sus oídos—. Yo solo... No me hacías caso. Lo siento.

Su hija sigue mirándola fijamente, con los labios en una línea apretada y pálida y los ojos entrecerrados como cuando resuelve problemas de matemáticas.

—LLP, sociedad de responsabilidad limitada —dice Sophie—. ¿Qué

significa?

Ava suspira.

—Así es como los abogados firman las cosas.

—¿Por qué te escribe el abogado de la *Oma*? —pregunta Sophie muy despacio.

Irguiéndose, Ava mira a su hija con las cartas sujetas contra el pecho. No se le ocurre qué decir.

La mirada azul de Sophie se endurece.

—Léeme la nota —dice.

—¿Qué?

—Que me leas la nota del abogado.

—Está en alemán —responde Ava ganando tiempo.

—Pues la traduces.

—La verdad, no veo qué necesidad…

—Léela —repite Sophie en una voz baja y calmada que, igual que la de su difunta abuela, tiene diez veces más fuerza que cualquier grito.

Ava titubea. Luego, viéndose atrapada, se sienta en la cama. Carraspea y comienza a leer, consciente de que le tiembla la voz.

—«Estimada señora Fischer: Como abogado de su madre y albacea de su patrimonio, lamento informarle de que su madre, Ilse Maria von Fischer, falleció el pasado 12 de abril, después de una larga batalla contra un cáncer de útero…»

—¿En abril? —interrumpe Sophie incrédula—. ¿La *Oma* murió el mes pasado?

—Sí.

—Pero… —Su hija se agarra la frente con ambas manos—. Pero me dijiste que había muerto en un accidente de coche. Cuando yo era pequeña.

—Lo sé.

Fuera, en el alféizar de la ventana, una paloma en duelo elige ese momento para soltar su gutural gorjeo. Ava desea con toda el alma poder cambiarse con el ave: cantar su aflicción y emprender el vuelo.

—Así que… ¿He tenido una abuela? —pregunta Sophie por fin—. ¿Durante toda mi vida, hasta hace tan poco?

El temblor en su joven voz es tan audible, tan devastador, que por

un momento Ava lo único que quiere es sentarla en su regazo, algo que había hecho tan a menudo, con tanta naturalidad en años pasados. ¿Cuándo fue la última vez? ¿Cuándo dejó de permitirlo Sophie?

—Había razones —dice apurada—. Puedo explicártelo. Yo solo...

Pero su hija la interrumpe.

—Ahora no tengo tiempo. —El tono es inflexible; su rostro, cerrado como un libro—. Tengo que irme. Tengo que ir a ver a Erica.

—Esto es más importante que tus amigos —dice Ava.

—Oh, ¿en serio? —Su hija suelta una risa que más bien parece un sollozo—. Al menos mis amigos no me mienten.

—¡Sophie! —Ava corre tras ella—. No estaba mintiendo. Solo intentaba protegerte.

—¿Mintiéndome? —La mano de Sophie ya está en el pomo de la puerta—. Tienes una idea un poco extraña de lo que significa protección. Aunque no sé por qué me sorprendo.

Ava se detiene contrariada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. No quiero hablar.

Sophie sale al pasillo y da un portazo que deja a Ava paralizada.

Mientras se descorren los cerrojos de la puerta principal en rápida sucesión (clac-clac-clac), Ava permanece donde está, inmóvil y consternada. «Tiene razón —piensa cuando la puerta principal se cierra con otro portazo—. Oh, Dios mío. Tiene razón.»

Anonadada, Ava trastabilla hasta la cama desordenada. Tiene la sensación de que la culpa le corre por las venas. «Sophie tiene razón. Tiene toda la razón.» Pese a todos los reproches a Ilse por mentirle sobre su padre, pese a todas las promesas de ser una madre muy diferente, al final ha cometido los mismos pecados que su madre. Ha mentido. Ha mantenido a Sophie al margen de su propia historia.

Arrodillándose sobre la colcha, Ava se asoma por encima del aire acondicionado cubierto de polvo y mira la aletargada calle de sábado. Al ver la esbelta figura de Sophie girando en la Segunda Avenida —en esa ocasión no va paseando, sino casi corriendo, con el chaleco agitándose a cada paso violento—, durante un segundo contempla la

posibilidad de abrir la ventana de guillotina para gritarle, aunque eso haría que el aparato del aire se estrellara contra la calle. Se refrena solo porque se da cuenta de que llamar a Sophie no hará más que acelerar —y quizá prolongar— su huida.

Y, de todos modos, ¿qué puede decir?

Ava se muerde el labio y mira fijamente las cartas. Luego las vuelve a juntar y las mete en su maltrecho bolso del New Yorker, junto con la billetera. Se embute en una falda de mezclilla, se cuelga la bolsa al hombro y se dirige al espejo del secreter. La mujer que le devuelve la mirada es una extraña: demacrada y vieja. Las ojeras son valles oscuros, las pecas junto al nacimiento del pelo canoso, una erupción de color mierda que se extiende por toda la cara. «Dios mío. ¿Cómo me he hecho tan vieja? ¿Cómo he dejado que me pasara esto?»

La Ava del espejo le sostiene la mirada con frialdad, pero no dice nada. De repente, Ava está tan agotada que solo desea volver a meterse bajo las sábanas. Sin embargo, se obliga a mirarse a los ojos, sin pestañear. «Tú hiciste esto —se dice a sí misma—. Ahora arréglalo.»

Al salir a la calle, parpadea ante la luz del atardecer, lo que la hace regresar por un momento a una noche aterradora de doce años atrás: la ciudad envuelta en una oscuridad espeluznante y un calor sofocante, Sophie pálida y con fiebre contra los labios de Ava. Ahora, en parte alimentado por las cosas extraordinarias que acaba de leer, Ava siente el mismo miedo visceral; esa terrible epifanía de lo tenue que es todo, de cómo aquello a lo que te aferras puede desaparecer en un abrir y cerrar de ojos febriles.

«¿Y si la pierdo?», recuerda haberle dicho a Livi llorando.

Mira a ambos lados de la acera y respira profundamente para ordenar sus pensamientos. ¿Dónde había dicho Sophie que iba a encontrarse con Erica?

Por supuesto. En Tompkins Square Park. «Solo pasamos el rato en los alrededores.»

Ava sale casi al galope. Enfila Allen hacia East Houston y gira a la

derecha y luego a la izquierda hacia la Avenida B. Mientras se abre paso entre los paseantes del fin de semana —*skinheads* y *punks*, universitarios y travestis, un muchacho con unos ceñidos pantalones cortos de licra rosa—, busca en vano el pelo platino de punta de Sophie. La sigue buscando cuando llega al parque; respira por la boca para evitar el hedor (orina, sudor, marihuana, cerveza, leche podrida y otras cien cosas demasiado repugnantes y mezcladas como para distinguirlas).

En una esquina, un hombre bebe una lata de Miller mientras cocina perritos calientes en una Weber negra. Alto y bronceado, podría ser un marido de las afueras que preside la barbacoa de los domingos por la tarde, de no ser por las marcas de pinchazos en sus delgados brazos y piernas. Cerca de allí, una mujer que solo lleva un sostén y un par de vaqueros cortados yace en un sofá mohoso, con un viejo *Village Voice* sobre la cara y los pies descalzos, magullados y esqueléticos, con los dedos pintados de un estridente naranja eléctrico.

Detrás de ellos, las tiendas de campaña que son objeto de tantas críticas y conflictos parecen inofensivas a la luz del sol de la tarde, sus «paredes» ondeando en la brisa veraniega como velas deformes de un surrealista barco de los condenados. Le recuerdan a Ava los fuertes de sábanas que ella y Sophie construían juntas en la sala de estar, y cuando mira dentro de las que están suficientemente abiertas, ve a su hija a la edad de tres años: con los ojos brillantes y riendo, oliendo a champú y a sudor de bebé, levantando los brazos rollizos en súplica: «¡Abrazo! ¡Abrazo! ¡Abrázame! ¡Aúpa!» ¿Alguna vez Ava se negó? ¿Alguna vez dijo «No, mamá está muy cansada ahora mismo»? La posibilidad la golpea como un puñetazo. «Estúpida», piensa de nuevo ante la idea de que en algún momento viera la oportunidad de abrazar a su hija como algo que no fuera precioso y excepcional. Es estúpido que asumiera que el amor de Sophie siempre estaría ahí: inmediato. Instintivo. Imperativo. «Estúpida, estúpida, estúpida, estúpida.»

Después de dar una vuelta más a la plaza sin ver a Sophie, regresa cortando por la Novena y se asoma a Kim's Video, en la Avenida A, antes de volver a abrirse paso hasta la Segunda Avenida. Entra en una cafetería ucraniana donde Sophie a veces estudia con sus amigos,

luego en la tienda de segunda mano llena de cachivaches en la que Sophie gasta el dinero que gana cuidando niños. Como es habitual en un típico sábado de verano, el lugar está abarrotado de adolescentes que no saben decidir si vestirse como *strippers* de Times Square o como banqueros de Wall Street: corsés de encaje conjuntados con pantalones holgados. Pechos juveniles desnudos con tirantes de hombre. Medias de rejilla combinadas con chaquetas a rayas de gran tamaño reforzadas con hombreras dignas de un militar. Pero Sophie no está entre ellos y la travestí regordeta que trabaja en la caja registradora no la ha visto.

—Lo sabría, cariño —confiesa desganada soplando una bocanada de humo hacia un pequeño bosque de brillantes dispensadores de caramelos Pez—. Tengo que vigilar como un halcón a estos chavales —. Mueve dos manos peludas cargadas de anillos—. Manos largas —añade con una sonrisa que revela dos dientes superiores con fundas de oro.

Ava parpadea, al borde del llanto.

—Volveré más tarde —consigue decir—. Gracias.

—Cuando quieras —responde muy amable la cajera—. Estaré atenta.

Y entonces, cuando Ava se da la vuelta:

—Oye, ¿de dónde es tu acento, nena?

—De Dinamarca —dice Ava sin volverse.

Una vez fuera, se apoya en la pared pintarrajeada. «Esto no tiene sentido.» Es como tratar de encontrar un pendiente perdido en la playa llena de latas de Coney Island. Lo que desearía es sentarse en la acera junto a la chica sin hogar aparcada allí con su mochila y un pitbull que parece casi tan drogado como su dueña. En cambio, Ava busca en su bolso la barra de Granola que ha recordado que tiene y que no piensa comerse.

—Toma —dice—. Lo siento, pero no tengo más.

La chica coge el cuadrado con envoltorio verde con una mano sucia. Parece alucinada.

—Gracias, mamá —responde; su tono da a entender que quizá sea el peor insulto que se le ocurre en ese momento.

Ava mira fijamente a la mocosa, dudando entre darle un bofetón o abrazarla, antes de obligarse a reanudar la búsqueda.

De regreso por la Segunda Avenida, pasa por una tienda de pianos, un salón de uñas, otra tienda de ropa usada cuyos escaparates muestran maniquíes sin rostro que llevan abrigos con el cuello de piel, ajenos al calor veraniego. En la esquina de Third Street, un hombre orina contra una pared llena de grafitis mientras su pastor alemán caga detrás de él en la acera. Una mujer joven con un pañuelo en la cabeza empuja un cochecito alejándose rápido de ambos, sus ojos verdes miran al frente resueltamente.

A medida que la luz se hace más densa, las calles empiezan a no parecer la amada ciudad de Ava, sino un guantelete formado por edificios sombríos y afilados, estructuras cuyo único propósito es hacerla sentir tan pequeña y despreciable como sabe que es. Se encamina hacia la Segunda, tan cansada que apenas puede ver hacia dónde va. «Estúpida», piensa de nuevo. Qué estupidez haber intentado encontrarla. Pero ¿qué otra cosa puede hacer? Tiene que encontrarla. Tiene que arreglar esto. «Lo siento, cariño —piensa—. Lo siento mucho.» El pensamiento la lleva de vuelta a una de las muchas súplicas desesperadas que ha leído en las cartas de Ilse: «Tal vez un día —había escrito a su antigua amiga—, solo tal vez, me armaré de valor para ir a veros a ti y a Franz a Nueva York. Hay tantas cosas que necesito decirte... Pero en realidad, al final solo importa una: lo siento mucho».

«Lo siento mucho.»

«Lo siento mucho.»

A medida que las palabras de su madre le llenan la cabeza, siente la imperiosa necesidad de volver a sacar el sobre de 1956, solo para demostrarse a sí misma que ha leído bien su asombroso contenido. Ava se detiene, revuelve en el bolso con el ceño fruncido y recupera las amarillentas misivas. 1946. 1948. 1976. 1962... Saca el fajo entero y lo baraja como si fuese un mazo de cartas. Por fin ha encontrado el que busca y está a punto de abrirlo cuando algo la hace mirar el

edificio que tiene delante, cuyo nombre se anuncia alegremente en un letrero pintado a mano: IGLESIA BAUTISTA DE ELDRIDGE STREET.

Ava lo mira de arriba abajo pensando: «¿Cómo diablos he llegado aquí?» ¿Su subconsciente la ha secuestrado mientras daba tumbos aturdida por el pánico? Porque ahí está: en la misma calle donde, según Ilse, vivía Renate Bauer.

Y donde, por lo que Ava sabe, puede que aún viva.

Como si estuviera en un sueño extraño, Ava mira el primer sobre del montón, luego mira los números de latón en el edificio de enfrente: 163 Eldridge.

Definitivamente, coinciden.

Está cruzando la calle sin ser consciente de que ha decidido hacerlo, atraída a la dirección como una mosca a una tira pegajosa. De repente se le ocurre que Sophie tal vez haya venido aquí; después de todo, ella también había leído la dirección. ¿Es posible que, llevada por la furia, su hija dejara plantada a Erica en el parque y fuera a descubrir por sí misma la verdad que Ava le había negado?

El 163 de Eldridge es un edificio de bloques de hormigón de cinco pisos y quince viviendas. Está limpio y bien cuidado; a través de la ventana, el vestíbulo de azulejos reluce y el pasamanos de latón de la barandilla parece recién pulido. No tiene nada de inusual o siquiera un poco llamativo. De hecho, es probable que Ava haya pasado por allí cientos de veces sin sospechar que uno de los residentes podría tener la respuesta a todas sus preguntas.

Prueba con la puerta exterior del vestíbulo, está abierta. Dentro huele a cera para suelos y a lejía. Al ver el directorio del edificio, Ava recorre la lista con el dedo, el corazón le palpita tan fuerte que su visión vibra. No hay ninguna R. Bauer y ninguno de los nombres que figuran en la lista parece ni remotamente alemán. Es más, nadie —aparte de un tal C. Benedict— le parece ni siquiera centroeuropeo. Hay un L. García en el 1C, un J. Muhammed en el 3B. Dos Chan —K. y S.— en los apartamentos 2B y 5A. El nombre original del 5B —I. Gruchowski— ha sido tachado con rotulador negro. W. Park está escrito debajo en diminutas letras del mismo color.

Absorta, Ava se ve a sí misma presionando el 5B con firmeza. La voz

de una mujer grita desde el altavoz.

—¿Sí?

La electricidad estática hace que la voz suene como si estuviera a un océano de distancia y por un momento el inglés de Ava parece desintegrarse. Es incapaz de pensar una sola frase.

—¿Hola? —dice la mujer—. ¿Quién es?

Ava se humedece los labios.

—Hola. Estoy buscando a Renate Bauer.

—¿A quién? —De fondo, un niño llora y es silenciado por una rápida sucesión de palabras en un idioma que parece asiático.

—Bauer —dice Ava articulando con más claridad—. Una señora alemana. Creo... creo que vivía aquí.

—Oh, no lo sé —responde la mujer—. No, no. Aquí no.

Ava se muerde el labio.

—¿Ha oído hablar de ella antes? ¿Sabe adónde podría haberse mudado?

—No, no —repite la mujer—. No sé. Aquí no.

Ava rebusca entre sus pensamientos revueltos para que la mujer no cuelgue.

—Espere... ¿Por casualidad hoy ha hablado con una chica que se llama Sophie?

Algo le está cortando la palma de la mano derecha. Baja la vista y se da cuenta de que todavía tiene la carta del 56 en la mano y de que la está apretando como si fuese una entrada.

—No, no —dice la mujer—. *Conselje*. Intenta con *Conselje*. Muy bien. Adiós.

—¿*Consequé*? Espere, por favor. ¿Con quién debo probar?

Pero el altavoz se queda en silencio y así sigue cuando Ava vuelve a llamar; y cuando timbra una tercera vez. Después, se queda allí, esperando; como si W. Park fuera a regresar por voluntad propia o (incluso mejor) recordar que, en realidad, ella no es W. Park, sino R. Bauer.

Esto, por supuesto, no sucede.

Con cuidado, Ava devuelve la carta a su bolso y pasa un dedo tembloroso por el directorio por segunda vez. Lo más cercano a Bauer

es G. Babayev. Entonces, cuando llega al final, ve un añadido en letra pequeña en el que antes no había reparado: «Conserje: apartamento 1A».

«*Conselje*.» Quiere darse una bofetada. Se conforma con pulsar el 1A durante un poco más de tiempo del que pulsó el 5B.

Unos segundos después, responde la voz de un hombre:

—¿Sí?

—Hola —dice Ava—. Espero que pueda ayudarme. Estoy tratando de encontrar a alguien. A dos personas, en realidad. Creo que una ha vivido en este edificio.

—Todos están en el directorio, señorita.

La voz es profunda y revela las inflexiones ligeramente melódicas del Caribe o de las Indias Occidentales.

—No, quiero decir que vivía aquí antes, hace muchos años. Se llamaba Renate Bauer.

—Bowerrr —repite el hombre. Por un momento, suena como si estuviera gruñendo.

Sigue una pausa. Ava es consciente de que está conteniendo la respiración.

—Lo siento, pero no me suena —dice.

—¿Por casualidad sabe si una chica que se llama Sophie ha venido a buscarla hace un rato?

—Ni idea.

Ahora su voz es más dura, impaciente.

—¿Cree que alguien del edificio podría recordarlo? ¿Alguien que tal vez lleve aquí mucho tiempo?

Una risa incrédula.

—¿Qué demonios cree que soy? ¿Un maldito detective privado?

El altavoz se queda en silencio.

Ava sale desalentada a la calle y reanuda su salmodia de autorreprimenda. «Estúpida. Estúpida.» ¿Qué creía? ¿Que iba a entrar en un edificio desconocido y a reunirse con la mejor amiga de su madre? Con toda probabilidad, Renate Bauer ya ni siquiera sea Renate Bauer. Es muy posible que esté casada y que haya cambiado de apellido. Tal vez incluso esté muerta.

Derrotada, Ava comienza a regresar a casa despacio; no tendrá más remedio que esperar allí a Sophie. Pero cuando pasa por las cabinas telefónicas de la esquina de Delancey con Essex, se detiene de nuevo. Su primer impulso es revisar los mensajes, pese a que solo está a unos minutos de casa. Después de probar con dos teléfonos (el primero no funciona, el segundo está recubierto de algún tipo de sustancia grasienta y maloliente) y de llamar a su contestador sin éxito y cambiar el mensaje de respuesta por si llama Sophie («Sophie, soy mamá. Lo siento mucho, cariño. Te contaré todo lo que quieras saber. Por favor, llámame»), se le ocurre una idea, una idea tan improbable que es casi delirante. Aun así Ava se dispone a llevarla a cabo: después de esperar el tono de nuevo, pulsa tres dígitos: 4-1-1.

—Ciudad y estado, por favor —dice la operadora.

—Nueva York, Nueva York. —Ava se humedece los labios—. Estoy buscando a Renate Bauer.

—¿Me puede deletrear el apellido?

—B-A-U-E-R. El nombre de pila termina en e.

—Un momento.

Mientras aguarda el resultado, una nueva calma la embarga, como si su destino descansara en las manos de esta educada desconocida. «Si no encuentra nada, se acabó. Lo dejaré correr. Me disculparé con Sophie y responderé a todas sus preguntas. Dejaremos atrás toda esta tontería.»

—Tengo dos Renate Bauer —dice la operadora.

Ava no está segura de haber oído bien a la mujer.

—¿Dos?

—Sí. Una en Yonkers. La otra está en el Upper East Side. ¿Quiere las dos?

—Ah, sí. Sí. Ambas, por favor.

Las manos de Ava tiemblan tanto que casi deja caer el teléfono mientras hurga en el bolso buscando un bolígrafo, apartando las gafas de sol, un lápiz labial ChapStick sin tapa y dos paquetes de toallitas Wash'n Dri de aspecto sucio. Durante un instante de infarto, piensa que tendrá que memorizar los números, pero finalmente desentierra un trozo roto de uno de sus grafitos de dibujo. El único papel que

tiene para escribir son los sobres. Después de dudar, saca el primero que encuentra y le da la vuelta.

—Adelante —dice.

Diez minutos después está dentro del metro cubierto de grafitis; por alguna razón, va abarrotado (¿un concierto? ¿un partido?) aunque sea fin de semana. La multitud se retuerce como un único organismo vivo: pasajeros que habitan en un arcoíris de tonos de piel se aprietan unos contra otros como amantes. El ventilador parece estar roto, por lo que el calor se siente como la humedad sofocante de un terrario.

Cuando el tren arranca en la estación, Ava quiere que vuele, que vaya tan rápido como la sangre en sus venas. Renate Bauer. La mujer que sabe la verdad sobre el pasado y la infancia de Ilse, que puede responder a las preguntas que ahora se agolpan en la mente sacudida de Ava. «¡Renate Bauer! ¡Aquí, en la ciudad!» Le parece imposible, increíble. Es como descubrir que el Hada Azul no solo es real, sino que vive en la 64 Este con Lexington.

Mientras el vagón viaja raudo por los túneles de la ciudad, Ava busca algo que decir, una manera de empezar. «Empieza por el principio», había dicho el Rey Blanco. Pero ¿dónde está? «Usted y mi madre fueron como hermanas durante años, antes de que usted se convirtiera en judía y ella en fascista.» Pero ¿por qué querría Renate Bauer oír algo que ya sabe?

Lo intenta de nuevo: «Hola. Sé que mi madre traicionó a su familia. El caso es que ha muerto. Y que lo siente mucho». Pero una vez más, ¿por qué iba a importarle eso a Renate Bauer? ¿Por qué no iba a darle un portazo en la cara tal como Sophie lo ha hecho horas antes? Teniendo en cuenta todo lo que Ava sabe ahora, la mujer tendría una razón más que justificada. Porque no fue solo que Ilse se uniera a la BDM y al partido nazi. No fue solo que aterrorizara a unos chavales polacos inocentes, destruyera propiedades judías y agrediera físicamente a un hombre que antes consideraba su amigo. No fue solo que traicionara a Renate y a Franz. Aunque parezca increíble —a Ava se lo había parecido mientras leía—, aún había más. Y todavía más

después de eso.

Después de que Renate y Franz se marcharan, Ilse fue destinada a Lodz, donde no solo continuó escribiendo su venenosa propaganda, sino que colaboró en la apropiación de granjas y casas polacas, enviando a los polacos a una brutal ruleta de guetos, ejecuciones en masa y deportaciones. En sus cartas afirmaba haber tenido dudas en aquella época, haber sentido lástima por la gente a la que con tanta eficiencia expulsaba. La asqueaban los colegas que los maltrataban. Pero ella no renunció, ni se marchó, ni trató de ayudar en secreto a aquellos que sabía que necesitaban ayuda de manera desesperada. Se dijo a sí misma (escribió) que su primera lealtad era para con el Partido, que la lealtad al Partido era lo que salvaría a la nación. «Hay que hacer sacrificios.» Siguió diciéndolo hasta que los Aliados la arrestaron, la condenaron por crímenes contra la población civil y por adoctrinar a los jóvenes alemanes en una ideología fascista, y la sentenciaron a dieciocho meses de rigurosa «reeducación». Solo cuando Ilse pudo demostrar que tenía una hija huérfana que la necesitaba, le conmutaron la pena por razones «humanitarias».

En otras palabras, Ava había sido el billete de Ilse a la libertad.

En la Calle 34 el tren se detiene retemblando. El conductor da una explicación que, entre su acento español y la ruidosa estática, resulta casi incomprensible. Ava se encuentra gruñendo en voz alta mientras la niñera de las Indias Occidentales de su izquierda intenta que el crío que lleva deje de llorar y un hombre con un traje a rayas cierra de golpe su *Wall Street Journal* fastidiado. El pasajero de su derecha maldice en ruso.

Parece que van a estar allí, parados, durante horas, y el nerviosismo de Ava crece como un globo caliente que le presiona los pulmones. «Dios mío. Por favor.» Entonces las luces se apagan y cunde el pánico, que la estruja en su puño sofocante. «Vamos a morir todos.» Ava cierra los ojos, pero, por alguna razón, las imágenes tranquilizadoras que suele invocar para desactivar esos momentos (una playa soleada, un campo abierto) no se materializan y, en lugar de menguar, el terror

aumenta; en lugar de respirar, jadea, sintiendo ya el polvo de yeso que le atora los pulmones.

—¿Señora? ¿Se encuentra bien?

Las luces parpadean de nuevo. Ava abre los ojos y ve a una mujer casi escandalosamente encantadora vestida de azul brillante, con la piel del color del ónice. Está sentada justo enfrente de Ava, aunque Ava no recuerda haberla visto un momento antes. Pero ahí está ahora, mirando hacia arriba, sus ojos oscuros como terciopelo y abiertos con preocupación.

—¿Necesita sentarse? —pregunta la mujer. Su voz es melodiosa como una flauta. Avergonzada, Ava niega con la cabeza.

—Estoy bien —responde—. Es solo el calor.

—Vamos. Siéntese. —La mujer se levanta y asiente con firmeza indicando el espacio que ha abierto—. Necesita descansar. No tiene buen aspecto.

Todavía luchando por respirar, Ava titubea un segundo. Después acepta y se hunde en el asiento justo cuando el tren se pone de nuevo en movimiento con una sacudida. En cuanto se tranquiliza un poco, vuelve a levantar la vista para darle las gracias a la mujer. Pero su benefactora ha desaparecido entre la carne apretujada de la multitud.

Llegar a Lexington Avenue es como salir a la superficie en otro planeta. Ava siempre ha pensado que el Upper East Side es el polo opuesto del Lower East Side: espléndidas casas unifamiliares frente a sucias casas de vecindad, porteros que hacen reverencias frente a vagabundos borrachos, caniches del tamaño de un bolso frente a pitbulls sin hogar. Sin embargo, cuando comienza a caminar de regreso al centro de la ciudad (Calle 66, 65), por primera vez se encuentra pensando en su extraña e invisible interdependencia. Porque así ha funcionado siempre Nueva York: inmigrantes de Delancey que se abren camino hacia Park Avenue. Primero, los alemanes; luego, los irlandeses y los italianos; después, los judíos, y ahora, (poco a poco) los indios, los chinos y los latinos. Una oleada tras otra. Ciclos de caos migratorio golpeando la orilla de asfalto de la

ciudad, cada ola haciendo que el viaje sea más llevadero para la siguiente... Mientras Ava saca el sobre en el que ha garabateado la dirección de Renate, se pregunta cuán llevaderos fueron los caminos de Franz y Renate Bauer después de desembarcar. ¿Habían encontrado seguridad y aceptación? ¿Nuevos amantes? ¿Mascotas nuevas? ¿Habían vuelto a ver a sus padres?

La dirección que le ha dado la operadora está en una zona más bien tranquila de la calle; un complejo residencial elegante y moderno con un portero de guantes blancos detrás de un mostrador. Al entrar, Ava es consciente de su apariencia desaliñada.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta el portero con una expresión opaca.

Ava carraspea.

—Estoy buscando a Renate Bauer.

—¿La espera la doctora Bauer, señorita...?

¿Doctora? El corazón de Ava se acelera. ¿Renate había seguido los pasos de su madre?

—Ava —dice sin dar su apellido, por si acaso—. No. Es decir, no exactamente. Pero creo que querrá verme. Tengo algo suyo que estoy tratando de entregarle.

—Puede dejárselo aquí —sugiere el portero señalando un montón de correspondencia y paquetes.

—Prefiero no hacerlo —dice Ava enseguida—. Es personal. Privado.

La mira de arriba abajo con los labios ligeramente apretados. Luego asiente con la cabeza.

—Un momento, pues.

Coge el teléfono, marca un número corto y aguarda. Luego niega con la cabeza y vuelve a dejar el teléfono en el receptor.

—Parece ser que la doctora no está en casa ahora mismo.

La decepción es un batacazo. Ava se calma, traga saliva.

—¿Puede decirme si una joven que se llama Sophie ha pasado por aquí en la última hora?

—Durante mi turno, no. Llevo aquí desde las nueve.

—Muy bien —responde Ava—. Pues creo que entonces esperaré.

Y antes de que él tenga la oportunidad de decir lo contrario, ella se ha acomodado en un suntuoso sillón de cuero, bajo una araña que

reluce con mil cristales irisados en forma de lágrimas.

No sabe cuánto rato lleva sentada, con el bolso bien sujeto en el regazo y las piernas cruzadas contra el frío del aire acondicionado. En algún momento la vence el cansancio y se queda adormilada. De pronto, está sentada en un tren con Sophie. Están en el vagón restaurante y Ava trata de servir café, pero, por alguna razón, no acierta a verterlo en las tazas.

—Lo siento —dice una y otra vez—. Lo siento mucho. No sé qué me pasa.

—No entiendo para qué lo estás sirviendo —dice su hija con voz desdeñosa—. En cualquier caso, no voy a tomar eso. Es asqueroso.

Ava baja la vista a la mesa y descubre que no ha estado sirviendo café, sino sangre de color rojo oscuro. Fluye desde la boquilla de plata hasta el mantel blanco, formando gruesas rayas rojas que empapan la tela y gotean hasta el suelo.

—¡Dios mío! —exclama asqueada—. ¿De dónde sale esto?

—Es suya.

Sophie señala una de las otras mesas y Ava ve a Ulrich Bergen desplomado sobre el tablero, con sangre manando de una herida de bala que tiene en la cabeza.

—¿No te das cuenta? —grita Sophie levantándose de un salto—. Lo has matado. Igual que mataste a la *Oma*. Y mentiste al respecto. Mientes acerca de todo. ¡De todo!

Luego se da la vuelta y sale corriendo por el pasillo traqueteante.

—Espera —intenta llamarla Ava—. Espera, cariño. Espera...

—Es demasiado tarde.

La voz es fría, familiar: se da la vuelta y ve a Ilse sentada donde estaba Sophie un momento antes, mirándola con sus ojos plateados y engreídos.

—Es demasiado tarde —dice triunfante—. Has perdido tu oportunidad, como siempre. La has perdido. Perdido...

—¡Señorita!

Ava se despierta con un sobresalto. Delante de ella está el portero, aturullado. Detrás de él hay una anciana de cabello plateado con los labios pintados de rosa. Lleva un abrigo verde de primavera y una

boina negra, y sostiene una bolsa de Shakespeare and Co.

—Sí —dice Ava aturdida meneando la cabeza—. Lo siento mucho.

—¿Ha dicho que traía algo para la doctora Bauer?

El portero señala a la mujer con un ademán.

—Sí. Oh, sí. —Mientras se levanta, Ava carraspea—. ¿Es la doctora Bauer? —pregunta.

—Sí.

La anciana sonríe, confundida pero cortés. Las arrugas de su rostro son profundas y se entrecruzan de manera intrincada, como los pliegues de un mapa manoseado y muchas veces plegado.

Ava se echa a reír aliviada, conmocionada. De pura alegría. La mujer parece alarmarse.

—Disculpe —dice—. ¿Nos conocemos?

—No. —Ava respira profundamente—. Pero soy su sobrina.

19

Ava

1989

Está sentada en un sofá en miniatura que está casi tan atiborrado como los caóticos estantes de la habitación. Cubriendo tres paredes, la colección de libros de Renate Bauer asemeja el escenario de una novela policíaca antigua: lomos desgastados de diferentes tonos, tamaños y grados de uso, embutidos y amontonados de tal manera que el efecto es el de un papel pintado con un estampado de libros. Hasta el aire huele a libro, como a lavanda y papel viejo, con una leve nota de café fuerte.

—¿Quieres hielo en el agua? —grita Renate Bauer desde la cocina.

—Solo si no es molestia —contesta Ava levantando la voz. Y luego —: Lo siento mucho, de verdad. No he comido ni bebido gran cosa hoy, supongo que estoy deshidratada. He estado de acá para allá tratando de encontrar a mi hija, que se ha ido de casa bastante enfadada conmigo...

Se calla al darse cuenta de que debe de parecer aún más lunática que en el vestíbulo, incluso antes de que se desmayara.

—Entonces, ¿hielo? —esclarece Renate.

—*Ja*, sí —dice Ava entristecida—. Gracias.

Todo ocurrió muy rápido: Ava estaba haciendo la declaración más impresionante de su vida a una mujer que acababa de conocer y al segundo alguien parecía estar bajando el volumen del mundo mientras unas chispas blancas bailaban y desaparecían ante sus ojos. Por suerte, aterrizó de nuevo en el sillón, con la cabeza entre las rodillas y el bolso medio vacío en el suelo lujosamente alfombrado. Entonces el portero se puso a recoger todo: las llaves, el ChapStick, algunas de las cartas («Dios mío, las cartas») y Renate Bauer se inclinó sobre ella

murmurando:

—Oh, querida. ¿Estás bien? —Y al portero—: Voy a llevármela arriba hasta que se oriente.

Ava no fue capaz de entender la respuesta del hombre a través del súbito silencio atronador, pero sí la de Renate Bauer:

—Bueno, no podemos echarla en este estado. —Y luego, muy seca —: No se preocupe, Eugene. Le llamaré si las cosas se ponen demasiado feas.

Y así fue como Ava se vio conducida a un ascensor forrado de paneles de madera que olía a cera de limón y a Windex y al perfume de anciana (entre limpio y dulzón) que usa Renate Bauer. La doctora ha sentado a Ava en la banqueta acolchada con buen gusto, le ha dado unas palmaditas en el hombro y luego ha observado con atención cómo el anticuado indicador de piso se abría paso del uno al siete, mostrándose mucho menos perturbada por el anuncio que Ava acababa de hacer de lo que aún lo estaba ella.

«¿Realmente podía ser tan fácil?», pensaba Ava mientras la caja pulida efectuaba su chirriante viaje por el edificio. «¿De verdad me va a dejar entrar?» Pero no fue solo la alentadora acogida lo que la sorprendió. Ava estudió subrepticiamente a la confidente de la infancia de su madre en el espejo y vio muy pocas cosas que encajaran con la imagen mental que se había formado de ella: la de una joven con una actitud apacible y libresca y una amabilidad que Ilse describía en una de sus cartas como «inigualada por ninguna otra que yo haya conocido hasta ahora».

Justo en la antesala de los setenta años, la doctora Renate Bauer sigue siendo una mujer despampanante, con los pómulos altos, un mentón puntiagudo y una nariz pequeña y bien formada que se asienta con perfecta simetría sobre sus labios pintados de rosa. Pero han sido los ojos lo que más ha impresionado a Ava. Oscuros y grandes detrás de la enorme montura de plástico, los ojos de Renate Bauer son a la vez solícitos y ferozmente decididos. Son atentos, profundos y los tiñe el cansancio vital de alguien que ha vivido un trauma y permanece atrapado en su órbita exterior.

También son los ojos de una mujer acostumbrada a salirse con la

suya. No porque la hayan mimado, sino porque ha aprendido a luchar.

—De verdad que no quiero causar molestias —vuelve a decir Ava.

—¡No es problema para la familia! —responde Renate. En la otra habitación algo repiquetea; algo tintinea.

«Familia», piensa Ava. Es como si estuviera de nuevo en un sueño.

A fin de mantener los pies en el suelo, observa la pequeña sala. Como la propia Renate, destila una elegancia libresca y un poco desgastada que parece no haber sido afectada por el paso de las décadas. En la pared, justo enfrente de ella, cuelga enmarcado un documento en hebreo, un contrato de matrimonio judío, supone Ava recordando la pequeña caja de pergaminos que ha visto en la entrada. En la mesa de centro de nogal que tiene delante, un ejemplar de *Peonía*, de Pearl Buck, con muchos apuntes yace medio abierto encima de un número descolorido de la *New York Review of Books*. A su lado, un bloc lleno de notas escritas en inglés («llenar las pérdidas con literatura», lee Ava; y en el renglón siguiente: «al final todas las formas de extremismo convergen»). Por debajo del cuaderno sobresale un libro verde de aspecto sencillo, cuya portada está bastante oscurecida; parte de una ilustración, un pequeño pie blanco y negro, le resulta familiar. Cuando Ava lo desliza con cuidado hacia fuera, de inmediato descubre por qué: el pie pertenece a la imagen icónica de la Alicia de Tenniel, llave en mano, corriendo la cortina que oculta la puerta del País de las Maravillas. Sobre la imagen está el título del libro: *La prueba de Alice: El absurdo a través de la lengua y la cultura*.

La autora es Renate Sophia Bauer, doctora en filosofía.

«Ah —piensa Ava—. Esa clase de doctora.»

En la cocina se oye un ruido de cristales rotos.

—Oh, maldición —dice Renate—. Lo siento. Será solo un momento...

A su pesar, Ava sonríe. Su madre había escrito con frecuencia y cariño sobre la torpeza de Renate. Al parecer, su destreza no ha mejorado con la edad.

—No se apure, no hay prisa —responde.

Llega a la página de la dedicatoria y el corazón le da un vuelco: «A Franz».

Ava lanza una mirada furtiva hacia la cocina y pasa las páginas hasta la introducción.

Conocí a Alicia cuando yo era una niña pequeña que se criaba en el Berlín de antes de la guerra. Mi hermano, Franz, tenía una edición antigua de la traducción original de Antonie Zimmerman que databa de 1869 y, si se lo pedía con amabilidad, a veces me leía pasajes. Como a tantos niños de todo el mundo, a los dos nos encantaba la fantástica narración de Carroll: el descarado gato de Cheshire (o el *Grinse-Katze*, como yo lo conocía), la oruga fumadora de pipas de agua, la forma en que Alicia podía estirarse y encogerse con un bocado de seta o de pastel... Visitarlos se convirtió pronto en un ritual casi semanal; primero, con mi hermano, y luego, cuando aprendí a leer, a solas. Con el paso de los años, casi llegué a sentir que Alicia no era un personaje, sino una amiga. Era alguien con quien podía hablar; al principio, como una niña imaginativa, y más adelante, como una joven judía cuyo mundo de repente se puso patas arriba en el Berlín de la época nazi. Me reía de las tonterías de Alicia y me alentaba su resiliencia; también me animaba la búsqueda decidida de sus metas, incluso ante los cambios más inesperados en el paisaje, en sus compañeros y en su propio cuerpo. Durante todo ese tiempo, no obstante, nunca se me ocurrió que las páginas que aprendí de memoria contuvieran algo más que las propias imaginaciones de Carroll.

Sin embargo, la primera vez que me senté a leer *Alicia* en inglés —apenas unos meses después de llegar a la maravillosa nueva tierra de América— me pareció una obra totalmente distinta. Por primera vez me di cuenta de cómo aquellas frases inglesas tan gloriosas como absurdas se habían embutido en expresiones idiomáticas alemanas que no encajaban bien: el «murcielaguito» de Carroll, que es «como una bandeja de té en el cielo», se convierte en un «lorito» cuyas «plumas son muy verdes». La fantástica y divertida «cuadrilla de langostas» había sido cruelmente apaciguada en una «danza de seres acuáticos» mucho menos hilarante. Y el delicioso juego de la «merluza» y el «betún» para lustrar los zapatos había quedado fuera por completo.[1]

Pero lo que más me impresionó fue mi propia reacción a las palabras de Carroll, una especie de asombro que superó incluso lo que había sentido cuando era niña. En parte, esto se debió a que la Alicia de Carroll parecía mucho más fascinada por su extraño mundo que la Alicia de Zimmerman. Me di cuenta de que era porque Zimmerman alteró o eliminó la mayoría de los comentarios que reflejaban el asombro constante de la niña: el «qué extraño» se convierte en un recatado «qué maravilloso». Y el «más y más curioso», esa vieja expresión favorita, ni siquiera aparece.

El efecto es que Alicia, como cualquier Caperucita Roja perseguida por un lobo que habla o como una Princesa Bailarina[2] que asiste a los bailes nocturnos debajo de su dormitorio, simplemente acepta lo inesperado sin nota o comentario alguno...

—Aquí tienes.

Su anfitriona regresa a la habitación y Ava se apresura a tapar el librito con el periódico, justo a tiempo para que Renate deje un plato de Fig Newtons y un vaso de agua helada delante de ella.

—Come una galleta, por favor —indica la anciana con la autoridad propia de un médico—. Te ayudará a subir el nivel de azúcar en la sangre.

—Gracias —dice Ava cogiendo obedientemente uno de los blandos cuadrados rellenos de mermelada.

—Todavía estás muy pálida —observa la mujer mayor—. ¿Te pasa a menudo? Desmayarte, quiero decir.

Avergonzada, Ava niega con la cabeza.

—Hace años que no.

La última vez que recuerda que se desmayó de verdad fue en el Santa Madre, y entonces casi seguro que fue de hambre. Allí los niños siempre se desmayaban de hambre. Así eran las cosas.

—Es solo que... he tenido un día difícil —dice Ava—. En muchos aspectos. —Trata de reírse; le sale más bien como un hipido—. Ha comenzado cuando me han entregado las cenizas de mi madre en una caja.

—¿Te refieres a Resl? —La anciana enarca sus canosas cejas—. Seguro que no te refieres a Resl. El otro día la vi en la *shiva* de Freda Goldblum. Parecía estar bien.

Ava titubea, con la galleta a medio camino de la boca. «¿Resl? —piensa—. ¿Freda? ¿*Shiva*? ¿Como la diosa?»

—La verdad —dice Renate Bauer— es que me avergüenza preguntarlo, pero ¿de quién eres hija? Creía que conocía a todos los parientes de Adam. Aunque reconozco que sois bastantes. —Sonríe con pesar, apenas una suave inclinación de los labios que transmite tanta tristeza como regocijo—. Y, por supuesto, mi memoria ya no es lo que era.

—¿Adam? —repite Ava circunspecta.

—Mi marido, querida. —Su voz es paciente, como si Ava se hubiera golpeado la cabeza o fuese un poco lenta—. Adam Cooperman. Aunque supongo que debería empezar a decir mi difunto marido.

Se interrumpe y se queda ensimismada un instante antes de volver al presente.

—Pero esto no viene a cuento, ¿verdad? La pregunta es: ¿qué parentesco tienes con Adam?

Renate Bauer pone una mano moteada encima de la otra sobre su regazo y aguarda. «No lo sabe —se da cuenta Ava aturdida—. No sabe quién soy.»

El aire es denso y aplastante, como si estuviera atrapada en un cubo de vidrio macizo. Deja la galleta en el plato muy despacio.

—No soy sobrina de Adam —dice cuidadosa.

—Pero has dicho... —Renate frunce el ceño un tanto desconcertada. Luego niega con la cabeza—. Lo siento. Creo que no lo entiendo.

Ava suspira.

—Mi nombre —dice pasando al alemán—, mi nombre completo es Ava Fischer. Von Fischer, en verdad. Mi madre era Ilse von Fischer.

Al oír el apellido, la actitud de la anciana cambia de golpe. No mueve una pestaña, pero Ava tiene la repentina sensación de que se retrae y se pone un poco tensa.

—Lamento darle esta sorpresa —prosigue Ava agarrando con más fuerza su bolso—. Pero verá, falleció hace solo unas semanas. Hoy he recibido sus cenizas y también estas...

Pero antes de que termine la frase, Renate Bauer ya se ha puesto de pie con sorprendente agilidad.

—Tienes que irte —dice. Lo dice en inglés, con una voz de repente aguda y chillona—. Siento que no te encuentres bien, pero debes irte.

Ava traga saliva.

—Por favor —suplica—. Sé que mi madre le hizo daño. También me lo hizo a mí.

—Lo siento —repite Renate con aspereza—. Pero no es mi problema.

—Pero verá, ella le escribió. Le escribió durante años. Las llevo aquí. Todas sus cartas...

Comienza a hurgar en el bolso.

—No me importan las malditas cartas —interrumpe Renate Bauer—. No las quise cuando las trajo y, desde luego, no las quiero ahora.

—¿Ella... ella vino aquí?

De pronto, la habitación parece moverse, solo un poco, como si estuviera reajustando su posición.

—Sí. —La voz de la mujer mayor tiembla de indignación—. Le dejamos muy claro que no era bienvenida.

—¿Cuándo? —consigue preguntar Ava, pero incluso antes de terminar la pregunta se da cuenta de que ya sabe la respuesta.

«Por supuesto.» Aquella espantosa noche del apagón.

Le acude a la mente de sopetón el rostro pálido de Ilse cuando Ava fue a buscarla a la comisaría. Su inexplicable apego al bolso: «Tú qué sabes lo que llevo en mi bolso». Ava baja la vista a su maltrecho bolso, el papel arrugado asoma en el desorden.

—No importa cuándo —contesta Renate Bauer con sequedad—. No hay más que hablar. —Con tres zancadas de sus piernas varicosas enfundadas en medias, se planta junto a la puerta, la abre y se hace a un lado—. Por favor, vete. No quiero tener que llamar al portero.

—Creo que aún no lo entiende... —empieza a decir Ava, pero la otra mujer la interrumpe.

—No tengo la obligación de entender nada por ti —replica Renate —, aunque seas su hija. Especialmente si eres su hija. —Indica el pasillo con la barbilla—. Debes irte.

—Señora Bauer —suplica Ava.

—Doctora Bauer —replica Renate.

—Doctora Bauer —repite Ava obediente y desesperada—. Por favor, escúcheme. Solo un momento. —Respira hondo—. No estoy aquí por mi madre. Estoy aquí por algo que ella le escribió... en esta carta. —Con manos temblorosas, saca la página de su sobre—. ¿Puedo...?

—¿Cuántas veces tengo que decirlo? ¡No me interesan sus malditas cartas! —exclama la anciana exaltada, como si su voz estuviera a punto de convertirse en un grito—. Preferiría leer *Mein Kampf*. Es la misma basura.

—Pero si no las ha leído, no sabe nada sobre Franz y mi madre...

—¡Ella lo mató! —Esta vez es casi un grito. Por un momento, Renate parece tan sorprendida por su ferocidad como Ava—. Por el amor de Dios —añade temblando—. ¿Qué más hay que saber?

Debajo de su chaqueta de punto, su pequeño pecho sube y baja. Ava parpadea, atónita.

—¿Qué? —pregunta por fin.

—Lo mató. —Renate respira hondo—. Ilse von Fischer asesinó a mi hermano.

—No —responde Ava muy despacio, negando con la cabeza—. No. No es verdad. Ustedes dos salieron. Vinieron juntos a América.

—No. —La refutación es gutural, indiscutible—. Franz fue cogido por la Gestapo en 1939. Un día antes de salir de Alemania.

—¿Cogido? —repite Ava desconcertada.

—Arrestado. —Renate cierra los ojos un momento y aprieta los labios, como si luchara por retener las palabras en su interior—. Nunca regresó.

La frase golpea a Ava como un campo de fuerza, con tal brusquedad que hasta siente la sacudida en su asiento. «Nunca regresó.» Se lleva una mano a la frente, como si de alguna manera pudiera imponer calma a los pensamientos que se agolpan justo detrás del hueso.

—Ella no lo sabía —susurra—. Mi madre no lo sabía.

—Al principio no. —La voz de la anciana ahora es más serena, pero aun así mordaz—. No. Apareció aquí, todo sonrisas y lágrimas. Con sus cartas. Y su necesidad. Su necesidad de hablar conmigo. Su necesidad de explicarse. Su necesidad de disculparse conmigo y con mi hermano. Dijo que había conseguido nuestra dirección a través de Bernard. —Mueve la cabeza con desdén—. Siempre fue buena para eso, siempre capaz de atar cabos.

—No se le escapaba detalle —conviene Ava musitando.

—Adam ni siquiera quería dejarla entrar —prosigue la anciana, como si Ava no hubiera hablado—. Pero me dije: «¿Por qué no, después de todos estos años? ¿Qué daño puede hacerme a estas alturas?». —Sonríe apenada—. Solía burlarse de mí por eso. Qué crédula era. La gente nunca cambia. Mi madre, que era psicoanalista, solía decírmelo. Puede desafiar las expectativas, pero no cambia.

Ahora está apoyada en la puerta, la mirada distante detrás de las gafas.

—Pero, cómo no, pensé que aún había una oportunidad. La traje

aquí, le di una calurosa bienvenida. «¡Ven a mis brazos, mi niño sonriente! »

Ava parpadea.

—¿Niño?

—No es nada. —Tuerce los labios con amargura—. Solo mi ingenuidad. Le di té helado y un poco de tarta de limón. —No está mirando a Ava, sino a la mesa que hay entre ellas—. Cuando se disculpó por primera vez, pensé que solo era por no habernos dicho adiós. Verás, fue a verme antes de que me fuera, me llevó un libro. Prometió volver, pero nunca lo hizo. —Niega con la cabeza—. Cuando me dijo que nos había estado espiando, al principio no lo entendí. Pensé que me estaba gastando una broma pesada, pero empezó a llorar y a decir lo avergonzada que estaba de su comportamiento y cuánto desearía disculparse con Franz en persona también. Al final caí en la cuenta: la Gestapo se llevó a mi hermano porque ella se lo entregó. Fue culpa suya.

Toma aire de forma brusca y temblorosa.

—Le dije que Franz había muerto, que lo habían detenido por culpa suya. —Mira a Ava a los ojos sin pestañear—. Le dije que era una asesina.

Temblando, Ava baja la mirada a sus manos. Se lo imagina con toda claridad: su madre probablemente sentada justo donde ahora está sentada ella, después de años de convencerse a sí misma de que no había hecho tanto daño. Que había una oportunidad, todavía, para la redención. Ve la transición de la expresión de Renate Bauer de cautelosa a escandalizada y luego a horrorizada. Siente el corazón de su madre encogerse y caer en picado dentro del pozo negro de su pecho. Tal como lo está haciendo el suyo ahora.

—¿Y luego qué pasó? —susurra.

Renate niega con la cabeza otra vez.

—No lo recuerdo muy bien. Yo estaba muy alterada. Sé que grité. Creo que me dio un vahído. Fue entonces cuando Adam le dijo que tenía que irse.

Ava cierra los ojos y rememora el rostro de su madre aquella noche: la desolación y el cansancio. «Creo que no debería haber venido.»

Siente náuseas y una profunda tristeza. En tan solo dos días, su madre había sido expulsada de la vida de las tres personas que de verdad le importaban en el mundo, después de enterarse de que había matado al único hombre al que había amado.

Tiene que hacer un esfuerzo tremendo para obligarse a abrir los ojos y otro incluso mayor para sostener la mirada de Renate.

—Ella no quería espiarlos —dice—. La Gestapo la obligó como castigo por haber ayudado a su padre en la Noche de los Cristales Rotos.

La mujer mayor la mira impertérrita.

—Está en las cartas —prosigue Ava con el corazón retumbando de nuevo en sus oídos—. La Gestapo hizo que les traicionara. Pensó que había conseguido entretenerlos, que no les había dado suficiente información para actuar. Creía que había ganado tiempo para que ustedes dos pudieran abandonar el país.

Renate sigue mirándola fijamente, tan poco receptiva que Ava se pregunta si la ha oído. Entonces la anciana vuelve a cerrar los ojos. Durante un instante parece no ser la persona obstinada a la que Ava ha observado en el ascensor, sino alguien mucho más vieja y frágil. Cuando abre los ojos, Ava ve que los tiene húmedos. Pero aun así, Renate Bauer no dice nada. Sin decir palabra, cierra la puerta. Sin decir palabra, se apoya en ella, pálida como la tiza.

Luego, regresa hacia Ava. Cuando llega al sillón, se sienta muy lentamente, como si no estuviera del todo segura de su solidez.

—Me consta que esto no cambia nada —dice Ava en voz baja.

Renate solo niega con la cabeza. Después de un silencio interminable, comienza a hablar de nuevo, despacio y como de mala gana. En alemán.

—Habíamos estado haciendo el equipaje. Habíamos estado juntos hasta casi la medianoche, revisando todo el papeleo. Los formularios, las autorizaciones, las listas. Había tantas listas... —Niega con la cabeza otra vez—. Estábamos discutiendo por algo. Algo estúpido. Creo que se había quedado sin espacio para un libro que quería llevarse y quería que yo lo metiera en mi equipaje de mano. En aquel entonces, mis libros eran mis únicos amigos y ya estaba dejando atrás

muchos de mis favoritos. Le dije que no. Lo acusé de pensar que sus libros eran más importantes porque él era un chico y yo una chica.

Saca un pañuelo del bolsillo de la falda. Le tiembla la delgada mano con la manicura rosa. Las manchas en los dorsos de las manos son del color del café claro. Pero, por primera vez, mientras Ava estudia su rostro, vislumbra a la niña descrita en las cartas de su madre: esperanzada, pensativa. Vulnerable de una manera casi insoportable.

—Fue una tontería, claro está —prosigue Renate—. Franz era muy progresista para la época. Podía ser condescendiente, pero siempre supe que era por nuestra diferencia de edad, no de género. —Sus ojos son distantes y oscuros, no miran a Ava sino vagamente por encima de su hombro izquierdo, hacia la pared de libros—. Pero verás, estaba muy cansada. Los dos lo estábamos. No puedes imaginarte cómo eran las cosas para nosotros en ese momento. Comíamos mal, dormíamos mal. Me preocupaban mucho mis padres. Yo no quería abandonarlos, pero mi madre insistió en que vendrían después.

Hace una pausa para levantar las gafas y presiona la tela blanca contra un ojo y luego contra el otro.

—Yo siempre fui la temperamental de mi casa —prosigue—. Por lo general, Franz era más sosegado. Cuando buscaba pelea, él encontraba la manera de hacerme reír y asunto resuelto. Pero aquella noche enloqueció. Por primera vez en mi vida desde que éramos pequeños, me gritó. Me dijo que era una niña malcriada, que pensaba que el mundo giraba a mi alrededor, que me esperaba un desagradable despertar en América. Le dije... —se le quiebra la voz, traga saliva—. Le dije que sería menos desagradable si no tuviera que ir con él. Le dije que ojalá se quedara en Alemania. —Cierra los ojos—. Fue lo último que le dije.

Cuando vuelve a mirar a Ava, sus ojos vuelven a estar arrasados en lágrimas.

—Lo siento —susurra de nuevo Ava asqueada por lo inútil de su respuesta, por lo vacías que resultan sus palabras.

—Vinieron a por él a la mañana siguiente —continúa la anciana, de nuevo como si Ava no hubiera hablado—. Justo antes del amanecer. Era cuando solían ir a por la gente. —Las lágrimas resbalan por sus

mejillas marchitas, pero ya no hace ningún esfuerzo para tratar de secarlas—. Se oyeron unos golpes horribles en la puerta principal y cuando mi madre la abrió, la empujaron y subieron directos a su habitación. Parecían saber exactamente dónde estaba. —Con los dedos delgados y pálidos, retuerce el pañuelo en el regazo y lo vuelve a alisar sobre la rodilla. Las lágrimas recorren su mandíbula, su barbilla; caen gotas inadvertidas sobre su falda gris, que oscurecen el tejido—. Lo sacaron a rastras sin siquiera darle tiempo a quitarse el pijama y vestirse. Ni a coger el bastón que necesitaba para caminar. Había tenido polio... —Se ahoga un poco, traga saliva—. Lo arrastraron escaleras abajo. Cuando mi padre intentó detenerlos, un agente le golpeó en la cara con su pistola con tanta fuerza que le rompió la nariz. Mi madre intentó bloquear la puerta, pero la tiraron al suelo. Fuera, no sé por qué, debió de decir algo, empezaron a pegarle...

Se interrumpe de nuevo con los ojos cerrados, conjurando el recuerdo.

—Le dieron una paliza allí mismo, delante de nuestra casa. Delante de mis padres. Delante de los vecinos que se asomaban a las ventanas y puertas para mirar. Le patearon el vientre una y otra vez con sus pesadas botas de cuero hasta que le salió sangre por la boca y la nariz. Le patearon los dientes. —Se ahoga un poco—. Le golpearon tan fuerte que, cuando se fueron, quedaron trozos en la acera. Mi madre... mi madre los recogió.

—No. —Ava se lleva las manos a la boca—. No. Mi madre escribió que les mintió sobre cuándo iban a marcharse, sobre las reuniones. Nunca les dijo nada. Estaba segura de ello.

—¡No importa! —Renate levanta la voz con brusquedad—. ¿Crees que le importaba a mi hermano? ¿A mis padres, que lo vieron casi muerto en la calle antes de que lo metieran en uno de aquellos coches? —Agarrando los lados del sillón, respira entrecortadamente—. ¿Sabes cómo los llamábamos? ¿Esos Mercedes negros que conducía la Gestapo? Los llamábamos *Leichenwagen*. Coches fúnebres. Porque si terminabas en uno, ya podías darte por muerto.

«Muerto.» La palabra parece colgar entre ellas un momento en el silencio con olor a libro. Temblando, Ava se abraza más fuerte.

—Mi madre los persiguió —prosigue Renate—. Descalza y en camisón. Los persiguió hasta la mitad de nuestra calle. Gritando: «¿Adónde lo llevan? ¿Cuándo volverá?». Durante unas cuantas manzanas, condujeron lo suficientemente despacio como para reírse de ella desde las ventanillas. «Volverá cuando vuelva», gritó uno de ellos. Eso fue todo.

Ava mira su vaso de agua, el hielo derretido en finas virutas, la condensación que perla el cristal. Quiere beber, pero se siente incapaz de moverse.

—Un día y medio después —continúa Renate más serena— me fui a América. Sola. Con mi equipaje y una bolsa llena de mis libros. —Se detiene y se toca la frente—. Intenté con todas mis fuerzas no ir. Discutí y peleé. Amenacé con huir. Pero, por supuesto, al final no tuve elección. —Cansada, menea la cabeza—. Recuerdo observar desde cubierta cómo el barco zarpaba del puerto de Hamburgo. Mis padres estaban locos de preocupación y dolor, por supuesto, pero sonrieron y me saludaron como si estuviera emprendiendo un crucero de placer. Mantuvieron el tipo mientras pensaron que podía verlos. Cuando no pude, tomé prestados los prismáticos de otro pasajero. Mi última imagen fue la de mi madre desmoronándose en los brazos de mi padre.

Las lágrimas han cesado. Detrás de las gafas, los ojos enrojecidos parecen desenfocados, como si todavía estuviera mirando aturdida a una orilla que se retira rápidamente, a las únicas dos personas que le quedan en el mundo.

—Casi me tiro desde esa barandilla. Aunque no sabía nadar. Podría haberme ahogado. Me repetía a mí misma: «Vendrán pronto. Vendrán pronto».

—¿Y lo hicieron? —pregunta Ava en un susurro tembloroso.

Renate niega con la cabeza.

—Mamá me escribió diciendo que había recibido la notificación de la muerte de mi hermano. Le dijeron que había sufrido un ataque al corazón mientras estaba detenido, que lo habían incinerado por motivos sanitarios y que tendría que pagar treinta *Reichsmarks* por el franqueo y la manipulación de sus cenizas.

Ava piensa en la urna de plástico que contiene las cenizas de Ilse. Traga para contener las náuseas.

—Un año después de mi partida más o menos —prosigue Renate—, los obligaron a mudarse a una casa judía de Kurfürstendamm. *Vati* evitó la deportación durante un tiempo porque estaba casado con una no judía, pero en 1942 lo enviaron a Auschwitz. Murió allí menos de un año después.

—¿Y su madre?

—Asesinada por los rusos al final de la guerra.

«Violada y abandonada en la nieve», piensa Ava instintivamente. Por un momento cree que va a vomitar.

La mujer mayor quita sin ver una hilacha invisible del borde del pañuelo. Ava se mira las manos; sucias, pegajosas y con migas de galleta. La derecha está un poco manchada por la tinta de las cartas de Ilse. Cada fibra de su ser parece latir de dolor y conmoción. Cuando abre la boca, hasta la lengua siente rota.

—Lo siento mucho —murmura consciente una vez más de lo trillada que suena la expresión.

La anciana sigue con la mirada fija en su regazo.

—Ella tampoco lo sabía entonces —dice Ava—. Mi madre. Cuando vino aquí. No sabía que él no había logrado salir del país.

Renate niega con la cabeza.

—Cuando le dije que parecía bastante agitada, intentó hacer más preguntas, pero Adam no se lo permitió. La agarró del brazo y la sacó del edificio.

Ava asiente lentamente. Así que el día del apagón, Ilse, habiendo encontrado aquella dirección, llegó con sus cartas de décadas antes y sus sueños de amistad resucitada y de crímenes absueltos. Tal vez incluso de un romance reavivado. En vez de eso, recibió todo el peso aplastante de su crimen, un peso que tendría que soportar el resto de su vida.

Se imagina a su madre después de ser expulsada de la casa de Renate, exiliada de nuevo en la ciudad sin aire. La ve deambulando a ciegas por las calles oscuras con su cartera de cartas sin leer: Edipo después de su caída.

—A ella también la destrozó —dice despacio—. Descubrir que no solo lo traicionó, sino que fue responsable de la muerte de mi padre.

Renate levanta la vista.

—¿Tu padre?

—Franz. Su hermano.

La anciana frunce el ceño.

—Franz no era tu padre.

—Sí. Sí que lo era.

La mujer mayor niega con la cabeza.

—No es posible. Él nunca... eso nunca habría sucedido.

Ava empieza a responder. Luego, pensándolo mejor, mete la mano en su bolso.

—Esto —dice a media voz— lo escribió mi madre en junio de 1956. ¿Puedo?

Al ver que la anciana no contesta, Ava saca la hoja doblada del sobre. Carraspea y comienza a leer en voz alta.

Querida Reni:

Es una tranquila noche de domingo aquí, en Bremen, y estoy en la cocina con una copa de jerez y mi pluma. Ava está en su habitación, escuchando a todo volumen un disco de ese estadounidense que, curiosamente, es tan famoso porque mueve las caderas como si hiciera la danza del vientre. También está llorando sobre su almohada. La almohada y la música son por mí: no quiere que yo sepa lo que ha pasado. Pero puedo adivinarlo. Y aunque estoy segura de que una buena madre subiría corriendo para ofrecer comprensión y consejo, hay varias cosas que me impiden hacerlo.

Verás, sospecho que le han partido el corazón y sospecho que ha sido un chico judío a quien conoce desde hace años. Traté de impedir que se formara el vínculo, pues me parecía evidente que no iba a durar. No por su raza, tú sabes mejor que nadie que no soy antisemita, sino porque, al igual que tú, entiendo, de un modo que ella todavía no puede entender, que las barreras a la felicidad son siempre demasiado altas cuando la gente procede de mundos tan diferentes. Para serte sincera, solo me alegra que haya sucedido más pronto que tarde.

Me gustaría mucho poder decirle todo esto a Ava, más ahora que he tomado un poco más de jerez (!). Pero como no puedo, te escribo a ti, como vengo escribiéndote periódicamente a lo largo de la última década, igual que lo hacía cuando éramos niñas.

Qué curiosos los hábitos que una mantiene.

Tú y yo pasamos mucho tiempo pensando en el romance, lo recuerdo muy bien. Todas esas horas reflexionando sobre fragmentos potencialmente «sucios» de *Sin novedad en el frente* y *Ana Karenina*. Todos los detalles jugosos que compartías sobre tus citas en el cine con Rudi Gerhardt; los largos paseos que dábamos, hablando sin cesar, parando en la pastelería Schloss para nuestro pastel de amapola diario. A decir verdad, en todos los años transcurridos desde entonces, nunca he tenido otra amistad que fuera tan cercana, tan fácil.

A veces me entristece pensar en lo ingenuas que éramos entonces. En cómo no pudimos prever los acontecimientos que nos arrollarían a las dos y cambiarían nuestras vidas. Aunque, por otra parte, supongo que también es una prueba más de mi teoría: por mucho que amaras a Rudi durante todos esos meses, ese amor solo podía causar más sufrimiento al final. Eso está claro.

Hay noticias de Rudi, por cierto: todavía está en prisión, a la espera de juicio por sucesos relacionados con ejecuciones sumarias en Rusia y Hungría. No estoy segura de cuándo se ha fijado la fecha, pero es probable que se demore algún tiempo. La acumulación de trabajo atrasado en estas cuestiones es bastante considerable.

Ava hace una pausa y mira por encima de la página a Renate. Pero la anciana está contemplando sus libros con una expresión indescifrable.

Ojalá pudiera enviarte una foto de Ava. Aparte del desafortunado corte de pelo que lleva ahora —¡de verdad que no entiendo las modas actuales!—, se ha convertido en una joven encantadora, aunque parece no ser en absoluto consciente de su propia belleza. No es diferente a ti en ese sentido, diría yo. Siempre tuve la sensación de que tu aspecto era como un aparato complicado que te habían regalado y que nunca dedujiste cómo funcionaba. De hecho, se parece bastante a ti: cabello oscuro, grandes ojos oscuros, una preciosa piel radiante. El arte le apasiona tanto como a ti los libros; cuando empieza a dibujar o a pintar, es como si el tiempo dejara de existir. A veces se duerme con su cuaderno de bocetos bajo la mejilla. Como ahora siempre tengo el sueño ligero, entro de puntillas a las tres o a las cuatro, la tapo y apago la luz.

Llegada a este punto, debo añadir (y acabo de tomar un poco más de jerez para armarme de valor) que la semejanza entre vosotras es casi con toda seguridad algo más que una mera coincidencia. Porque la verdad es que sois parientes.

La verdad es que Franz es su padre. (Ya está, al fin lo he escrito.)

Ava se detiene de nuevo, mirando la frase —«Franz es su padre»— que ha desencadenado una alegre conmoción al principio del día.

Traga saliva y sigue leyendo.

Sé que esto te resultaría tan chocante como a mí cuando por fin me enfrenté a la verdad. Durante meses, años en realidad, me dije que el padre de Ava era el editor con el que salía mientras trabajaba en la oficina de publicaciones de la BDM, aunque en el fondo estaba segura de que no era ni siquiera un poco probable. Kai y yo todavía estábamos liados, sí, pero él llevaba semanas en el este cuando Ava fue concebida. Aun así, escribí a Kai con la noticia del embarazo y puse su nombre en el certificado de nacimiento de Ava y en los formularios de racionamiento. Si hubiera sobrevivido a la guerra, supongo que también habría terminado casándome con él, añadiendo una mentira más al montón sobre el que había construido mi vida.

Pero Kai murió en el este mucho antes del final de la guerra. Y en el momento en que recogí a Ava en el orfanato, simplemente lo supe: el parecido que había logrado pasar por alto cuando era una bebé se había vuelto incontestable. Al principio me dejó sin habla.

No me cabe duda de que tú también te quedarías sin habla si leyeras estas palabras. Sin embargo, creo que siempre sospechaste de mis sentimientos por tu hermano, aunque yo traté de ocultártelos. Tampoco pensé que llegarían a ser más que eso: sentimientos. Menos aún después de que las leyes raciales me obligaran a alejarme de tu familia. Pero el destino a veces tiene una forma muy suya de gastarnos bromas y esta fue especialmente maliciosa.

¿Franz te ha dicho alguna vez que fui a verlo uno o dos días antes de que os marcharais? Le dije que había ido a verte, aunque yo sabía que no estarías en casa. Cuando abrió la puerta, le pedí que me invitara a entrar con una excusa que no recuerdo, aparte de que era algo por lo que me picaba la curiosidad.

Pero la verdad es que me había enviado allí la Gestapo.

Quiero dejar claro que no lo hice por voluntad propia. Sabía muy bien que era monstruoso y me odiaba por ello, pero la Gestapo me presionó de tal manera que no pude negarme, o al menos así es como lo vi en su momento. Me enviaron para determinar si Franz seguía participando en sus reuniones socialistas y para recabar información sobre cuándo y dónde se celebraban dichas reuniones, así como los nombres de las demás personas que asistían. Conseguí parte de esa información y mi plan original era postergar su entrega hasta que ambos estuvierais fuera del país. Pero esa misma tarde me esperaban en mi casa cuando regresé de la vuestra. No me habían avisado de la visita y era obvio que no sentían la necesidad de comunicarme la razón de su presencia allí. Pero debo de ser tan buena mentirosa como decías, porque, a pesar de que me interrogaron durante horas, tratando de confundirme, de engañarme, de asustarme con gritos y golpes repentinos en el suelo, me las arreglé para ceñirme a mi historia: la próxima reunión tendría lugar la semana siguiente y Franz estaría presente y había accedido a llevarme. Les di la dirección y la hora. Cuando llegara el momento, razoné, y vieran que él no estaba allí, simplemente diría que no sabía que se iba a marchar. Que me había mentido.

Por suerte, no obstante, nunca hicieron un seguimiento al respecto, tal vez

porque mi destino en Lodz llegó menos de un día después y al cabo de una semana yo ya estaba fuera del país. O tal vez tenían demasiados socialistas a los que enjuiciar después de la redada. O quizá (y esto es lo que me gustaría pensar) todo aquello no fue más que una prueba para demostrar o refutar mi lealtad. En cualquier caso, al recordarlo, sigue siendo en muchos sentidos el mejor y el peor día de mi vida. El mejor porque me permitió pasar un último momento no solo con Franz, sino con tantos recuerdos y sentimientos de vuestra casa y de vuestra familia. Y el peor porque estuve a punto de morir a manos de la Gestapo horas después.

¿Franz te contó alguna vez lo que pasó entre nosotros aquella tarde? Algo me dice que no. Creo que, al igual que yo, se lo habrá guardado como algo imposiblemente perfecto y perfectamente imposible a la vez. Por mi parte, nunca se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a Ava, o mejor dicho, sobre todo a Ava. No porque me avergüence de su linaje, sino porque la historia que hay detrás es a un tiempo demasiado personal y demasiado dolorosa. Verás, a pesar de tu insistencia en que yo era la valiente, al final resulta que en el fondo soy una cobarde.

Confío en que algún día tendré la valentía de contárselo todo: sobre Franz y sobre ti, sobre los buenos tiempos que pasamos cuando éramos niños y sobre los tiempos difíciles de cuando éramos jóvenes. Quizá incluso reuniré el valor para ir a veros. Y si es así, ¿quién sabe lo que podría venir después?

Ah. El americano que mueve las caderas ha sido desconectado; he mirado el reloj y he visto la hora. Como de costumbre, he estado enfrascada en una carta que probablemente nadie leerá. Pero, también como de costumbre, me libera un poco de esa plomiza sensación de soledad que anida en mi interior. Igual que saber que, aunque tú y Franz aún no lo sepáis, Ava y yo todavía tenemos familia.

Humildemente tuya,

Ilsi

Ava pone la carta en su regazo y cierra los ojos un momento. «La verdad —repite en silencio igual que ha hecho antes en su habitación —, es que Franz es mi padre.»

Y también: «La verdad es que mi madre lo mató».

Por un instante se sume otra vez en esa desorientadora sensación de encajar en su sitio; esa sensación de caída libre que tiene en sueños y que termina cuando se despierta, conmocionada y jadeante, en la cama. Ava se cubre la cara con las manos. Cuando vuelve a levantar la vista, encuentra a Renate Bauer mirándola fijamente. No es la mirada que tenía cuando contaba su conmovedora historia, cuando sus ojos no parecían enfocados en Ava sino en una pantalla invisible que hubiera entre ellas, en la que se desarrollaba el cataclismo que le

estaba relatando.

No, ahora mira a Ava de verdad, estudiándola sin rodeos a través de las gafas. Evaluando cada rasgo, cada pestaña larga y oscura mientras su mente trabaja con desenfreno para confirmar o negar. Ava se encuentra conteniendo la respiración, como si estuviera frente a un diminuto juez cuyo veredicto fuera a determinar su destino.

Después de concluir su inspección, Renate Bauer no habla de inmediato. Se pone de pie. Ava la observa retorciendo las manos en el regazo mientras la anciana camina desde la estantería hasta la ventana, con su blanco cabello iluminado por la luz rosada del atardecer. Parece agitada, casi enfadada. Durante varias series de pasos rápidos —ida y vuelta, ida y vuelta— no mira a su sobrina recién encontrada ni dice una palabra.

—¿Qué pasa? —pregunta al fin Ava, consciente de lo tímida y nerviosa que suena su voz.

Renate se detiene a medio camino entre la puerta y la estantería y la mira con fiereza.

—Es tu madre —dice en un tono cáustico—. Incluso muerta lo convierte todo en un caos. —Ava parpadea—. Todos estos años... —continúa la anciana—. Todo este tiempo, lo único que he tenido que hacer ha sido odiarla. Y ha sido bastante fácil, a fin de cuentas. Después de todo lo que me hizo, a mí y a nosotros. —Levanta un brazo hacia Ava—. Pero ahora, aquí estás, con sus cartas, tus historias y tus malditos ojos. Tus ojos que son idénticos a los de Franz.

—¿De veras? —pregunta Ava abriéndolos.

—Sí —contesta Renate—, sí. —Y luego con voz más suave—: También tienes su nariz. Ella debía de verla cada vez que te miraba.

«Cada vez que me miraba.» Asombrada, Ava se toca el rabillo de un ojo, la punta de la nariz, como si fuera capaz de confirmar el parecido a través del tacto. Vuelve a ver a Ilse en la mesa de su cocina la mañana siguiente al apagón. La miraba con tanta desolación, tanta desesperación que Ava no había sido capaz de sostenerle la mirada.

—Aquí estás —prosigue Renate—. Y no tengo ni idea de qué hacer contigo. Ni la más remota idea.

Se interrumpe, fulmina a Ava con la mirada y desvía la vista hacia

otro lado.

—Lo siento —susurra Ava, aunque no sabe por qué se disculpa.

Fuera suena una sirena, su tono sube y baja mientras el vehículo se precipita hacia su desconocido destino en la parte alta de la ciudad. En un apartamento vecino, un perro aúlla acompañándola antes de callarse abruptamente. Renate permanece inmóvil, con los ojos en sus estanterías repletas de libros, los dedos enjutos tirando distraídamente de un mechón de cabello entrecano. Ava se imagina dibujarla así; no por el impulso artístico de crear, sino por la oportunidad de ponderar sus rasgos: las finas cejas oscuras y las delicadas arrugas grabadas en su frente. La nariz pequeña, la mirada distante en los ojos oscuros. ¿Cuántos de esos rasgos, se pregunta, compartió Franz con su hermana? ¿Era posible encontrar a su padre en el rostro de su tía? ¿Tiene Renate alguna foto de él? Quiere preguntárselo. No solo eso, sino otras mil cosas que Ava está empezando a entender que no sabe. ¿Había otros artistas en la familia? ¿Hubo enfermedades? ¿Estaba en contacto con alguien más de la familia Bauer? ¿Quedó alguien más?

—Bien. —Levanta la vista y ve que Renate se ha vuelto a sentar y pone las manos sobre las rodillas—. ¿Y ahora qué? —pregunta con sus ojos oscuros parpadeando y su cabeza ladeada de una manera que a Ava le recuerda a un pajarito de ojos brillantes.

—No lo sé. —Ava duda y luego añade—: Me gustaría volver.

Renate se muerde el labio.

—Tendría que pensarlo.

—Me gustaría que Sophie te conociera —dice Ava—. Nunca tuvo ocasión de conocer a mi madre. —Por un momento, vuelve a ver a su hija: la ira desconocida que ha resplandecido en su rostro. «Sophie», piensa de repente. Se pone de pie—. Por cierto, ¿puedo llamar por teléfono?

La mujer mayor primero parpadea y luego asiente con la cabeza.

—Ahí dentro. Junto a la nevera.

La cocina, descubre Ava, es tan acogedora y está tan atrapada en el pasado como el resto del pequeño apartamento. Los paneles de

madera de los armarios y el fregadero oscurecen aún más el espacio sin ventanas; el efecto lo compensa un poco el brillo verde menta de la puerta del horno y la campana extractora a juego, encima de los fogones. Por suerte, el teléfono colgado en la pared —del color rosa chicle del Pepto-Bismol— es un modelo de botones, no de disco. Ava llama y se encoge al oír su propia voz, que suena un tanto frenética, antes de introducir su código de acceso a la máquina.

Al principio, lo único que oye es movimiento amortiguado y electricidad estática, pero luego llega la voz de Sophie:

—Hola, mamá. —El tono de su hija es tenso, pero la furia que escupía por la mañana parece haberse desvanecido—. Estoy bien. Estoy en casa de Erica viendo videoclips. —Hace una pausa—. Y no te preocupes. No hemos entrado en el parque. —En el breve silencio que sigue, el pulso de Ava late al ritmo del estribillo sintetizado que suena de fondo, una canción de moda que reconoce vagamente, algo sobre la culpa de la lluvia—. Iba a pedirte que me dejaras quedarme a dormir —prosigue su hija—, pero si quieres, supongo que... Supongo que también puedo ir a casa. Deja un mensaje para que sepa qué hacer.

Un resoplido adolescente audible en el fondo. Ava se imagina a las dos chicas poniendo los ojos en blanco con la eterna exasperación de los jóvenes. Está a punto de colgar cuando su hija añade un poco seca:

—Yo también te quiero.

Ava tiene la sensación de que le flaquean las piernas. Se apoya en la encimera de formica, tan aliviada que se siente como si se estuviera ahogando. Tiene la tentación de llamar de nuevo, solo para escuchar esas últimas cuatro palabras («¡“Te quiero”, ha dicho! ¡Ha dicho “te quiero”!»). En cambio, cuelga el teléfono, vuelve a marcar y deja su propio mensaje después del tono:

—Hola, cariño. Sí. Sí, por favor, ven a casa. ¡Tengo tanto que contarte! He pasado un día increíble... —Se interrumpe preguntándose cómo resumir las últimas tres horas en un audio de treinta segundos. Al final solo dice—: Hablaremos. Pediremos comida. Te quiero mucho, *Liebchen*.

Al colgar, se agarra a la encimera un momento para recobrar la serenidad. Luego regresa a la sala de estar.

—¿Va todo bien? —pregunta Renate mientras Ava se sienta en el mismo sitio que antes.

—Sí. Me tenía preocupada, pero está bien.

Renate solo asiente con la cabeza, como si supiera que hay algo más.

—Es lógico que se haya enojado conmigo —dice Ava bajando la mirada a sus manos—. Verá, el caso es... que le he estado ocultando la existencia de Ilse. Durante trece años le he dicho que mi madre había muerto. Esta mañana se ha enterado de que le he estado mintiendo.

—Cuando han llegado las cenizas. —Renate levanta una ceja—. Ilse siempre tuvo una manera muy suya de aparecer en momentos cruciales.

—Desde luego. —Muy a su pesar, Ava se ríe. Luego cierra los ojos —. Supongo que soy una madre espantosa.

Transcurre un momento. Algo seco y ligero le toca la rodilla. Ava abre los ojos de nuevo y ve la mano ajada de Renate flotando tímidamente sobre la piel desnuda.

—Seguro que eres una madre maravillosa —dice la mujer mayor en voz baja—. Y las adolescentes pueden ser espantosas. Lo recuerdo muy bien. Yo también me escapé unas cuantas veces cuando era joven.

—No en Nueva York.

—Cierto. Pero en aquellos tiempos, Berlín tampoco era siempre un lugar muy seguro. Sobre todo para las personas como yo.

Sonríe con tristeza, devolviendo la mano a su propio regazo.

—No tuvimos hijos, Adam y yo —prosigue pensativa—. Entre su facultad de Medicina y mi tesis, y luego sus turnos en el hospital y mi cátedra, nunca parecía ser el momento adecuado. —Se encoge de hombros—. Esperamos demasiado, supongo. Aunque a veces me pregunto si en realidad no fue porque tenía miedo.

—¿Miedo?

—De amarlos demasiado. —Su mirada oscura parece flotar durante un instante—. No podría haberlo soportado, que les ocurriera cualquier cosa. No después de todo. La verdad es que ni siquiera soportaba la idea de tener una mascota. Bien sabe Dios que a Adam le habría encantado tener un perro.

Mira la alfombra desgastada, pensativa de nuevo, un poco melancólica. Después levanta la vista.

—¿Cómo es tu hija?

—¿Sinceramente? —Ava se ríe otra vez—. Es como un clon de mi madre, lo cual es extraño, porque he tratado de criarla justo al revés, en todos los sentidos, de cómo me crio mi madre a mí. Y, sin embargo, al final Sophie es su viva imagen. No solo en la apariencia, sino en la forma en que piensa y se comporta.

—¿Y eso?

Ava reflexiona.

—Es muy decidida, intrépida, centrada. Tiene una memoria de elefante.

—Es como si describieras a Ilse.

—Pero también es tan franca que casi da pavor —añade Ava enseguida—. Dudo que haya dicho una sola mentira en su vida.

Renate asiente con la cabeza otra vez.

—¿Escribe?

—¿Escribir?

—Como pasatiempo. Ensayos, cuentos, ese tipo de cosas.

—Ah. —Ava asiente—. Sí. Siempre está escribiendo algo. Obras de teatro, poemas, cosas así. Rara vez me deja leerlos. —De repente, recuerda las cartas—. Oh, hablando de escribir… —Mete la mano en el bolso—. Esto te pertenece.

Pero cuando está sacando el fajo de sobres desgastados del bolso, Renate niega con la cabeza.

—No.

—¿No? —Ava levanta la vista confundida.

—No las quiero —dice Renate con firmeza.

—Pero ¿qué debo hacer con ellas?

Renate Bauer se encoge de hombros.

—Tal vez dárselas a tu hija. Después de todo, son tanto su historia como la mía.

Ava vuelve a poner las cartas en su regazo. Se quedan calladas de nuevo y Ava se encuentra pensando en lo que la otra mujer ha dicho antes sobre la última vez que vio a sus padres. Se lo imagina: dos

figuras pequeñas y austeras en un muelle que se aleja. ¿Qué es peor, se pregunta, conocerlos y perderlos o no conocerlos en absoluto?

La pregunta parece marcar el comienzo de una avalancha interminable de muchas otras. ¿Por qué la Gestapo apareció en casa de Ilse aquella noche? ¿De verdad su madre los había despistado con tanta entereza como dijo haberlo hecho? ¿O era solo otra falsedad que se había dicho a sí misma para evitar culparse, de la misma manera que se había mentido a sí misma al imaginar que —a pesar del exhaustivo papeleo que los Bauer habían presentado— la Gestapo no estaba enterada de los planes de viaje de Franz y Renate? ¿O al pensar que al hablar con tanta elocuencia con los agentes aquella noche, había salvado a alguien que no fuese ella misma? Porque al final, Ava se da cuenta, fueron esas mentiras, las que se contó a sí misma, las que supusieron su perdición.

«Las cosas que nos decimos a nosotros mismos —piensa—. Las cosas sobre las que mentimos para que nuestros crímenes sean soportables.»

En otra habitación un reloj empieza a sonar quedamente. Ava cuenta mentalmente: una, dos, tres... Después del sexto tono, oye cómo Renate toma aliento.

—Oh, querida. ¿Ya son las seis? Lo siento, pero debo irme pronto. Tengo entradas para la ópera esta noche. *La flauta mágica*. Casi lo olvido.

Se pone de pie alisándose la falda. Al ser consciente de que la está echando, Ava se siente embargada por algo semejante al pánico. ¿Y si eso es todo? ¿Y si Renate Bauer ya está harta de ella y no quiere volver a verla?

—Perdona. Te he entretenido —dice tratando de mantener su voz firme mientras se pone de pie—. Yo tampoco me he dado cuenta de que se había hecho tan tarde.

—No pasa nada —dice la otra mujer—. Es solo que tengo que cambiarme. —Sonríe irónicamente—. Soy lo bastante mayor como para creer que todavía es preciso vestirse para estas ocasiones.

Tras colgarse el bolso del hombro, Ava endereza las correas de lona, su mente es un torbellino.

—¿Puedo llamarte al menos? Quiero decir, dentro de un par de días

más o menos, cuando hayas tenido tiempo de dejar que todo esto... se asiente un poco. —Señala el espacio que media entre ambas—. Hay tantas cosas que quiero preguntarte...

Renate parece absorta en sus pensamientos. Luego asiente con la cabeza.

—Sí. Sí, puedes llamar. Podemos quedar. Tal vez cenar en algún lugar, tú, yo y tu hija.

—Sería maravilloso —dice Ava—. Maravilloso.

Ha seguido a Renate hasta la puerta y ahora, mientras la abre, Ava se vuelve para mirarla, una vez más, desconcertada. ¿Cómo se despide una del único pariente vivo cuya existencia no conocía hasta hoy? ¿De la única persona que puede contarle todo lo que desconoce sobre el padre y los abuelos que nunca conoció?

Le tiende la mano con timidez. Renate la estudia por un momento. Al principio, no hace ningún amago de estrechársela y Ava se muerde el labio, insegura de sí misma una vez más. Entonces, para su absoluta sorpresa, la mujer mayor salva la distancia que las separa para darle a Ava un abrazo breve pero sorprendentemente fuerte. Asustada, Ava tiene el tiempo justo para corresponder al abrazo, con el corazón palpitando, antes de dar un paso torpe hacia atrás.

Mientras Ava trata de recobrar la compostura, Renate la estudia de nuevo, con la punta rosa de un dedo apoyado en una mejilla con un ademán pensativo.

—Es tan extraño... —dice.

—¿El qué?

—Tú.

Renate alarga la mano y traza una suave línea desde el rabillo del ojo de Ava hasta su barbilla.

—Eres —dice de manera pausada— una mezcla de todo lo que he amado y todo lo que he odiado en mi vida.

Ava la mira y algo dentro de su pecho parece desanudarse inefablemente, de la misma forma en que se relaja un músculo después de un calambre. Por primera vez desde que se ha enterado de la muerte de su madre —en realidad, por primera vez en lo que parecen años— siente cierta ligereza. Casi vértigo.

—Creo que eso me convierte en parte de la familia —dice.

Agradecimientos

Muchas son las personas que me han ayudado a hacer cultivar, dar forma y perfeccionar esta novela a medida que evolucionaba. Gracias a Michael Epstein por descubrir —en un artículo del *New Yorker* sobre un libro de memorias alemán un tanto oscuro— la semilla de una interesante historia y también por las lluvias de ideas, los ánimos y el acompañamiento mientras yo persuadía a esa semilla para que se convirtiera en un libro. Amelia Atlas, de ICM, me rescató de la selva de los agentes y me ayudó a pulir y ajustar el manuscrito de *El amante del Tercer Reich*, al que Hilary Rubin Teeman le ofreció un hogar extraordinario y entusiasta en Crown, además de aportar sugerencias narrativas y estilísticas que ayudaron a mejorarlo mucho. Gracias a Jillian Buckley por guiarme con tanta pericia en el proceso de producción y a Amy Schneider por su inestimable experiencia en la corrección de textos. Gracias a la doctora Catherine Epstein, del Amherst College, por su revisión detallada del contexto histórico y cultural de un borrador anterior, a la doctora Aine Zimmerman, del Hunter College, por sus conocimientos esenciales de la cultura y la lengua alemanas y a David Kay por una revisión inicial del alemán (todos los errores que puedan quedar a pesar de estos esfuerzos heroicos son míos y solo míos). Gracias a Renate Olsen por compartir conmigo recuerdos de su infancia en la Alemania de la guerra y de la posguerra y a Johannes Beilharz por concederme el uso de su hermosa traducción del poema «Al príncipe del Grial», de Else Lasker-Schüler. Gracias de corazón a Jennifer Egan por sus sabios consejos y directrices profesionales cuando más los necesitaba.

Se consultaron muchas fuentes históricas para este proyecto, pero algunas destacan por contener información única y de posible interés para los lectores de *El amante del Tercer Reich*. La primera y más importante es *Account Rendered*, las memorias de Melita Maschmann, que me proporcionaron una visión emocional e histórica del viaje

gradual de una mujer desde el idealismo juvenil hasta el fanatismo nazi total, y desde la amistad íntima hasta la traición brutal. *Quiero dar testimonio hasta el final: Diarios 1933-1941*, de Victor Klemperer, describía el horrible deterioro de la vida cotidiana de los judíos bajo el dominio nazi, mientras que *Yo no*, de Joachim Fest, explora el mismo período desde una perspectiva no judía ni católica. *Aimée y Jaguar*, de Erica Fischer, fue una lectura apasionante y un tesoro escondido de detalles de la época, sobre todo en relación con el oneroso desafío burocrático al que se enfrentaban los judíos alemanes que intentaban huir del país. *Women and the Nazi East*, de Elizabeth Harvey, arroja una luz fascinante sobre la vida cotidiana en los programas del Servicio Laboral de la Alemania nazi en el extranjero. *Ladies and Gentlemen, the Bronx Is Burning: 1977, Baseball, Politics, and the Battle for the Soul of a City*, de Jonathan Mahler, pinta un retrato sumamente vívido del apagón de Nueva York de 1977, mientras que *Los hijos de Hitler: Historia de la banda terrorista Baader-Meinhof*, de Jillian Becker, me aportó un contundente trasfondo para comprender el surgimiento del movimiento de protesta alemán de 1968.

Toda novela que se precie requiere lectores inteligentes a lo largo del camino y *El amante del Tercer Reich* ha tenido muchos: Hillary Jordan y Joanna Hershon me proporcionaron —como siempre— inspiración, aliento y comentarios astutos, al igual que mi aquelarre de Brooklyn (Alison Lowenstein, Julia Lichtblau, Courtney Zoffness, Maura Sheehy, Michelle Brandt y la difunta y muy añorada Sarah Coleman). Joan Cody, Tom Cody, Dina McGuinn, Rozanne y Steve Epstein, Andrea Lafleur y Amy Simon Hopwood me brindaron orientación y aliento a través de varios borradores, mientras que mi confiada pandilla de mamás de BOCOCA (en especial Amy Sirot, Julie Beglin, Virginia Terry y Laura Sweet) opinaron debida y consideradamente cuando se lo pedí. Gracias también a Pam Loring por la paz y la tranquilidad austera del Salty Quill Women's Writing Retreat y a Scott Adkins y Erin Courtney del Brooklyn Writers Space por ofrecer un oasis de silenciosa y literaria camaradería.

Por último, pero no por ello menos importante: gracias a mis increíbles hijas, Katie y Hannah, por inspirarme cada día y creer en mí

y en mi trabajo (incluso cuando yo no lo hago); y una vez más a Michael —como siempre, mi musa, mi *hausfrau* y mi compañero de travesuras creativas.

El retrato íntimo de una amistad que el nazismo rompió para siempre.

Berlín, año 1933. Renate e Ilse se conocen en la escuela y se hacen amigas inseparables, unidas por su pasión por el conocimiento. Pero a medida que el partido nazi gana posiciones en la ciudad, las leyes de Nuremberg pondrán en peligro una amistad que parecía destinada a durar eternamente. Ilse se siente cada vez más atraída por las Juventudes Hitlerianas, mientras que Renate se ve forzada a confrontar un secreto familiar que su familia ha ocultado durante décadas.

Una historia de traición y remordimientos que no tendrá su cierre hasta el año 1989, cuando, en Nueva York, Ava Fischer recibe las cenizas de su madre, a la que nunca acabó de conocer bien, junto con un paquete de cartas que no llegaron a enviarse, dirigidas a la mejor amiga de infancia de Ilse, Renate.

«Una absorbente exploración de la amistad, la traición y la posibilidad de cerrar las heridas del pasado.»

Booklist

Jennifer Cody Epstein tiene un máster en Arte de la Universidad de Columbia y un máster en Relaciones internacionales de la Johns Hopkins School of Advanced International Studies. Ha colaborado con *The Wall Street Journal*, *The Asian Wall Street Journal* y *The Nation*. Es autora de *The Gods of Heavenly Punishment* y del best seller internacional *La pintora de Shangai*. Vive en Brooklyn con su marido y sus dos hijas.

Título original: *Wunderland*

Edición en formato digital: marzo de 20211

2019, Jennifer Cody Epstein
Publicado en Estados Unidos por Crown Publishers, un sello de Crown Publishing Group, una división de Penguin Random House, LLC, New York.
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2021, Borja Folch, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación de la cubierta original de Laywan Kwan, Crown New York / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Ildiko Neer / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6818-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: @penguinlibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros

[1] En inglés, el juego de palabras se da entre *whiting*, «merluza», y *blacking*, «betún», que a su vez significan «blanquear» y «ennegrecer». (*N. del T.*)

[2] Alusión al cuento de los hermanos Grimm que, según distintas traducciones, se titula *Las doce princesas bailarinas*, *Las princesas bailadoras* o *Los zapatos gastados de baile* (*N. del T.*).

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La amante del Tercer Reich

1. Ava
2. Renate
3. Ava
4. Ilse
5. Renate
6. Ava
7. Renate
8. Ava
9. Renate
10. Ilse
11. Ava
12. Renate
13. Ilse
14. Renate e Ilse
15. Ava
16. Renate
17. Ilse
18. Ava
19. Ava

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jennifer Cody Epstein

Créditos

Notas